



PROTEGIENDO AL
DIABLO

SCARLETT VAN VEEN



Contents

[Protegiendo al diablo](#)

[Sinopsis](#)

[Dedicatoria](#)

[Copyright & info](#)

[Glosa](#)

[Prólogo](#)

[Capítulo 1](#)

[Capítulo 2](#)

[Capítulo 3](#)

[Capítulo 4](#)

[Capítulo 5](#)

[Capítulo 6](#)

[Capítulo 7](#)

[Capítulo 8](#)

[Capítulo 9](#)

[Capítulo 10](#)

[Capítulo 11](#)

[Capítulo 12](#)

[Capítulo 13](#)

[Capítulo 14](#)

[Capítulo 15](#)

[Capítulo 16](#)

[Capítulo 17](#)

[Capítulo 18](#)

[Capítulo 19](#)

[Capítulo 20](#)

[Capítulo 21](#)

[Epílogo](#)

[Agradecimientos](#)

© Scarlett van Veen

PROTEGIENDO AL DIABLO

¡ADVERTENCIA!

Protegiendo al diablo es un libro independiente. Sin embargo, la autora recomienda leer previamente dos de sus novelas anteriores —La rueda del destino y Snake eyes. Siguiendo este consejo disfrutarás de una experiencia más sublime y podrás conocer más a fondo a los entrañables personajes que han inspirado este libro.

Sinopsis

A primera vista, Brooke puede parecer una joven dulce y angelical. Sin embargo, la teniente Daniels pertenece a un cuerpo de élite militar llamado los Silver Skulls y, en acción, es tan letal como una bala.

John Kasser es un famoso cantante; el diablo que todas adoran. Lo tiene todo: belleza, éxito, dinero... Por desgracia, ha sido amenazado de muerte y una sombra lo acecha día y noche.

La teniente Daniels será la elegida para proteger al artista y dar con su acosador. Para bien o para mal, el caprichoso destino volverá sus vidas del revés y los sumergirá en una gran aventura repleta de romance, sexo, intriga y mucha acción...

Agradecimientos

A mi Hunter. Nada tiene sentido sin ti. Gracias por ser mis latidos cada vez que mi corazón decide irse de vacaciones. Gracias por todas las cosas bonitas que me dices y por tu apoyo incondicional.

«Haz que cada segundo cuente. Nunca abandones. Nunca mires atrás, porque el miedo está solo en tu mente. Si el destino quiere que falles, al menos caigamos luchando juntos y con una sonrisa en la cara. De la mano, volveremos a levantarnos, una y otra vez».

Obra: Protegiendo al Diablo ©

Autor: Scarlett van Veen © 2018; todos los derechos reservados.

Diseño de portada y contraportada por SVV

www.scarlettvaneen.com

info@scarlettvaneen.com

www.facebook.com/ScarlettRomanceNovelist

Instagram: [scarlettvaneen](https://www.instagram.com/scarlettvaneen)

Twitter: [@ScarlettVeen](https://twitter.com/ScarlettVeen)

Código de registro: 1803166163676

ISBN: 9781980602736

Sello: SV Independently published

No se permite la reproducción parcial o total de esta novela, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o medio, sea este electrónico, mecánico, fotocopia, grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito de la autora. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal). Los personajes y sucesos de esta novela son ficticios. Cualquier parecido con la realidad es pura coincidencia.

GLOSA

Los *Sivler Skulls* son una unidad de élite militar cuyo cuartel general se encuentra en la base de Shark Bay, en Hawái. El equipo se compone de los cuatro mejores comandos de las fuerzas armadas de los Estados Unidos: Cobras, SEAL, *Wings* y Boinas Negras.

La teniente Brooke Daniels es la única mujer que ha conseguido formar parte de este mortal equipo. Su principal cometido como *wing* es el de volar aviones supersónicos — como el JV-28, entre otras muchas aeronaves— y combatir cuerpo a cuerpo.

Gracias a sus excelentes dotes de estrategia, es la nueva encargada de planificar las operaciones de más alto riesgo. Es admirada y querida por todos sus compañeros, en especial por su prometido Jared, capitán de los cobras y el hombre de su vida.

PRÓLOGO

Abro los ojos y, tomando una gran bocanada de aire cual pez agonizante, me incorporo de forma brusca, como si me hubiese despertado de una maldita pesadilla. El alma me pesa toneladas, me cuesta respirar, todo me da vueltas y el molesto resplandor que me castiga con desdén me impide enfocar.

«¿Dónde demonios estoy?».

Agito la cabeza y, muy aturdida, miro a mi alrededor. Conforme los halos de luz se convierten en bultos y estos en siluetas borrosas, el tono esmeralda que predomina en el confuso ambiente empieza a cobrar forma. Como a cámara lenta, el paisaje se va consolidando hasta el punto de dejarme petrificada.

«¡Joder!».

Me levanto como una bala, con torpeza, como si el terreno bajo mis pies se estuviera convirtiendo en arenas movedizas. Una súbita puñalada de adrenalina hace blanco en mi corazón, obligando a mis pulmones a mendigar oxígeno.

«¡Tengo que estar soñando!».

Pestañeo varias veces sin poder dar crédito a lo que estoy viendo. Sin embargo, mis aventajadas pupilas ya se han dilatado ante el inminente peligro: me encuentro desorientada en medio de la selva junto a la orilla de un fangoso río. Perpleja, observo cómo varios cadáveres flotan a la deriva mientras otros tiñen la ribera de rojo. Los caimanes que merodean a mi alrededor los despedazan sin piedad, con voracidad.

Parece que estoy invitada a un banquete; y yo soy el postre.

1

Interminables dunas de arena abrasadora cubrían el terreno hasta donde alcanzaba la vista. A lo lejos, múltiples columnas de humo negro anunciaban vestigios de lucha y enturbiaban un inmaculado y apacible cielo azul.

Bajo el calcinante sol del desierto, la teniente Brooke Daniels se resistía a las ataduras que le constreñían el cuerpo; respirar en aquel lugar resultaba de por sí misión imposible. Tenía los brazos repletos de magulladuras y gran parte del cuerpo castigado por el látigo. Gracias a las caricias del hierro candente, que con frecuencia recorría sus mejillas, cuantiosas ampollas mancillaban su precioso rostro. Solo un *skull* podría soportar un infierno semejante.

¿Los culpables de su atroz estado? Cuatro violentos terroristas con la cara cubierta, que habían conseguido capturarla mientras cumplía una misión de rescate en territorio yihadista. Cuatro víboras despiadadas, que la castigaban con extrema brutalidad tratando de sonsacarle información. El mínimo dato que Brooke revelara podría comprometer la seguridad de sus compañeros. Sin embargo, y a pesar del suplicio al que estaba siendo sometida, la teniente mantenía mutismo absoluto; apenas unos tenues quejidos escapaban de su boca.

—Dinos lo que queremos saber y te dejaremos marchar, mujer testaruda — bramó Khalid, la serpiente al mando, deslizado un cuchillo por su cuello—. Tú misma sabes que no aguantarás mucho más tiempo bajo este sol y, sangrando de esa manera, solo conseguirás prolongar tu sufrimiento.

—¿Vas a hablar o prefieres que sigamos con la tortura? —insistió una segunda sabandija, rasgándole con violencia la pernera del uniforme y depositando un escorpión sobre su muslo desnudo.

El arácnido se deslizó con ansia de libertad por la extremidad de la teniente hasta adentrarse bajo su harapiiento uniforme. Aunque ella intentó no hacer movimientos bruscos, el alacrán no tardó en clavarle el aguijón en una de las caderas, causándole un dolor insoportable.

Nuevas convulsiones y visión borrosa se sumaron a su ya dañado

organismo. El corazón de Brooke latía de forma vertiginosa, parecía estar a punto de estallar de un momento a otro. El dolor que su sistema estaba experimentando, aunado a ese calor extremo capaz de fundir acero, era infernal; no apto para almas débiles.

—¿Por qué no nos ahorramos tiempo y nos cargamos a esta zorra? Llevamos horas quemándola y está visto que no va a decirnos dónde se ocultan sus compañeros —gritó el tercero de los secuestradores.

—¡Estoy harto! —protestó el manipulador de arácnidos—. Hemos probado con cuchillos, con electricidad, con todo tipo de animales venenosos... y la muy perra se niega a soltar prenda.

—Señor, Hammad tiene razón. No vamos a conseguir nada de esta *skull* —añadió el cuarto raptor.

—De acuerdo, acabad con ella —ordenó Khalid—. Y daos prisa, tengo hambre.

—Sí, Khalid. La arrojaré por el acantilado —cacareó con malicia el manipulador de arácnidos, arrastrándola por la arena igual que si halara de un cuerpo sin vida.

Como la guerrera que era, Brooke no dudaría en pelear hasta su último aliento. Un *skull* nunca se rendía. ¡Jamás! Ni aunque la situación pintara tan mal como en ese momento.

Mientras se retorecía en su interior por el intenso dolor que le provocaba el veneno que circulaba por sus venas, consiguió librarse de sus ataduras.

En un descuido por parte de Hammad, la teniente lo tumbó en la arena, dándole un golpe seco en la entrepierna y, ante la atónita mirada del resto de captores, se arrodilló sobre el torso de este y, apretándole el cuello con las manos, espetó con gesto amenazante:

—La próxima vez que decidas jugar con escorpiones sobre mi piel, Rico, asegúrate de que no me esté despertando, listillo. —Le atizó un cariñoso bofetón.

—¡Eres increíble, Brooke! ¿Cómo has conseguido despertarte a los veinte minutos de tu inyección? —inquirió Rico, el supuesto manipulador de arácnidos.

—¿Apenas veinte minutos? —repitió ella ayudando a su compañero *skull* a levantarse del suelo, donde la tórrida arena desaparecía hasta solo quedar visible el pulido pavimento de la Cámara—. Me ha parecido una eternidad.

—Lo has hecho muy bien, preciosa —aseguró el capitán Theodor Logan, oficial a cargo del comando wing e íntimo amigo de la teniente desde su más tierna infancia. Theo, que había interpretado el papel de Khalid, se aproximó quitándose la kufiya que le cubría la cara—. Si aún tienes dolor, el doctor Chang puede inyectarte el chute de salida.

—Tranquilo, Theo. El dolor de las picaduras y de lo que sea que me hayáis hecho ya es historia. Aunque aún siento el culo frío de haber estado sentada en el suelo.

—¡No sé cómo diantres lo hace, teniente Daniels! Es el único *skull* que despierta de la Odisea sin necesidad del chute azul —aseveró Solomon, coronel al mando de la unidad, accediendo a la Cámara.

La Cámara era una amplia extensión de terreno localizada en el sótano del cuartel general de los *skulls*. Desconectada, todo el espacio se veía forrado de un material porcelánico plateado. En uso, dicha instalación permitía a los comandos simular en 4D cualquier operación con asombroso realismo.

Una vez cargado el programa adecuado, los *skulls* podían verse rodeados de enemigos en cualquier paraje, enfrentarse a los peligros de una batalla o ataque sorpresa, experimentando las mismas sensaciones que se podrían esperar en un entorno natural, incluso el mismo olor.

En un abrir y cerrar de ojos, aparecían en una selva tropical, inhalando su húmeda atmósfera, o en mitad del desierto, sintiendo el sofocante calor en su piel. Sin embargo, por muy auténtico que el espacio les pudiera resultar, los comandos sabían que solo se trataba de una ilusión óptica, lo que les impedía esforzarse al límite.

Para llevar al extremo sus habilidades con autenticidad, los comandos entraban en la Cámara en modo Odisea: un estado de alucinación que conseguían gracias a un compuesto que se les inyectaba previamente llamado Nanolava. Una pequeña dosis de esta sustancia rojiza era suficiente para cargar un programa suicida en la mente del sujeto bajo estudio.

La Odisea que la teniente Daniels acaba de experimentar tenía como fin estudiar su resistencia al dolor y su grado de lealtad en caso de captura. Lo

que a ella le habían parecido seis horas de terrible tortura, para sus cuatro compañeros, que habían hecho el papel de captores, habían pasado tan solo veinte minutos.

Los cortes, las quemaduras, los golpes y las picaduras habían sido obra del Axel, un instrumento en forma de varita mágica que apenas emitía unas suaves corrientes, pero que, en contacto con la piel de quien estuviera bajo los efectos de la Nanolava, resultaba un arma muy dañina.

La única manera que había de despertar de dicho viaje era inyectando al sujeto a prueba, Proxen: un suero azulado que hacía desaparecer cualquier resto psicotrópico del cuerpo y borraba toda experiencia traumática y dolorosa.

Por alguna extraña razón, el organismo de Brooke era capaz de reabsorber la rojiza sustancia alucinógena por sí sola, sin necesidad de Proxen y en tiempo récord. Era como si su cuerpo rechazara cualquier tipo de droga y la exterminara.

—Bueno, coronel, a pesar de no requerir del chute azul, ha quedado probado que nuestra chica tiene un aguante excepcional. La teniente es pura dinamita, no ha soltado prenda.

—Muy cierto, capitán Logan. Brooke es única. —Solomon prosiguió—: Es más, si no recuerdo mal, la última vez que fingimos una tortura el sujeto bajo estudio acabó llorando. ¿No fue así, Rico?

—Llorar, llorar... —Se rascó su musculado brazo en señal de inquietud—. Más bien fueron un par de lagrimones que se me escaparon. Pero, a mi favor, diré que me estaban cortando una pierna.

—No te avergüences, Rico. Ya sabemos que eres todo un machote latino. —Carcajeó Brooke.

—¡Pero si yo...!

—Tranquilo, tío. Ya estamos al tanto de que eres más que un simple bomboncito puertorriqueño —bromeó Oren, el tercero de los fingidos captores y capitán del comando SEAL, quitándose el pañuelo de la cabeza.

—¡Ah! Por cierto, Rico. —Sin previo aviso, Brooke le propinó un sonoro puñetazo en la mejilla—. Esto es por romperme el uniforme.

—¡Joder, cómo duele! —Resopló—. Te pongo lagartos venenosos y escorpiones por todo el cuerpo, ¿y lo que te molesta es que te haya roto el uniforme?

—¿Has osado romperle el uniforme a mi prometida? —chilló Jared Cooper, capitán del comando cobra, accediendo a la Cámara—. ¡Te la has cargado, Rico!

El capitán Jared Cooper era una deliciosa criatura que rozaba casi los dos metros de estatura, gozaba de un atractivo vampírico y tenía el cuerpo más esculpido que el *David* de Miguel Ángel. Su mirada de caramelo era capaz de engatusar a cualquier presa. De hecho, Brooke quedó embelesada la primera vez que se topó con esos ojos. Sin embargo, a pesar del apetitoso encontronazo, al cobra le tocó sudar sangre hasta que consiguió enamorarla. Pero esa... es otra historia.

—¡Ya estamos! ¡Chicos, ayudadme! Jared va a pagar su mala leche conmigo —gritó Rico reculando ante el cobra—. ¿Ves? Por eso no te dejamos estar presente mientras torturamos a tu chica. ¡Joder si te pones agresivo!

—¡Tranquilo, tío! Ya sabes que siempre atormentamos a tu prometida desde el cariño. —Theo lo retuvo, cogiéndolo del brazo.

—¡Jared! —Brooke se subió de un brinco a los brazos de su amado capitán—. ¿Has venido a rescatarme?

—¡Por supuesto! ¿Te han hecho sufrir mucho estos cafres? —Resopló, mirando furioso hacia sus compañeros.

—Nada que no haya podido soportar. —Ante la jovial mirada de quienes los rodeaban, besó a su prometido con pasión y regresó los pies al suelo—. Esta vez, apenas he aguantado veinte minutos en modo Odisea. Creo que mi organismo se está acostumbrando a esa sustancia rojiza.

—Increíble, pequeña. No entiendo cómo consigues deshacerte de la Nanolava y soportar todas las perrerías que estos mamones te hacen.

—Pues, a decir verdad, Jared, nosotros lo pasamos peor que fatal. No es plato de gusto tener que torturar a alguien a quien quieres ni aunque sea simulado, pero así son las órdenes. —Theo pasó la mano por el hombro de Brooke y, mirando al capitán cobra, añadió—: Lo que yo no entiendo, tío, es cómo después de aguantar la Odisea y de despertar como si tal cosa, aquí mi

hermana se pilla un pedo increíble con solo un par de chupitos de tequila.

—Ya que lo mencionas, mi querido Theo. No estaría mal que invitases a tu piloto más kamikaze a un par de tragos. —Brooke le palmeó el hombro—. Acabas de dirigir mi tortura y apuesto a que, en el fondo, has disfrutado haciéndolo; creo que me lo he ganado.

El capitán Theodor Logan y la teniente Brooke Daniels eran como hermanos. A muy corta edad, tras la muerte de sus respectivos padres, fueron trasladados al Sagrado Hospicio, un orfanato a las afueras de Phoenix, donde se volvieron uña y carne, familia. Con el tiempo, ambos llegaron a los *Silver Skulls*: él como oficial al mando de los wings —el comando de vuelo— y ella como uno de sus mejores pilotos.

—¡No seas mala, Brooke! A ver si te crees que me hace gracia permitir que te quemen la mejilla con un hierro ardiendo o que te hagan infinitos cortes para que te desangres.

—¿Le habéis quemado la cara, cabrones? —Encolerizado, el capitán Jared Cooper miró a Theo.

—Habla con Duke, con Oren y con Rico, tío. —Theo levantó las manos a la defensiva—. Yo mandaba, pero ellos han hecho el trabajo sucio. A mí ya me costaba estar presente.

—¡Duke! ¡Rico! ¡Oren! —gritó Jared serio a más no poder, encarándose a ellos—. ¡Más os vale salir corriendo!

El capitán Jared Cooper siempre era muy protector con su chica, y eso que ella era más que capaz de apañárselas por sí sola. Sabía de sobra que sus compañeros *skulls* la querían con locura y la trataban con mucho cariño y respeto. Aun así, no soportaba que tuvieran que hacerla sufrir. A pesar de gritar a sus colegas y de tener ganas de asesinarlos, todo se trataba de una broma; un juego que se traían entre ellos. Sin embargo, aunque estaban de cachondeo, de vez en cuando volaban verdaderas hostias.

—¡Tranquilo, cariño! Solo hacían su trabajo. —Brooke se interpuso ante la festiva amenaza de su cobra—. Además, ya sabes que, una vez que mi cuerpo se deshace del fármaco y me despierto, no recuerdo nada.

—¡Joder, guapa! Pues para no acordarte de nada buena leche que me has dado por romperte el uniforme. —Rico se tocó la mejilla y, al ver al cobra

enfilando hacia él, escapó por piernas.

—¡Calma, colega! —Duke, el joven boina negra y cuarto fingido castigador de Brooke, frenó al cobra plantándole las palmas en los hombros—. Alguien tenía que hacerlo, Jared. ¿Qué te parece si nos vamos al Tiki bar y os invito yo a esos chupitos?

—¿Has dicho que invitas a unos chupitos, Duke? —El explosivo *latin-lover* se detuvo *ipso facto*.

—Eres increíble, Rico. Prefieres quedarte y que Jared te cruja a hostias a perderte unos chupitos gratis. —Carcajeó Oren.

—¡Vamos, chicos! Dejemos el trabajo y vayamos a divertirnos, que es viernes por la tarde. —Brooke se cogió al brazo de Duke y de Rico y guiñó el ojo a su prometido—. Yo invito, me siento generosa a dos días de mi boda.

Pasada la medianoche, Brooke y su ardiente capitán cobra aterrizaron en casa. Todos los comandos se alojaban en lujosas villas a lo largo de Shark Bay, una recóndita bahía situada a pocos minutos de la base. Tras las viviendas se extendía una hermosa playa de arena dorada, de acceso exclusivo al grupo de élite.

La pareja había decidido alojarse en la residencia de ella, al encontrarse más alejada del barullo, y dejar la de él, que estaba justo al otro extremo, para las visitas familiares que pudieran recibir.

Dispuestos a continuar disfrutando de la velada, salieron a la terraza para deleitarse de las resplandecientes estrellas que plagaban el firmamento mientras saboreaban unas copas de vino. Apoyada en la barandilla, ella observaba la luna en tanto su capitán le asaltaba la nuca por la retaguardia.

—Está preciosa, ¿verdad?

—Tú sí que estás preciosa, señora Cooper. —Deslizó la mano en el interior de las bragas de ella, le acarició el sexo y, en cuestión de milisegundos, la puso a cien.

—¿Señora Cooper? —Soltó un sensual gemido, volvió la cabeza por encima de su hombro y, demandando un beso, susurró—: Aún no nos hemos casado.

—Lo siento, mi amor, pero ya no hay nada que puedas hacer para escapar

de mí. —Le retiró la copa y, sin darle la vuelta, siguió atacando sus labios.

En tanto el capitán cobra colmaba de besos la trasera de su amada, se quitó la ropa con ansia arrolladora y, con igual fervor, la desnudó a ella; más bien atinó a quitarle el vestido sin rompérselo.

Deseoso por hacerla suya, le rasgó las bragas y, con el miembro duro y dispuesto a proporcionarle toneladas de placer, la tomó desde atrás.

La baranda era la única protección que los resguardaba de las posibles miradas furtivas. Aunque la oscuridad y la amplia distancia que había entre casa y casa hacía que la probabilidad fuera remota, no cabía duda de que aquella tesitura añadía cierto morbo al momento.

El cobra palpaba con suma adicción los turgentes pechos que atesoraba entre sus varoniles manos. La tersa piel que acariciaban sus palmas le producía descargas de placer. Con cada roce, las terminaciones nerviosas de sus dedos parecían obsequiarle con un brutal orgasmo.

—Te quiero tanto, mi amor. —Salió de su interior y, sintiendo cómo sus cálidos fluidos se enfriaban, la puso de cara a él—. Me vuelves loco.

—Yo te quiero aún más, señor Cooper. —Gimió.

La levantó a horcajadas, le apoyó las nalgas en la barandilla y volvió a embutirla en él. La follaba con un deseo tan ardiente, a un ritmo tan frenético que no tardaría en correrse.

Brooke arqueó la espalda, permitiendo que su larga melena rubia coqueteara con la brisa y, con medio cuerpo colgando prácticamente de la terraza, gozó de la embestida final. Soltó un gemido ensordecedor y, junto a su capitán, se dejó llevar por un huracán de placer.

2

La mañana del sábado, tras una abrasadora velada de sexo, la teniente Brooke Daniels dejó a Jared recobrando fuerzas en la cama. Al cobra le aguardaba una larga jornada gracias a la despedida de soltero que sus compañeros *skulls* y su hermano habían planeado para él.

Vestida de civil, vaqueros y camiseta de nadadora blanca, se metió en su deslumbrante Aston Martin Vanquish S —regalo de compromiso de su prometido— y avanzó calle abajo hasta llegar a casa de Theo, su hermano adoptivo y capitán.

Brooke había quedado con su mejor amiga, Mónica, y recién estrenada esposa de su hermano, para ultimar detalles sobre su boda. La ceremonia tendría lugar en la playa e iba a ser oficiada por el coronel Solomon ante la presencia del equipo *skull* al completo y de los familiares del capitán cobra. Nada de ostentación, las hermosas vistas al océano serían suficiente ornamento.

Después de haber pasado el día organizando, las dos mujeres conversaban en los escalones del porche trasero mientras contemplaban la inminente puesta de sol.

—Brooke, muchísimas gracias por haber pospuesto vuestra luna de miel unos días para asistir al bautizo de Brady; significa mucho para Theo y para mí —Los Logan habían sido papás de un precioso y saludable niño hacía apenas dos meses—. Si mi madre no estuviese tan enferma, hubiese celebrado el bautizo a vuestro regreso, pero me temo que la pobre no va a aguantar cuerda mucho más tiempo.

—¿Estás de broma, Moni? La luna de miel puede esperar unos días, por eso no sufras. Siento mucho que el maldito Alzheimer esté avanzando con tanta rapidez.

—Sí, es horrible. —Agitó la cabeza—. Cambiemos de tema, no quiero ponerme triste a pocas horas de tu boda. Por cierto, ¿has visto esta foto de

Brady en brazos de tu Jared? —Sacó el móvil del bolsillo y le mostró la imagen—. ¿A que han salido guapos?

—¿Es mi mente perturbada o mi futuro marido está para comérselo acunando a tu bebé sobre su torso desnudo?

—Brady es un añadido, tu hombre estaría bueno sosteniendo estiércol.

—¿De qué se están riendo mis dos chicas favoritas? —Theo accedía al porche, abotonándose una camisa.

—Cosas nuestras, cariño. ¿Te vas tan pronto al Tiki?

—¿Pronto, mi vida? Los chicos llevan ya de despedida de soltero desde las doce del mediodía. Tendré que llamar a Rico a ver si siguen en el Tiki o ya se han ido al... —Se silenció de repente y miró a ambos lados nervioso—. ¿Dónde habré dejado mi teléfono?

—Disimulas fatal, hermanito. —Brooke se desternilló—. ¿Crees que no sabemos que vais a ir al Fantasy?

—¿Quién se ha chivado? —protestó él—. ¿Ha sido Duke, Rico...?

—Ninguno de los dos; acabas de descubrirte tú solo, tonto. —Se mofó su esposa.

—¡Me voy, brujas! Cuando os juntáis las dos sois tremendas, un peligro para la humanidad. —Besó a su mujer en los labios y a su hermana en la cabeza—. ¿Seguro que no queréis venir? Habrá chicas en pelotas, pero, ya nos conocéis, somos verdaderos angelitos.

—Pasamos. Ya que Brady está con la niñera hasta mañana, aprovecharemos para quedarnos aquí y pillarnos una buena castaña. Que lo pases bien, amor. Por cierto, ¿tienes cambio?

—¿Cambio? ¿Para qué? —Puso cara extraña.

—¡Para qué va a ser, espabilado! Para que se lo metas a las chicas en el tanga —contestó Brooke, logrando que ambas se descojonasen.

—¡Brujas! —Puso los ojos en blanco y se marchó partido de la risa.

No pasaron ni diez minutos cuando Duke, compañero *skull* de Brooke y fiel amigo, apareció paseando por la orilla frente a la casa de los Logan. Iba cabizbajo y hundiendo los pies en la arena.

—¡Mira, Brooke, por ahí va Duke! No parece de muy buen humor.

—¿Qué narices habrá pasado que no está en la despedida con los demás? —Gruñó—. Voy a ver qué le ocurre. Prepara tres tanques de Margaritas bien cargados, Moni; me da que lo vamos a necesitar.

La teniente Daniels y el teniente Duke Reynolds se llevaban a las mil maravillas. Se podría decir que entre ellos existía una afinidad especial, pura magia. Su amistad surgió a raíz de una pelea de gran envergadura que ella tuvo con su ahora prometido. Fue una etapa muy dura, horrible, pero, gracias al apoyo de Duke, la disputa terminó en boda.

Para él, Brooke era su diablesa: la única persona de quien podía fiarse. La mujer que le devolvió su autoestima y que lo hizo salir del inframundo en el que se había estado escondiendo durante años. La amiga que le hizo ver que las cicatrices que le marcaban su precioso rostro de ojos verdes eran solo eso, cicatrices.

—¿Se puede saber qué haces que no estás con los chicos? —Se agarró a su brazo—. Es mi despedida, bueno la de Jared; no deberías perdértela.

—Hola, mi diablesa. ¿Cómo estás? —Le besó la cabeza—. Siento perderme la celebración, pero ahora mismo no me apetece estar en el Tiki.

—¿Qué pasa? ¿Tu chica está ayudando en la barra y no quieres que te vea desparramando con los demás? Espéralos en el Fantasy; tengo entendido que va a ser su siguiente parada. —Hizo un gesto simpático.

—No, no es eso. —Exhaló un suspiro—. Lena me ha dejado, ha vuelto a Los Ángeles.

—¡Cómo! ¡No puedo creerlo! —Se lanzó a sus brazos—. Lo siento muchísimo, Duke. No tenía ni idea de que las cosas anduvieran revueltas entre vosotros. ¿Por qué no me dijiste nada?

—Porque estoy tan sorprendido como tú. Todo parecía ir bien, pero, de pronto, esta mañana me suelta que ha decidido volver con su ex. Sin más explicaciones, se ha largado y me ha dejado con la palabra en la boca.

—¡Dios, cariño! Debes estar destrozado. Lo siento tanto. —Lo estrechó con fuerza contra su cuerpo—. ¿Cómo te encuentras?

—A decir verdad, estoy molesto, pero me asombra estar tan entero. Creo

que, en el fondo, no estábamos destinados a estar juntos; y Lena lo sabía.

—¿Tú tampoco eras feliz? —Lo miró con sorpresa.

—Me sentía muy a gusto a su lado, pero me faltaba algo. Algo como lo que Jared y tú tenéis: pasión, arrebató.

—Cariño, estoy segura de que encontrarás a la mujer de tus sueños, es solo cuestión de tiempo.

—Lo veo difícil. Nunca encontraré a alguien como tú. —Le besó la frente —. Mi diablesa ha sido la única mujer capaz de hacerme sentir completo, querido. —Gruñó cual niño con berrinche—. ¿Por qué tienes que casarte con ese maldito cobra? ¿Por qué? —Sonrió y volvió a besarle la cabeza.

Ella lo miró divertida y lo achuchó con cariño.

—Verás, el cobra se puso muy pesado y no tuve más remedio que aceptar su proposición de matrimonio. —Le dedicó una tierna sonrisa y le tiró de la mano—. ¡Anda, vamos! Mónica está preparando unos cócteles. Nos pillaremos una buena melopea y nos olvidaremos de todo.

Varios Margaritas más tarde, tras comentar la desafortunada experiencia de Duke con su exnovia, los tres amigos desparramaban en la terraza cuando un ruido en la casa vecina llamó su atención.

—¿Ese golpe ha venido de la casa de Jared? —preguntó Mónica observando la villa, que estaba tan oscura como el fondo del océano.

—No puede ser, la casa está vacía. Jared ha trasladado todo lo que tenía, excepto los muebles, a la mía; y eso ha sonado a cristal roto.

—Seguro que ha sido una ola. —Duke tomó su copa y, la entrechocó con la de las chicas.

Shark Bay era uno de los lugares más seguros de toda la isla. Disponía de acceso con barrera a la urbanización y vigilancia continua. Nadie que no fuera un *skull* o estuviera autorizado podía cruzar dicho control, por lo que los tres continuaron a lo suyo.

Minutos más tarde, Brooke comentaba la ilusión que le hacía su viaje de luna de miel a Bora Bora cuando una luz se hizo en la casa del capitán cobra.

La teniente se puso en pie, pensando que los chicos habrían decidido

continuar con la despedida de soltero en casa de su prometido. Sin embargo, al ver a través de la ventana del dormitorio principal una melena rubio platino cayendo en cascada sobre los hombros desnudos de una mujer, se tensó.

—Tranquila, Brooke, seguro que son un par de *strippers* que los chicos han contratado para divertirse.

—Si es así, Duke, ¿cómo es que solo está el coche de Jared en la puerta? —Corrió hacia la casa de su prometido a tanta velocidad que a sus amigos les costó seguirle el ritmo.

Al llegar al ventanal que daba a la habitación del cobra, Brooke moderó el paso y, con el corazón en un puño, miró a hurtadillas. En cuestión de segundos su mundo se vino abajo, explotó en mil pedazos. Se frotó los ojos, pensando que el alcohol que había tomado le estaría jugando una mala pasada. Pero no, sus retinas no mentían.

—¡Dios santo! —musitó Mónica, colocándose tras ella, al descubrir la orgía que se estaba llevando a cabo en el cuarto del cobra. Ni corta ni perezosa, sacó el móvil y empezó a grabarlo todo.

—Lo siento mucho, cariño. —Duke intentó apartar a Brooke de la cristalera para impedir que siguiera castigándose con el espectáculo, pero ella no tenía intención de moverse de allí.

Los ojos de la teniente se humedecieron hasta que las lágrimas empezaron a brotar por sus mejillas. Su prometido estaba tumbado en la cama, totalmente desnudo, mientras una rubia en pelotas le chupaba la polla con gula y una pelirroja, igual de fresca, se sentaba en la cara de este y le daba su sexo a degustar. Con un apetito descomunal, el cobra comenzó a comerle el coño, hundiendo la lengua en la intimidad de la joven a la vez que le introducía un dedo por el ano.

—Vámonos de aquí, Brooke. —La fuerza extrema que empleaba Duke para apartarla de la ventana era insuficiente; ella parecía haberse soldado a las baldosas.

—Sí, Brooke, vámonos. No deberías ver esto.

—Tienes razón, Mónica, no debería verlo. —Se limpió las lágrimas, se apartó de la ventana, cogió una silla y, con toda la rabia que corría por sus venas, la estampó contra el cristal, haciéndolo añicos—. Por eso voy a

ponerle fin.

Las dos putas que se estaban haciendo al cobra saltaron aterradas de la cama tras oír el impacto y sentir algunos cristales raspando su piel. Sin embargo, Jared parecía estar en otro mundo, ni se inmutó. La tremenda borrachera que llevaba le impidió incorporarse o reaccionar en modo alguno.

Brooke se encaminó hacia la rubia con paso firme y furia desmedida en la mirada. La joven de pelo platino estaba tan asustada que se miraba los pies y apenas atinaba a cubrirse el pecho con las manos.

La teniente la agarró por el cuello para obligarla a mirarle a los ojos. Solo tenía intención de amedrentarla, dándole un par de meneos. Al fin y al cabo, Jared era el único y verdadero culpable de aquel numerito. Pero, al levantarle la barbilla y verle la cara, un nubarrón de malaleche le enturbió el juicio y le soltó tal hostia que la hizo caer al suelo de culo.

Todo sucedió tan rápido que Duke no pudo evitar el golpe, pero sí llegó a tiempo de levantarla en vilo para librar a la rubia de los siguientes puñetazos que llevaban su nombre.

—¡Serás hija de puta, Janet! —gritó Brooke a la rubia: una exnovia de Jared, que con anterioridad trató de destrozar su relación—. ¡Zorra! Te dije que si volvías a ponerle una mano encima, te arrancarí hasta el último pelo. ¡Suéltame, Duke! ¡A esta puta cuentahuesos me la cargo!

—¡Cálmate, Brooke! —En volandas, la apartó de la joven.

—¡Coge tu ropa y márchate, furcia! —espetó Mónica, agarrando a la pelirroja de los pelos y dándole con un vestido en la cara. La joven tenía tanto miedo que se le puso cara de ardilla fumada—. ¡Y tú, guarra cuentahuesos! —dijo mirando a la rubia—. Lárgate antes de que te saque los ojos. —Le lanzó un par de zapatos estilo ramera que había esparcidos por el suelo a la cara y según la tipa se levantaba para recoger su ropa le atizó un derechazo en la mejilla—. Esta, por ser tan puta. —Le atizó otra hostia en la izquierda—. Y esta, por lo que le has hecho a mi amiga.

Las dos jóvenes se dieron a la fuga sin tan siquiera ponerse la ropa. Mónica cogió su móvil e informó al control de seguridad de que había dos ladronas con pinta de prostitutas merodeando por la zona. De seguro, esas dos lagartas iban a pasar una larga noche en los calabozos.

Duke trataba de consolar a Brooke, que durante unos minutos fue incapaz de mirar hacia su prometido. Respiraba de forma profusa, temblaba, pero, a pesar del mal trago, sus lágrimas dejaron de fluir.

Jared, por su parte, parecía estar en otra dimensión, como si con él no fuera la trifulca. Estaba tan ebrio que ni pestañeaba.

Las únicas palabras que balbucía de cuando en cuando eran: «Sigue pequeña, no pares».

—Brooke, cariño, vámonos. No te castigues más con esto.

Tras oír las palabras de su amiga, la teniente se dio la vuelta, se acercó al cabecero de la cama y aproximó su cara a la de Jared. Le estrujó la mandíbula y, mientras Mónica lo grababa todo, le dijo:

—Me has roto el corazón hasta el punto de no sentirlo más. Espero que esta orgía que te estabas pegando con tus amiguitas haya merecido la pena. No vuelvas a osar decirme ni una sola palabra, ni te acerques a mí. —Le arrebató el teléfono a su amiga y, tomándose un primer plano, concluyó con pasmosa entereza—: Espero que te vaya bien la vida, Jared. En cuanto a lo nuestro... ya puedes olvidarlo. ¡Jamás existió! —Le devolvió el móvil a su propietaria—. Envíale el vídeo a su teléfono, Mónica. Seguro que mañana, cuando despierte y lo vea, se le quitará la resaca de golpe.

Tras una última mirada de puro odio hacia su exprometido, dio media vuelta y abandonó la casa.

—Aguarda un momento, Mónica. —Duke tomó el móvil y añadió una pequeña secuencia a la grabación—. No vuelvas a acercarte a Brooke ni para pedirle perdón, porque te mataré. Te juro que te golpearé hasta que se me hagan polvo los nudillos. Vete lejos, muy lejos y no vuelvas a cruzarte en su camino. Lo que le has hecho no tiene perdón.

Según Mónica recuperó su teléfono, miró a la pantalla y, con una rabia inmensurable, se despidió del capitán cobra.

—Espero que caigas en un agujero tan profundo del que jamás consigas salir, mamarracho. —Paró la grabación, le envió el mensaje y, al oír el pitido de recepción saliendo de un par de pantalones que andaban tirados por el suelo, sacó el teléfono de la prenda y lo colocó sobre las pelotas desnudas del cobra—. Tendrás unos huevos enormes para ser un *skull*, Jared, pero, mañana

cuando recobres la conciencia, podrás ver el mierda de hombre que eres en realidad. ¡Capullo!

Nada más enviar a su exprometido a tomar vientos, Brooke comenzó a correr playa arriba hacia la casa de su coronel. La oscuridad impidió que ni Duke ni Mónica pudiesen seguirle el rastro. Ambos se decantaron por buscarla en todos los rincones en los que la teniente solía refugiarse en momentos de crudeza, pero la suerte no estuvo de su lado.

Brooke llamó a la puerta de su coronel con gran insistencia, pero no halló respuesta: con mucha probabilidad Solomon aún estaría disfrutando con los chicos de la despedida de soltero de su exprometido.

Destrozada moralmente, se dejó caer en el suelo, apoyó la espalda en la puerta y se llevó las rodillas contra el pecho. Por más vueltas que le daba a la terrible sesión de cine X que acababa de presenciar, no encontraba lógica alguna.

No hace mucho, Jared le hizo pasar por un infierno en vida, sí. Pero, tras el malentendido, el cobra le demostró el profundo amor que sentía por ella y le probó de mil formas que podía confiar en él.

«¿Qué había cambiado? ¿Qué demonios habría pasado?».

A eso de las seis de la mañana, Solomon encontró a su mejor piloto, con un aspecto horrible, tirada en la puerta de su casa. En un primer momento pensó que su despedida de soltera había sido aún más salvaje que la de su prometido. Sin embargo, cuando la miró a los ojos, vio claramente el porqué de su indicativo de vuelo, *Snake eyes*.

—¿Qué haces aquí tirada, Brooke? ¿Qué te ha pasado? —dijo el coronel ayudándola a ponerse en pie—. Hoy te casas, deberías estar descansada y radiante.

—Seré breve, señor. —Lo saludó con formalidad—. La boda queda cancelada; no me apetece hablar de los motivos ni dar explicaciones. —Dejó entrever su mirada viperina con la única intención de ocultar su profunda tristeza—. He venido para informarle de que necesito tiempo para organizar mis ideas y de que me marchó.

—Me sorprendes nuevamente, Brooke —murmuró con altas dosis de aturdimiento—. Entremos en casa y hablaremos con más calma con un café en

la mano, por favor. Yo, al menos, lo necesito.

Sentados frente a frente, el coronel Solomon dio un sorbo a su bebida y, tras mirar con orgullo el copioso número de fotografías de todos los *skulls*, que decoraban gran parte de su salón, resopló y rompió el hielo sin andarse por las ramas.

—Mira, Brooke. No me voy a meter en una discusión de pareja; es más, no quiero saber qué demonios ha pasado entre vosotros esta vez. Pero te diré que me hace mucho daño que quieras dejar los *Sivler Skulls*. ¡Somos tu familia!

—Lo siento, señor, me parece que no me he expresado con claridad. No tengo intención de dejar los *Skulls*. Lo he estado meditando y no hay un solo hombre en este mundo por el que merezca la pena tirar por la borda todo lo que he logrado a base de esfuerzo, ni tan siquiera Jared. Solo necesito unas vacaciones, alejarme un tiempo y pensar cómo enfrentarme a lo que se me viene encima con él sin que afecte a mi trabajo. Tal vez aproveche los pasajes pagados a Bora Bora.

—Entiendo. —Dejó la taza sobre una mesita de madera y durante unos segundos, que a ella le parecieron una eternidad, continuó mirando las fotografías que llenaban la pared—. ¿Recuerdas esa foto? —Señaló una en particular—. ¿Esa en la que estás rescatando a Rico y ayudándolo a salir del Ciclón?

El Ciclón era una piscina especial capaz de recrear multitud de situaciones, desde una simple tempestad a un tsunami, en la que los *skulls* entrenaban para poner al límite sus capacidades.

—Sí, lo recuerdo. —Sonrió desganada—. Había pasado dos horas flotando atrapado en un tifón. No sé cómo pudo aguantarlo.

—¡Exacto! Ese día todos pasasteis por una experiencia semejante, estabais al límite, pero tú fuiste la primera en tirarse al agua para rescatarlo.

Brooke se levantó, observó la foto con detenimiento y, volviéndose hacia su coronel encogiéndose de hombros, contestó:

—Más tarde o más temprano, cualquiera de los chicos lo hubiese hecho, coronel. No tiene mayor importancia.

—Estoy seguro de que nadie lo hubiese dejado morir ahogado, sin duda. —Se aproximó a ella con gesto indulgente—. Lo que quiero decir, Brooke, es

que tú no puedes estar modo *off* ni aunque te obliguen; necesitas acción. —Le frotó el hombro—. Si te coges unas vacaciones sin un objetivo en mente, te aseguro que vendrás de vuelta con ganas de dejarlo todo.

»Tengo una proposición para ti. Mañana a las 0800 te espero en mi despacho. Si no te convence lo que tengo intención de ofrecerte, podrás ir de vacaciones a Bora Bora o hacer lo que te plazca. ¿Trato hecho? Estoy seguro de que las cosas suceden por una razón y que esto te va a venir como anillo al dedo.

«¿Una proposición por parte de Solomon?», ella lo miró con verdadera curiosidad y le estrechó la mano a la vez que asentía.

Lo que fuera que su coronel tuviese en mente para ella solo podía significar dos cosas: riesgo y peligro a partes iguales. Dos ingredientes que, extrañamente, hacían que la vida de Brooke tuviera sentido.

Pasadas las tres de la tarde del domingo, el capitán cobra por fin recobró conciencia. Todo a su alrededor giraba cual tiovivo y tenía un merecido dolor de cabeza. Al incorporarse, vio su móvil tapándole sus partes.

«¿Qué narices hago desnudo con el teléfono...?».

Aturdido y, sobre todo, confuso por no recordar nada de la noche anterior, encendió el móvil y observó espantado el vídeo que Mónica le había enviado.

«¡¿Pero qué cojones he hecho?!».

Sin un segundo que perder, se puso la ropa y salió como una flecha en busca de su... ¿prometida?

Después de lo que acababa de ver en ese video, dudaba si hacerle frente a ella o directamente tirarse como cebo a un banco de tiburones blancos. Estaba seguro de que la segunda opción sería más sensata y menos dolorosa.

El capitán Cooper no recordaba nada de lo que había hecho, pero las imágenes no mentían. No tendría más remedio que apechugar con las consecuencias y pedir perdón, aunque sabía a ciencia cierta que no le iba a servir de nada.

Se subió a su todoterreno y a toda pastilla condujo hacia la casa de Brooke; vivienda que, hasta hacía apenas unas horas, también consideraba su hogar.

La cabeza del cobra no daba para pensar en la salvajada que había hecho, a duras penas le costaba creerlo. Era imposible que, por voluntad propia, le hubiese hecho semejante putada a la mujer que amaba más que a nada en el mundo.

De hecho, su mayor preocupación en ese instante no era las consecuencias que lo aguardaban, sino el estado en el que la encontraría a ella.

A sabiendas de que Brooke habría echado el candado a la puerta para no dejarlo entrar, cruzó el jardín hasta llegar a la parte trasera, que daba a la playa. Al menos, a través de la cristalera, podría ver si ella estaba en el interior.

Por el camino, esperaba hallar sus cosas tiradas por el césped: carbonizadas o hechas añicos como mínimo. Sin embargo, encontró algo que no esperaba ni de lejos: su amada estaba sentada en los escalones del porche y, aparentemente, se la veía tranquila, como si nada malo hubiese sucedido.

—Hola, Brooke. —Se arrodilló ante ella y, temblando en su interior, prosiguió hablando—: Sé que no querrás ni oírme y acepto toda responsabilidad, pero permite que me explique, por favor.

—Me alegra ver que llevas la ropa puesta, Jared —respondió sin apenas pestañear, clavando los codos en el peldaño superior, como si tuviera intención de seguir disfrutando de las vistas sin alterarse ni un ápice.

—Y a mí verte tan entera. Después de oír el mensaje que me dejaste, pensé que te encontraría destrozada.

—¿Preferirías verme llorando? —Resopló esbozando una sonrisa irónica—. ¿Retorciéndome de dolor?

—No, claro que no. Solo digo que esperaba otra reacción. ¿No piensas sacudirme un derechazo? —Acercó la mejilla—. Lo merezco, ni me moveré.

»Sé que he jodido la boda, que lo he jodido todo, pero te prometo que no recuerdo nada. —Agitó la cabeza—. Estaba en el Tiki, tomando una cerveza con los chicos, y, de pronto, me despierto desnudo con el móvil tapándome... —Señaló sus partes y bufó.

—No te molestes en buscar una explicación. Ha pasado y punto; el cómo no importa.

—Bebí demasiado, tal vez mezclé mucho. No lo sé, no lo recuerdo. Pero sabes que te quiero a morir, que jamás haría nada que te dañara.

—Llevo dándole vueltas a lo ocurrido toda la noche, Jared. —Le tomó la mano sin ninguna muestra de rencor en la mirada—. Anoche, cuando te vi con esas dos... mujeres, sentí como si hubiese perdido el control del avión y estuviese entrando en barrena. —Gruñó con desaliento—. Me veía a mí misma cayendo en picado hacia el desastre, sin combustible, sin oxígeno y fuera de control. Pensé que, después del espectáculo que me habías regalado, me resultaría imposible remontar el vuelo.

»Sin embargo, tras pasar toda la noche llorando tirada en el suelo, al ver el primer rayo de la mañana abriéndose paso entre las nubes, me di cuenta de que podía evitar la catástrofe, de que podía volver a estabilizar mi vida. —Le clavó una mirada fría—. Porque soy yo la que lleva los mandos. ¡Soy yo la que pilota, Jared! Todo ha terminado entre nosotros, no tiene ningún sentido que sigamos luchando por...

—¡No digas eso! —Angustiado y con lágrimas en los ojos, le besó la mano e imploró perdón ininidad de veces—. Haré lo que me pidas...

—Jared, escúchame. —Se puso en pie y tiró de las muñecas de él para levantarlo—. No importa si lo que has hecho ha sido consciente o no. Después de lo que he presenciado, jamás podré volver a mirarte a los ojos como antes. No te odio, estoy segura de que esa zorra de Janet te puso algo en la bebida: me la tenía jurada desde hace tiempo. —Exhaló un suspiro—. Sé honesto y dime si, en la situación contraria, tú soportarías mirarme a la cara.

El cobra agachó la cabeza y, temblando de cuerpo entero, contestó:

—Sé que me dolería horrores; que me volvería completamente loco e irracional durante mucho tiempo. —Hincó una rodilla en la arena, llevándose las manos de ella envueltas en las suyas—. Pero, tras la tormenta, encontraría la manera de olvidarlo. Te quiero demasiado como para vivir sin ti. Ya pasé por ese infierno una vez y no querría volver a él ni loco. —Las lágrimas manaban a borbotones de sus cándidos ojos—. Mi amor, dame una última oportunidad. Haré lo que me pidas: me alejaré de ti todo el tiempo que necesites, te daré espacio, dejaré los *Sivler Skulls*... Pero, por favor, te lo suplico, vuelve a poner rumbo a mi corazón.

Brooke lo observaba apenada, estaba segura de que su capitán había sido

cabeza de turco de esa maldita rubia platino. Sabía que lo estaba pasando fatal y que la amaba con febril locura. No obstante, todo viaje en esta vida tiene un destino final y, a veces, ese trayecto se alcanza antes de lo deseado.

Como acariciada por una varita invisible capaz de recomponer hasta el corazón más quebrado, la teniente contempló el océano, inspiró con ganas la salada brisa y, complaciente, miró a su capitán.

—Jared, necesito que sepas que te quiero muchísimo. La llama que siento por ti es muy difícil de extinguir. —Él se levantó de un brinco y la miró con un halo de esperanza que le subía por la garganta y le brotaba por los labios en forma de sonrisa—. Pero he llegado a la conclusión de que, por un motivo u otro, acabo siendo más feliz lejos de ti.

La sonrisa del cobra se evaporó, el cuerpo se le tensó y la barbilla comenzó a temblarle cual niño a punto de estallar en llanto. Ella subió los escalones y se dirigió a la entrada. Al llegar a la puerta, se dio la vuelta y, con la cabeza bien alta, soltó:

—Aunque Mónica y Duke ya se han hecho cargo de las correspondientes cancelaciones y avisos, espero, por tu parte, que te disculpes ante tus compañeros. —Frunció las cejas en actitud desafiante—. Y ya que el viaje a Bora Bora está pagado, me voy a marchar el tiempo que teníamos previsto. No intentes seguirme o te aseguro que te arrepentirás. —Levantó el índice en señal de aviso, se metió en la casa y, con cierta sonrisa díscola decorándole el rostro, dejó caer una última advertencia—: Por cierto, aunque ya no se celebre la boda, el Astor Martin me lo quedo.

Jared permaneció planchado e incapaz de reaccionar, como si alguien le hubiese extirpado el alma y le hubiese arrancado la lengua. Sin otra alternativa, agachó la cabeza y, con el corazón hecho trizas, puso rumbo a su merecido infierno.

3

La noche del domingo fue un tanto agitada para la teniente Daniels: hizo unas curvas en su lujoso deportivo, tomó una copa sentada bajo el porche de su casa, paseó playa arriba y abajo, se dio un baño en la oscuridad del océano, se tumbó en la arena... En todo momento, acompañada por un torbellino de emociones que giraba impetuoso dentro de su cabeza. Su mente parecía estar en paz, pero su corazón gritaba *guerra*.

A las 0600 de la madrugada del lunes, Brooke llamaba a la puerta de su vecino y compañero, Duke. En un pasado no muy lejano, solían compartir viaje de camino al trabajo. Por experiencia, sabía que la soledad en horas de ventisca la había conducido a un abismo demasiado profundo. Pero, gracias al apoyo de su gran amigo, consiguió salir del agujero en el que había caído y en el que estaba decidida a no volver a hundirse jamás. Rodearse de Duke era lo mejor que podía hacer.

—Buenos días, diablesa. ¿No me digas que tienes intención de ir a trabajar? —dijo al ver que llevaba puesto el uniforme de vuelo.

—¡Por supuesto! Hasta que me vaya, no pienso frenar mi ritmo de vida.

—Me alegra que te lo estés tomando tan bien. —Le besó la frente y la miró más de cerca—. Pero a mí no trates de engañarme, ¿de verdad que estás bien?

—Me siento rara, como si no pudiera creer lo que ha pasado. —Lo abrazó con fuerza—. Gracias por estar siempre a mi lado cuando lo necesito.

—Sabes que siempre podrás contar conmigo, diablesa. —Achinó los ojos—. Por cierto, ¿qué has querido decir con que no piensas frenar tu ritmo hasta que te vayas? ¿Dónde tienes planeado ir?

—Sube. —Palmeó el capó de su Aston Martin—. Hablaremos por el camino.

—Ya que no te vas a casar, ¿vas a devolver tu regalo de compromiso? —Se repanchingó en el asiento de cuero negro.

—¡Ni de coña! Después de lo que Jared me ha hecho, merezco quedarme

hasta con el maldito anillo de pedida. —Levantó la mano, mostrándole la joya con risa traviesa—. ¡Me encantan los rubíes!

—Eres la leche, diablesa. —Risueño, se abrochó el cinturón de seguridad—. Brooke, ¿no se te ha pasado por la cabeza que alguien haya podido drogar a Jared? Ya viste lo ido que estaba. Estoy seguro de que consciente no hubiese hecho algo así. Sé lo mucho que te quiere, me cuesta creer que lo haya hecho por voluntad propia. Tal vez deberías reconsiderar...

—No me cabe duda de que así ha sido, Duke. Esa rubia le tuvo que poner algo en la bebida. —Lo cortó con rotundidad—. Pero, ahora mismo, necesito olvidarme de lo que ha pasado. Necesito desconectar y pensar cómo voy a afrontar el día a día estando cerca de él. Por eso me voy a Bora Bora.

—¿Te vas sola de luna de miel? —Abrió los ojos cual búho—. ¿No te va a resultar un poco triste?

—Me vendrá bien pasear por la playa y pillarme un pedo a la orilla del mar.

—Eso lo puedes hacer aquí mismo, no necesitas amargarte en soledad. Conociéndote, no creo que aislarte sea lo más adecuado para ti. —Se aclaró la garganta—. ¿Te apetece compañía? Podría pedir unos días y nos iríamos juntos. Después de lo de Lena, a mí también me vendría bien relajarme.

—¿Tú y yo de luna de miel en Bora Bora? —Soltó una sonrisa pícar—. Acabaríamos acostándonos ahora que soy libre.

—¿Y eso te supondría un problema? Sabes lo mucho que te quiero, Brooke. Lo bien que congeniamos. —Aproximó la cara con mirada astuta—. Además, si no recuerdo mal, una vez me dijiste que si no estuvieras con Jared, sin duda, te enamorarías de mí.

—Y no mentí, Duke. Eres el hombre más maravilloso que conozco, eres muy especial para mí. —Le acarició la nuca y le besó la frente—. Pero, ahora, necesito estar sola. Necesito desconectar y no meterme en más problemas. —Arrancó el coche de un potente acelerón.

—Entiendo. —Resopló—. El maldito veneno de tu cobra aún te corre por las venas, ¿no es así?

—Exacto. —Le estrechó la mano con cariño—. Por eso tengo que buscar el antídoto de una vez por todas. —Pisó el pedal y, haciendo ruedas, salió

disparada hacia la base.

Con puntualidad militar y como había acordado, Brooke entraba en el despacho de su coronel. Se extrañó un poco al verlo vestido de civil, pero tratándose de Solomon cualquier cosa era posible.

A ese rubio, casi cincuentón, le quedaba muy bien la ropa casual; le hacía parecer más joven y menos serio.

—Buenos días, Brooke. ¿Cómo te encuentras? —Señaló una silla, invitándola a tomar asiento.

—Mejor de lo que se podría esperar, señor. Gracias —contestó acomodándose—. Con mucha curiosidad por conocer su propuesta.

—Me alegra verte sonriendo, te lo aseguro. —Ocupó su lugar al otro lado de la mesa y, señalando la imagen de portada de una revista de cotilleo, preguntó—: ¿Conoces a este hombre?

—¿A John Kasser? ¿La superestrella del *rock*? —Se encogió de hombros—. No sé nada de su vida privada, pero tengo algún que otro CD de su grupo, The Devils, son muy buenos. ¿Por qué lo pregunta?

—El padre de John, Leonard Kasser, es íntimo amigo mío y ha venido a Oahu de visita. ¿Te importaría acercarme a su hotel? Tengo algo de suma importancia que tratar con él.

—Claro, señor. No hay problema. —Asintió pestañeando.

—Seguro que te estarás preguntando qué tiene que ver todo esto con la proposición que tengo para ti.

—A decir verdad..., un poco, sí.

—Pues si me acompañas al hotel Kahala, después podremos hablar del asunto; ahora me urge ver a Leonard. —Se puso en pie, abrió la puerta de su despacho y, haciendo una divertida reverencia, la invitó a seguirlo.

—A la orden, señor. —Sonriente, le hizo un saludo militar.

—Por cierto, ¿te importaría ir vestida de calle? No quiero llamar la atención.

—No hay problema, pero tendremos que pasarnos por mi casa antes, he venido con el uniforme.

—Pues ya que estamos, ponte un vestido bonito. Puede que Leonard nos invite a desayunar en su lujoso hotel.

Tras recorrer los más de cincuenta kilómetros que separaban Shark Bay de Honolulu, el coronel Solomon y la teniente Daniels llegaban a la *suite* Aloha del resort.

—Estás muy guapa, Brooke —comentó Solomon llamando a la puerta de la habitación. Ella llevaba puesto un ligero vestido celeste que resaltaba aún más su dulce y tierna apariencia.

—Gracias, señor. —Se tocó la prenda—. Regalo de mi exsuegra, la pobre está muy afectada.

La puerta de la *suite* se abrió de mano de un hombre que rozaba el medio siglo de vida. El tipo era alto y muy apuesto, a la teniente le pareció demasiado joven como para ser el padre de John Kasser.

—¡Albert! ¡Qué alegría volver a verte! —gritó el hombre, abrazando a Solomon.

—¡Leonard! ¡Cuánto tiempo! —Le palmeó la espalda emocionado, lo que sorprendió a Brooke. —Teniente, permite que te presente a mi mejor amigo, Leonard Kasser.

—Un placer, señor.

—¡Pero qué preciosidad de mujer que te acompaña, Albert! —dijo besando la mano de ella sin resultar zalamero o pedante—. Llámame, Leonard, por favor. Nada de formalidades. Pero entrad, entrad.

—Pues es todo un placer, Leonard. —Asintió, dando un par de pasos al frente.

—¡Con que tú eres Brooke! —Agitó la cabeza—. A mi hijo le va a encantar tenerte cerca. Apuesto a que va a alucinar cuando te vea. Ni protestará. —Le frotó el hombro con cariño—. No tardará en llegar.

La teniente arrugó los ojos al no comprender qué narices quería decir ese hombre con esas palabras. ¿Acaso le había preparado su coronel una cita a ciegas con ese Kasser? Se le erizó el vello solo de pensarlo.

—Aún no se lo he contado, Leonard —reveló Solomon, dándole aviso con la mano—. Será mejor que hablemos antes de que nos sacuda un rechazazo y

salga huyendo.

—¿Señor? —Le clavó una de sus miradas viperinas y, con un ligero mosqueo, añadió—: Aguardo explicaciones.

—Tranquila, Brooke, enseguida te lo aclaro.

—Por favor, seguidme a la terraza, hablaremos más cómodos. He pedido que nos preparen el desayuno. Espero que tengáis apetito.

—Me muero de hambre. —Solomon miró de reojo a su teniente con incipiente nerviosismo al percatarse de la mala leche que a esta le estaba entrando.

—Y yo me muero por saber qué está ocurriendo aquí —musitó ella para sí siguiéndolos hasta el balcón.

Brooke quedó maravillada al salir a la terraza, un amplio rincón de hermosas vistas. El infinito océano contrastaba con un denso jardín de palmeras y de flores, que envolvía a una piscina con delfines y tortugas marinas; una agradable ostentación para la vista.

—Este hotel es precioso —dijo Brooke sentándose a una mesa repleta de comida justo cuando se oyó un golpe en la puerta.

—Ese debe de ser John. Permitidme que le abra.

Mientras Leonard se ocupaba de recibir a su hijo, Brooke aprovechó para poner en sobre aviso a su coronel.

—Señor, espero que no me haya hecho venir hasta aquí para conocer a ese cantamañanas.

—Pensaba que no sabías nada de la vida de John Kasser. ¿Qué te hace pensar que sea un cantamañanas?

—Es solo una expresión, lo siento. —Resopló—. Disculpe, no pretendía ofenderlo. Pero, después de lo que he pasado, ¿no se le habrá ocurrido prepararme una cita a ciegas con ese hombre?

—No, tranquila, Brooke. Es mucho peor que eso.

—¿Mucho peor que...?

La teniente enmudeció al ver a John Kasser accediendo a la terraza. El tipo era más guapo de como se veía por televisión: bastante alto, atlético y tenía

unos ojos azules que hechizaban. No tenía el aspecto de estrella del *rock* que ella esperaba.

Al contrario, no desprendía ese glamur de superestrella hollywoodense tan típico de los famosos e iba vestido de manera casual: vaqueros y camiseta blanca. Podría pasar por un joven aspirante a actor de telenovelas. No era para nada el tipo de hombre que a Brooke le atraía, pero, sin duda, le resultó extrañamente tentador.

—Papá, ¿se puede saber por qué narices tengo que seguirte hasta la terraza? —John se quedó de una pieza al descubrir a un precioso ángel rubio de ojos color turquesa sentada a la mesa del desayuno.

—Tranquilo, hijo, solo quiero presentarte a alguien. —Señaló a sus invitados—. Siéntate con nosotros, por favor.

Tanto el roquero como la teniente arrugaron la nariz e intercambiaron gestos desganados. Parecía que ninguno de los dos estaba al tanto de lo que Solomon y Leonard tenían planeado; y eso no cabía duda de que molestaba a ambos.

—¿Va alguien a decirme qué está pasando? —protestó John, sentándose de mala gana frente a esa desconocida que lo examinaba con actitud punzante—. ¿Qué hace aquí esta gente?

—¿Qué me he perdido? —canturreó un adonis de casi dos metros, entrando tras ellos a la terraza. Al contrario que John, sonreía indiscriminadamente. Al fijarse en la teniente, abrió los ojos en sorpresa y no dudó en presentarse sin aguardar a que ninguno lo hiciese—. ¡Buenos días, belleza! Me llamo Dwayne. —Con sumo desparpajo, se sentó a su lado y, sin dejar de sonreír, le estrechó la mano y se la besó—. Todo un placer para mis sentidos conocerte.

—Brooke, me llamo Brooke. —Escondiendo para sus adentros una sonrisa de complacencia, lo observó divertida. Le pareció un tanto atrevido y coqueto, pero simpático, muy simpático.

El tío estaba cañón: cuerpo esculpido al milímetro, labios sensuales, dentadura perfecta y unos preciosos ojos claros que resaltaban con su tostada piel. Pasaba por poco de los treinta y, sí, este sí que era el tipo de hombre que la cautivaba; al menos por su físico.

—Tendrás que perdonar los modales de mi amigo. —Dwayne señaló al artista. Pero hoy no está de muy buen humor. No te lo tomes como algo personal. John, saluda a esta adorable señorita.

—Hola, Brooke. —Levantó la mano con desgana—. Perdona, pero, como bien dice Dwayne, hoy no estoy de humor para conocer a más *fans*. —Se alzó para alcanzar una tostada y, untando el pan de mermelada, añadió—: ¿Has venido a por entradas para alguno de mis conciertos o te vale con una foto firmada?

La teniente se levantó de la mesa y, mirando a su coronel con pose retadora, expuso:

—Señor, ¿le importaría darme explicaciones? No estoy para circos.

—Lo siento, teniente Daniels. Debería habérselo contado en la base.

—¿Teniente? —Dwayne levantó las cejas y la observó con sonrisa granuja—. ¡Vaya! Justo mi tipo de mujer.

—¡Bueno, vale ya, Romeo! —Ella le dio el alto con la mano y, mirando a Solomon, espetó—: ¿Coronel? ¡Se me acaba la paciencia!

—¡Peleona! Como a mí me gusta. —Dwayne se llevó una fresa a la boca y, con sensualidad, la lamió sin dejar de observar a su presa, quien, al percatarse, puso los ojos en blanco.

—Si me permites, Albert, yo mismo se lo contaré. —Invitando a la teniente a ocupar de nuevo su asiento, Leonard comenzó a explicarse—: Verá, teniente Daniels. Mi hijo lleva sufriendo amenazas de muerte desde hace unos meses.

—¡Ahora lo entiendo! —John se levantó de la mesa indignado y dio una patada a la barandilla—. ¿No me digas que has contratado a esta tía para que me proteja? ¿Una mujer? ¡Venga, no me jodas, papá! Si hasta yo podría tumbarla.

—¡Un momento, coronel! ¿Pretende que haga de niñera de este payaso? —chilló ella señalándolo—. Soy soldado no una tata.

—¿Payaso? —El roquero se encaró a su ofensora—. ¿Pero qué coño te has creído, *guapa*?

—Desde que has entrado por esa puerta te has comportado como tal,

guapo. —Puso los brazos en jarras—. Tú no tendrás el día para conocer a más *fans*, pero yo no lo tengo para perderlo con niñatos estirados.

—¡Niñato! ¡Joder! A esta tía...

—¡Bueno, ya está bien! —gritó Solomon, dando un puñetazo a la mesa—. ¡Que todo el mundo se calme y se siente!

Brooke permaneció en pie, clavándole al roquero una mirada de absoluta repudia. Ninguno de los dos parecía estar dispuesto a acatar esa última orden.

—Hijo, por favor te lo pido, siéntate y escúchanos. Albert ha venido para ayudarnos. Ya has visto lo lejos que ha llegado ese tipo que nos está acechado para hacerte daño.

—John, siéntate, tío —intervino Dwayne—. Tú padre solo trata de ayudarte. No vas a perder nada por escuchar lo que tienen que decir.

El roquero bufó para sus adentros, pero siguió el consejo de su amigo; sin duda, apremiado por la gravedad de la situación. En cuanto a la teniente, continuó en actitud retadora.

—Brooke, no puedo darte una orden aquí, no sería justo, pero te lo pido como amigo: escúchanos; significaría mucho para mí.

La teniente asintió a su coronel, se volvió a sentar y, mirando a Leonard con templanza, preguntó:

—¿Desde cuándo hace que su hijo recibe amenazas?

—Todo empezó hace dos meses: notas desafiantes, pequeños accidentes, trastadas, sustos..., pero mi hijo ha sido reacio a tomarse las amenazas en serio; hasta ahora. —Resopló—. El viernes pasado la mejor amiga de John fue víctima de ese psicópata. Tal vez la conozcas, Brooke, se trata de Kyla Dunes: una famosa escritora de romance.

—No, no he oído hablar de ella, lo siento. ¿Qué pasó?

—Alguien entró en su casa, le cubrió la cabeza con una bolsa de plástico y la estranguló hasta hacerle perder el conocimiento. Por suerte, el marido de Kyla, que es *seal*, apareció antes de que ese salvaje acabara con ella. Viven en Oahu, por eso hemos venido hasta Hawái.

—¡Eso es terrible! ¿Se encuentra bien?

—Está bien, es una mujer muy fuerte y lo superará sin problema alguno —respondió Dwayne—. John y yo hemos estado en el hospital haciéndole compañía hasta ahora mismo. Esta mañana, Leonard nos pidió que viniéramos urgentemente al hotel sin darnos explicaciones. Por eso, mi colega está que echa chispas: no quiere apartarse de Kyla hasta que no le den el alta.

—Entiendo. —Eché una fugaz mirada de condescendencia al roquero—. ¿Cómo sabéis que ha sido el acosador de John la misma persona que ha atacado a Kyla? Que el coronel Solomon y yo estemos aquí me da a entender que no lo han capturado.

—No, ese cabrón se escapó por muy poco y no sabemos quién puede ser, llevaba la cara tapada. —John gruñó y estrujó su tostada.

—Contestando a tu otra pregunta, Brooke, te diré que, no hace mucho, la sirvienta fue a hacer la cama de mi hijo y encontró un par de gallinas muertas y destripadas sobre las sábanas. Lo mismo que hemos encontrado sobre la cama de Kyla.

—Entiendo que es una situación comprometida, pero, ¿por qué tendría yo que vigilar a John? Podéis contratar a un guardaespaldas profesional.

—Sí, eso mismo me pregunto yo. —El roquero frunció el ceño a su padre y, con cierto retintín, añadió mirándola a ella—: Y, a ser posible, que sea hombre: fuerte y letal. No una blandengue cualquiera. —En respuesta, ella bufó divertida.

—No subestimes a la teniente, John —contestó Solomon—. Te aseguro que es perfecta para lo que vamos a proponeros.

—Eso lo dudo mucho.

—John, no te pases, tío. Estoy seguro de que Brooke sabe bien lo que se hace. Es mujer y soldado: una combinación peligrosa; y tentadora. —Dwayne le hizo un guiño y ella volvió a poner los ojos en blanco.

—Nadie, en el entorno de mi hijo, sabe lo que está sucediendo y queremos que así siga. Quienquiera que nos esté haciendo esto conoce bien a John y podría estar en cualquier lugar. Si descubre que lo vigilamos, será más difícil capturarlo.

—Verás, Brooke, el asunto se ha vuelto muy serio. —Intervino Solomon—. La última nota de ese psicópata prometía que primero acabaría con la vida de

los que más quiere John y que luego le tocaría el turno a él. Que ese perturbado haya cumplido su promesa y haya ido a por Kyla los ha asustado mucho. —Señaló al roquero y a su viejo amigo con un golpe de barbilla—. Cuando Leonard me llamó el sábado por la noche y me contó todo lo que había sucedido, pensé que lo más adecuado sería contar con alguien que pudiera pasar desapercibido. Al encontrarte al amanecer en la puerta de mi casa, supe que tú eras la persona adecuada.

—¿Y cómo se supone que voy a pasar desapercibida?

—Haciéndote pasar por la prometida de John.

—¿Cómo? ¡Ni loco! —protestó el roquero—. ¿Fingir ser el prometido de esta tía? ¿Se os ha ido la olla?

—Veamos si lo he entendido, señor. ¿Usted pretende que, además de niñera de este payaso, haga de cebo?

—Lo has pillado a la primera, Brooke. Siendo su prometida, podrás vigilarlo las veinticuatro horas sin que nadie sospeche y, con probabilidad, tú serás la siguiente víctima y podrás cazar a esa sabandija.

—Llamadme iluso, pero ¿cómo se va a creer el mundo y, sobre todo, los que rodean a John que está prometido con alguien que surge de la nada y tan de repente. —Dwayne miró a la teniente de arriba abajo—. Aunque de una belleza así, no sería muy difícil enamorarse a primera vista.

—¡Bueno, basta ya, Romeo!

—Me hace gracia que me llames Romeo, belleza. Mis amigos suelen llamarme casanova. —Le llenó el vaso de zumo en tanto la miraba de forma arrebatadora—. Pero me gusta más como suena Romeo; sobre todo, cuando sale de tu boca.

—Me pregunto, ¿por qué te llamarán casanova? —Sonrió ella.

Brooke no entendía la razón, pero, a pesar de lo plasta que era, Dwayne le resultaba encantador. Tal vez se debía a su mirada magnética y a su actitud sosegada. Tal vez fuese su simpatía, pero, de cualquier modo, Romeo empezaba a conquistarla.

—¿Pero es que a nadie le importa mi opinión? No quiero que una mujer tenga que protegerme.

—¡Cállate ya, John! Los adultos estamos hablando. —Brooke lo reprendió con sonrisa capciosa—. Coronel, Dwayne tiene razón. Nadie se va a creer que este niño y yo estemos prometidos y menos los más allegados a él.

—Bora Bora —contestó Solomon con deliciosa malicia—. John decide tomarse unas relajantes vacaciones para poder empezar la gira de conciertos con fuerza. Os conocéis allí por casualidad y, tras un flechazo, no podéis vivir el uno sin el otro.

—Me niego en rotundo a que esta mujer tenga que protegerme y, ni en broma, a hacerme pasar por su prometido —protestó cruzándose de brazos cual niño mosqueado.

—Tengo una pregunta, señor. ¿Qué pinta Romeo en todo este jaleo? —Ella miró al mencionado sonriéndole—. No te ofendas, Dwayne, pero siento curiosidad.

—Nada de lo que salga de esos labios tan sensuales me ofendería, belleza. —Le lanzó una mirada plácida y arrebatadora—. Permite que conteste yo mismo a tu pregunta: soy íntimo amigo de Kyla y de su marido y, gracias a ellos, de John. Lo protejo mientras esté en Hawái.

—¿Así que también eres *seal*?

—¿Qué me ha delatado, belleza? ¿Mis músculos?

—Que seas íntimo de un *seal*, pero, a decir verdad, me lo ha chivado la chapa militar que llevas al cuello. —Cogió la placa entre los dedos y susurró su apellido con voz seductora—: *Teniente Reynolds*.

—Chica, lista. —Frunció los labios en un gesto sexi—. Como a mí me gusta. Ella le devolvió una sonrisa coqueta.

—¿En serio te pones a ligar con Dwayne, guapa? ¡Claro, como mis problemas no resultan tan interesantes! —Bufó John—. ¿Y pretendéis que esta tía me vigile? ¡Si no me presta ni atención!

Brooke lo miró con sonrisa socarrona por un largo instante e, inclinando el cuerpo hacia el roquero, contestó:

—¿Sabes John? Se me ocurre que podías largarte a Bora Bora con Dwayne y regresar diciendo que, además de salir del armario, has encontrado al hombre de tu vida. Así podrá cuidar de ti un machote: fuerte y letal. Justo

como a ti te gustan los guardaespaldas.

—¿Bora Bora? —Dwayne carcajeó con ganas y le lanzó un divertido beso a su colega—. Resulta muy apetecible. ¿Verdad, muñeco?

—¡Papá! ¿Podemos hablar en privado? —Se levantó muy ofendido y, a paso acelerado, se dirigió al salón.

Leonard siguió a su hijo al interior y, nada más poner un pie dentro del salón, John empezó a quejarse. Mientras tanto, la teniente Daniels y el teniente Reynolds entablaban conversación a la vez que disfrutaban de las maravillosas vistas que ofrecía la terraza.

—Brooke, no te tomes a mal las reacciones que está teniendo John: está muy afectado por lo que le ha pasado a Kyla. Y para colmo, se ha encontrado en el hospital cara a cara con su exnovia y con el nuevo novio de esta. Está muy nervioso.

—Lo comprendo, aunque me resulta un poco machista.

—Para nada, te aseguro que es un buenazo. Cuando pases tiempo con él y empieces a conocerlo, te darás cuenta de que, no solo no es machista, sino todo un caballero.

—Por ti, haré un esfuerzo por llevarme bien con él.

—¿Por mí? —Mirándola embobado, se pegó a ella hasta quedar cadera con cadera—. ¿Tomarías un café más tarde conmigo? Tengo mucha curiosidad por saber más de ti.

Tras casi veinte minutos de palabrería con su padre, John entró en la terraza como un elefante en una cacharrería y, dirigiéndose a Brooke, soltó:

—Aunque dudo mucho de que seas capaz de matar ni a un mosquito, acepto a que me protejas. Pero que te quede algo muy claro: no pienso tolerar esas miradas altaneras que me echas.

—¿Cómo has conseguido que tu hijo cambie tan rápidamente de opinión? —susurró Solomon a su amigo.

—Le he recordado la situación y he dejado caer que, tal vez, yo pueda ser la siguiente víctima —contestó Leonard en voz baja.

Solomon se levantó y, mirando a la fingida pareja, estableció ciertas

normas:

—Tendréis que dormir en el mismo cuarto, y no admito discrepancia alguna. —Miró al cantante dándole aviso—. Brooke será tu sombra y, en público, tendréis que hacer un gran esfuerzo por fingir que estáis enamorados. ¿Qué me dices, Brooke? Sé que te estoy pidiendo demasiado, pero ¿aceptas proteger a John?

—Cuenta conmigo, señor. —Observó a su supuesto prometido con esa mirada guasona que él tanto odiaba—. Eso... si no acabo matándote antes yo misma. —John arrugó la nariz.

—Nadie podrá estar al tanto de la verdad: yo me ocuparé de darte una nueva identidad, Brooke. No pueden descubrir que eres una *skull*.

—¡Joder! ¿Eres una *skull*? —Dwayne la examinó con admiración, a punto de arrodillarse ante ella y venerarla cual diosa.

—¿Qué narices es un *skull*? —preguntó John, haciendo que el resto de los presentes riesen para sus adentros.

4

El cielo estaba tan despejado y tan azul que a la teniente Daniels le daba la sensación de estar buceando bajo las cálidas aguas del Pacífico en lugar de ir surcando el viento; se encontraba envuelta en un estado de paz y de sosiego maravilloso. Siempre que pilotaba sentía las mismas sensaciones: felicidad, libertad y, sobre todo, control absoluto.

Seis JV-28 volaban a su derecha y cinco más a su izquierda, todos en formación en uve. En breve daría comienzo la práctica del día y, como siempre solía ocurrir, Brooke demostraría su maestría a los mandos de su aeronave.

—*Snake eyes*, ¿tienes algo que comentar antes de dar caña a los motores? —preguntó el capitán al mando a su hermana a sabiendas de lo que ella era capaz.

—Sí, Theo. Solo disculparme de antemano por lo que estoy a punto de hacer. —En un pestañeo, Brooke aceleró su JV-28 a la vez que lo invertía sobre sus compañeros de vuelo y, haciendo una maniobra alucinante, se colocaba frente a ellos para tenerlos a tiro—. ¿Listos para morir? —Accionó el botón de disparo, acabando con todos ellos en un suspiro.

—¿Cómo coño has hecho eso, Brooke? —gritó Theo a pesar de haber sido supuestamente desintegrado por ella—. ¡Ha sido la leche!

—Esta mañana hice unos cálculos y tenía curiosidad por saber si esta táctica de ataque funcionaría.

—¡Joder si ha funcionado, nena! Nos has fulminado a todos en menos de diez segundos. ¡Felicidades! —mencionó emocionado uno de sus colegas de vuelo.

—Te felicito, *Snake eyes*. De regreso a la base estudiaremos esta maniobra tan cojonuda y la añadiremos a nuestra tabla de estrategias —comentó Theo—. Ahora, entremos en modo ataque.

Tras dejar bien claro ante sus compañeros *wings* quien era la dueña del espacio aéreo, Brooke se dirigió al despacho de su coronel para concretar los últimos detalles antes de su inminente misión secreta como guardaespaldas de un famoso roquero.

—Buenos días, señor. —La teniente llamó a la puerta, que halló entreabierta—. ¿Puedo pasar?

—Adelante, Brooke. Muy buenos días. Ya me ha comentado Theo que has arrasado en el ejercicio de vuelo de hoy. Me ha dicho que has hecho una maniobra increíble. —Asintió con orgullo.

—Voy a echar de menos a mi mamba. —Así apodaban los *wings* a sus supersónicos JV-28—. Espero que mi nueva misión no se prolongue demasiado.

—Fijo que darás caza a esa sabandija en un abrir y cerrar de ojos. Vayamos al grano. —Le entregó un sobre—. Aquí van los billetes y, entre otras cosas, el pasaporte con tu nueva identidad.

—Sigo siendo Brooke Daniels —comentó ojeando el documento.

—Dudo mucho que mis chicos compren revistas del corazón o que vean programas del estilo, pero seguro que saldrás en varios medios y, si tus compañeros escucharan otro nombre, podrían sospechar. En el caso de que eso ocurriera, yo me encargaré de dar alguna excusa.

»En cuanto a tu nueva identidad: tu pasado militar se ha borrado, solo constan tus estudios universitarios. —Señaló los documentos que ella ojeaba—. Como puedes ver en el informe que te he preparado, y ya que tienes un máster en sistemas de computación en la realidad, serás programadora de video juegos. Es la excusa perfecta para que puedas acompañar a John en todo momento y, sin levantar sospechas, fingir que trabajas desde cualquier punto del planeta.

—Me parece perfecto, señor.

—Brooke, te agradezco muchísimo que hayas accedido a esto. Significa mucho para mí. —Le acarició el hombro—. John es un buen chico, acabareis llevándoos bien; ya lo verás.

—No se preocupe, señor. No creo que la situación pueda ser peor que los más de seis meses que nos hicieron pasar en la selva para superar las pruebas

de supervivencia de acceso a los Skulls. Si pude sobrevivir a todos esos bichos yo sola, seguro que puedo aguantar a John.

—Ahí te doy toda la razón. —Rio a pierna suelta. —Míralo por el lado bueno: conocerás muchos países y vivirás de lujo. Te espera una gira de conciertos por toda América, que dará comienzo en la gran manzana.

—Contactaré con usted tan pronto como llegue a Nueva York, señor, y le mantendré informado de cualquier cosa que vaya descubriendo.

—Buena suerte, Brooke. —Le dio un sentido abrazo—. Y recuerda, nadie, ni tan siquiera tus compañeros *skulls*, pueden saber de esta misión: ambos podríamos meternos en problemas.

—Descuide, será nuestro secreto.

La teniente Daniels abandonaba el despacho de Solomon cuando su exprometido la interceptó por el camino.

—¡Espera, Brooke! —Le cortó el paso.

—¿Qué quieres, Jared? —Se detuvo con pose defensiva y, señalando con la barbilla un feo moratón que este tenía, añadió disfrutando por dentro—: ¿Quién te ha puesto el ojo negro?

—Tu hermano, Theo. —Él se encogió de hombros mientras que ella sonrió con agrado—. Solo quería saber si necesitabas que te llevase al aeropuerto. El vuelo a Bora Bora sale en unas horas, ¿no es así?

—No te preocupes, Duke se encarga de eso. —Continuó andando hacia el ascensor.

—¡Espera! —Titubeante se aproximó—. También quería decirte que he hablado con Janet y...

—¿Que has hablado con Janet? ¿No querrás decir que te la has vuelto a follar? —Le dio un empujón, apartándolo de su trayectoria y prosiguió.

—Déjame que te lo explique, por favor. Sé que aún estás muy enfadada, pero...

—Mira Jared, estoy haciendo un gran esfuerzo por no darte un puñetazo yo también y, aunque no te lo merezcas, por ser civilizada contigo. Así que no me calientes la cabeza.

—Dame ese puñetazo. ¡Adelante, quédate a gusto! —La cogió de la muñeca, obligándola a mirarlo de frente y giró la cara aguardando el golpe—. Pero necesito hablarte de Janet.

«¡Y dale con la puñetera Janet!».

Brooke arrugó los ojos y cerró el puño dispuesta a soltarle un derechazo en la mandíbula, pero cuando él menos lo esperaba, el empuje de ella le estaba rozando la entrepierna, culminando en una fuerte patada en las pelotas. El capitán cobra cayó de rodillas delante de ella y, con lágrimas en los ojos debido al dolor, musitó casi sin voz:

—Brooke, deja que te lo aclare...

—Dale recuerdos a la cuentahuesos, Jared. —Entró en el ascensor y, antes de que las puertas se cerraran, espetó con frialdad—: Espero que seáis muy felices juntos.

Acabada la jornada y tras despedirse de sus compañeros *skulls*, Brooke se encontraba en casa terminando de hacer las maletas en compañía de su amiga Mónica.

—¿A qué hora viene Duke a recogerte?

—Ya debería estar aquí. —El teléfono de la teniente Daniels interrumpió la conversación—. Disculpa, Moni. Lo cogeré fuera.

—Tranquila, luego me vas a contar igualmente a qué se debe esa cara de colegiala embobada que se te acaba de poner.

—Es el tipo del que te he hablado, el que conocí el lunes en la cafetería, Dwayne. —Puesto que no le estaba permitido hablar de su misión secreta, no le quedó más remedio que mentir acerca de cómo había conocido al *seal*. Con sonrisa bobalicona salió a la terraza y, poniendo voz sensual, contestó a la llamada—: Hola, teniente.

—Hola, belleza. ¿Cómo andas? ¿Todo listo para tu nueva misión?

—¿Te refieres a la misión Mary Poppins? —Lo hizo carcajear.

—Sé que debes estar muy ocupada ultimando detalles, pero quería desearte suerte y... —De repente, enmudeció.

—¿Qué ocurre, Romeo? ¿Te has quedado sin habla? —Sonrió con malicia

para sí—. No me lo puedo creer.

—Bueno, quería saber si, a tu regreso, seguiría en pie esa cena que te propuse. —Resopló—. No sé si a una bella *skull* como tú le gustaría pasar tiempo con un simple mortal como yo.

—¿Me tienes miedo, Romeo? Siento que te tiembla la voz.

—Confieso que me tienes un poquito intimidado.

—¿Solo un poquito? ¡Hmm, vas mejorando! ¿Qué tengo que hacer para que a todo un *seal* no le dé miedo pedirme que, a mi regreso, sigamos conociéndonos... más a fondo?

—¿Más a fondo? Deja que me baje el ritmo cardiaco. —Tragó saliva—. Ahora mismo creo que se me va a salir el corazón por la garganta. —Tomó aire y lo expulsó en un soplido—. Te aseguro, Brooke, que nada me gustaría más. Me encantaría saberlo todo de ti, pero...

—No me tengas miedo; no muerdo.

—Disculpa, Brooke, pero Duke acaba de llegar y dice que hay atasco en la autopista. Más vale que te des prisa si quieres coger ese avión —interrumpió Mónica, sacando la cabeza por la corredera.

—Claro, Moni, gracias. Ahora mismo voy. —Suspiró para sus adentros—. Perdona, Dwayne, pero, como seguro habrás oído, tengo que irme.

—Por supuesto. Mientras estés ausente buscaré la valentía que me falta para pedirte una cita en condiciones.

—Para pertenecer a un cuerpo de élite me resultas un tanto cobardica, Romeo. ¡Vamos, que no se diga! —Soltó una sutil carcajada—. Tengo que dejarte. Espero con impaciencia que me pidas esa cita.

—Y yo aguardaré con más impaciencia aún tu regreso. ¿Sabes? Me está dando mucha envidia de John. ¡Quién fuera roquero en apuros! —Gruñó divertido—. ¿Puedo preguntarte una última cosa antes de colgar?

—Dispara.

—¿Quién es Duke?

—¡Vaya, no te oigo! ¡Hola...! ¡Hola...!

—¡Qué mala eres! —Carcajeó—. Que tengas un buen vuelo, belleza. Te

llamaré un día de estos.

—Hasta pronto, Romeo. —Con la misma cara de boba que salió, regresó al interior—. Hola, Duke. Estoy lista en treinta segundos.

—¿Treinta segundos? —protestó Mónica—. Tú de aquí no te vas sin contarme lo de esa llamada.

—¿Qué llamada? —El boina negra arrugó el gesto.

—Nada, nada. Cosas de chicas, Duke. Dame un fuerte abrazo, Moni. —Aprovechando la proximidad de su amiga, le susurró al oído—: Ese Dwayne me hace temblar con solo mirarlo, te lo aseguro, pero no lo comentes con nadie; aún es muy pronto. Te prometo que te llamaré en breve y que hablaremos de lo que ha sucedido.

—Que disfrutes en Bora Bora, cariño. Solo piensa en pasarlo bien.

—Dile a Theo que no se preocupe por mí. —Le pasó la maleta a Duke—. Os quiero. Te llamaré pronto.

Por suerte, la autopista estuvo más despejada de lo que cabía esperar. Una vez que la teniente facturó su equipaje, Duke y ella se dirigieron hacia la puerta de embarque, donde no les quedaría más remedio que despedirse.

—¿Estás segura de que no quieres compañía, diablesa?

—Ya te he dicho que necesito estar sola. —Lo abrazó—. No te preocupes, me pasaré el tiempo buceando y explorando los alrededores. Me mantendré ocupada.

—Te voy a echar mucho de menos. —Le levantó la barbilla y le besó la nariz—. Muchísimo... —Culminó su despedida rozando sus labios en una tentativa de beso romántico, que ella frustró dando un paso atrás.

—Duke, dame tiempo, por favor. Sería contraproducente apresurar las cosas entre nosotros.

—Claro, perdona. —La cogió de la mano y la acercó a él—. Pero es que te voy a extrañar mucho.

El Four Seasons Bora Bora era un pedacito de paraíso donde a la teniente y al cantante de The Devils los aguardaban catorce días y quince noches de... fingido relax. John Kasser era la estrella del *rock* por la que millones de

mujeres de todo el mundo suspiraban, levantaba pasiones a su paso y aceleraba el ritmo cardíaco de cualquier fémica que se acercara a él. Sin embargo, cada vez que este abría la boca, lo único que conseguía avivar en Brooke eran las ganas de abofetearlo.

Dentro de todo lo malo, las hermosas vistas que la recibieron nada más llegar al resort le prometieron una estancia plácida y agradable. El lugar era una absoluta pasada, se levantaba sobre un precioso atolón que estaba rodeado por una laguna de aguas color turquesa. Brooke quedó maravillada ante la espectacular belleza que la envolvía mientras era trasladada en un carrito de golf a un idílico palafito situado al final de una interminable pasarela de madera.

Durante el trayecto del vestíbulo a su alojamiento, no perdió detalle del entorno. Como buen *skull* que era, estudió el terreno, calculó distancias y valoró posibles amenazas: siempre alerta ante cualquier inconveniente.

El carrito avanzaba por la pasarela mar adentro dejando a ambos lados multitud de palafitos. El agua que los circundaba era tan tranquila y cristalina que daba la sensación de que se asentaban sobre un espejo.

Por supuesto, Solomon y Leonard, los productores de la farsa, se habían encargado de reservar las dos últimas y más apartadas viviendas, una frente a la otra, para que el encuentro entre artista y guardaespaldas resultase más fácil.

Durante las dos semanas que tenían por delante, la pareja debía fingir su enamoramiento y dejarse hacer fotos por un paparazi de total confianza a quien, de forma muy conveniente, los productores de la obra habían dado un importante chivatazo acerca del viaje secreto de John. Como era de esperar, su nueva sombra los acecharía a escondidas en busca de una sabrosa exclusiva.

A pesar de que todo había sido planificado al milímetro, el teatro tenía que parecer real, por lo que estaban obligados a sonreír y a llevarse bien mientras pasaran tiempo juntos.

Para no levantar sospechas, el roquero había partido hacia la isla con veinticuatro horas de antelación, con lo que, en breve, daría comienzo el espectáculo.

—Muy amable —dijo Brooke despidiendo al maletero con una buena propina.

—Para servirle, señorita.

El interior del bungalow, forrado en maderas tropicales, presentaba un lujo y unas comodidades sin igual, no faltaba detalle. Brooke dejó el bolso sobre una enorme cama y salió a la terraza, donde la majestuosa montaña de Otemanu, a tan solo un par de millas, le daba la bienvenida. Era como acariciar el paraíso con la mano.

A su derecha, dos tumbonas rellenas un espacio de relax. Por un momento, la imagen de ella y de su exprometido descansando en ellas le turbó el pensamiento.

—Maldito seas, Jared Cooper —musitó cerrando los ojos, intentando borrarlo de su mente.

A su izquierda, descubrió una pequeña piscina, que se camuflaba con el infinito mar. No tenía intención de marcharse de allí sin probarla, tenía una pinta muy apetecible.

De manera inevitable, el capitán cobra volvió a apoderarse de sus pensamientos. Durante un buen rato, permaneció mirando al horizonte, dándole vueltas a todo lo que había ocurrido. Se prometió no volver a llorar, pero una lágrima traicionera comenzó su descenso hasta impactar con la tarima.

—Te veo un tanto distraída. ¿No tienes trabajo que hacer? —Una voz a su espalda interrumpió su postración.

Con gran agilidad, la teniente se limpió los ojos y, disimulando entereza, se dio la vuelta.

—Se suponía que nos encontraríamos más tarde en el restaurante, como habíamos planeado. ¿Qué haces aquí? —Arrugó el gesto al ver a John. Iba con el torso al descubierto y una toalla enrollada a la cintura—. Por favor, dime que llevas algo puesto debajo de esa toalla.

—No te hagas ilusiones, teniente Daniels. No hay nada aquí debajo para ti. —Se deshizo de la toalla y le mostró el bañador que llevaba puesto—. Contestando a tu primera pregunta: mi cabaña está frente a esta y me aburro. Este sitio es un bodrio. Demasiada calma para mi gusto.

—No vuelvas a dirigirte a mi como teniente, idiota. ¿Quieres estropearlo todo?

—Tranquila, mi padre me aseguró que el paparazi no llegaría hasta la tarde y aquí dentro nadie puede oírnos. —Se colgó la toalla al hombro y, dándole la espalda, añadió caminando hacia a la salida—: Pasaré por alto que me has insultado, pero, ya que sigues siendo tan borde, me voy. Te veré en el restaurante.

—No te vayas, John. Perdona, es que estoy algo susceptible últimamente.

—¿Susceptible? Yo diría más bien que vas por la vida con gran altanería —respondió volviéndose y caminando hacia ella—. Pero me gustaría que me contestaras a una pregunta. ¿Por qué eligió Solomon este lugar? Según he oído tenías pensado venir, pero este no resulta ser un sitio para almas solitarias. ¿Qué le ha pasado a la reina de hielo?

—¿Reina de hielo? —Bufó a la vez que se giraba y volvía a perder la vista en el horizonte—. No me lo pongas más difícil, John. Bastante me cuesta ya no estrangularte.

—¡Venga, va! —Se colocó a su lado—. Me portaré bien si me cuentas por qué narices estamos en esta isla.

—Iba a casarme y Bora Bora era el destino que elegimos para la luna de miel, pero, en el último momento, cancelamos la boda.

—¿Cancelamos? ¿Fue de mutuo acuerdo? ¿Con quién ibas a casarte?

—Ya he contestado a tu pregunta, John. No necesitas saber más de mí. —Le echó una fría mirada y regresó la vista al mar.

—Perdona, Brooke. Sé que no es gusto hablar de una ruptura. No pretendía entristecerte. —Tras un luengo silencio, confesó—: En el último año mi vida ha sido un puto desastre. Sé lo que es tocar fondo, lo he experimentado.

—¿Por eso te comportas como un niño malcriado? —Lo miró con indulgencia.

—Entiende que tengo que soportar mucha presión: mis seguidores, los conciertos, las giras, montajes que odio hacer, periodistas que mienten más que hablan... Y ahora ese cabrón que me amenaza con matar a quienes más quiero.

—No te preocupes por eso, yo me encargo del cabrón. —Sonrió con intención de apaciguar su dolor—. ¿Por qué ha sido tu vida un desastre en el

último año?

El roquero la observó con mirada astuta y, comenzando la retirada, contestó:

—Te lo contaré durante la cena, ponte guapa. —Previo a desaparecer por donde había venido, giró sobre sus talones y la miró de nuevo—. Aunque no lo haya dicho antes y me haya comportado como un niño malcriado, te agradezco mucho que estés aquí, Brooke.

—No hay problema. —Asintió con sonrisa amable y, señalando la salida, añadió—: Pero si vuelves a cruzar esa puerta sin mi permiso, te romperé un brazo. ¿Entendido? —Se giró y volvió a perder la vista en el horizonte.

A la hora acordada, Brooke hacía entrada en La perla negra, el lujoso restaurante del resort. John estaba subido a un pequeño escenario y deleitaba al público con una sensual canción.

Montada en unos tacones de infarto y luciendo un escotadísimo vestido rojo escarlata, que dejaba toda su espalda al aire, la teniente seguía al metre hasta la mesa que iba a serle asignada. Se deslizaba por la sala con gran elegancia, parecía moverse a cámara lenta, como un felino que acecha a su presa: su larga melena rubia de puntas onduladas bailaba a ritmo de romance con cada contoneo; sus perfectas caderas se bamboleaban con cada grácil pisada. Y sus grandes ojos turquesa miraban fijamente al escenario.

A su paso, los hombres volvían la cabeza atraídos por su escultural belleza, estaba espectacular. Pero hubo uno que fue incapaz de apartar la vista de ella, John. El roquero se quedó completamente prendado al verla: tenía la sensación de estar contemplando a un ángel.

Ambos se observaron con deliciosa intensidad conforme ella avanzaba hacia el escenario y de los labios del cantante volaban sentidas letras.

«...Solo tu mirada es capaz de poseerme.

Solo tus labios me devuelven la vida.

Tus manos sobre mi cuerpo...

las únicas con el poder de encenderme...».

A tan solo unos metros del tablado, la teniente tomó asiento a una mesa.

Sus ojos seguían contemplando a ese hombre tan guapo que entonaba una preciosa balada y sus oídos se deshacían de gusto ante una voz tan deliciosa y potente. Jamás hubiese imaginado que John le resultaría tan sexi mientras actuaba.

Tras la canción, varias mujeres se acercaron al escenario para hacerse fotos con el famosísimo John Kasser, que, a duras penas, conseguía aguantar los achuchones y besuques; estaba deseando llegar hasta Brooke.

Libre de *fans*, el roquero avanzó hasta la mesa de la teniente y, tendiéndole la mano como si estuviera presentándose, dijo:

—Estás impresionante con ese vestido.

—Pensaba que estabas de vacaciones. ¿Te han obligado a cantar o el espectáculo ha sido por iniciativa propia? —Lo saludó cordialmente.

John hizo una seña al metre para que añadiese un cubierto a la mesa y, observando con agrado las largas piernas de su supuesta pareja, tomó asiento.

—La dirección del hotel me lo ha pedido amablemente, no podía defraudarlos. ¿Te ha gustado la canción?

—¿Desean tomar algo los señores? —preguntó una joven camarera de rasgos aborígenes, que se notaba sonreía a la estrella del *rock* por voluntad en tanto colocaba un plato y unos cubiertos frente a él.

—Tráiganos una botella de su mejor vino. —Mirando a Brooke, inquirió —: ¿Prefieres blanco o tinto?

—Blanco, por favor —respondió sonriendo a la joven.

—Enseguida les traigo el vino; aquí tienen las cartas.

—Gracias, guapísima —dijo John recibiendo los menús de mano de la camarera, que abandonó la mesa colorada como un tomate.

—Tienes imán con las mujeres, cuando no te comportas como un niño malcriado. Todas estaban embelesadas con tu voz —dijo ella haciendo que el roquero soltara una breve carcajada.

—¿A ti no he conseguido embelesarte? —Chasqueó la lengua ante la jovial negativa de ella—. ¡Maldición, qué dura eres! Dime que, al menos, te ha gustado la canción. Es de mi grupo, The Devils.

—Me ha parecido muy bonita, me gusta tu voz.

—Gracias. ¿No me habías escuchado cantar antes?

—La verdad es que no, pero me has sorprendido gratamente.

—Tú también me has sorprendido. —La miró a los ojos—. Estás preciosa, y me gustas mucho más cuando no te metes conmigo.

—Eres muy amable. —Contenía la respiración, los ojos de John la estudiaban de forma hipnótica. Tanto que tuvo que abrir su menú y esconder su nerviosismo tras las páginas—. ¿Sospechas de alguien?

—¡Vaya! ¿Volvemos al trabajo? —Se silenció cuando la camarera le mostró una botella de Montrachet del 89, aguardando su aprobación—. Es perfecto, gracias, guapa.

Mientras la joven abría la botella y les servía un vino que costaba más de siete mil dólares, la pareja continuó con su teatro comentando los exquisitos platos que había en la carta.

—¿Saben ya lo que van a tomar?

—Yo tomaré el *Tamaaraa*, sea lo que sea eso —murmuró John sonriéndola.

—Es un plató típico de Bora Bora: rollitos de carne y verduras envueltos en hojas de banano. Delicioso, señor Kasser.

—¡Excelente, guapa! —Asintió—. Y tú, encanto, ¿sabes ya lo que te apetece?

—Tomaré lo mismo, gracias. —Le devolvió la carta a la camarera, mirando a John con gesto divertido.

—Estará listo en unos minutos. Que disfruten del vino. —Se retiró con su sonrisa imborrable.

—¿Por qué me miras así?

—¿Encanto? ¿De verdad le hablas así a las mujeres?

—¿No te gustan los cumplidos? —Dio un sorbo al vino.

—Sí, pero solo los cumplidos de corazón. Las frases de superestrella me resultan irrisorias. —Tomó su copa y, sin dejar de mirarlo con gesto burlón,

bebió de su Montrachet.

—Recibido. Intentaré comportarme como un hombre de treinta y dos años. —La invitó a chocar copas—. Como iba a decirte antes de que nos interrumpieran, sospecho de todos y de ninguno. No creo conocer a nadie tan loco como para poner gallinas muertas sobre la cama de alguien, intentar estrangular a una persona o golpear a un guardaespaldas con un bate de béisbol en la cabeza.

—¿Alguna *fan* o exnovia despechada? Dwayne me comentó que habías visto a tu ex en el hospital y que te afectó mucho. ¿Qué pasó?

—¿Yo sí tengo que contarte mi vida privada, pero tú no puedes ni decirme con quién ibas a casarte? —Arrugó una ceja.

—Yo intento encontrar a un criminal, tú solo curioseas.

—Me has ofendido. —Le sirvió un poco más de vino—. No soy un cotilla, solo me intereso por las personas que me rodean.

—Contéstame, por favor. Necesito saber todo acerca de ti para poder hacer mi trabajo.

—Caroline y yo estuvimos juntos unos meses. Es la hermana del marido de Kyla, y ellas son muy amigas. Por eso la vi en el hospital.

—¿Qué hizo que lo vuestro no funcionara?

—Que no todo el mundo soporta vivir rodeado de admiradores, paparazis, cámaras y gente a la que jamás has visto, pero que te habla como si fuerais íntimos.

—Sí, entiendo que no sea fácil. ¿Todavía la quieres?

—Llegué a encariñarme mucho con ella, la echo de menos. Pero hasta ahora solo ha habido una mujer por la que lo dejaría todo, y a Caroline le molestaba.

—¿Y quién es esa afortunada?

—Kyla.

—Por eso la atacaron, ¿verdad? —Arrugó el gesto—. ¿Quién sabía sobre tus sentimientos hacia ella?

—Se nota que no eres seguidora de The Devils. Todo el mundo sabe lo que

siento por ella: Kyla es mi amor platónico y lo he dicho miles de veces en público. Podría haberlo oído cualquiera.

—Siento no ser seguidora de tu música. Intentaré ponerle solución. — Encogió un hombro—. Dime, ¿por qué ha sido tu vida un desastre en el último año? ¿Ha sido por lo de Caroline?

—¿Es curiosidad propia o solo necesitas información para poder hacer tu trabajo?

—Ambas cosas. —Frunció los labios—. Nunca antes había cenado con una celebridad.

—Y te está gustando más de lo que esperabas. ¿A que sí? —Sonrió con astucia.

—Bueno, por el momento, no siento ganas de estrangularte.

—Cuéntame algo de ti. ¿Qué es un *skull*? El otro día me sentí como un idiota, parecía ser el único que no sabía de qué hablabais.

—Verás, los *Silver Skulls* somos un grupo de élite compuesto por SEAL, Boinas Negras, Cobras y *Wings*.

—Déjame adivinar, Brooke: eres una cobra y tu picadura es mortal. — Comenzó a carcajear, pero, al percatarse de la mirada glacial que ella le estaba lanzando, se detuvo en el acto y tragó saliva—. Perdona, era una broma.

—Nunca he mordido a nadie, pero creo que, en tu caso, haré una excepción. —Levantó las cejas—. Soy del comando de los *Wings*: piloto de cazas. Aunque, a veces, me toca hacer de niñera. —Él puso los ojos en blanco y acabó bufando una sonrisa.

—¿Piloto de cazas? ¡Vaya! —Asintió con admiración—. Eso explica qué hace una mujer de constitución delicada como tú entre mastodontes. No te ofendas, por favor. Es solo que me resulta muy difícil de creer que puedas hacer de niñera... —Sacudió la cabeza—, digo de guardaespaldas conmigo.

—¿Aún no confías en mí para protegerte? —Achinó los ojos y dio un sorbo a su vino.

—A decir verdad, te veo más como modelo o actriz. —Alzó la mano y aclaró su idea—. Lo digo como cumplido. Me refiero a que eres muy guapa y

a que tienes un cuerpo espectacular. A primera vista, no me pareces una mujer guerrera y peleona.

—Tranquilo, no me ofendo. Por desgracia, eso es algo que piensa mucha gente, hasta que los hago cambiar de opinión. —Se puso en pie—. Disculpa. Voy al baño.

—¿Y qué haces para obligarlos a cambiar de opinión? —La observó con gesto guasón.

Brooke se acercó a él hasta casi rozarle el cuerpo. Posó una mano en su hombro, se inclinó y, sonriendo como si le estuviera contando algo gracioso al oído, susurró:

—Les doy una paliza y los envío al hospital un par de semanas. ¿Te apetece probar mi método?

Tras dejarlo planchado, se dirigió hacia el aseo sin que John pudiera apartar la vista de sus andares de pantera. Sin duda, esa mujer tan excitante estaba despertando algo insólito en él.

5

La primera prueba de fuego entre la ficticia pareja también resultó bastante satisfactoria para Brooke. La teniente no solo no había sentido deseos de estrangular al roquero, sino que empezaba a sentir simpatía por él.

Exceptuando algún momento que otro de tirantez, el resto de la cena transcurrió con tranquilidad; se ciñeron al papel que se les había encomendado y se dejaron llevar por el momento. Ambos resultaban excelentes actores o empezaban a llevarse bien, muy bien.

Tras tomar un par de copas en el Huhilea bar, regresaron a sus respectivos palafitos dando un paseo muelle adentro. A punto de llegar a sus alojamientos, Brooke volvió a sacar un tema:

—Al final no me has contado por qué este último año tu vida ha sido un infierno.

—A parte de lo que está pasando con ese chiflado que me acosa, un poco de todo, supongo. Ser estrella del *rock* no es tan divertido como la gente pueda pensar.

—¿A qué te refieres?

—Me encanta subir al escenario y darlo todo. Créeme, soy feliz. Pero, a veces, siento que el precio que tengo que pagar por ello es demasiado alto. — Se detuvo y descansó las caderas en la barandilla que protegía la pasarela de madera—. Lo mío es cantar y no tener que hacer el paripé ante el mundo para poder seguir en el candelero. Me gusta pasar el rato con la gente a quien quiero y no estar rodeado de desconocidos y verme obligado a fingir que me encanta. Eso lo odio.

—Explícate, por favor.

—Por ejemplo, hace un par de años, me tocó ser el premio gordo de un concurso de televisión: Enamórate de mí. Héctor King, el dueño de la cadena de hoteles King, me contrató para que la ganadora del dichoso concurso

pasase una semana de ensueño junto a mí en uno de sus resorts. El fin era publicitar uno de los hoteles King mientras nos grababan haciendo que lo pasáramos de fábula y que me enamoraba de la chica. Puede que ella lo pasara genial, pero para mí fue una jodida pesadilla, tuve que fingir todo el tiempo.

—Si odias ese tipo de cosas, ¿por qué lo hiciste?

—No tuve más remedio. Mi padre había invertido gran parte de sus ahorros en Empresas King. No quise que tuviera problemas: papá ha sido mi mánager y mi apoyo desde que empecé en la música. Él lo ha sacrificado todo por mí. Ha estado ahí en todo momento por mí, por lo que ni me lo pensé.

»¿No crees que tener que fingir enamorarse de alguien por un maldito programa de televisión es algo frustrante?

—Déjame pensar... —Apoyó el pandero en la baranda y, con un tono tremendamente burlesco, respondió—: ¿Pasar tiempo junto a un completo desconocido en un resort de lujo y fingir que me enamoro de él? ¡Noo! Yo no podría hacer algo así. Lo mío son los aviones. —Lo miró seria por un segundo y, de pronto, empezó a partirse de risa.

—¡Vaya! Lo siento mucho. —Se golpeó la frente—. No había visto la similitud. Ahora entiendo que estés tan molesta conmigo. Te estoy haciendo lo mismo que me hicieron a mí. —Bufó.

—Tranquilo, lo hago encantada. Los *Skulls* somos una gran familia y si papá, en este caso Solomon, me pide que haga algo, ni me lo pienso. Por mucho que me apetezca estrangular a alguien.

El roquero se incorporó, se plantó de frente a ella y, retirándole el pelo de los ojos, musitó:

—Creada por los dioses. —Le soltó una sonrisa encantadora en tanto se la comía con los ojos.

—¿Cómo dices? —Pestañeó.

—May ti pora: creada por los dioses, así llaman los nativos a Bora Bora.

—¿Tratas de hacerte el seductor conmigo? ¿De engatusarme como a la chica del programa? Porque no te va a funcionar.

—En absoluto, pero tienes que admitir que la cosa va mejor de lo

esperado entre nosotros. ¿Aún sientes ganas de estrangularme?

Ella posó la mano en el hombro de él, tiró para acercar su cuello a la boca de ella y, casi rozando su piel con los labios, susurró:

—¿Estrangularte? No. —Aprovechando la distracción del roquero, alargó su otra mano y, haciéndole una llave imposible, lo puso de espaldas a ella—. Pero morderte cual cobra, sí. —Saltó a caballito sobre la espalda de él y le dio un pequeño bocado en el cuello.

—¿Cómo diablos has hecho eso? —Carcajeó sin parar—. ¡Ha sido increíble!

Brooke bajó de la espalda del cantante y, cogiéndose a su brazo, lo invitó a seguir avanzando.

—¿Crees que podrás fiarte de mí, John? La confianza en un equipo es primordial.

—Visto lo visto, sin duda. ¡Wow! Me has impresionado, no te hacía yo tan fuerte.

—¿Puedo preguntarte algo? ¿Cómo es que Kyla solo ha llegado a ser tu amor platónico? Un tipo guapo y famoso como tú podría conseguir a cualquier mujer que se propusiera.

—¿Te parezco guapo? —Acercó la cara a la de ella, haciéndole poner los ojos en blanco y reír—. Simplemente no me ama. Kyla es... mucha Kyla. —Sonrió con cariño—. Es una mujer muy especial: es pasional, independiente, con carácter, fuerte, luchadora, preciosa. —La miró a los ojos—. Te pareces mucho a ella.

—¿Cómo puedes decir que me parezco a ella? —Abrió la puerta de su bungalow y apoyó la espalda en el perfil—. Apenas me conoces.

—¿Estás de broma? —Dio un paso al frente hasta arrinconarla contra la puerta—. Una mujer piloto, que pertenece a un cuerpo de élite, tiene que ser fuerte, luchadora y con carácter. —Aproximó la boca a su mejilla y, tras deslizar sutilmente los labios por ella, le dio un beso de buenas noches—. Y tu belleza es algo más que evidente.

—¿Qué me dices de la pasión? —Susurró teniendo la boca de él a pocos centímetros de la suya.

—Por muchas miradas gélidas que me echés, tus ojos no mienten: eres pasional y romántica hasta la médula. —Repitió su casto beso en la mejilla—. Buenas noches, Brooke.

—Buenas noches, John. —Musitó para sí según él se alejaba.

La teniente entró apresurada en su palafito, conectó su reproductor de música a unos altavoces Bluetooth que había en el salón y, con el pulso acelerado, buscó a uno de sus grupos favoritos: The Devils. Cuando *My true love*, una alegre melodía, comenzó a sonar, se puso a bailar al ritmo de la música y siguiendo la letra a la perfección.

John, que había vuelto para concretar la hora a la que se verían al día siguiente, reconoció su música y no pudo evitar echar una ojeada por la ventana. El corazón empezó a latirle con fuerza y los ojos se le salían de las órbitas al ver a Brooke bailando: sus movimientos eran lentos, sensuales. Se quedó sin respiración cuando ella se quitó los zapatos y empezó a desabrocharse el vestido. Una vez la prenda se deslizó por sus hermosas caderas y la vio enfundada en su sexi ropa interior, se vio obligado a despedirse.

—Buenas noches, mi pequeña mentirosilla —susurró para sí mismo al comprobar que sí que conocía a su grupo.

Feliz por descubrir que tenía otra *fan*, regresó a su bungalow y la dejó bailando y cantando al ritmo de *My true love*.

Brooke pasó casi toda la noche despierta escuchando música. Tras el subidón otorgado por la potente voz de John Kasser, se acomodó en una de las tumbonas de la terraza y, emborrachándose de melodías lánguidas, comenzó a pensar en cómo hubiera sido su luna de miel junto a Jared. No derramó ni una lágrima, pero permaneció en estado vegetativo hasta que el peso de la tristeza la dejó dormida. Ese maldito cobra había vuelto a envenenar su corazón.

Cuando volvió a abrir los ojos el dolor se había esfumado. Con la luz de la mañana, todo parecía estar en calma y brillaba cual paraíso. La superficie del agua reflejaba los intensos rayos de sol, incrementando la tonalidad turquesa de la laguna. Sin duda, era la solemne promesa de que iba a ser una jornada feliz.

—Buenos días, Brooke. —La teniente, aún en la tumbona, se sorprendió al descubrir a John accediendo a su palafito por las escaleras que conducían al

agua.

—¿No te quedó claro que si volvías a entrar sin permiso te rompería un brazo? ¿O es que aún no me crees capaz de hacerlo?

Con una sonrisa taimada acompañada de una mirada bribona, el roquero se acercó a ella y le dio un beso en la mejilla.

—Permite que te corrija: me dijiste que me partirías el brazo si entraba por esa puerta. —Señaló la entrada principal—. Como has visto, esta vez he usado las escaleras.

—Muy gracioso. —Entrecerró los ojos—. ¿Cuál es el plan para hoy? Y más te vale que sea entretenido, las ganas de estrangularte han vuelto.

—¿Qué te parece volar por la laguna? —Ella abrió los ojos con gusto—. He alquilado una moto de agua.

—¿Me dejarás conducirla? —Sonrió traviesa.

—Solo si te portas bien conmigo. —Se fijó en la camiseta con un simpático mono rapero que ella llevaba puesta y sonrió—. Vamos, ponte el bikini. Desayunaremos en mi cabaña y luego iremos a divertirnos.

Bora Bora rezumaba belleza por sus cuatro costados, los variados tonos azulados del agua contrastaban con el penetrante verde que envolvía la isla. La paz que se respiraba en el aire mezclado con el dulce olor a flores que sembraba el ambiente consiguió calmar los sentidos de Brooke. Deslizarse a toda velocidad por la superficie de la laguna y empaparse de su encanto le había resultado casi tan relajante como surcar el cielo con su JV-28.

Tras una noche de tortura, como la que había pasado pensando en su cobra, necesitaba distraerse. John la había hecho olvidar toda experiencia traumática. Se había reído tanto con él a lo largo de la mañana que la estrella del *rock* había conseguido que su reciente pasado desapareciera como por arte de magia. Él conquistaba su corazón con cada mirada y la tentación de estrangularlo desaparecía con cada sonrisa.

El roquero salió de la laguna y condujo mar adentro a toda velocidad hasta que se detuvo en medio de la nada. A simple vista, no había un alma en varios kilómetros a la redonda. Tan solo se apreciaba la silueta del monte Otemanu en lejanía.

—¿Por qué nos paramos aquí, John?

—Me apetece darme un baño sin nadie alrededor. ¿Qué te ha parecido el paseo? —Se lanzó al agua.

—Este lugar es una pasada.

—Hace mucho calor, ¿por qué no me acompañas?

—Mejor me quedo en la moto, no sea que la corriente nos aleje de ella.

—Háblame de ti, cuéntame algo de tu vida. Yo te he contado muchas cosas personales sobre mí.

—¿Y qué quieres saber? —Pasó una pierna por encima del asiento y quedó sentada mirando hacia él.

—¿Con quién ibas a casarte?

Brooke volvió la cabeza y perdió la vista en el infinito azul.

—Perdona, no pretendía entristecerte. Si tanto te duele hablar de ello, ¿por qué eligió Solomon este lugar? ¿Por qué no cualquier otro?

—Porque cuando cancelé la boda le dije a mis compañeros que me vendría sola a Bora Bora para pensar y relajarme. —Chasqueó la lengua—. Mala idea. Cada vez que veo esas tumbonas vacías en mi habitación...

—Lo siento mucho. Así que, ¿le dejaste tú?

—¿Por qué te interesa tanto saber qué ocurrió?

—Porque quiero saber hasta qué punto estás esforzándote por no romperme el cuello. Acabas de sufrir una ruptura y te han obligado a hacer de niñera conmigo. ¡Me asombras! Yo no tendría tu fuerza, tu entereza.

—Tal vez sí que me tendría que haber dedicado al cine. Si crees que estoy entera, es que soy buena actriz.

John nadó hasta la moto y, acariciándole el tobillo, dijo:

—Te prometo que te recompensaré por esto. Significa mucho para mí que estés aquí. Sobre todo, después de lo que te ha pasado.

—Gracias, John. Pero no tienes que recompensarme. Aunque en algún momento te haya dado la sensación de que te odiaba, entiende que no eres tú. Se debe a la situación que me rodea; a veces, me supera todo esto. —Resopló

—. Por cierto, ¿te gusta el pescado?

—Sí, no es mi comida favorita, pero si saben prepararlo no está mal.

—Genial, porque tienes un tiburón a un par de metros a tus seis. Sin mirar atrás, el roquero se subió en un abrir y cerrar de ojos a la moto de agua, haciendo que ella estallara en una enorme carcajada.

—¿Te diviertes? ¡Joder, es enorme! —gritó al ver al escualo rozando la moto—. ¿Qué hace un bicho de esos por aquí? ¡Mierda! ¡Ahí hay dos más!

—¿Tú qué esperabas encontrar aquí en medio de la nada? ¿Patos salvajes? ¿Tal vez pingüinos? —Carcajeó—. Tranquilo, los tiburones de punta negra son inofensivos.

—¿Cómo lo sabes? ¿Es que esa especie no tiene dientes? Estaremos en el Pacífico, pero apuesto a que esos bichos no tienen nada de pacíficos. —Riendo, se dio la vuelta para quedar frente a ella—. Gracias por no dejar que me coman. Espero que ese paparazi no nos esté vigilando ahora mismo. Cualquier foto que me hubiera sacado me haría quedar como un auténtico gallina.

—A menos que disponga de tecnología Skull, no creo que eso sea posible.

—Te sorprendería ver las fotos que han conseguido hacerme a lo largo de mi carrera. Ese tipo podría haberse metido dentro de uno de esos tiburones con tal de sacar una buena exclusiva. —Brooke volvió a desternillarse y, cuando se silenció, ambos quedaron mirándose con sonrisa inquieta.

—Lo pillé con dos mujeres.

—¿Cómo dices? —Pestañeó confuso.

—A mi exprometido, lo encontré en la cama con dos mujeres la noche de nuestra despedida de solteros.

—¡Joder! Lo siento mucho, Brooke. —Cogió la mano de ella y la llevó contra su corazón—. ¿Cómo pudo hacerte algo así? ¡Menudo cabrón! —Gruñó y le besó la palma—. Si me echo a ese mamarracho a la cara le soltaré un buen puñetazo.

—Es un *skull*, un capitán cobra. Dudo que puedas si quiera acercarte a él, pero gracias por tratar de defenderme.

—¡No me importa quién sea ni lo que sea! Si ese cerdo te ha hecho daño, se va a enterar. Ya encontraré la forma de hacérselo pagar, te lo aseguro. —Tras bufar, volvió a besarle la mano—. Para pertenecer a un comando de élite me parece un perfecto gilipollas.

—¿Qué tiene que ver que mi exprometido sea un *skull* con lo que ha hecho? —Arrugó la nariz divertida, pero, en su interior, tenía el estómago encogido: se sentía halagada y sorprendida ante la reacción de John. Apenas había visto a ese hombre dos días seguidos, pero él estaba dispuesto a vengarse de Jared por ella; incluso sabiendo que era un cobra.

—Se supone que debe ser un tío listo, ¿no? Pues me parece de gilipollas hacer lo que ha hecho. Si yo fuera a casarme con una mujer como tú, ni colocado se me hubiera pasado por la cabeza irme con otra.

—Bueno, en su defensa diré que lo drogaron. —Encogió un hombro—. Estoy segura de que fue así.

—¿Lo defiendes? —Levantó las cejas y la observó con sonrisa condescendiente—. Aún lo amas, ¿verdad? —Aguantó la respiración hasta oír su respuesta.

—Creo que con Jared me pasa lo mismo que a ti con Kyla: he comprendido que es un amor imposible... —Inhaló con fuerza mirándolo con abatimiento—. Pero eso no significa que deje de quererlo.

—Te comprendo. —Le acarició la mejilla—. Si tú fueras mía..., no permitiría que estuvieras triste ni un segundo. —Tras hacer que el vello de ella se erizara, en un tono más animado, prosiguió—: Y ya que se supone que vas a ser mi reina, tendré que hacer algo para conseguir que sonrías y olvides a ese capullo. —Le guiñó un ojo.

—¿Y qué tiene en mente su merced? —Arrugó la nariz divertida.

—¿Le gustaría a mi reina domar a este corcel? —Señaló hacia su entrepierna, pero, de inmediato, agitó la cabeza—. Perdona, eso ha sonado fatal. —Entre risas, atizó el vehículo cual rocín—. Me refería a la moto, no a mí.

—Tú sí que sabes cómo hacer feliz a una dama. —Soltó una enorme carcajada.

Después de templar sus risas, se observaron fijamente. La sonrisa de John

era como un balón de oxígeno para Brooke; sus ojos, un imán del que costaba desprenderse y sus labios, un tentador aperitivo.

«¿Cómo puedo haber pasado de querer estrangularlo a desear besarlo? ¿Qué me está ocurriendo?».

Al cantante le costaba respirar, la mujer de intensa mirada que tenía frente a él le dejaba sin aliento, petrificado. Su arriesgada profesión y esa personalidad suya tan fuerte y decidida lo frenaban hasta el punto de que no le salieran las palabras, pero esa extrema belleza natural que poseía y esa muestra de confianza que acababa de concederle le dieron el empujón necesario.

—Sabes que en algún momento de nuestra estancia aquí tendré que besarte, ¿verdad? —Tragó saliva—. Por lo del paparazi.

—Si es por eso, démosle la exclusiva que busca. No sea que esté escondido dentro de uno de los tiburones.

Muy despacio, sus bocas fueron aproximándose hasta rozarse en un suave beso. Los labios de la teniente resultaron para el roquero deliciosa miel, como el más placentero de los chocolates saboreados por primera vez.

Un estado de excitación sin igual atacó su interior hasta el punto de dejarlo sin aire en los pulmones. Tras exhalar un suspiro, él apartó la cabeza para mirarla a los ojos y embriagarse de su exuberante hermosura.

—Eres preciosa —consiguió decir nervioso. Se pasó la lengua por los labios y, muerto de hambre, le tomó la cara entre sus manos y la atrajo con renovada ansia hacia su boca.

Brooke creyó derretirse al sentir la lengua que la conquistaba acariciándole los labios, explorando su paladar, hundiéndose hasta el fondo con suma delicadeza. Cuando el roquero deslizó las yemas de los dedos por la espalda de ella y la estrechó contra su torso desnudo ella sintió cómo una ola de placer se apoderaba de su cuerpo; cómo toda su piel se erizaba y su entrepierna se humedecía. Cada pasada era más deliciosa, más adictiva; abrasadora.

«¡Dios! ¿Qué me está pasando?».

Finalizado el beso, ella sonrió, se levantó y se lanzó al agua, pasando justo entre medias de dos enormes tiburones.

—¿Te has vuelto loca? —gritó poniéndose en pie, dispuesto a saltar al rescate.

Cuando la teniente salió a la superficie, lo miró sin decir nada. Dando lentas brazadas se aproximó a la moto. En su mente aún saboreaba el subidón, estaba en otro mundo.

—¿Tan mal beso que prefieres lanzarte al agua con esos tiburones? —Negaba sonriente con la cabeza, sin poder creer el valor que esa mujer tenía nadando entre esos bichos enormes que casi le rozaban el cuerpo.

—El beso ha sido perfecto, solo necesitaba refrescarme.

—Sube, por favor, me estás poniendo nervioso. —Alargó la mano para ayudarla.

—De acuerdo, pero ahora cabalgo yo, mi señor —respondió risueña.

De regreso a la laguna, ambos permanecieron en silencio, pensando en lo que había ocurrido. Ninguno de los dos conseguía entender a qué se debía esa atracción tan fuerte que acababan de experimentar al besarse. Había sido una sensación tan explosiva que daba miedo.

Ella pensó que, tal vez, podría tratarse de venganza disfrazada de libertad. Puede que su mente le estuviera pidiendo a gritos que olvidara a Jared y su entrepierna *que se la devolviera*.

En cuanto al roquero, al besar a Brooke tuvo la misma sensación que cuando conoció a su amor platónico. Había topado con una mujer que, en un principio, le había puesto en su sitio, pero cuya belleza y forma de ser habían sido capaces de doblegarlo.

A partir de ese momento, el comportamiento entre la pareja fue cauteloso, como si ese beso no hubiese existido jamás. Parecía como si ambos se hubiesen decantado por seguir fingiendo que se gustaban ante un objetivo oculto. Sin embargo, después de lo ocurrido, la palabra fingir había quedado para el recuerdo, obsoleta.

Como John había prometido, hizo lo imposible para que Brooke fuera feliz y dejara atrás lo ocurrido con ese estúpido cobra. No solo lo hacía por ella, el interés también era propio: estaba dispuesto a conquistarla, costara lo que costara; y para ello necesitaba distraerla.

Para su propósito, pidió a Eloni, el mayordomo que el resort había puesto a su disposición, que le organizara y reservara las mejores excursiones y actividades disponibles en la isla con idea de impresionar a una mujer. Cada noche, Eloni descubría al cantante una forma diferente con la que sorprender a su chica. Sin duda, el joven fue muy bien recompensado.

La primera aventura consistió en una romántica excursión en 4×4 para conocer los principales atractivos de la isla. Brooke estaba encantada con el paseo. Cada lugar que encontraban era más imponente al anterior. El contraste de colores era todo un lujo para la vista y el ambiente se antojaba de lo más relajante.

La primera parada fue en lo alto de un mirador, sencillamente espectacular. Incluso acostumbrada a la brutal belleza de Hawái, la isla consiguió arrebatarse varias exhalaciones de fascinación. Miles de exóticas especies se agrupaban creando una auténtica selva que se veía salpicada por flores y plantas de intensos colores. A lo lejos descansaba el señorial monte Otemanu con una corona de bruma que ocultaba su cima; podría decirse que se trataba de una visión sublime.

—Me encanta este sitio, John. —Admiraba el horizonte—. Has sabido elegir bien la excursión.

—Me gusta que te guste. Verte sonreír es todo un regalo, te lo aseguro. —Le ayudó a liberarse el pelo de la coleta que ella misma había empezado a deshacerse—. Si tienes mucho calor, hay una laguna cerca. —Abrió el maletero y sacó una cesta—. Vayamos a explorar y, de paso, podemos comer allí.

—¿Has traído un pícnic? —Levantó las cejas—. ¡Wow! Vas a conseguir ponerte en el *top ten* de mi lista de preferidos.

—Apuesto a que cuando veas la comida tan deliciosa que tengo preparada para ti en esta cesta subo hasta las tres primeras posiciones. El postre fijo que me garantiza la segunda. —Señaló un camino y le ofreció la mano—. Vamos. Creo que es por allí.

La pareja se adentró por una senda un tanto tupida de vegetación, un lugar selvático y hermoso. A los cincuenta metros, un enorme promontorio de piedra les dio el alto.

De entre las grietas más elevadas brotaban sutiles chorros de agua que

caían por las paredes a un depósito natural. La estación húmeda estaba a punto de dar comiendo en el hemisferio sur, pero, hasta entonces, la laguna parecía un gran charco.

—Qué pena que la laguna esté seca —comentó John dejando la cesta en el suelo—. Seguro que esta cascada sería preciosa de ver.

—Al menos aún cae agua por las paredes. —Ella se descalzó, se adentró en la enorme charca y se acercó a un chorro—. ¡Está muy fría! —murmuró lavándose la cara con las manos.

John se aproximó y, al ir a refrescarse, ella le salpicó toda la camiseta.

—¿Así que quieres jugar, traidora? —Tomó agua con las manos e hizo amago de lanzársela, pero cuando ella cerró los ojos esperando el impacto del agua fría, él la levantó por las caderas y la metió bajo el chorro—. ¿Sigue estando tan fresquita?

—¡Está helada! —Reía—. Compruébalo tú mismo. —Alargó la mano y lo metió con ella bajo el agua.

—¡Dios! ¡Cómo puede estar tan fría! —Carcajeaba—. ¡Eres diabólica, Brooke! —Suavizando el tono de voz, susurró—: Y te prometo que me encanta. —Con fuego en las pupilas, la arrinconó contra la húmeda pared y pegó el torso al de ella—. ¿Sabes? Me encantó besarte en medio del océano y... —El agua resbalaba por sus espaldas, ella tenía el vestido empapado y los pezones se le transparentaban bajo la fina tela, una sensual visión para él, que, con la respiración agitada, no pudo evitar deslizar los dedos por el pecho empapado de ella y rozarlo en una caricia—. Y, he de confesar, que estoy deseando volver a hacerlo.

—Si ese es el postre que va a conseguirte la segunda posición, ¿a qué estás esperando? ¡Bésame!

El cantante la cogió por la nuca y selló sus labios a los de ella. Según la lengua de la teniente se paseaba por la boca de él, la entrepierna de este crecía de forma inevitable. Deseoso por sentirla más cerca, escurrió las manos hasta las nalgas de ella y la levantó a horcajadas. Tener a Brooke entre sus brazos, besándola con febril voracidad bajo el hilo de agua, era como conseguir el más preciado de sus sueños. Se sentía flotar en una infinidad de sentimientos que estaban despertando a su adormecido corazón.

Por otro lado, la cabeza de ella era incapaz de pensar, era como si todo el veneno que había acumulado en el último año se estuviera evaporando de sus venas; y eso la hacía sentirse bien, libre.

Después de haber degustado una deliciosa comida campestre, la pareja permaneció sentada a la orilla de la laguna bajo la sombra de un frondoso árbol. Ella estaba sentada en el regazo de él y se miraban cara a cara.

—Contigo me siento como un niño que ve la lluvia por primera vez, te lo prometo —susurró retirándole el pelo de la cara—. Por favor, dime que también sientes algo especial; dime que nuestros besos te hacen levitar, que tiembles con cada roce de mi piel.

—Besarte me ha gustado mucho, creo que la palabra levitar se queda corta. —Exhaló un suspiro—. Pero... necesito tiempo para decirte lo que siento. Nunca se me ha dado bien demostrar mis sentimientos.

—Te asusta que todo esto esté pasando tan deprisa, ¿no es así?

—A decir verdad..., sí. Hasta hace unos días mi cabeza era un completo desastre, no dejaba de darle vueltas a todo. Sin embargo, desde que estoy contigo, no soy capaz ni de pensar. —Achinó los ojos en un gesto de incertidumbre—. No sé qué me está pasando. Es como si fueras el antídoto que necesitaba.

—Te prometo que pienso cuidar de tu corazón hasta que se recupere del todo. —Se tumbó llevándosela consigo, dejando la cabeza de ella descansando sobre su torso—. Seré tu antídoto, tu contraveneno y aguardaré paciente hasta ser tu nueva adicción.

Tras un relajado paréntesis repleto de caricias y de delicados besos, la pareja reanudó su paseo y visitó los vestigios de la segunda guerra mundial que perduraban en la isla. A continuación, admiraron las plantaciones agrícolas del exuberante valle de Faanui y su última parada tuvo lugar en una granja de perlas.

El emplazamiento rezumaba encanto por doquier, se trataba de un palafito de la que surgían decenas de pasarelas de madera que se adentraban en el mar. Al pasear por los puentes y mirar hacia el agua cristalina, se podían admirar los millones de racimos de ostras que colgaban de barras de bambú y que escondían preciadas perlas en sus entrañas.

Una hermosa joven aborígen mostró a la pareja cómo conseguían crear las alucinantes joyas que mostraban los expositores del interior. Con ayuda de un cuchillo y de un alicate, abrió una ostra, apenas un par de centímetros, y, con una pinza, introdujo una pequeña bolita hecha de concha.

—De esta ostra de dos años de vida nacerá una bella perla negra en unos cuatro o cinco años. —La joven cerró el molusco y lo sumergió en el agua salada junto al resto de sus hermanas.

—Parece magia —comentó Brooke admirando la deslumbrante variedad de joyas que se exponían en una enorme vitrina.

John se aproximó por su espalda y, rozándole el oído con los labios, susurró:

—Me permites que te compre una. Ese collar que estás mirando quedaría precioso en tu cuello.

Brooke se dio la vuelta y, posando las manos en los hombros de él, respondió:

—Es precioso, John, pero es muy caro y no podría aceptarlo. Además, no estoy acostumbrada a llevar collares. —Negó sonriente con la cabeza—. No es lo mío.

—¿Sabes que ese paparazi nos está observando y que volverá para preguntar qué es lo que he comprado para mi bella acompañante? Si no me llevo nada, quedaré fatal ante los medios.

—Mejor, así tendrás nuevos titulares que te ayudarán a subir ventas. —Le dio una cariñosa palmada en la mejilla y, con sonrisa capciosa, le guiñó un ojo y lo dejó frente a la vitrina.

6

Gracias a la ayuda de su mayordomo Eloni, John consiguió deleitar a su preciosa guardaespaldas con diferentes actividades. La siguiente excursión de la lista fue un paseo en canoa con parada en el jardín de coral para hacer *snorkel*. La exuberante y colorida fauna marina dejó a la pareja encantada.

Deslizándose por las aguas cristalinas de la laguna hallaron infinidad de vida: peces de intensos colores, caballitos de mar, mantas raya... Por desgracia para el roquero, los tiburones no faltaron a la reunión. Por más que Brooke lo ayudaba a relajarse era incapaz de superar su miedo a los escualos.

—Me acaba de rozar el culo otro de esos bichos —protestó él subiéndose a la canoa—. Creo que ya he arriesgado bastante por hoy.

—No te preocupes por tu culo, John. Si alguno de estos tiburones decide comerte algo, te aseguro que no serán tus posaderas. —Apoyó los brazos en la embarcación—. Vamos, vuelve al agua conmigo.

—Pues te aseguro, cariño, que tocar la guitarra sin manos es un rato complicado.

—No me refería a tus manos, *cariño*. —Pestañeó coqueta—. Pero si vuelves al agua conmigo, te mostraré la parte de tu anatomía por la que se decantaría un tiburón.

—¿Sabes por qué parte de tu anatomía me decantaría yo?

El guía que los acompañaba, que aguardaba en un extremo de la canoa, no perdía detalle de los jueguecitos que la pareja se traía entre sí, inclinaba la cabeza y los miraba de reojo, intentando captar hasta la última de sus palabras.

John acercó la boca a la de ella y, tras darle un sensual beso en los labios, le susurró:

—¿Te gustaría que la explorase ahora mismo?

El guía tragó saliva expectante, estaba disfrutando de lo lindo de la escenita. Brooke se impulsó hacia atrás para separarse de la embarcación y, mirando al par de aletas que deambulaban por su vera, dijo divertida:

—Adelante, te estamos esperando.

—Tienes mucho peligro, cariño. —Se puso en pie—. Pero, por ti, me lanzo a un volcán en erupción si hace falta. —Saltó al agua, se aproximó a ella dando un par de brazadas y, ante la atenta mirada del espectador que tenían y rodeados de unos cuantos tiburones, la besó febrilmente.

Entre ellos se había encendido una potente llama y el deseo los incitaba a arder con más fuerza. Sus besos se volvían más pasionales y sus caricias más íntimas, pero la prontitud con la que todo estaba ocurriendo les impedía avivarla.

En los sucesivos días, el intento de John por mantener a Brooke distraída no cesó: románticos paseos en bicicleta, visita a los talleres artesanales de la isla, masajes en el balneario del hotel... A cada segundo que pasaban juntos esa insólita gravitación que los rondaba aumentaba de forma incontrolable.

Una mañana la pareja paseaba por la playa del resort cogida de la mano. Era muy temprano, por lo que la temperatura se presentaba deliciosa, cálida, sin llegar a quemar. No había ni un alma a su alrededor, aunque, con mucha probabilidad, un sujeto los seguía de cerca ojo avizor. El agua estaba tan transparente y tan tranquila como de costumbre y la vegetación que adornaba el largo de la playa era realmente exquisita: cientos de palmeras se enlazaban entre arbustos Tiaré, cuyas hermosas flores blancas impregnaban el ambiente de armonía.

—Ese bikini te sienta de fábula. —La colocó frente a él para admirar su cuerpo—. El color bronce te queda genial, estás para comerte, cariño. —Le dio un suave mordisco el cuello.

—Me encanta el bikini, John, y los otros veinte que me has comprado, pero, por favor, no puedo aceptar más regalos.

—Pues espero que no te enfades conmigo, pero, el otro día, cuando estuvimos en la granja de perlas, no puede evitar comprarte algo. —Abrió la mano y le mostró una preciosa joya—. Ya que no eres mujer de collares, les pedí que me hicieran algo muy especial para ti. Mi mayordomo se encargó de todo y me lo acaba de entregar.

Ella quedó maravillada ante una preciosa tobillera de perlas negras de doble vuelta con dos pequeños *charms* de oro blanco que colgaban del enganche. Una joya elegante, pero al mismo tiempo informal. El bonito detalle que John había tenido con ella le llegó muy dentro. Extasiada y casi sin palabras, lo miró a los ojos hasta que, por fin, fue capaz de musitar algo:

—Es preciosa, John. —Tragaba con dificultad.

—¿De verdad te gusta? Les pedí que me hicieran un pequeño caza que representase tu profesión, tu sueño. —Acarició el *charm* mencionado con el dedo—. El diente de tiburón simboliza tu coraje y tu valentía. —Se arrodilló a los pies de ella y, entre disfrazadas caricias, le colocó la pulsera en el tobillo derecho.

Cuando Brooke volvió a tenerlo frente a frente, sin mediar palabra, se lanzó a su cuello y le dio un sentido abrazo mientras escondía la cara en el torso de él. Estaba realmente emocionada y no quería que viera que tenía los ojos vidriosos.

La piel de él se erizó, tener entre sus brazos a la mujer que se había colado en su corazón y sentirla tan conmovida lo estremeció. A cada segundo que pasaba al lado de Brooke, ella se propagaba por todo su ser, recorría todo su cuerpo convirtiéndose en un elemento esencial de su sangre, de su oxígeno.

—Tengo un tercer *charm* que me gustaría entregarte en los próximos días; es una sorpresa.

—Eres increíble, John. —Lo miró aún emocionada—. Es el regalo más bonito que me han hecho nunca. —Le besó la mejilla.

—Tú sí que eres increíble. —Le cogió la mano, se la besó y continuaron paseando por la orilla—. Considéralo un regalo de agradecimiento: desde que estoy contigo me vienen a la cabeza cantidad de canciones. Eres mi musa.

—¿Tu musa? —Sonrió embelesada—. Me gustaría escuchar alguna de esas canciones, si fuese posible.

—¡Claro, me encantaría! Muchas de las letras esconden lo que estoy sintiendo por ti. —Su intensa mirada la hizo estremecer.

—¿Cuándo supiste que querías dedicarte a la música?

—Tendría unos cinco años. Mi padre, que de joven también había hecho

sus pinitos en el mundo del *rock*, me regaló una guitarra chulísima por mi cumpleaños. Me enseñó a tocar unos acordes y me volví completamente loco. —Bufó de gusto—. Me sentía especial, único y no me separaba de mi guitarra ni para dormir. ¡Y eso que abultaba más que yo!

—Me lo estoy imaginando —comentó divertida.

—Ya que resultaba imposible apartarme de mi Julieta, así es como llamé a mi primer instrumento, mi madre decidió disfrazarme de mini-Elvis Presley para Halloween. —Chasqueó la lengua.

—Seguro que estabas monísimo.

—Causé sensación entre las amigas de mi madre. —Carcajeó recordando una anécdota—. Me subieron a una mesa y me hicieron cantar y bailar imitando a El Rey. No sé, pero ver a tanta gente a mi alrededor aplaudiéndome y disfrutando con lo que hacía me encantó.

—¿Así que tu padre también fue roquero?

—Durante un par de años. A los diecinueve me tuvo a mí y decidió dejarlo para convertirse en padre y esposo responsable. Estudió derecho y ejerció como abogado hasta que, cuando murió mi madre, se convirtió en mi *mánager* a tiempo completo. Él me inculcó el gusto por la música y me enseñó todo lo que sé acerca de ella. Es mi mayor admirador, y yo el suyo sin duda.

—Es que eres muy bueno. —Se aclaró la garganta disimulando una risita—. He de confesar que sí soy seguidora de tu grupo.

—Lo sé, mi pequeña mentirosilla. Te vi por la ventana bailando y cantando a ritmo de *My true love*. —Le dio el alto con las manos y, en tono burlón, añadió—: Te prometo que me marché cuando empezaste a desnudarte.

—¿Pequeña mentirosilla? ¡Serás cotilla! —Intentó morderle el cuello y, por un instante, se enzarzaron en una festiva pelea hasta que continuaron su paseo—. A parte de fingir enamorarte de desconocidas en un resort de lujo, ¿qué más odias de tu trabajo?

—¿Te refieres a lo que hay que hacer para seguir en el candelero?

—Sí. Nunca leo las revistas del corazón, pero supongo que aparecer entre sus páginas debe de ser tremenda publicidad para un artista.

—Detrás de The Devils hay mucha gente que trabaja duro para conseguir

que todo salga perfecto. Personas que viajan a tu lado por medio mundo, que se preocupan por ti y que sin ellas nada sería posible. Con el roce, toda esa gente se vuelve tu familia y, como puedes imaginar, una familia tan grande es cara de mantener. Cualquier escándalo hace que suban las ventas. Cuanto más vendemos, más trabajo hay para todos.

—Nunca lo había visto desde esa perspectiva, pero tiene su lógica. Eres como el padre que protege a su gran familia. —Lo observó con la cabeza inclinada, con admiración—. ¿Qué tipo de cosas harían que subiesen las ventas?

—¿Quieres titulares? —Hizo un gesto divertido—. Pues por ejemplo..., John Kasser enamorado y sus supuestas infidelidades. Kasser descamisado, nuevas demandas judiciales... Todo lo que consiga que la gente hable de ti, bien o mal.

—Bueno, como seguro que ese paparazi nos está acechando ahora mismo, y ya que tú me has estado espiando por la ventana, considera esto un favor para subir las ventas. —Le bajó el bañador hasta las rodillas y salió huyendo—. ¡Ya me contarás si funciona!

—¡Serás malvada! —Se subió el bañador y, muerto de la risa, corrió tras ella—. Te vas a enterar cuando te coja, Brooke. Esta me la vas a pagar.

Como *skull*, la teniente jamás se hubiese dejado apresar, pero, como mujer, estaba deseando caer en los brazos de su perseguidor. Por lo que, tras un par de maniobras de regateo, se dejó atrapar. John la tiró sobre la arena y comenzó un ataque de cosquillas.

—¡Eres maquiavélica! ¡Un demonio!

—Yo solo pretendía ayudar —contestó desternillándose.

—¿Ayudar? —Atacó sus costados—. Seguro que me han sacado una foto en bolas. ¡Te voy a ayudar yo ahora!

—¡Para, John! ¡Vale, vale! Te lo compensaré, pero deja de hacerme cosquillas. —Trataba de recuperar el aliento.

—¿Sí? —Quedó a horcajadas sobre ella—. ¿Y cómo piensas hacerlo?

—¿Qué te parece como titular: «Calientes escenas de playa entre John Kasser y una rubia desconocida»?

—Estaba deseando que dijeras eso. —Aproximó la boca a la de ella y susurró—: En estos días no he dejado de preguntarme cómo sería hacer el amor contigo. —Le acarició la mejilla con los labios mientras las delicadas olas cosquilleaban sus pies.

—Yo también lo he estado pensando, no me lo puedo quitar de la cabeza. —Resbaló las manos por la atlética espalda de él—. Y lo que me ha venido en mente, me ha gustado mucho, muchísimo.

—Si pudieses leer la mía, te aseguro que te pondría los vellos de punta. —Le lamió el cuello.

—¿Por qué no me lo muestras? —musitó con la respiración entrecortada.

—Será un verdadero placer. —Deslizó los dedos entre su pelo e, inmovilizándole la cabeza con suavidad, atacó su boca.

Con lentitud tentadora, le chupó el labio inferior un par de veces y, tras una caricia con la lengua, le chupó el labio superior hasta que sus bocas se enzarzaron en una sensual lucha.

Ella lo agarraba por la nuca y lo besaba con excitación, tenía toda la piel erizada y la punta de los pezones completamente duros. Sentir cómo el miembro de él crecía mientras se frotaba contra su sexo le nublaban el juicio. La suave tela de su bikini sucumbía al placer y, poco a poco, iba enrollándose hasta convertirse en una delgada tira.

Él estaba a cien, el pecho le subía y le bajaba de forma profusa acompañando sus rozamientos contra la entrepierna de ella sin dejar de saborear sus sensuales labios. Se moría de ganas por dejarse llevar, por resbalar la mano hasta adentrarla en su vagina y hacerla vibrar, por comerle los pechos, por hacerla suya. Pero, consciente de que no era el lugar ni el momento, le susurró en la boca:

—Metámonos en el agua, Brooke. Necesito enfriarme o te juro que voy a explotar. —La ayudó a ponerse en pie y, de la mano, la condujo laguna adentro hasta que sus caderas quedaron cubiertas.

Él la pegó a su torso y, levantándola por las nalgas, volvió a besarla con devoción. Ella lo abrazaba y enredaba sus piernas alrededor de sus caderas con fuerza, deseando sentir su erección.

Arrastrado por la pasión, la dejó resbalar entre sus brazos con intención

de que quedara en pie y, según ella descendía, él le iba besando el escote, el cuello... hasta que, finalmente, tomó posesión de su boca.

John deslizó la mano por el interior del bikini de ella hasta alcanzar su hendidura. Con suavidad, metió dos dedos entre sus tiernos labios y comenzó a frotarlos por su carnosa piel. Ella arqueó el cuerpo extasiada por el placer que él le hacía sentir y se deshizo en jadeos.

—Sé que es muy fuerte lo que voy a decirte —susurró recorriendo la piel de ella con los labios y, al alcanzar su boca, continuó—: Pero estoy enamorado de ti, Brooke. Dwayne tenía razón, caer a tus pies es muy fácil.

La teniente sintió un potente escalofrío, como si le acabasen de echar un cubo de agua helada por encima. Angustiada, lo apartó de sí de un empujón y salió huyendo.

—¡No vuelvas a decir eso!

—¡Brooke, no te vayas! —Emprendió la marcha tras ella, pero, a diferencia de antes, la gran velocidad que la *skull* llevaba hizo imposible que la alcanzara.

Ella tomó la pasarela de madera y no dejó de correr hasta llegar a su palafito. Las hermosas palabras de John en las que, como en un susurro, mencionaba a Dwayne le hicieron juzgarse, dudar de sus sentimientos.

—¿Brooke? —Él abrió la puerta de la cabaña casi sin aliento.

—¿Quién coño te crees que eres, John? —Pillándolo por sorpresa, lo asió de la muñeca y le retorció el brazo—. ¿Piensas que no sería capaz de rompértelo?

—¡Escúchame, Brooke! No sé qué narices ha pasado...

—¿Que no sabes lo que ha pasado? ¿Es que no oyes tus propias palabras? —Lo apartó de un empujón—. Que tengamos que fingir ante el mundo entero que nos enamoramos no significa que tengas que jugar conmigo.

—¿Jugar contigo? —La observaba confuso, tocándose el brazo afectado por el dolor.

—¿Piensas que soy esa estúpida del concurso que se tragó todo lo que salió de tu boca? Ya soy mayorcita, John, sé lo que estoy haciendo aquí y conmigo no necesitas venderte. ¿Por qué tienes que decirme que te has

enamorado de mí? ¿No tienes bastante con utilizarme? ¡Dime! ¿Por qué?

—¡Porque es verdad, maldita sea! —gritó dejándola sorprendida y, tras resoplar, continuó en un tono más sosegado—: En estos días que hemos pasado juntos no he fingido ni un solo segundo, y creía que tú tampoco. —Hizo un gesto de decepción—. Cuando te vi por primera vez en la terraza del hotel pensé que eras la mujer más bonita que jamás había visto, me dejaste aturdido. —Bufó—. Me enfadé conmigo mismo porque, por un momento, dejé de pensar en Kyla, en todo lo que le había pasado por mi culpa. —Muy despacio comenzó a aproximarse—. Descubrir que tenías su mismo temperamento me erizó el vello. —Posó las manos en sus hombros—. Al llegar aquí y conocer quién eras y el coraje que mostrabas ante lo que te había pasado y, sobre todo, que aceptaras protegerme después de todo ello me hizo ver la persona tan fuerte y tan humana que eres. —Deslizó las manos por sus hombros hasta tomarla de las manos.

—John, yo no soy Kyla —musitó con firmeza.

—Ni quiero que lo seas. —Agitó la cabeza—. Confieso que lo que siento estando contigo es lo mismo que me ocurrió cuando la conocí a ella, y eso me asusta. Pero tú eres única, diferente a todas.

—¿Diferente a todas o demasiado parecida a Kyla? —Entrecerró los ojos—. ¿Eres de esos lunáticos que buscan un clon de su fallecida esposa para que todo vuelva a ser como antes?

—¡Joder, Brooke! —La cogió de la mano y la llevó hasta un sillón—. Siéntate, por favor.

—No quiero sentarme. —Se cruzó de brazos—. Quiero que respondas a lo que te he preguntado.

—Siéntate e intentaré explicártelo. —Señaló el sillón.

Tomó asiento, mirándolo recelosa, sin descruzarse de brazos. Él se arrodilló entre las piernas de ella hasta clavar las rodillas en la tarima.

—Mi vida es una farsa sin fin. Las mujeres que se acercan a mí se dejan llevar por una quimera, un ideal que ven en revistas, que no soy yo. Ellas ven en mí a John la estrella del *rock* y no a John el hombre.

»Contigo es distinto. Contigo puedo hablar de persona a persona, de cualquier cosa y sin que me trates como si fuera un estúpido dios. ¿Sabes

cuántas veces me he topado a lo largo de mi carrera con una mujer con la que pudiera hablar como si fuera humano?

—Sorpréndeme —contestó a la defensiva.

—En doce años, solo con Kyla y contigo. Ella es mi mejor amiga, la quiero muchísimo, pero no ha podido ser y lo asumo; sin ningún tipo de trauma. —Volvió a atrapar las manos de ella—. No soy ningún pirado que busca al doble de su amor platónico.

—Entonces, ¿por qué dices que te asusta sentir por mí lo que sentiste por ella? ¿Tanto nos parecemos?

—Cuando digo que os parecéis me refiero en la manera de ser: sois excitantes, decididas y muy cabezotas. Por decirlo de alguna otra forma, el tipo de mujer que me fascina. —Se alzó entre las rodillas de ella, formando un ángulo de noventa grados con las piernas y le tomó la cara entre las manos—. Y digo que me asusta, porque has despertado en mí sentimientos que pensaba que jamás volvería a experimentar.

»A tu lado vuelvo a ser John el hombre. —De un suave tirón la acercó a su boca—. Y lo que más me asusta es que desaparezcas, que descubras a ese bastardo y que regreses a tu vida sin que pueda llegar a conocerte del todo. —Cerró los ojos, intentando deshacerse de ese pensamiento—. Jamás me atrevería a jugar contigo, Brooke. Lo que he dicho, es lo que siento. Perdona si te asusta a ti también.

—¿Crees que tengo miedo? —susurró seria, a pocos centímetros de la boca de él. El corazón le latía vertiginoso, había comenzado un brusco bailoteo en su interior.

—Solo sé que te aterra dejarte llevar por lo que sientes. Lo veo en tus ojos. —Tragó el nudo que tenía en la garganta—. Brooke, dime que no sientes nada por mí, que has estado fingiendo todo este tiempo y te prometo que haré de tripas corazón y me ceñiré a lo que acordamos.

—No estoy enamorada de ti, John. Lo siento.

Del planchazo, él apartó la cara de la de ella y, decepcionado, volvió a dejarse caer sobre los talones y agachó la cabeza. Tras hacerlo sufrir unos segundos, ella continuó:

—Pero confieso que tú también has despertado en mí sentimientos que

pensé que no volvería a tener. Sobre todo, después de lo que he pasado.

Él la miró sobresaltado y, con el corazón haciendo piruetas, volvió a alzarse hasta quedar cara a cara con ella.

—John, cuando estoy a tu lado, consigues que me olvide de todo, que nada más tenga importancia. Cada vez que me miras, deseo arrojarme a tus brazos y besarte hasta quedarme sin fuerzas. —Agitó la cabeza—. No sabría definir lo que estoy experimentando, pero sé que no quiero apartarme de ti. Te has convertido en mi antídoto y en mi adicción; y eso sí que me asusta.

—¡Mi pequeña mentirosilla! ¡Sí que te estás enamorando locamente de mí! —Sonriendo encandilado, la atrapó por la nuca, la acercó a su boca y la besó hasta hacer que todo su cuerpo temblara.

Sin darle tiempo a recuperar el aliento, la enganchó por las nalgas y, a la vez que él se ponía en pie, la levantó a horcajadas. La llevó hasta la cama, la tumbó sobre las sábanas de seda blanca, se echó encima de ella y la besó con ganas.

—Eres un sueño hecho realidad, Brooke. —Deslizó la mano bajo la espalda de ella y, de un tirón, le desabrochó la parte superior del bikini—. Mi sueño.

El cantante tuvo que tomar aire al descubrir esos turgentes pechos que lo tentaban a lamerlos. Con gran euforia, los envolvió con las manos y se recreó con los pezones, los lamió y los chupó hasta hacerla gemir de placer. Tras dar un impulso y volver a saciarse de sus labios, se encaminó hacia sus bragas, lamiendo cada centímetro de su deliciosa piel.

Sentado de rodillas entre las piernas de ella, tiró de ambos lados del bikini y se lo quitó. Mientras se despojaba de su propio bañador la observaba ensimismado. Tener a Brooke completamente desnuda ante él encendía todos sus sentidos, fuego en estado puro.

—Voy a recordar esta imagen toda la vida, amor. —Deslizó el cuerpo por encima del de ella, la cogió por los muslos y, mirándola a los ojos fijamente, la penetró muy despacio, degustando cada embestida.

—Bésame... —demandó ella rodeándole el cuello con los brazos.

La pareja enredó sus lenguas con pasión a la vez que sus cuerpos se amaban con deseo abrasador. John incrementó la intensidad de sus embestidas

hasta que ambos culminaron en un sabroso orgasmo.

7

El cielo brillaba con ahínco y la intensidad del profundo azul comenzaba a transformarse en tonalidades aguamarinas según el helicóptero se aproximaba a la isla. A lo lejos, se levantaba un corazón esmeralda rodeado por un anillo de aguas cristalinas en la que se podía apreciar una bandada de mantas rayas que parecían volar bajo la superficie; una auténtica pasada.

En su décimo día juntos, John volvió a sorprender a Brooke con un viaje de fin de semana a Tahití. Todo estaba listo para su llegada a un lujoso palafito en el Intercontinental Resort and Spa; como de costumbre, lo mejor de lo mejor.

Ella salió a la terraza y se llenó los pulmones de una mezcla de calma y felicidad, era como abrir otra ventana al paraíso. Sobre todo, cuando sintió los labios de él aterrizando en su nuca, susurrando:

—¿Qué te parece este sitio? —Ella se dio la vuelta y saltó a sus brazos.

—Te has empeñado en que olvide mis traumas y vas a conseguir que no quiera ni volver a mi trabajo. —Lo observó con ojos de enamorada.

—Pues quedémonos aquí para siempre. —La levantó en un abrazo, la llevó a la cama y le hizo el amor febrilmente.

En una lujosa limusina Range Rover de cristales tintados, la pareja salió de paseo para visitar la capital de la isla. Papeete quedaba a pocos kilómetros de distancia del resort.

La urbe resultó un sitio con mucho movimiento y un tanto ruidosa, pero aun así conservaba su encanto polinesio. En cada esquina, grupos de músicos callejeros animaban las arterias de la capital con sus cánticos aborígenes. Decenas de chiquillas, acompañadas de mujeres de avanzada edad, se ganaban la vida vendiendo collares de flores exóticas a los turistas.

Pasear por el colorido y animado mercado de Papeete era una experiencia sensorial. Los puestos ofrecían todo tipo de alimentos locales: frutas,

pescados y una gran cantidad de artesanía. Los diversos olores que se mezclaban en el ambiente iban desde la más delicada fragancia a vainilla al más intenso aroma a mar.

Brooke se detuvo ante un hombre que hacía unos preciosos collares de conchas y decidió encargarle uno para Mónica; estaba segura de que a su amiga le encantaría ese bonito detalle. La pareja aguardaba la confección cuando John encontró la excusa perfecta para hacer un recado.

—No me aguanto, voy a buscar un baño. ¿Nos vemos aquí en unos quince minutos?

—Claro, no creo que tarde mucho más. —Le dio un beso en los labios y lo observó sonriente conforme se alejaba.

El muy granuja había preparado el viaje a la isla con intención de hacer una parada en una joyería de lujo y poder comprar un anillo de compromiso con el que sorprender a Brooke. Gracias a la ayuda de su mayordomo, que tomó las medidas de un anillo con un pedrusco rojo que ella había dejado en la repisa del baño, podría encontrar la pieza adecuada.

Justo al otro lado del mercado, el cantante había echado el ojo al establecimiento perfecto para su cometido. En cuanto se aseguró de que su chica ya no miraba, aceleró el paso entre la muchedumbre hasta adentrarse en la tienda.

El roquero no se anduvo con rodeos, se dirigió al primer dependiente libre y, con una enorme sonrisa en los labios, le pidió un anillo de compromiso de oro blanco con un diamante amarillo, talla princesa, de entre tres y cuatro quilates.

Siguiendo el consejo del vendedor, no tardó ni veinte minutos en dar con el anillo perfecto. En cuanto este lo metió en una cajita de terciopelo azul, John pagó la friolera de ochenta mil dólares, se lo metió en el bolsillo de su pantalón de lino blanco y, a toda prisa, salió al encuentro de Brooke.

A pocos metros de la tienda, un grupo de cuatro tipos de aspecto indígena, que vigilaba a todo aquel que entraba y salía de la joyería, le dio el alto.

Antes de que John pudiese reaccionar en modo alguno, uno de los hombres le propinó un fuerte codazo y lo adentró en un callejón, apartándolo de la vista del resto de viandantes.

Dos de los asaltantes eran muy corpulentos, pasaban fácilmente del metro noventa e iban armados con cuchillos enormes. Los otros dos, aunque de menor tamaño, resultaban igual de amenazantes. El cantante y su metro ochenta y seis no era rival para esos atracadores, que lo desafiaban con constante mofa.

—Dame lo que acabas de comprar y te prometo que no te dolerá tanto. — El más alto le propinó un empujón.

—No he comprado nada —contestó con rotundidad—. Solo he hecho un encargo.

A John no le importaba el dinero, pero creyó que si los hacía pensar que no tenía nada de valor lo dejarían tranquilo tras robarle la cartera.

—¿Intentas quedarte conmigo? —El atracador más bajito, pero bien musculado, le sacudió un puñetazo en el estómago.

De seguido y sin mediar palabra, el segundo asaltante de corta estatura le dio una fuerte patada en la parte posterior de las rodillas haciendo que cayera al suelo. Le registró los bolsillos y, tras hacerse con su cartera, encontró la cajita de terciopelo.

—¡Menudo pedrusco, yanqui! —Lo asió por el pelo—. Tiene pinta de haberte costado un dineral.

—¿Con que solo habías hecho un encargo? —Pitufo número uno le sacudió en el hombro.

Mientras los cuatro delincuentes increpaban al cantante y lo sacudían con creciente frecuencia, Brooke empezaba a inquietarse al otro lado de la calle. Habían pasado más de veinticinco minutos y no había ni rastro de John.

Presintiendo que su chico pudiera encontrarse en manos del psicópata que lo asediaba, salió en su busca. Era casi imposible que se tratara del acosador. Nadie, a parte de los productores de la obra y del paparazi de absoluta confianza a quien habían dado el chivatazo, sabía que el artista se encontraba en la isla. Sin embargo, algo extraño estaba sucediendo, y su corazón lo intuía.

Atenta a cualquier movimiento sospechoso y dispuesta a protegerlo con su propia vida, cruzó la calle. La reacción que tuvo una pequeña que vendía flores al pasar por delante de una calleja llamó su atención. Algo la había inquietado, por lo que no dudó en averiguar de qué podría tratarse.

A toda velocidad, avanzó hacia el paso estrecho y, con la corazonada de que John se encontraría ahí, se adentró en el callejón. Efectivamente, su sexto sentido no falló: dos tipejos estaban hostigándolo mientras otros dos lo inmovilizaban, cogiéndolo por los brazos.

—Siento interrumpir —dijo ella llamando la atención de los asaltantes.

—¡Vaya! Mirad lo que tenemos aquí, chicos. ¡Otra yanqui! —El más bajito la escaneó de arriba abajo con sonrisa pernicioso—. ¿Te has perdido, ricura?

John levantó la cabeza y, al verla, gritó muy angustiado:

—¡Vete de aquí! ¡Huye, Brooke! —Sin éxito, intentó zafarse de los dos tipos que lo sujetaban.

—Tranquilo, amor. Solo voy a hablar con estos caballeros. —Con paso firme y mirada astuta, se aproximó a los dos hombres de aspecto más endeble.

Parecía como si los dos pitufos compensaran su escasa estatura ante las otras dos moles que los acompañaban portando navajas de grandes dimensiones, puños americanos y un bate de béisbol.

—¡Brooke, por favor, márchate! —El roquero seguía peleando por librarse. Solo imaginarse lo que esos tipos podrían hacerle a su amor le volvió loco.

—¡Cállate, imbécil! —El más bajito golpeó al cantante en la mejilla—. Deja que la chica se una a la fiesta.

—Si vuelves a tocarlo, te meteré ese palo que llevas en la mano por un sitio muy pequeño que te va a resultar muy doloroso.

Los cuatro asaltantes comenzaron a reír ante la festiva amenaza de la muñequita, que, brazos en jarras, se detuvo a un palmo del bateador. El retaco que sujetaba el palo se giró y no dudó en soltarle otro puñetazo a John.

Riéndose a más no poder, el tipo se dio la vuelta para volver a provocar al bomboncito que tenía frente él cuando, al enderezarse, se topó con un puño que volaba directo a su nariz.

—¡Hija de puta! ¡Cómo duele! —espetó con los ojos llorosos—. Te vas a enterar, perra.

Ante la sorpresa de sus compañeros, el tipo frunció el ceño furioso y cerró

el puño dispuesto a devolverle el golpe con muy mala leche, pero, antes de que le diese tiempo a pestañear, Brooke le soltó otra hostia en el tabique y, con un movimiento superágil, le arrebató el bate de béisbol de las manos.

El pitufo número dos se disponía a contratacar, dirigiendo su puño americano hacia la bella cara que lo contemplaba con gesto mordaz, cuando se encontró con un palo atizándole en todos los morros. Ni falta hace decir que cayó de culo con toda la boca ensangrentada.

Los dos gorilas soltaron al cantante, que se derrumbó en el suelo agotado, y avanzaron en actitud amenazante hacia ese caramelito, que parecía aguardarlos impaciente.

—Suelta ese palito antes de que te hagas daño, nenita.

—¿Te refieres a este? —Hizo rotar el bate entre sus dedos y, pillándolo desprevenido, se lo lanzó a la cara.

Antes de que el bicho pudiese reaccionar, le soltó una patada en las pelotas que le hizo besar el suelo. Cuando lo tuvo a sus pies le obligó a probar el sabor de sus sandalias, dándole un puntapié en toda la boca. Acto seguido, se agachó, recogió el bate del suelo y se volvió hacia el último de los asaltantes que quedaba ileso. El tipo empezó a hacer bailar su cuchillo de una mano a otra y, mirándola con furia desmedida, espetó:

—¡Estás muerta!

—¿Estás seguro de lo que vas a hacer? —Le arrebató el cuchillo tan rápido que ni se percató de ello y, para más inri, le soltó una hostia durante el proceso.

Al verse despojado de la única arma que portaba y viendo cómo esa mujer lo desafiaba con mirada retorcida mientras golpeaba el bate contra su propia palma, optó por salir huyendo.

—Buena decisión —dijo divertida según escapaba.

Libre de peligro, aceleró el paso hasta llegar a John y auxiliarlo. Sin embargo, el bateador, algo recuperado de los golpes en su nariz, aprovechó a que ella se encontraba de espaldas para abalanzarse cuchillo en mano.

A veinte centímetros de sentir el frío acero adentrándose por su espinazo, Brooke se dio la vuelta, le agarró de la muñeca y, haciéndole una espectacular

llave, le dislocó el hombro y la muñeca a la vez que le arrebató el arma. Mientras el individuo berreaba tirado en el suelo, ella se aproximó y, de un golpe seco, le metió el bate en todo el hocico.

—Te advertí que te lo metería por un sitio muy pequeño. Has tenido suerte de que haya elegido tu gran boca. —Lo dejó sangrando y se apresuró a ayudar a John a ponerse en pie—. ¡Dios, cariño! ¿Estás bien? —Con mucho cuidado, le acarició la enrojecida mejilla, donde seguro le saldría un buen moratón.

—Sí, tranquila. Aunque tengo el estómago a reventar. —Con gesto dolorido, miró a los tres tipos que se revolvían por el suelo y, observándola sorprendido, exclamó—: ¡Joder, nena! ¡Tienes más peligro que una pantera hambrienta en una carnicería! —Ella carcajeó.

—Anda, vámonos antes de que decida comerme a alguno de estos bastardos. —Apenada le acarició la mejilla y, de reojo, miró al pitufo que había sacudido a su chico en la cara. Según pasaba por su lado, le atizó un puñetazo en la mejilla que lo dejó cao—. Ahora estamos en paz.

A punto de abandonar el callejón, John se dio la vuelta y, con la excusa de recobrar su cartera, volvió hasta el capullo que le había robado el anillo. Tras recuperar su billetera y la joya, sin que ella se percatara, como colofón, le asestó una patada en toda la boca.

—Esto por haber pensado en hacerle daño a mi novia. —Con aire triunfal regresó junto a ella.

—¡Wow! Tienes madera de *skull*. —Ella asintió con jovial admiración.

—Después de lo que te he visto hacer, necesitaba darle un subidón a mi hombría. —La rodeó con sus brazos y, con gesto de fascinación, la acercó a su boca—. ¿Sabes, pantera mía? Eres todo un peligro para la población humana, pero verte pelear así me ha puesto a mil.

—¿Pantera? —Risueña, deslizó una mano hasta la entrepierna de él y, con sensualidad, le agarró de sus partes íntimas—. Espero que tu hombría esté a salvo conmigo. —Rozó sus labios en un beso.

—No tienes ni idea de lo hombre que me siento ahora mismo. Sobre todo, ahí abajo. ¡Ay, joder! —Hizo un gesto de dolor al estrujarla con fuerza contra su cuerpo.

—¿Te duele mucho? —Arrugó los ojos inquieta.

—No es nada, se me pasará en cuanto me beses. —Sonrió y volvió a soldar sus labios a los de ella.

Una lluvia densa comenzó a caer de forma repentina sobre sus cuerpos mientras se besaban apasionadamente. Las cálidas gotas de agua estallaban contra su piel intensificando esa excitación, haciéndoles sentir lujuria en estado puro.

—Regresemos al hotel, cariño. Me deshago de ganas por hacerte el amor. —La cogió de la mano y, a toda prisa, la llevó hasta la limusina, que aguardaba al otro lado de la calle.

Tras atravesar la intensa lluvia, la pareja entró en el vehículo, ardiendo de ganas de follar. En cuanto John dio orden al chofer de regresar al resort, subió el cristal tintado, dejando la parte trasera con total intimidad.

Deseando hacerla suya, cogió a su pantera por la cintura y la sentó a horcajadas sobre su regazo. Por un instante, la observó cautivado: estaba preciosa, despampanante. El agua había calado su vestido y los pezones se le transparentaban a través de la blanca tela. Las gotas chorreaban por su larga melena y aterrizaban en su escote erizándole la piel. John no podía estar más excitado, todo en esa mujer que lo contemplaba con hambre felina le volvía loco.

Completamente prendado de los ojos de su pantera, le tomó la cara entre las manos y la acercó a su boca para susurrarle.

—Por ti..., dejaría todo atrás, Brooke. —Deslizó la lengua por sus labios —. Abandonaría mi mundo por tenerte a mi lado y te amaría para siempre.

—¿Para siempre?

—Hasta que mi corazón dejara de latir y el mundo explotara en mil pedazos.

Borracho de amor, entrelazó los labios con los de ella y la besó con la intensidad de un huracán. Con la fuerza de un tornado le arrancó las bragas y, tras bajarse el pantalón con impaciencia, la embutió en su dura verga.

Él sentía cómo su polla palpitaba conforme lubricaba el sexo de ella hasta hacerlo chorrear. Esa prieta vagina que, con armonioso ritmo, lo cabalgaba,

hundiéndose una y otra vez en él.

Insaciable, John deslizó las manos por la espalda de ella hasta alcanzar sus firmes nalgas y, mientras le comía los pechos con apetito feroz, la ayudaba a clavarse en él, hasta el fondo.

Sus bocas se fundieron en un interminable beso que amortiguaba sus gemidos. La fricción entre sus sexos era exquisita y la jugosidad fue en aumento hasta que la tormenta se sofocó tras un ardiente orgasmo.

¿Sería cosa del destino? ¿Tal vez se debiera al mágico entorno que los rodeaba? ¿A los hipnóticos ojos que la contemplaban? Brooke no encontraba explicación alguna, no era capaz de entender qué estaba pasando en su interior, pero, en brazos de John, el mundo podía explotar ya en mil pedazos. Se había enamorado de él de los pies a la cabeza.

Al día siguiente, los amantes salieron a bordo de un catamarán a contemplar el maravilloso atardecer polinesio. Los colores azafranados y violáceos que acompañan a la puesta de sol consiguieron estremecerlos; era una absoluta locura.

Según oscurecía, el agua iba adquiriendo un precioso tono bronce tornasolado y las pequeñas nubes algodonosas que cubrían el cielo parecían fundirse cual tofe.

—Me va a dar mucha pena cuando tengamos que dejar este lugar, es una pasada —comentó Brooke sentándose de espaldas sobre el regazo de él mientras contemplaban los últimos rayos de sol.

—Aún nos quedan algunos días más para disfrutar y, siempre que lo desees, podremos volver. —Le besó la espalda—. Además, no te mentí cuando dije que por ti lo dejaría todo.

—Nunca permitiría que abandonaras tu vida por mí; me remordería la conciencia. —Hizo amago de levantarse, pero él la asió por los brazos y, de un suave tirón, la hizo regresar a su regazo.

—Sé que nos conocemos desde hace muy poco y da miedo, pero estoy tan enamorado de ti, Brooke, que no lo dudaría ni un segundo. ¿Tú no estarías dispuesta a dejar los *skulls* por mí? —Muy despacio, deslizó la mano por el muslo de ella en dirección a su entrepierna—. ¿No tendrías el valor necesario para abandonarlo todo y perderte conmigo en algún rincón del mundo?

—Por favor, no me hagas esa pregunta. —Agitó la cabeza—. Mi respuesta podría resultarte un golpe fuerte.

—Vaya. —Desencantado con la respuesta, retiró la mano—. Pensé que te estabas enamorando de mí.

Ella lo miró por encima del hombro, le tomó la mano y, tras chuparle la punta del índice y del corazón, volvió a meterla bajo su vestido.

—No me estoy enamorando de ti, John. —Empujó la mano de él hasta introducirla en sus bragas—. Ya estoy enamorada de ti. No sé qué me está pasando, y sí da miedo, pero, en estos instantes, podría decir que sí a cualquier locura que me propusieras. Por eso es mejor que no digas nada. —Acercó la boca hasta robarle un beso por encima del hombro.

Las aterciopeladas palabras de la teniente consiguieron dejarlo extasiado, absolutamente prendado. En aquel momento, solo existía Brooke. Para él, su prioridad era ella, hacerla feliz. Y ya que su mano parecía hacerla muy dichosa, se propuso arrancarle un orgasmo.

Mientras introducía dos dedos dentro de su vagina, haciendo movimientos ardientemente acertados, sus bocas se vieron obligadas a amortiguar los gemidos de ambos; el placer era arrollador, muy húmedo. Él tenía la polla a punto de explotar, se moría por penetrarla hasta hacer que ella no lo resistiera más y se corriera de placer. Una pena que el capitán de la embarcación se encontrara a pocos metros de espaldas a ellos.

Tras atracar en el muelle del resort, John la tomó de la mano y, con una sonrisa imborrable, la condujo por un camino de madera flanqueado de espesa vegetación. Un fogonazo los obligó a mirar por encima de sus cabezas, donde miles de estrellitas de colores estallaban para crear un precioso corazón.

—¡Fuegos artificiales! —gritó ella asombrada.

—¿Te gustan?

—Son preciosos.

—Son en tu honor. Esta noche tengo preparada unas cuantas sorpresas para mi pantera. —Tiró de su mano—. Vamos, los fuegos son la señal de que todo está listo.

Siguiendo los destellos que creaban hermosas figuras en el cielo, llegaron

a una playa que el artista había reservado para la ocasión, donde un grupo de bailarines tahitianos danzaban al exótico compás de los tambores To'ere.

Las bellas *vahines*, engalanadas con coronas y collares de Tiare, meneaban los flecos de paja que adornaban sus sensuales caderas a ritmo de percusión. A su alrededor, los *Ote'a Tane*, que tan solo cubrían sus fornidos y tatuados cuerpos con taparrabos de tela roja, hacían increíbles malabares con teas ardiendo.

Cientos de antorchas alumbraban el improvisado escenario que se levantaba frente al mar, el ambiente se antojaba de lo más romántico y apasionado.

La joven camarera que aguardaba a la pareja les dio la bienvenida y, tras obsequiarles con unos bonitos collares de flores, los guio hasta una mesa montada en primera y única fila.

Antes de tomar asiento, John cogió a Brooke por la cintura y la besó con ansia.

—¿Te gusta?

—¡Es alucinante, John!

—¿Recuerdas que te comenté que tenía pendiente un tercer *charm* para tu tobillera?

—Lo recuerdo. —Suspiró emocionada.

—Como te dije, el caza representa el sueño que has logrado en esta vida; el diente de tiburón, tu valentía. —Abrió la palma y le mostró un pequeño diamante tallado de forma especial—. Y aquí te entrego mi corazón; me lo has robado.

El roquero hincó una rodilla en la arena y, tras una dulce caricia en el muslo, le colgó el corazón de diamante en la tobillera de perlas negras. Con el pulso navegándole a toda vela por las venas, sacó de su bolsillo la cajita de terciopelo y, mirándola a los ojos, dijo aún arrodillado:

—Ya que tienes mi corazón a tus pies, ¿te quedarías para siempre a mi lado? —Le mostró el anillo—. Sin tu amor cerca, te aseguro que dejaría de latir.

—Contéstame a una cosa, por favor. —El pecho le subía y le bajaba

alocadamente y el corazón le latía tan fuerte que apenas oía la música—. ¿Seguimos fingiendo ante el paparazi o esto es de verdad?

John se puso en pie, le tomó la barbilla de forma cariñosa y, tras besársela, contestó:

—¿De verdad necesitas que responda a esa pregunta? —Exhaló un suspiro—. Ahora mismo ese reportero y el resto del mundo me importan menos que nada. Me da igual si descubren la verdad, solo quiero estar a tu lado. Te amo.

Brooke se abalanzó a su boca y lo besó como si sus labios estuvieran ardiendo y los de él fueran la única fuente de agua que pudiera sofocarlos. Las antorchas que los rodeaban calentaban sus cuerpos incrementando el fuego que sentían en su interior. Sus lenguas se enredaban con ávido deseo y sus manos se acariciaban con exaltación mientras los tambores To'ere retumbaban con progresiva intensidad de fondo.

Una enorme palmera roja explotó en el cielo y, de seguido, un centenar de estrellas fugaces comenzaron a revolotear sobre sus cabezas, el momento no podía resultar más idílico. John tomó la cara de ella con sus manos y, obligándola a mirarle a los ojos, susurró:

—Te amo, mi vida, y no quiero perderte por apresurarlo todo. Sé que esto da miedo, incluso podría parecer una locura; por lo que te propongo una cosa. —Le mostró la joya—. Acepta este anillo y, dentro de un tiempo, volveré a hacerte la misma pregunta. Yo te prometo que, sea cual sea tu decisión, haré lo imposible por hacerte feliz.

Brooke alargó la mano y, con visible alteración, dejó que le colocara el anillo en el anular. El conmovedor gesto de amor los llevó a fusionarse en un turbador beso y a disfrutar abrazados de los bellos fuegos artificiales que decoraban la noche.

Después de una romántica cena, la pareja regresó a su palafito. Según entraban por la puerta, John la levantó a horcajadas, la empotró contra la pared y la besó con lujuria. Con la polla latiéndole a mil por hora y sin dejar de comerse la boca de su..., por el momento, prometida, le quitó el vestido. Mientras con la lengua repasaba toda su anatomía, se arrodilló ante ella y le sacó el tanga por las piernas.

Se chupó los dedos y, mientras la miraba a la cara con deseo, le acarició el clítoris hasta robarle algunos gemidos. Se mordió los labios de excitación,

colocó la pierna de ella sobre su hombro y, abriéndole bien el sexo con los dedos, atacó sus bajos.

Con gran pericia, deslizó la lengua a lo largo de sus labios, arriba y abajo, sin descanso, y succionó su clítoris cual cremoso helado. Brooke no paraba de jadear, estaba muy caliente.

—Sabes deliciosa, mi amor.

De forma inesperada, la cogió por los muslos y, deslizándole la espalda por la pared, la levantó en vilo a la vez que él se ponía en pie y dejaba su sexo a merced de su boca. Descansó los muslos de ella sobre sus hombros y empezó a devorarla con gula hasta que la hizo correrse en su lengua.

Tras hacerla volar sin avión, la llevó junto a la cama. Se quitó la camisa de lino, la tiró al suelo y, acariciándole la mejilla, susurró:

—Aún tengo una sorpresa más para ti.

—Dime que está bajo estos pantalones —musitó mientras le palpaba el miembro por encima de la tela.

—Me corrijo: serán dos sorpresas más. —Gimió de placer.

Ella se arrodilló, le quitó la ropa, atrapó su enorme polla entre las manos y se la metió en la boca, hasta el fondo de su garganta. Durante un buen rato, estuvo lamiendo y chupando su dura verga como si saboreara el más delicioso de los dulces, hasta que él se dejó ir.

Tras limpiarse con una toalla, John se aproximó a la mesa central, sobre la que descansaba un paquete azul.

—Lo vi en una joyería de Papeete, donde me escapé para comprarte el anillo, y no pude resistirme. —Le entregó una caja alargada—. Les pedí que me lo enviaran al hotel.

—Así que, ¿eso es lo que hiciste antes de acabar en el callejón con esas cuatro bestias? —Sonrió a la vez que negaba con la cabeza—. De verdad que te lo agradezco, pero no podría aceptar más joyas, John.

—A decir verdad, es un regalo para mí también. Espero que no te moleste.

Al destapar la caja, ella estalló en una carcajada y, sin dejar de sonreír, sacó un precioso consolador de cristal de su interior. Se acercó el falo a la

boca y, tras hacerle un guiño travieso a su chico, lamió la punta con sensualidad.

—¿Así que quieres que use este juguetito contigo, John? —susurró con voz perversa, mirándolo burlona.

—¡Joder, no! —Carcajeó—. Eres diabólica, cariño. Le arrebató el consolador y la acercó a la cama—. Mi regalo es verte disfrutar mientras lo uso contigo. ¿Te gustaría? —Ella asintió mordiéndose el labio—. Ponte a cuatro patas, por favor.

—Tú sí que eres diabólico —contestó divertida.

Ella obedeció sin protestar, clavó las rodillas sobre las sábanas y puso el culo en pompa para él.

—¿Te gusta así? —Lo miró de lo más sexi por encima del hombro.

—Excelente. —Se relamió, se aproximó al borde de la cama y le besó las nalgas con apetito—. Tienes un culo realmente delicioso, cariño. Duro y perfecto.

Mientras permanecía en pie, comenzó a frotar el consolador de cristal en la hendidura de su amor hasta que notó que ella volvía a humedecerse.

—Me encanta verte tan mojada. —Tras resoplar, le introdujo el falo hasta el fondo y lo meneó con irresistible compás—. ¿Te gusta, amor?

—Sí, sí. Me gusta mucho. —Exhaló un gemido.

Tras unas cuantas embestidas, John sacó el consolador de su chorreante vagina, lo dejó caer sobre la cama e, impaciente, le metió la polla hasta el último centímetro.

Deslizó la mano por el estómago de ella y, al alcanzar sus pechos, tiró de su cuerpo hacia él para pegarla a su torso.

—Bésame, mi amor —demandó por encima del hombro de ella mientras con la mano que tenía libre la acercaba a su insaciable boca—. Bésame.

La pareja selló sus labios en un beso en tanto él la penetraba desde atrás con dulce armonía; John sentía cómo su polla vibraba y se humedecía con cada acometida. Se hundió en la jugosa vagina de su amor hasta que ambos se corrieron a un tiempo.

A eso de las seis de la mañana, mientras la pareja dormía plácidamente, el teléfono del artista rompió la calma. El cantante contestó medio adormilado. Sin embargo, no tardó en incorporarse con brusquedad.

—Entiendo, ahora mismo —respondió y colgó.

—¿Qué ocurre, cariño? —preguntó preocupada al verle el semblante tan enfurecido.

—Tenemos que salir hacia Nueva York ahora mismo. —Se levantó de la cama y dio un puñetazo a la pared—. Ese loco hijo de puta ha vuelto a hacer de las suyas.

8

Sin tiempo que perder, la pareja tomó un avión privado que los llevó hasta el JFK, el aeropuerto internacional de Nueva York. Una limusina negra los aguardaba a la salida para llevarlos al hotel El Plaza, donde, de forma temporal, se alojaban el padre de John y el resto del equipo.

El cantante era propietario de una preciosa villa a las afueras de la ciudad, pero, en breve, daría comienzo la gira de The Devils por toda América y la gran manzana era el punto de partida. El grupo y parte del equipo necesitaban permanecer en el corazón de la ciudad.

Abby Holt, la asistente personal de John, los esperaba en el vehículo. Abby era una dulce joven de veintiséis años de apariencia frágil y poco agraciada, pero de lo más eficiente. Llevaba poco tiempo trabajando para el artista. De hecho, fue elegida por él mismo después de que su anterior asistente fuera atacada por el psicópata que lo acosa.

Abby reaccionó con sorpresa, pero con una enorme sonrisa al conocer a Brooke. Sin duda, no esperaba que su nuevo jefe apareciera con una prometida, pero verlo tan enamorado la hizo muy feliz.

El otoño en la ciudad que nunca duerme resultaba bonito de ver. Sin embargo, la temperatura distaba bastante de la que habían disfrutado en las islas polinesias.

Eloni, el mayordomo que John tuvo a su disposición durante su estancia en Bora Bora, quedó en enviarles el equipaje que la pareja había dejado en el resort y que incluía de ropa de abrigo. La situación les obligó a tener que hacer una breve parada en una tienda para vestirse acorde con los diez grados que castigaban la ciudad.

—Estás preciosa, amor. —John observó a su prometida petrificado, al verla salir del probador.

Con ayuda de Abby, Brooke apareció con un entallado vestido de cuero

negro sin mangas conjuntado con una blusa blanca que llevaba por debajo. Los *stiletos* negros que eligió alargaban sus ya kilométricas piernas.

—Es cierto, está guapísima, señorita Daniels.

—Gracias, Abby, pero llámame Brooke, por favor.

John besó a su prometida en los labios y, mientras ella se probaba un abrigo negro, dio una orden a su asistente.

—Abby, ¿podrías encargarte de que envíen al hotel un buen fondo de armario para Brooke? Me gustaría darle una grata sorpresa esta noche. Asegúrate de que incluya ropa para todo tipo de ocasiones, por favor. —Miró las piernas de su chica—. ¡Ah! Y muchos tacones. Me encanta como le quedan esos zapatos.

—Claro, John. —Asintió sonriente—. Yo me encargo de todo. Tomaré un taxi de vuelta al hotel.

—Gracias, Abby. —Como parte del plan, añadió—: Por cierto, intenta, en la medida de lo posible, que la prensa no descubra lo de nuestro compromiso. Por el momento, me gustaría mantenerlo en privado.

—Por supuesto.

La pareja regresó a la limusina y, de camino a El Plaza, Brooke aprovechó la intimidad, que no habían tenido a bordo del avión, para hacer algunas preguntas.

—Tu asistente parece una chica muy agradable. ¿Hay algo en ella que pueda resultar sospechoso?

—¿De Abby? ¡Ni en broma! —Negó con la cabeza—. Es un pedazo de pan. Se preocupa mucho por mí y por que todo quede perfecto. Además, no tiene pinta de ser capaz de sacudir a un tipo de dos metros con un bate de béisbol en la cabeza. ¿Te lo imaginas?

—¿Y yo sí? —Sonrió ante el chocante semblante de él—. En mi trabajo, nos enseñan a no fiarnos ni de nuestra sombra. Como al resto, la mantendré bajo vigilancia.

—Como quieras, amor, pero ya te digo yo que Abby no mataría ni a una mosca. Es más, cuando empezaron las amenazas ella ni tan siquiera trabajaba para mí.

—Háblame del resto de los componentes de The Devils.

—Como supongo sabrás, Maddox es el batería, aunque también toca otros instrumentos, y Wally es el guitarrista. Nos conocimos siendo unos niños; somos como hermanos.

—¿Por eso te ha enfadado tanto que ese psicópata haya dañado a Wally?

—Sin duda. —Gruñó—. Cuando cojamos a ese cabrón se lo haré pagar.

—Aún no me has contado cómo le ha dañado la mano.

—¿Recuerdas que te dije que llamé Julieta a mi primera guitarra? Se la di a Wally en su décimo cumpleaños, estaba enamorado de ella. Como sus padres no podían permitirse comprarle ningún instrumento, se la regalé. Wally iba a practicar con su inseparable Julieta en la *suite* del hotel y, al dar el primer acorde, se rebanó dos dedos.

—¡Dios! ¿Cómo fue?

—Cambiaron una de las cuerdas por un cordón de cuchilla. Según mi padre estaba tan bien hecho que mi colega ni se percató de ello.

—¿Qué han dicho los médicos? ¿Podrá volver a tocar la guitarra? ¿Al menos llevar una vida normal?

—Por suerte, uno de los mejores cirujanos del país le cosió los dedos y, con el tiempo, volverá a llevar una vida normal. Pero tardará.

—Es horrible. —Bufó—. ¿Alguien del personal o del equipo sospecha algo de lo ocurrido?

—No, Wally llamó a mi padre de inmediato y él se ocupó de mantenerlo en secreto. Obviamente, mi compañero es consciente de que algo sucede, pero mi padre le pidió que no dijera nada hasta que atrapáramos al causante, ni tan siquiera a Maddox; no queremos que se preocupen. A los demás les contaron que Wally se había cortado con un cuchillo mientras comía fruta.

—¿Tienen vigilancia?

—Sí, y nadie sospecha. Por los *fans*, es normal que todos los miembros vayamos acompañados de protección: los chicos tienen a varios tipos que se turnan las veinticuatro horas. En mi caso, aún tengo que buscar al sustituto de TJ, mi anterior guardaespaldas, al que sacudieron con un bate. Al grupo les

dije que tuvo un accidente de coche. —Le apretó la mano—. Menos mal que tengo a mi pantera.

—Si Wally no puede tocar, ¿cancelaréis la gira?

—Imposible, sería la perdición del grupo. Perderíamos mucho dinero. —Chasqueó la lengua—. Tenemos que encontrar a un nuevo guitarrista en menos de una semana. Mi padre ya ha empezado a buscar, pero necesitamos a alguien que se sepa todas las canciones del nuevo álbum; y eso no va a ser nada fácil. El nuevo disco salió hace solo unas semanas.

—Cariño, ¿te molesta si, por el momento, mantenemos nuestro romance en secreto? Me refiero ante tu padre y ante Solomon.

—¿Por qué? —Pestañeó confuso—. ¿Tienes algún problema con que descubran que nos hemos enamorado de verdad?

—Hace nada iba a casarme y estaba muy enamorada. Si mi coronel descubre que estamos juntos, podría pensar que lo hago por despecho o porque estoy vulnerable o algo parecido. Estoy segura de que se sentiría culpable por haberme metido en esto y me daría orden inmediata de regresar a Oahu.

—¿Y lo estás? Me refiero a estar resentida o vulnerable.

—No, cariño. —Le tomó de la mano—. Soy plenamente consciente de lo que estoy haciendo. Estos días que hemos pasado juntos han sido mágicos, ni tan siquiera he pensado en lo ocurrido. Soy muy feliz por haberte encontrado.

—Me tranquiliza oír eso. —Le besó la palma.

Nada más llegar a El Plaza, una bandada de paparazis y de seguidores aguardaban al artista a la entrada. En cuanto la pareja salió del vehículo los *flashes* empezaron a estallar por doquier. John volvió a tensarse, después de haber pasado los mejores y más relajantes días de su vida junto a Brooke, el agobio y los problemas regresaban a su rutina.

—Siento todo esto, Brooke —susurró el artista al oído de su prometida—. No esperaba que estuvieran al acecho tan pronto.

—No te preocupes —contestó de lo más sonriente.

—¡John! ¡John! ¡Te quiero! —gritó una rubia veinteañera.

La joven se abalanzó sobre él y empezó a comérselo a besos. El primer instinto de Brooke fue detenerla; como poco, sacudirle un derechazo, pero la razón la obligó a permanecer inmóvil. Si ella misma se descubría, el plan se iría al traste.

—¿Me firmas un autógrafo? —pidió dando saltos frente al artista.

—Claro, preciosa —respondió sonriente, pero con unas ganas tremendas de salir huyendo.

—¡Te quiero, John! Eres el mejor. —Lloraba como una mocosa.

—Yo también te quiero, preciosa. —Cogió a su chica de la mano y, con ayuda del conserje del hotel, continuaron avanzando.

Después de atravesar la marabunta, que en menos de un minuto llegó a duplicarse, la pareja se perdió en el interior del hotel. En el fastuoso vestíbulo los aguardaba el recién estrenado director para darles la bienvenida e invitarlos, entre otros detalles, a una romántica cena en el restaurante: una de las ventajas de ser un artista tan conocido.

—Señor Kasser, soy Diego Costas, el nuevo director. Es un verdadero placer tenerlo en nuestro hotel —comentó un cincuentón muy corpulento de aspecto cándido.

—Mucho gusto, Diego. Ella es la señorita Brooke Daniels. Cualquier cosa que mi ella desee, espero que la complazcan con rapidez.

—No hay ningún problema, señor Kasser. Un placer, señorita Daniels —respondió estrechándoles la mano—. Dejaré nota en recepción y al servicio de habitaciones de inmediato.

—¿Sería posible pasar del registro y que nos guíen hasta nuestra habitación? Estamos muy cansados.

—Por supuesto, señor Kasser. Yo mismo me encargaré de registrarlos. Y si puedo hacer cualquier cosa por ustedes, no duden en llamarme; a cualquier hora. —Les entregó a cada uno una tarjeta con su número personal—. Como regalo de bienvenida, encontrarán multitud de invitaciones para el *spa* y el restaurante en su *suite*. Como no, la limusina del hotel queda a su entera disposición.

—Te lo agradezco mucho, Diego. Estoy seguro de que hablaremos en estos

días.

El interior de la *suite* era sensacional, mezclaba el estilo rococó y el moderno con un gusto exquisito. Los tonos ocres predominaban sobre el crema, que, a su vez, era realzado con pinceladas de color oro. Todo, desde las cortinas al más insignificante detalle, estaba confeccionado con los mejores materiales. Un espacio de ensueño con espectaculares vistas a Central Park.

En cuanto el botones dejó el equipaje junto a la mesita de bienvenida, donde una engalanada cesta de frutas los recibía arrancándoles una sonrisa, el cantante obsequió al joven con una propina exagerada y, tras cerrar la puerta, se aproximó a su prometida.

—Perdona por el espectáculo. —Agitó la cabeza—. Estoy seguro de que te ha molestado que esa chica se lanzara a mis brazos. Te vi la cara.

—He de confesar que me ha costado no soltarle un guantazo. Pero... —Se encogió de hombros—, entiendo que es algo normal en tu día a día y debo acostumbrarme.

—Por favor, no te asustes. —Tragó saliva—. No soportaría perderte.

—Relájate, cariño. No me asusto con facilidad. —Se colgó de su cuello—. Sé que tu ex no soportaba la presión de todo lo que te rodea, pero yo soy un *skull*, aguanto lo que me echen. —Lo besó y lo abrazó hasta que notó que se tranquilizaba—. Esta habitación es enorme, y mira qué vistas tan bonitas. —De la mano lo acercó a uno de los ventanales que iluminaban el salón.

—No te haces a la idea de lo sexi que estás vestida así. Me encanta verte con tacones. —Comenzó a deslizar la mano por el culo de ella hasta llegar al pecho, su entrepierna no tardó en ponerse dura como una piedra—. ¡Vaya, qué oportuno! Apuesto lo que quieras a que es mi padre —dijo al oír un golpe de llamada y, dirigiéndose a abrir la puerta, añadió guiñándole el ojo—: Con las ganas que tenía de hacerte el amor contra esa cristalera.

—¡Hijo! —Leonard lo abrazó emocionado—. Me alegro mucho de verte.

—Y yo a ti, papá. ¿Cómo estás?

—Un poco estresado, pero te anticipo que, en cuanto pase todo este jaleo, me cojo unas vacaciones. Es muy probable que vaya a Bora Bora; veo que a vosotros os ha sentado de vicio. —Examinó a la teniente con una enorme

sonrisa—. ¡Hola, Brooke! También me alegro mucho de verte. ¿Qué tal ha ido todo? ¿Has logrado bajarle los humos a mi hijo?

—Digamos que he conseguido domarlo, Leonard —respondió abrazándolo divertida.

—¡Madre mía! ¡Menudo pedrusco! —Acercó la mano de ella a sus perplejos ojos—. Veo que has tomado muy en serio tu papel, hijo.

—¿No era ese el plan? —Encogió un hombro—. ¿Cómo está Wally, papá? ¿Sigue en vigilancia intensiva?

—Ya lo han trasladado a una habitación privada. Está más disgustado por no poder irse de gira que por sus dedos, ya lo conoces.

—Tengo que verlo. ¿Cuánto tiempo tendrá que pasar en el hospital?

—Permanecerá ingresado un par de semanas, tal vez un mes.

—¿Qué hacía la prensa ahí abajo? ¿Cómo leches se han enterado de que venía?

—La prensa descubrió lo del accidente culinario de Wally y llegó a la conclusión de que, obviamente, su mejor amigo no tardaría en aparecer. Llevan esperando en la puerta del hotel desde entonces.

—¿Hay alguna novedad sobre el acosador?

—Nada nuevo, Brooke. Solo que ese bastardo no se anda con tonterías.

—¿Y Kyla? ¿Cómo está, papá? Hablé con ella hace unos días, pero sé que me mentiría con tal de no preocuparme.

—De maravilla. Esa mujer es muy fuerte, y muy testadura, por cierto.

Un musical golpeteo interrumpió la conversación.

—¿No me irás a decir que la muy cabezota dejó el hospital voluntariamente? —John entrecerró los ojos.

—No, pero insistió en que me guardaran las espaldas hasta tu regreso —contestó abriendo la puerta y dejando a ambos asombrados.

—¡Dwayne! ¡Colega! —John corrió a saludarlo—. ¡Qué sorpresa!

—Gracias, tío. Yo me alegro de comprobar que Brooke aún no te ha estrangulado. —Sonrió a la mencionada, que tensó la espalda nada más verlo

aparecer—. ¿Te has portado bien con esta belleza?

—Aún no me ha soltado ni un solo guantazo, si es a lo que te refieres —respondió con gesto burlón—. Todo ha ido bien, tío.

—¿Qué tal Bora Bora, preciosa? —preguntó el *seal* aproximándose y saludándola con un beso en la mano—. ¿Habéis disfrutado?

—Ha resultado mejor de lo que esperaba. —Ella sintió cómo se le aceleraba el pulso al tocar a Dwayne. Se disponía a dar un disimulado paso atrás para romper el contacto cuando John se le adelantó, la cogió por la cintura y la apartó de él.

—A partir de ahora no podrás coquetear con mi prometida, tío. ¿No querrás que descubran todo este teatro? —John miró a su colega de lo más sonriente, pero sin soltar a su chica. Le había prometido a Brooke que mantendría su romance en privado, pero recordar que Dwayne y ella estuvieron flirteando la primera vez que se vieron, le resultó molesto y, aunque solo pudiese hacérselo saber en plan broma, quiso darle un aviso.

—Tranquilo, colega. Me portaré bien. —Levantó las manos con gesto jovial y, mirándola a ella, que rápidamente se apartó de ambos, agregó—: Mientras estemos en escena.

—Por cierto, Dwayne, ¿qué papel te toca en esta obra?

—Verás, tu padre se ha enterado de que, de un desliz que tuvo de joven, salió un precioso bebé. —Se señaló a sí mismo—. Diremos que me ha encontrado por casualidad y que, a partir de ahora, tienes un nuevo hermano.

—¿Estáis de coña? —John miró perplejo a su colega y a su padre.

—¡Claro que sí! Me estaba quedando contigo, tío. —Dwayne carcajeó—. De momento, nadie se ha molestado en preguntar quién soy, pero creo que deberíais decirle la verdad a Maddox, sospecha algo. Él conoce mi profesión y creo que le resulta muy extraño verme pegado a tu padre de forma constante.

—Dwayne tiene razón —intervino Brooke—. Maddox tiene derecho a saber que hay alguien intentando dañaros. De ese modo, también podrá estar alerta.

—De acuerdo, hablaré con él —respondió John—. Papá ¿sería posible ver a Wally ahora?

—Por supuesto, seguro que le hará mucha ilusión.

—Le pediré a Maddox que nos acompañe a visitarlo, así podré contarles lo que está pasando al mismo tiempo.

—Si no te importa, hijo, yo me quedo en el hotel. Mañana vendrán nuevos guitarristas a hacer más pruebas y aún tengo mucho por organizar —contestó yendo hacia la salida.

—Te sigo, Leonard. —Dwayne se despidió haciendo un pícaro guiño a Brooke.

—No hay problema. ¿Os parece que nos veamos todos para cenar?

—Perfecto, hijo. Así nos pondremos al día. —Antes de cerrar la puerta, añadió—: Por cierto, chicos. Como veis, esta *suite* tiene dos habitaciones. Aseguraos de hacer una de las camas, antes de que entre el servicio de habitaciones, para que nadie pueda sospechar.

—Descuida, papá.

El cantante se disponía a cerrar cuando su padre metió la cabeza por el hueco de la puerta y, susurrándole al oído, dijo:

—Aunque no sé por qué, pero me da la sensación de que eso no va a ser necesario.

—¿Por qué dices eso, papá? —preguntó sorprendido.

—Solo hay que verte la cara cuando miras a esa mujer, hijo. —Le palmeó el hombro—. Nunca había visto esa expresión en ti.

—Jamás he conseguido engañarte, ¿verdad? —Sonrió mirando a Brooke, que a su vez contemplaba las vistas—. Ya hablaremos, pero no comentes nada de esto, por favor. —Leonard levantó el pulgar y con cara de satisfacción se marchó.

Maddox, el batería de la banda, era un tipo de mediana estatura, de brazos corpulentos y bien formados, que llevaba su larga melena negra recogida en una cola de caballo. Tenía un rostro bonito, pero lo escondía tras una frondosa barba que casi le llegaba al pecho. Más de treinta tatuajes cubrían su cuerpo, se podría decir que su aspecto resultaba un tanto estrambótico para un ciudadano de a pie, pero nada fuera de lo normal para un célebre músico.

Tras tomar una copa en el bar del hotel, donde el líder de The Devils aprovechó para hablarle a su colega de su viaje a Bora Bora y del flechazo que había surgido nada más ver a Brooke, la pareja y el batería fueron a visitar a Wally.

El guitarrista los recibió con una enorme sonrisa, pero no echaba chispas de felicidad por encontrarse encerrado en una habitación de hospital. Odiaba los espacios cerrados y, para colmo, iba a perderse el inminente concierto. De los tres componentes, Wally era el más corriente, un tipo nada agraciado, pero una persona muy simpática y llena de vitalidad.

Roto el hielo, John les contó todo acerca del acosador y de las amenazas que, hasta ese momento, ese lunático había llevado a cabo.

Los músicos se tomaron la noticia mejor de lo que cabía esperar. Wally era una persona de lo más optimista y Maddox estaba seguro de que atraparían a ese salvaje en poco tiempo. No había duda de que ambos confiaban ciegamente en su amigo de la infancia.

—Quiero disculparme contigo, Wally. —John miró el vendaje de su mano—. Si te hubiese dicho lo que estaba ocurriendo desde el principio, tal vez podrías haber evitado el corte.

—¿Estás de coña, tío? —Hizo un saludo Shaka* con la mano buena—. Ni mirando las cuerdas con una lupa me hubiese dado cuenta. No tienes que disculparte por nada. Y te agradezco que hayas puesto un guardaespaldas a mi servicio las veinticuatro horas del día. Empecé a mosquearme cuando me di cuenta de que no me quitaban ojo de encima, que estaban más pendientes de mí de lo habitual.

*Shaka es un saludo surfero, que consiste en levantar el pulgar y el meñique de una mano, para indicar que todo va bien.

—Sí, yo también te lo agradezco. En un principio me resultó un tanto chocante tener a un cachas distinto tras de mí con tanta antelación a la gira, pero pensé que la fauna de Nueva York lo merecía.

—Aun así, lo siento muchísimo, chicos. Debería habérselo contado desde un principio.

—No te preocupes, colega. Además, los baños de esponja son la leche. ¡No veas cómo están algunas enfermeras!

Los dos miembros de The Devils quedaron tan encandilados con la teniente que ni se extrañaron ante el apresurado compromiso entre ella y su líder. De hecho, se pasaron todo el tiempo haciendo bromas, asegurando que, de haber sido ellos los principales acosados, también hubiesen sido los afortunados de haber tener que ido a Bora Bora para librarse del estrés y conocer allí a un bombón como Brooke. Ya que ninguno conocía la profesión de ella, John creyó conveniente mantenerlo en secreto; cuanta menos gente lo supiera mucho mejor.

De regreso al hotel, cantante y *skull* subían a solas en el ascensor cuando ella hizo un comentario:

—Siento ser tan desconfiada, pero ¿no te ha parecido que Maddox ni se ha inmutado al conocer la noticia de las amenazas? ¿Ha habido algo extraño entre vosotros que consideres que debiera saber?

—Cuando conozcas a Maddox te darás cuenta de que siempre está en modo mantequilla.

—¿En modo mantequilla? —Sonrió divertida.

—Sí, a él le resbala todo. No te extrañe que, mientras se lo estaba contando, él estuviese pensando en la enfermera tetona que se le tiró encima nada más verlo. —Carcajeó—. No te preocupes por él, Maddox es de absoluta confianza.

Al entrar en la *suite*, Brooke se quedó boquiabierta al descubrir un enorme perchero profesional del que colgaban decenas de modelitos. Junto a la mesa, se apilaban preciosas cajas de regalo abiertas, que contenían ropa interior y montones de zapatos de tacón.

—Espero que te gusten, amor.

—Pero ¿qué...? —Incapaz de terminar su frase, repasaba emocionada los conjuntos tan increíbles que colgaban de aquel perchero. —¡Son preciosos, John, preciosos! No tenías que haberlo hecho. —Se lanzó a sus brazos—. ¡Me empieza a encantar que me mimes tanto!

—Haría cualquier cosa por ti, amor. —La besó como si no hubiese un mañana mientras le bajaba la cremallera del vestido.

—¿Cualquier cosa? —susurró en su boca.

—Todo lo que desees, mi vida. Solo quiero que seas feliz. —Atrapó su labio inferior en un beso.

—Entonces, fóllame hasta que pierda el sentido.

—Tus deseos son órdenes.

Las manos de él se apresuraron a despojarla de toda la ropa, con premura, pero deleitándose de la piel que iba dejando al descubierto.

—Los zapatos te los dejo puestos. —Arrodillado a sus pies le quitó el tanga—. Me vuelve loco verte con ellos.

Acercó la lengua a su entrepierna, le besó el monte de Venus y, muy despacio, deslizó la lengua hasta su abertura. Le dio un lametón y, en respuesta, ella gimió y abrió las piernas ofreciéndose a él.

—No hay prisa, amor. —Se puso en pie y, tras besarla con ardiente pasión, la cogió por la cintura—. Aún tenemos dos horas hasta la cena. —De un impulso la sentó en el borde de la mesa y volvió a arrodillarse, abriéndole los muslos y dejando su jugoso sexo frente a su cara.

Con delicadeza, paseó los dedos por su caliente abertura realizando movimientos en círculo. Se chupó el pulgar y lo frotó contra sus labios vaginales de arriba abajo, haciendo presión, sintiendo cómo ella se humedecía.

—Cierra los ojos y no te muevas, por favor.

El artista se levantó y de su bolso de viaje tomó el regalo que le había hecho a Brooke en Tahití. Regresó a su lado y, tras recordarle su orden de no abrir los ojos, empezó a deslizar la punta del consolador de cristal por su sexo, muy despacio, con erotismo.

Mientras él lograba que sus bajos palpitaran y empezaran a empaparse, ella se contoneaba de gusto y se acariciaba los pechos, tenía los pezones duros como el mármol, pero calientes como carbón candente. De vez en cuando, John le echaba su cálido aliento y lamía las gotas de placer que exudaba su sexo, la sensación era abrasadora.

—No aguanto más, John. —Gimió de excitación.

—¿Lo quieres dentro de ti, amor? ¿Todo dentro? —susurró.

—Sí, lo quiero dentro; todo dentro.

Obediente, John introdujo el falo de cristal en la chorreante vagina de su amor. Estaba tan mojada que el consolador se deslizó sin apenas esfuerzo, penetrándola centímetro a centímetro hasta llenarla. Ella plantó las manos a ambos lados de la mesa, arqueó el cuerpo y se dejó follar hasta el agotamiento.

—Abre los ojos. —Le tomó la mano y se la llevó hasta el consolador—. Mastúrbate para mí.

Ella comenzó a meterse los quince centímetros de cristal ante la atenta mirada del cantante mientras este se desnudaba delante de ella. Tenía la polla a punto de explotarle, tanto que la punta comenzaba a brillarle.

—Tócate para mí, cariño —rogó ella con la voz ahogada.

John se cogió la verga y, mientras le acariciaba el clítoris con el pulgar de una mano, con la otra se estimulaba. Ver cómo la vagina de ella empezaba a chorrear y los fluidos escurrían por su piel, lo puso a mil por hora. Entre jadeos, se machacó la polla hasta que las ganas de eyacular lo llevaron a clavarse en ella.

—Quiero correrme dentro de ti. —Ansioso, le sacó el consolador de sus entrañas y la penetró de una estocada firme y seca.

—Esto es mucho mejor, más caliente —aseveró ella, estrujándole las nalgas y apretándolo contra su cuerpo—. Así, más rápido.

Él aceleró el ritmo de sus embestidas, colmándola con cada empuje, haciendo que viera el cielo con su polla. Mientras con los labios recorría el cuello de ella, su boca susurraba le palabras de amor.

—Mía, siempre mía.

—No aguanto más, me voy a correr —musitó ella fuera de sí.

—Hazlo. ¡Córrete, córrete!

Ella se dejó ir, soltando un fuerte gemido; el cuerpo le temblaba de pies a cabeza y su corazón se agitaba cual terremoto. John era capaz de hacerla estallar como un volcán.

El artista se detuvo y, aún dentro de ella, le tomó de la barbilla y acercó la

boca de ella a la suya. Mientras saboreaba sus dulces labios en un apasionado beso, se hundía en su interior muy, muy despacio.

—Te quiero, John —susurró sin aliento.

—Y yo te quiero aún más, mi vida. —Tras besarla, salió de su caliente vagina—. Date la vuelta. Voy a hacer que te corras otra vez.

Sin protestar lo ni un ápice, ella saltó de la mesa, se giró, abrió las piernas y levantó el culo para él. John se cogió la polla con una mano y, en tanto acariciaba la preciosa anatomía trasera, que con gusto se ofrecía a él, con la otra se tocaba el miembro.

Muerto de ganas por volver a hundirse en su amor, acercó la verga a la entrepierna de ella y se la metió por su ardiente vagina, muy despacio, disfrutando de la sensación.

—¿Te gustaría que te metiese el consolador a la vez que te follo, mi amor? —susurró abrazándola—. A mí me volvería loco.

—Sí... —Jadeó—. Sí...

El cantante salió de su interior, cogió el consolador de la mesa y, tras deslizar la punta de cristal por su chorreante vagina haciendo un delicioso sándwich entre sus labios, lo acercó a su ano.

Ella subió las rodillas a la mesa, las separó hasta que su sexo casi tocó la madera y levantó el trasero para su chico. Él se colocó entre los tacones de ella y, con mucho cuidado, comenzó a introducir el falo de cristal por la abertura trasera. Brooke estaba tan caliente que su cuerpo colaboraba y se amoldaba al miembro de cristal con placer. Una vez que él consiguió metérselo hasta la mitad, se cogió la polla y se la introdujo por la vagina.

Ella creyó desfallecer, jadeaba loca de placer mientras él la penetraba por ambos orificios.

Dentro... Fuera... Dentro... Fuera...

El gozo era tal que la verga de John empezó a palpitar bruscamente anunciando un inminente orgasmo.

—Me vuelves loco, amor. No puedo más. Córrrete conmigo, córrete conmigo.

—Sí, sí... —Ella se volvió y lo besó por encima del hombro a la vez que se dejaba ir.

Tras el éxtasis, la pareja permaneció por un instante en la misma posición, inmóvil. Tan solo su agitada respiración rompía el silencio.

—Te haré una confesión. —Salió de su interior y la puso mirando de cara a él—. Jamás había hecho el amor con una mujer.

—Por favor, ¿dime que no te van los hombres? —Controlaba las ganas de reír.

—¡Ven aquí! —Carcajeando, la levantó en un abrazo y, cargando con ella de camino al baño, agregó—: ¡Eres diabólica, cariño! Y me encanta. —La metió en la ducha, abrió el grifo del agua caliente y se sentó bajo el chorro con ella encima—. Cuando digo que jamás había hecho el amor con una mujer me refiero a que las relaciones que he tenido hasta ahora solo han sido sexo, nunca he amado a nadie como te amo a ti.

Mientras él le abría su corazón, ella le enjabonaba el torso con caricias.

—¿Qué lo hace diferente? ¿Cómo sabes que es amor?

—Cuando estoy dentro de ti, solo deseo que sientas cuánto te quiero. —Explicaba enjabonándole los pechos—. Cuando no estás a mi lado, siento que estoy vacío, que me falta algo. —Le acarició los hombros—. Y cuando estás junto a mí, tengo miedo a pestañear y que desaparezcas.

—Entonces, atrápame fuerte y no dejes que me vaya nunca.

John tomó la cara de ella entre sus manos, la acercó a su boca y la besó con hambre. Arrastrado por la pasión, la tumbó en el suelo y, mientras el agua caía sobre sus cuerpos desnudos, volvió a hacerle el amor.

9

Eran las dos de la tarde y la cabeza de John Kasser retumbaba cual furiosa tormenta. El artista, su padre, su eficiente ayudante Abby y Maddox llevaban sentados desde temprana hora de la mañana en primera fila de un viejo teatro de Broadway. El local era propiedad del cantante y había sido acondicionado para la audición en la que debían encontrar al sustituto de Wally.

La sala llevaba abandonada años, John tenía intención de reformarla y, en un futuro no muy lejano, crear un club de copas donde nuevos talentos de la música pudiesen darse a conocer.

Sobre el escenario se había instalado un equipo de sonido, una batería y varias guitarras eléctricas que contrastaban con las rimbombantes cortinas de terciopelo rojo que decoraban con ostentación el fondo del proscenio. El atrezo recordaba al famoso musical de *El fantasma de la ópera*; todo un clásico.

Ochenta, de los doscientos candidatos que quedaban pendientes, habían actuado, pero, hasta el momento, ninguno había conseguido hacer sombra a Wally. Cantante y batería empezaban a agobiarse.

Unas filas más atrás, vigilante a todo lo que acontecía, se sentaba la teniente Daniels junto a Dwayne. Desde su última conversación telefónica, justo antes de que ella partiera hacia su nueva misión como guardaespaldas, no habían tenido oportunidad de hablar en privado.

Brooke actuaba un tanto cortada ante el *seal*, respondía de forma concisa a sus preguntas y evitaba mirarlo a los ojos. Por más que intentaba comportarse con normalidad ante él, cada vez que Romeo le mostraba su perfecta sonrisa le cortaba la respiración.

—¿Qué tal te va con la misión Mary Poppins? —comentó Dwayne.

—Bastante bien —respondió ella sin dejar de mirar al escenario.

—Te noto un poco apagada. ¿No me digas que John ha conseguido

agotarte? —Se inclinó para mirarla de frente—. ¿O es que ahora soy yo quien te intimida? —Aproximó la cara a la de ella con gesto burlón—. ¿Me tienes miedo, belleza? Siento que te tiembla la voz.

La teniente podría sentirse un tanto cohibida, pero picarla de aquella manera, y usando sus propias palabras, era lo peor que el *seal* podía haber hecho. Con actitud retadora, pero divertida le miró a los ojos.

—Veo que, en mi ausencia, Romeo se ha vuelto muy valiente.

—Lo suficiente para pedirle una cita a una preciosa *skull* que me tiene loco. —Aproximó la cara a la de ella—. No sé cuánto tiempo voy a tener que quedarme en Nueva York, pero, ¿qué te parece si, una noche que metamos a los niños temprano en la cama, salimos a cenar?

—Me encantaría, pero no podemos arriesgarnos a que nos vean juntos. —Se encogió de hombros a modo de disculpa.

Conocer a Dwayne había sido toda una experiencia para la teniente. A penas llegaron a verse unas horas antes del viaje a Bora Bora. Sin embargo, durante ese breve tiempo, ese hombre había despertado en ella un cúmulo de sensaciones: admiración, deseo, tranquilidad... Esas mariposas que revolotean en el estómago de uno cuando siente que hay algo más que química con esa persona.

Él era un tipo arrebatador, divertido, cariñoso, pero, sobre todo, había una llama en los ojos de este capaz de iluminar el sombrío interior de Brooke. Reencontrarse con él había añadido resplandor a la nebulosa que recubría su corazón y a la que John había regalado toda su luz de forma incondicional.

Ella era consciente de que solo habían flirteado y que, desde su marcha, habían quedado en modo de espera. Pero, sin duda, seguía habiendo chispa entre ellos. No dejaba de pensar que sería muy injusto ocultarle su inesperado romance con John. Pero, por el momento, no encontraba el valor para hacerle confesiones.

—Tienes razón, belleza, nos va a resultar un poco complicado continuar con nuestros asuntos pendientes. —Chasqueó la lengua decepcionado—. Pero siempre puedo colarme en tu habitación y retomar allí nuestra última charla.

—¿Piensas trepar por mi balcón, Romeo? —contestó con guasa.

—Mi habitación está a continuación de la vuestra, seguro que me las

apaño. —Frunció los labios de forma sexi.

—¡Para, por favor! —ordenó John dejando al *seal* firme.

Dwayne se relajó al descubrir que su amigo solo trataba de interrumpir al joven que tocaba en ese momento, pero, por un segundo, se le tensó hasta el cuello.

—Creo que la cabeza de tu prometido acaba de estallar, belleza.

—Le ha afectado muchísimo lo de Wally, se siente culpable por lo ocurrido —murmuro ella.

—Gracias por venir, te llamaremos si resultas elegido —dijo John poniéndose en pie y saludando al candidato.

—Gracias a vosotros, tíos —respondió el joven, levantando los pulgares sonriente—. Sería todo un orgullo tocar con The Devils.

—El placer sería nuestro. —John se volvió hacia Brooke—. Cariño, dame un segundo. Voy a hablar con los candidatos que aguardan en los vestuarios y nos vamos a comer algo. No tardaré. —Dirigiéndose a su equipo, prosiguió—: Vamos, chicos. Necesitamos agilizar esto o no acabaremos en la vida. Tenemos que asegurarnos de que los guitarristas que queden sean capaces de tocar *Beyond the sky* con los ojos cerrados.

—Tienes razón, John. Los chavales que hemos escuchado hasta ahora carecían de sentimiento —aseguró Maddox—. Si no encontramos a un sustituto pronto, tendremos que cancelar el montaje del concierto en el Madison Square Garden.

John y compañía abandonaron el anfiteatro mientras conversaban en busca de una salida a su problema, dejando a *seal* y a *skull* a solas en el arcaico salón.

—¿Cariño? —repitió Dwayne mirándola receloso.

—John se toma muy en serio su papel. —Se encogió de hombros, mostrando absoluta indiferencia.

—Sí, apuesto a que, además de ser un excelente cantante, es un gran actor —susurró clavándole su azul mirada y volviendo al ataque.

—Perdona, iré tras él. —Nerviosa, se puso en pie y salió de la fila de

butacas—. No debería perderlo de vista.

—No hay problema, *cariño*. —Levantó las cejas repetidas veces robándole una sonrisa.

—Eres incorregible, *Romeo* —Comenzó la retirada.

—Por cierto, Brooke... —Se aproximó a ella—. Quiero que sepas que te he echado mucho de menos, estaba deseando volver a verte.

—Yo también... me alegro de que estés aquí. —Asintió con un nudo en la garganta y, tras exhalar un suspiro para sus adentros, continuó hacia los vestidores.

A punto de abandonar la sala, un exquisito solo de guitarra la obligó a detenerse. Embrujada por los acordes de *Beyond the sky*, se dio la vuelta y quedó impresionada al descubrir que se trataba de Romeo.

Muy despacio, se camufló entre las cortinas de bastidores y, sin que Dwayne se percatara de su presencia, se dejó encandilar por su música. Las luces del escenario habían sido apagadas. Tan solo un foco azul verdoso, que creaba una atmósfera brumosa y un tanto mágica, iluminaba el centro.

Bajo el mismo, el *seal* tocaba la guitarra eléctrica con gran sentimiento y energía, pasión en estado puro. Brooke quedó cautivada ante el encanto que desprendía ese hombre, era capaz de derretirla cual fuego al acero. Mordiéndose los labios, observaba sus musculados brazos con ganas de lanzarse a ellos y besarlos. La mera idea hizo que el corazón comenzara a latirle desbocado.

«¡Pero qué narices me está pasando!».

John apareció en escena, tomó un micrófono y comenzó a cantar siguiendo el ritmo de la guitarra. Segundos después, Maddox tomó el control de la batería, convirtiendo el momento en un espectáculo colosal. En ocasiones, John se perdía entre la bruma que caía en cascada sobre sus hombros y, ante la absorta mirada de la teniente, solo quedaba Dwayne.

—No me lo puedo creer —comentó Leonard colocándose a un lado de Brooke—. Dwayne tiene un ángel en los dedos.

—Sí, es sorprendente —musitó ella, imaginándose esos dedos acariciándole la piel.

—No me había atrevido a preguntar antes. —Abby se pegó a ellos—. Pero, ¿quién es ese hombre tan fascinante?

—Me da que el nuevo guitarrista de The Devils —respondió Brooke sin dejar de mirarlo.

En cuanto la canción terminó, John dejó el micrófono y, mirando a su colega exclamó:

—¿Por qué puñetas no se me habría ocurrido antes?

—Ni en broma, tío. —Dwayne negó con la cabeza en tanto devolvía la guitarra a su sitio—. Ni se te ocurra decir lo que estás pensando.

Maddox avanzó hasta la retaguardia del *seal* y, plantando la mano en el hombro de este y mirando a John, anunció:

—Colega, creo que hemos encontrado al sustituto de Wally.

Dwayne se dio la vuelta y lo miró alucinado.

—No me pidáis algo así, tíos. —Levantó las manos—. Yo solo quería tocar la canción. Llevo oyéndola toda la mañana y no me la podía quitar de la cabeza.

—¿Qué te parece si lo discutimos durante la comida? —John sonrió y, seguro de que su amigo acabaría aceptando, llamó a su ayudante y, de forma personal, le dio una orden.

Mientras Abby se encargaba de cancelar el resto de las audiciones pendientes, los miembros de The Devils, el señor Kasser y los dos guardaespaldas infiltrados disfrutaban de una gloriosa comida en el sofisticado Le Bernandin, el mejor restaurante de la ciudad. Sentados a una mesa *privé*, un salón de dinámico diseño que garantizaba total intimidad al grupo, John continuaba convenciendo a Dwayne para que aceptara ser el nuevo miembro de la banda.

—Somos amigos, tío. Sabes lo importante que es tener a un excelente guitarrista en el grupo; y si encima es de confianza, para morirse.

—Sí, John, somos amigos, pero yo no soy músico y tengo un trabajo. Para el que, por cierto, tengo que estar en forma y necesito empezar a dedicar horas de gimnasio a ello o me voy a oxidar.

—Si te preocupa el entrenamiento, mi pantera puede ayudarte.

—¿Tu pantera? —El *seal* lo observó extrañado.

John miró a Brooke y ella se señaló a sí misma divertida.

—Tendrías que verla en acción, tío. En Papeete... —La miraba con orgullo cuando ella le atizó una sutil patada en la espinilla por debajo de la mesa. Al darse cuenta de su error, ya que Maddox no sabía que ella era una *skull*, intentó corregirse—. Bueno, ya os lo contaré lo de Papeete en otra ocasión.

—A decir verdad, yo también necesito mantener la forma. Sería agradable poder entrenar con un *seal* —comentó la teniente.

—¿Ves, tío? Solucionado.

—Me encargaré personalmente de que en los hoteles que nos alojemos tengan habilitado un espacio privado para vosotros dos con todo lo que necesitéis: pesas, sacos de boxeo...; cualquier cosa que pidáis —añadió Leonard.

—De verdad que me encantaría poder ayudaros, pero... ¿Qué haces, John? ¡No me ignores! —protestó al ver que se alejaba móvil en mano.

—¡Hola, cariño! ¿Cómo está mi rebelde? —John miraba a Dwayne desde la distancia con sonrisa díscola—. Me alegra oírlo, es una gran noticia. Oye, tengo un pequeño problema...

En tanto John hablaba por teléfono, Dwayne continuaba rechazando la proposición.

—Ya os digo que va a ser imposible que pueda dejar mi trabajo para irme de gira, mi capitán no me lo permitiría.

—¿Qué te parece si nos acompañas hasta que encontremos un sustituto fijo? De ese modo, no tendríamos que cancelar el primer concierto.

—Maddox, yo no puedo... —John lo interrumpió pidiéndole que se pusiera al teléfono.

—¿Dwayne? Es Kyla; quiere hablar contigo. —Le pasó el móvil.

—¿Sí? ¡Hola, preciosa! ¿Cómo estás? Sí, sí... —Tras un minuto silenciado escuchándola, respondió—: De acuerdo. Así lo haré, preciosa. —

Colgó directamente.

—Y bien, Dwayne, ¿qué te ha dicho, Kyla? —inquirió John expectante.

—Bueno... —Tomó su copa y se la bebió de un trago. Titubeante, lo miró y contestó—: Parece ser que tenéis nuevo guitarrista.

—¡Sí! —gritó Maddox.

—¡Bien! —dijeron los Kasser al unísono.

—Camarero, ¿podría traernos un par de botellas de su mejor champán? —pidió el cantante—. Tenemos algo que celebrar.

—Tengo que conocer a Kyla. —Carcajeó Brooke—. Una mujer que es capaz de poner firme a todo un *seal*, en menos de sesenta segundos, merece todos mis respetos. ¡Y a través del teléfono!

—Por simple curiosidad, ¿cómo te ha convencido? —inquirió el roquero en tono burlón, sirviéndole otra copa.

—¡Eres un cabrón, John! Sabes que no le puedo negar nada a Kyla y te has aprovechado de eso. ¡Sabías que ella iba a obligarme! —Le lanzó una servilleta sonriente—. Como favor personal, me ha pedido que os ayude y me ha dicho que ella se encargaría de hablar con Hunter.

—¿Quién es Hunter? —preguntó Brooke.

—Su marido, mi mejor amigo y mi capitán.

—Yo también tengo una pregunta. —Maddox miró a la teniente con ojos rebosantes de curiosidad—. ¿Me puedes explicar qué hiciste en Papeete para que mi colega te llame pantera? No hago nada más que pensar en eso. —Gruñó con gracia, haciendo reír a todos.

—Nada del otro mundo. Durante mucho tiempo fui entrenadora personal y, por algo que no viene a cuento, John me pilló haciendo una demostración en Papeete.

—Si no fuera tan perezoso, me apuntaba a esas sesiones de entrenamiento con vosotros.

—¿Quieres ponerte en forma, Maddox? —preguntó Dwayne.

—Ni de coña, tío. —Miró a Brooke con sonrisa pillina—. Es solo que estoy deseando ver a esta pantera en acción.

Un joven camarero terminaba de servir el champán cuando Leonard, al ver los celos asomando por los ojos de su hijo, levantó su copa e invitó al grupo a hacer un brindis.

—¡Por el nuevo miembro de The Devils!

—¡Por Dwayne! —añadió John de lo más dichoso—. Que esta experiencia nos una aún más si cabe.

—Solo espero estar a la altura.

—Sin duda lo estarás. —El cantante asintió y, a su señal, todos bebieron a la salud del nuevo componente de la banda.

Unos días más tarde, después de ensayar hasta el agotamiento y de realizar varias entrevistas en las que se presentaba al nuevo guitarrista de The Devils, el grupo se encontraba en el viejo teatro de Broadway repasando las canciones que tocarían en su inminente concierto. Apenas quedaban nueve días para el esperado evento y todo debía quedar niquelado.

Brooke había decidido quedarse en la *suite* para poder comunicarse con su coronel en privado y ponerle al día de lo que iba pasando. Concluida la videoconferencia en la que ambos estudiaron las posibles amenazas que fluían en torno a John, ella se puso a revisar su nuevo guardarropa en el cuarto que había frente al dormitorio principal. Buscaba qué ponerse para el día siguiente cuando un suave golpecito en el cristal de la ventana la obligó a darse la vuelta.

—¡No me lo puedo creer! —dijo ella para sí y se dirigió a abrir la ventana, donde Dwayne aguardaba cual galán shakespeariano.

—Buenas noches, belleza. —Entró de un salto en la estancia.

—Muy divertido, Dwayne. ¿Ahora vas de Batman? —Al comprobar el riesgo que este había corrido, protestó—: ¡Podías haberte matado, toda la baranda está llena de escarcha!

—Tranquila, ha sido pan comido. —Cerró la ventana y, al ver la cara de enfado de ella, añadió—: ¡Vaya! Pensé que te divertiría ver a tu Romeo escalando hasta tu balcón. Aunque, a decir verdad, me conmueve que te preocupes tanto por mí.

—La próxima vez usa la puerta. ¿De acuerdo, Romeo? No me gustaría

verte aplastado contra el asfalto de Nueva York.

—Prometido. —Asintió sonriente—. Ya que tu falso prometido está trabajando afanoso con Maddox, ¿me invitas a una copa?

—¿Cómo es que no estás con ellos? —Tomó un vestido del perchero y lo extendió sobre la cama—. Pensaba que estabais los tres ensayando.

—Y eso hemos estado haciendo toda la tarde, pero, a última hora, se han puesto a componer una canción nueva y, como eso no es lo mío, no quería interponerme. Que sepas que tienen para largo.

—Así que sabías que iba a estar sola en mi habitación, ¿eh? Buena jugada. —Risueña, entró en el salón y se dirigió hacia la mesa de cócteles—. ¿Qué te apetece tomar?

—¿Y qué te parece si damos una vuelta hasta un club que hay muy cerca del hotel? Me gusta pasear de noche y ver cómo sale vapor de las alcantarillas.

—Me encantaría, pero si John regresa y no me encuentra aquí...

—¡Vamos, Brooke! Necesitas relajarte y salir un poco. Ahora mismo, los chicos tienen tres guardaespaldas vigilándolos. Si John viniera y no encontrara aquí, no sería el fin del mundo. —Bufó—. Y si tanto te preocupa eso, le pediré a mi soplón que nos avise cuando vayan a salir del teatro.

—¿Tienes un soplón? —Arrugó la nariz.

—Vincenzo, el guardaespaldas más grandullón, me debe una. ¡Y muy grande! Nadie se enterará de que nos hemos escaqueado y estaremos de vuelta antes de que John regrese.

—Está bien, me apetece ver la ciudad de noche. Espérame en la esquina del edificio, frente al parque. No quiero que nadie nos vea salir juntos del hotel, podríamos estropearlo todo.

—Sí, será lo mejor. Iré a por mi abrigo, le enviaré un mensaje a Vincenzo y nos vemos allí en quince minutos. ¿Te parece?

—Perfecto. —Apuntó hacia la salida—. Esta vez, utiliza la puerta. ¿Quieres, Romeo?

En cuanto el *seal* dejó la habitación, la teniente se dirigió al baño para

retocarse el maquillaje y ponerse un poco de perfume. Estaba muy emocionada por salir de paseo con Dwayne, pero, por otro lado, sentía como si estuviese engañando a John.

Con puntualidad militar, llegaba al punto de encuentro, donde su soldado de élite la aguardaba carialegre. Sin dudarle, se enganchó al brazo que él la ofreció y, como si fuesen una pareja de enamorados, emprendieron el camino hacia el club de copas.

—Tienes que contarme qué ha hecho ese Vincenzo para que te deba una. ¡Y grande!

—Bueno, los *seals* siempre intentamos hacernos con soplonos. A ese tipo le encanta comer bien. Así que, a cambio de información, le procuro buenos platos a escondidas mientras le toca pasar toda la noche velando la puerta de Maddox.

—Muy inteligente. ¿Estás seguro de que *Glotón* nos avisará a tiempo?

—Confía en mí, belleza. —Aproximó la cara para olisquearle el cuello—. Hueles exquisita, me encanta ese perfume que llevas.

—Me sorprende que puedas olerme. Hace tanto frío que, al menos, mi nariz ha dejado de funcionar. —Castañeteó los dientes.

—Ven aquí. —Le pasó el brazo por el hombro y la estrechó contra su cuerpo—. ¡Pero si estás helada, pequeña! —Le frotó la espalda y, pegándola a su torso, la envolvió con su propio abrigo—. ¿Mejor?

—Mucho mejor. —Tiritando, deslizó las manos hasta alcanzar los omóplatos de él—. Echo de menos el clima de Hawái.

—Pronto volveremos a él. —Le besó la cabeza y la achuchó con ternura—. Pero confieso que, en este momento, me encanta que haga tanto frío y tenerte entre mis brazos.

Ella levantó la cabeza y lo miró a los ojos. Sentir la poderosa anatomía que le arropaba el cuerpo era una sensación de seguridad gloriosa, cautivadora. Notar cómo el corazón de este se aceleraba, una experiencia de lo más embriagadora. Pero tener esos carnosos labios a pocos centímetros de su boca resultaba todo un suplicio, una deliciosa tortura.

Temblando, y no precisamente de frío, decidió abandonar su cobijo antes

de que la tentación la llevara a cometer una estupidez.

—Gracias por tu calor. —Volvió a cogerse del brazo de él—. Pero si permanecemos más tiempo en mitad de la calle nos quedaremos los dos helados.

—El local está a pocos metros. Una copa te hará entrar en calor.

Durante la corta distancia que los separaba del The Clove Club ninguno de los dos pronunció palabra. Ambos degustaban para sus adentros el sobrecogedor abrazo que acababan de experimentar.

El local estaba colmado de gente guapa y elegante que hacía honor a la decoración del mismo. Parecía el lugar indicado para comenzar una larga velada de fiesta.

—¿Qué te apetece tomar, belleza? —Apartó el único taburete libre para que ella pudiera sentarse a la barra.

—Tomaré una copa de vino blanco, gracias.

—Una copa de vino blanco para la señorita y un Jack Daniels con hielo para mí, por favor. —Sonrió a la camarera y se giró para mirar a su acompañante—. ¿Ya vas entrando en calor? —Le frotó los brazos.

—Sí, aquí dentro se está muy bien. Me gusta que el volumen de la música permita llevar una conversación sin tener que gritar. ¿Cómo conociste este sitio?

—Bueno, la noche anterior a vuestro regreso de Bora Bora no podía dormir y decidí dar un paseo.

—¿Qué te había quitado el sueño? —Dio un sorbo a la bebida que la camarera había dejado ante ella—. No pareces el tipo de hombre que se altera por cualquier cosa.

—Te vas a reír de mí, belleza. —Tomó su vaso, dudando si darle un sorbo o explicarse. Tras finalmente mojarse los labios de burbon, continuó—: Pero estaba nervioso, porque pronto volvería a verte.

—¡Vaya! ¡Vaya! Pensé que ya habías superado tus miedos a una mujer. —Le clavó una mirada perversa.

—Por norma, no suelo tener miedo de las mujeres, al contrario. Pero... tú

eres diferente.

—¿Diferente? ¿Por qué? —Tomó un poco de vino—. ¿Temes que pueda robarte el alma o algo así? —Rio—. Que sepas que los *skulls* no practicamos la brujería. ¡Aún!

—Cómo explicártelo sin que pienses que estoy zumbado o que necesito ingresar en un manicomio. —Dio un trago—. Verás, de adolescente tuve un sueño en el que conocía a una hermosa mujer rubia de ojos verdes. No tenía claro cómo era su cara, solo era capaz de visualizar su impactante mirada. Ella era una valiente guerrera que acabó salvándome de morir ahogado. Tras hacerme el boca a boca, abrí los ojos. Fue en ese instante cuando por fin le vi su precioso rostro de porcelana. —Silbó y exhaló un suspiro—. ¡Era la mujer más bella que jamás había visto!

—Tras el boca a boca, ¿no? —repitió divertida—. ¿Qué pasó después?

—Pues bien, resumiendo: desde aquel sueño, he intentado con desesperación encontrar a esa preciosidad. —Acercó la boca sutilmente a la de ella—. El día que te vi por primera vez en Oahu en la terraza del hotel, mi corazón dio un brinco al descubrir que esa hermosa mujer de mirada de ángel eras tú.

Por un segundo, ella lo miró con aparente encandilamiento hasta que estalló en una carcajada.

—¡Menudo rollo que te acabas de inventar, Romeo! —Le acarició la cara—. Tienes mucha imaginación para ser un *seal*.

—¿Ves? Normalmente, las chicas pican con esta historia, pero tú no. No hay quien te engañe.

—¿De verdad has conocido a chicas que se tragan ese cuento tan penoso? —Levantó un dedo—. Perdona, volveré a formular mi pregunta: ¿En serio tratas de enredar a chicas con ese rollo? No me extraña que te ganaras el apodo de casanova.

—Hunter, mi mejor amigo, me encasquetó ese apodo por...

—¿Por ser un embaucador de lengua dulce que domina el arte de seducir mujeres hasta su dormitorio y, una vez logra su objetivo, o lo que es lo mismo les echa un polvo, las deja por temor a involucrarse en una relación y procede a engatusar a su próxima víctima?

—Iba a decir por ser galante con las mujeres, pero veo que tú ya te has hecho una idea preconcebida sobre mí. —Le clavó una mirada deslumbrante—. Me va a costar convencerte de que no soy solo un donjuán. —Bebió de su burbon—. Hasta ahora, jamás me había topado con una mujer que me hiciera querer más que una noche, pero siempre he tratado con cariño a todas las que...

—¿Las que han pasado por tu alcoba? —Con sonrisa seductora, continuó—: Tranquilo, Romeo. Has hecho el gran esfuerzo de trepar por mi balcón, ya sé que eres más que un donjuán.

Un par de morenitas, que estaban sentadas junto a Brooke, se acercaron hasta el *seal* y, dándole la espalda a ella metiéndose entre medias de los dos, se pusieron a hablar con él.

—Perdona, pero mi amiga y yo estamos discutiendo algo y estoy segura de que yo tengo razón y ella se equivoca. ¿A que eres Dwayne, el nuevo guitarrista de The Devils? ¿A que no me equivoco?

—Siento decepcionarte... —La miró invitándola a decirle su nombre.

—Bambi, me llamo Bambi. —Tragó nerviosa ante la espectacular sonrisa que él la dedicó y señaló a su amiga—. Y esta es Bella.

—Pues siento decepcionarte, Bambi, pero te confundes. —Le tendió la mano—. Me llamo Dumbo, y no he tocado una guitarra en mi vida.

—¿Lo ves, Bambi? ¡Te dije que no era él! —Bella, la otra morenita, arrugó el ceño escaneándolo de arriba abajo—. Dwayne es menos fuerte que este tipo.

—No puede ser, Bella —protestó la joven mirándola—. He visto la foto de la revista y es igualito a él. —Volviéndose hacia el *seal*, continuó—: Bueno, aunque no seas el guitarrista de The Devils, ¿te importa si me hago una foto contigo? Te pareces tanto que mis amigas no notarán la diferencia y explotarán de envidia.

—Claro, no hay problema. —No le dio tiempo a mover un brazo cuando la joven Bambi ya se había abrazado a él y tenía el móvil listo para el *selfie*.

—Pues si no os importa, me gustaría entrar en la foto —dijo Bella abrazándolo por el otro lado—. Cuando Jasmine y sus chuponas nos vean se morirán de celos.

Brooke observaba la escena risueña cuando, al saltar el *flash*, notó que un grupo de mujeres, sentadas a una mesa colindante, giraban la cabeza y, un tanto revolucionadas, comenzaban a cuchichear entre sí sin dejar de mirar a Dwayne.

—Gracias por la foto, chicas, pero, si no os importa, me gustaría seguir charlando con mi novia —murmuró él señalando a Brooke.

—¡Oh, claro, disculpa! —Bambie miró a la teniente y, al fijarse en ella, arrugó el ceño—. Tu cara me suena mucho...

—Dumbo, cariño, tenemos que marcharnos —interrumpió Brooke, invitándolo a mirar con discreción hacia el grupo de mujeres que, al completo, se encaminaban hacia ellos—. Nos esperan para cenar y llegamos muy tarde.

—Un placer, chicas, pero tenemos que irnos. —Al percatarse del inminente peligro, dejó un billete de cincuenta dólares sobre la barra, cogió a Brooke de la cintura y, a toda velocidad, se dieron a la fuga. Sin embargo, cuanto más rápido caminaban ellos más aceleraban el paso las presuntas *fans*. Por suerte, una multitud que entraba en el club justo en ese momento impidió que las chicas consiguieran su objetivo, permitiendo que la pareja saliera del local.

—¿Dumbo? ¿En serio? —Carcajeó ella al salir a la calle—. ¿No se te ha podido ocurrir un nombre más absurdo?

—Después de oír lo de Bambi y Bella me quedé en blanco. Ahora entiendo por qué John pasa de salir a tomar algo.

—Sí, hasta ahora no había pensado en el peso de la fama. Debe de ser horrible no poder salir ni a tomar una copa con tranquilidad.

—Alejémonos rápido antes de que salgan todas esas mujeres y nos persigan por toda la ciudad. —Mondándose, la cogió de la mano y tiró de ella—. ¡Joder, lo que me faltaba! Como esto siga así, me veo en la próxima misión firmando autógrafos ante el enemigo.

—Ya que lo de tomar una copa resulta un poco agobiante, ¿qué te parece si damos una vuelta? —Se agarró al brazo de él—. A pesar del frío que hace, la ciudad se ve preciosa de noche.

—Entonces, deja que te achuche. No quiero que te conviertas en cubito de hielo. —Pasó el brazo por su hombro—. ¿De qué estábamos hablando antes de

que nos interrumpieran los personajes de Disney?

—De tus conquistas de alcoba. —Arrugó la nariz con actitud juguetona—. ¿Han sido muchas?

—Ya veo por dónde vas. Estás tratando de hacerme quedar como un depredador. ¡No pienso caer en la trampa! —Carcajeó—. ¿Por qué no me hablas de tus conquistas? Seguro que una mujer tan guapa como tú ha debido de romper muchos corazones.

—Si te soy sincera, me arrepiento de no haberlo hecho.

—¿Romper corazones?

—Sí, bueno, no. De disfrutar. Me he pasado casi toda la vida trabajando y estudiando. No es que me queje, pero si pudiera volver el tiempo atrás, te aseguro que me tomaría todo con más tranquilidad e intentaría disfrutar mucho más de las pequeñas cosas.

—Supongo que ese empeño, ese gran esfuerzo es lo que te ha llevado a ser una *skull*. —Resopló—. ¿Sabes cuántas veces he hablado de ti con mis compañeros? Llegar a ser un *seal* es un infierno, por lo que no éramos capaces de imaginarnos qué tipo de mujer habría sido capaz de entrar en los *Silver Skulls*.

—¿Suponíais que era una mujer más corpulenta?

—Te aseguro que el espécimen que se me pasó por la cabeza era más alta y mucho más fuerte que yo. Algo así como Hulk con falda.

—¿Hulk con falda? —Rio—. Acabas de hundirme, Dwayne.

—Sin embargo, cuando descubrí que eras tú... —Bufó—. Me hiciste sentir pequeño e insignificante. —Exhaló una sonrisa—. Por eso me costaba tanto pedirte una cita.

—Tiene gracia. Yo me fui a Bora Bora pensando que no era para nada tu tipo. Estaba segura de que te irían más las chicas tipo Bambi y Bella, las presas finas y elegantes.

—¿Estás de broma? No creo que haya bocado más apetitoso que tú en toda la Tierra. —Se detuvo quedando frente a ella—. Y si te soy sincero, me vuelven loco las mujeres con alto grado de peligro. Mujeres llenas de vida y seguras de sí mismas; como tú.

—¿Crees que soy peligrosa?

—¿Peligrosa? —Acercó la boca a la de ella—. Eres como una bomba de relojería camuflada, cariño: inofensiva a la vista de cualquiera, pero capaz de hacer volar el planeta en mil pedazos.

Las miradas de ambos empezaban a echar más chispas que un cable de alta tensión empapado hasta que el móvil de ella los bajó de la nube en la que empezaban a flotar. Brooke agitó la cabeza y, dando un paso atrás, se excusó:

—Perdona, Dwayne, es mi coronel. —Atendiendo la llamada, continuó—: Hola, señor... Sí, puedo hablar... ¡¿Qué?!... Entiendo... ¿Está seguro?... De inmediato. —Colgó—. ¡Maldita sea!

—¿Qué ocurre?

—¡Tenemos que ir junto a John ahora mismo! Solomon ha descubierto que uno de los guardaespaldas estuvo ingresado en un psiquiátrico hace tiempo por problemas de doble personalidad. Tal vez podría ser el tipo que buscamos.

—¿Vincenzo? —Levantó la mano para parar un taxi.

—No, Vladimir Vólkova. ¿Sabes quién es?

—Por el nombre, juraría que es el rubito musculoso con cara de mala leche. —Abrió la puerta del vehículo para ella—. ¡Joder! ¿Qué tipo de agencia han contratado que no revisa los antecedentes de sus guardaespaldas?

—Ni idea, pero si ese tipo quisiera hacer algo, en estos momentos, tiene una oportunidad de oro. —Temblaba solo de pensarlo.

—Broadway con la 72, por favor. Si pisa a tope el acelerador, le daré una propina descomunal —le dijo Dwayne al conductor y, cogiendo su móvil, continuó—: Llamaré a Vincenzo y le pondré sobre aviso.

—¡Mierda! Para una vez que me aparto de él. ¡Cómo he podido ser tan estúpida!

—Cálmate, Brooke. No es culpa tuya. Se supone que los guardaespaldas están para proteger. —Atendiendo su móvil, prosiguió—: ¿Vincenzo? Escucha atentamente, por favor. ¿Tienes a Vladimir a la vista?... ¿Cómo? ¡Joder! Que vigilen a Maddox y encuéntralo como sea. Voy de camino.

—¿Qué ocurre? —preguntó angustiada.

—Alguien acaba de cortar la luz.

—¿John está bien?

—No lo sabe. Se oyó un golpe muy fuerte y no contesta, ha desaparecido. Vladimir estaba detrás de él.

—¡Dios, no! —Hiperventilando, se llevó las manos a la cara—. Si le ocurriese algo, yo...

—Tranquila, seguro que no pasa nada. Sería demasiada coincidencia. ¿No crees?

Tras escasos diez minutos de conducción temeraria por las concurridas calles de Nueva York, el taxi se detenía frente al viejo teatro. Dwayne recompensó al conductor con doscientos dólares por el rápido trayecto y, sin tiempo que perder, la pareja corrió hacia la entrada.

Como era de esperar, el teatro estaba cerrado, por lo que el *seal* no dudó en abrirse camino dando una patada a la puerta.

—Tú entra por aquí, Brooke. Yo iré por el callejón —ordenó él saliendo hacia el lateral del edificio.

—¡Ten mucho cuidado! ¡Esos tipos van armados! —le advirtió ella avanzando hacia la oscuridad del edificio.

Entre la decoración tan vetusta y la escasa iluminación de la linterna de su móvil, Brooke tenía la sensación de estar adentrándose en el túnel del terror, donde, en cualquier momento, podría llevarse un buen susto. Sin embargo, su corazón latía descontrolado por otro motivo. Se preguntaba si John estaría a salvo. Si algo le hubiese ocurrido, jamás se lo perdonaría.

Antes de acceder al anfiteatro, apagó la linterna y oteó con cuidado la sala. Al fondo sobre el escenario, se observaba una sutil luz, probablemente de algún móvil. El silencio tan sepulcral que reinaba hacía sospechar que algo no iba bien.

Un inesperado bulto se abalanzó sobre ella. Sin sobresaltarse, se agachó para esquivarlo a la vez que hacía un potente barrido con la pierna con el que consiguió tumbar a la enorme sombra que intentaba atacarla. A punto de saltar sobre su supuesto agresor y rematarlo a base de golpes se hizo la luz.

—¿Señorita Daniels, se encuentra bien? —dijo Vincenzo con sorpresa al

encontrarla casi sobre él—. Discúlpeme si le he hecho daño, pero, oí un fuerte golpe en la entrada y pensé que se trataba de una amenaza.

—Tranquilo, no soy yo quien está en el suelo. —Alargó la mano para ayudarlo a ponerse en pie—. ¿Dónde está John? ¿Está bien? ¿Qué ha pasado?

—No lo sabemos. Maddox está entre bambalinas con mi compañero. Vladimir y John han desaparecido.

—¡Mierda! ¿Dónde está la puerta que da al callejón?

—Por allí. —La señaló.

En ese mismo instante, Dwayne alcanzaba el callejón. El *seal* se tensó al ver a John arrinconado contra la pared y a Vladimir apuntándolo con un arma. Que alguien pereciera era cuestión de segundos. No había tiempo para nada, la única opción era atacar.

Sin temer por su propia vida, corrió con el mayor sigilo posible hacia ellos y, al llegar a la altura del ruso, se abalanzó sobre él de un salto y le asestó un bestial puñetazo en la mandíbula con el que logró tumbarlo de culo.

—¿Qué haces, tío?! ¿Te has vuelto loco? —gritó el cantante interponiéndose.

—¿Estás bien? —preguntó dispuesto a seguir sacudiendo al ruso.

—Claro que estoy bien, Dwayne. —Lo apartó con la mano—. Pero ¿por qué sacudes a mi guardaespaldas? Solo iba a pasarme su móvil para que pudiera llamar. —Se agachó para auxiliarlo.

—¿Eso era un móvil? —Arrugó la nariz y buscó con la vista el objeto, que había caído al suelo—. Vaya. Lo siento.

—Sí, nos quedamos sin luz y él me sacó de inmediato por la puerta trasera para poder mantenerme a la vista. Pero hemos cerrado y ahora, que vemos luz por la claraboya, no podemos entrar. Iba a dejarme su teléfono para que pudiese avisar a Maddox cuando le has sacudido esa hostia tan brutal. ¿Vlad? ¿Estás bien?

El joven ruso agitaba la cabeza, el golpe lo había dejado completamente alelado.

—Te ayudaré a levantarlo.

Dwayne estaba a punto de coger al ruso por el brazo cuando la puerta del callejón se abrió de golpe y Brooke salió pistola en mano dispuesta a apretar el gatillo ante cualquier amenaza. Al ver a John a salvo, bajó el arma y corrió hacia él a toda pastilla.

—¡Estás bien! —Se lanzó a su cuello y lo abrazó fuerte—. Me tenías muy preocupada.

—Estoy alucinando, pero ¿tú estás bien, cariño? —Le besó la cabeza inquieto—. ¿Qué me he perdido?

En ese instante, Vincenzo salió alarmado y, casi sin aliento, gritó:

—¡Lo siento, señor Kasser! ¡Tiene mi pistola! ¡Ella me ha quitado el arma!

—Tranquilo, Vincenzo. Todo está bajo control —explicó Dwayne levantando la mano—. ¿Dónde está Maddox?

—¡Aquí! —contestó el batería saliendo al callejón junto a su guardaespaldas. Al ver a Vladimir en el suelo medio atolondrado, chilló asustado—: ¡Joder! ¿Qué puñetas ha pasado?

—Chicos, ¿os importa llevaros a Vladimir al hotel? —ordenó John a sus guardaespaldas—. Maddox, ¿puedes ir con ellos y asegurarte de que lo vea un médico, por favor? Luego te lo explico todo.

—Claro, tío. No hay problema. Yo me ocupo de la ensaladilla rusa.

—Creo que esto te pertenece, Vincenzo —murmuró Brooke devolviéndole la pistola—. Siento habértela arrebatado. —Se aclaró la garganta—. Y haberte barrido al suelo.

Vincenzo asintió con más vergüenza que coraje, recuperó su pistola con la cabeza gacha y, tras levantar a Vladimir con la ayuda de sus compañeros, abandonó el callejón junto a estos y el batería.

—¿Se puede saber qué os han hecho mis escoltas? —John se cruzó de brazos—. A uno le dais una hostia y lo dejáis inconsciente en el suelo —murmuró mirando al *seal* y, volviéndose hacia su chica, continuó—: Y al otro lo zurráis y le quitáis la pistola. ¿Qué coño me he perdido esta noche?

Brooke y Dwayne se miraron sin saber si reír o llorar.

—Antes de que empieces a echar humo, déjanos cerciorarnos de que el

teatro esté limpio —contestó ella dándole el alto con la mano y, emprendiendo la marcha, agregó—: Dwayne, ¿te importa revisar la parte de arriba? Yo comprobaré el cuarto de los fusibles y los vestuarios.

—Sin problema, belleza. —Se aclaró la garganta y, dándole una palmadita a John en el hombro al pasar de largo, añadió en tono guasón—: Podemos entrar por la puerta principal, antes me pareció ver que estaba abierta.

—¿En serio estáis los dos pasando de mi culo? —protestó el cantante permaneciendo inmóvil—. ¿No me vais a explicar qué coño ha pasado?

—Tranquilo, tío. —Giró sobre sus talones, se aproximó al él y, posando la mano en su hombro, le animó a continuar—. Venga, vamos a inspeccionar el interior y mientras te lo cuento.

—¿Por qué está Brooke tan... mandona?

—Bueno, es que se ha llevado un susto de muerte pensando que ese guardaespaldas rubito te había hecho algo y hasta que no compruebe qué ha pasado con la luz, no bajará la guardia. —Se aclaró la garganta—. Noto que te tensas cuando tu pantera saca las uñas.

—Como para no tensarse con una mujer así. —Hizo aspavientos con las manos con intención de cambiar de tema—. Anda, explícame qué ha pasado antes de que me dé algo.

—Pues me crucé con Brooke... —El *seal* le contó lo que había sucedido, obviamente, omitiendo la irrelevante visita al club de copas.

A eso de las once, después de haber averiguado que el corte de luz se había producido debido a un mal funcionamiento de la vieja instalación eléctrica, los tres regresaron al hotel.

Durante el trayecto, comentaron la metedura de pata de los responsables de la agencia al haber sido tan negligentes y, sin duda, nada profesionales por haberles enviado a un guardaespaldas que contaba con antecedentes mentales. Aunque no hubiera pasado nada, John no tenía intención de dejar pasar el asunto de largo. Sus abogados se encargarían del tema a primera hora de la mañana.

Nada más cerrar la puerta de la *suite*, Brooke saltó sobre su prometido y, colgándose a su cuello, lo besó con desesperación.

—Menos mal que no te ha pasado nada, mi amor. —Emitió un lamento—. No debería haberte dejado solo en ningún momento. Si te hubiese ocurrido algo, no me lo habría perdonado jamás.

—En teoría estaba con tres guardaespaldas y, hasta última hora, con Dwayne. Se suponía que nada podía pasarme.

Él se quitó el abrigo, la despojó del suyo y lo dejó sobre el sofá. Desabrochándose la camisa, se tumbó en un *chaise longue* y, dándose golpecitos en el regazo, la invitó a que se sentara sobre él.

Con pícaro desobediencia, ella se arrodilló a su lado, le bajó los pantalones y los calzoncillos, le sacó la polla y, tras unos sensuales lametones en la punta, se la chupó con gran apetito. El cantante se deshacía entre gemidos, le encantaba sentir la lengua y los labios de su chica calentándole la polla.

Una vez consiguió que la verga de John alcanzara el punto justo, se puso en pie, metió las manos por debajo de su vestido, se quitó las bragas y se acopló a horcajadas sobre los muslos de él. Echó la espalda hacia atrás, tumbándose sobre las rodillas de su chico y colocó las piernas, una a cada lado de sus hombros, dejando su sexo expuesto a él en forma de regalo.

—Eres deliciosamente provocadora, cariño. —Exhaló un gemido profundo y deslizó dos dedos por la caliente abertura que tenía frente a él—. Me vuelves loco.

Muy despacio, le introdujo esos mismos dedos en la vagina y la masturbó con pericia. Los contoneos y jadeos que ella producía conseguían que la polla le palpitará a marchas forzadas. En un arrebato, la cogió por las caderas, tiró de ella hacia él y acercó ese húmedo coño que lo tentaba a su boca. Con hambre lobuna, lo lamió, lo succionó y lo chupó hasta arrancarle un delicioso orgasmo.

—Tú sí que me vuelves loca, mi amor —susurró temblando de placer—. Eres deliciosamente adictivo.

Brooke bajó las piernas al suelo, se incorporó y, colocándose a horcajadas sobre la erección de él, lo montó a fuego lento, colmándose de su dura verga, en tanto se comían a besos.

—Te quiero John. Te quiero más que a nada —susurró en su boca,

clavándose en él lentamente—. Pensar que algo pudiese haberte ocurrido me ha hecho ver cuánto te amo.

—¿Entonces te casarás conmigo de verdad? —Frenó sus calientes movimientos, asiéndola por la cintura—. Cada día que paso a tu lado más deseo que te quedes conmigo para siempre.

—¡Sí, sí! Me casaré contigo. —Lo besó con ansía, sintiendo cómo su polla palpitaba dentro de ella, cómo la penetraba con ardiente deseo.

—No tienes idea de lo feliz que me haces, Brooke. —Se levantó cargando con ella y, sin salir de su húmedo interior, la llevó hasta la cama, donde, revolcándose con ahínco por las sábanas, la pareja se fusionó con tórrida pasión hasta alcanzar el éxtasis.

Eran las seis treinta de la mañana de un viernes y aún reinaba la oscuridad en la ciudad que nunca duerme. La teniente Daniels y el teniente Reynolds entraban por quinto día consecutivo en un cuarto que la dirección de El Plaza había puesto a su disposición en el piso diecinueve, una planta totalmente abandonada en espera de ser reformada.

En el centro de la estancia se extendía una colchoneta de grandes dimensiones, y, a su alrededor, un completo equipamiento para hacer ejercicio.

—¿Qué te parece si hoy empezamos haciendo unos kilómetros en las cintas de correr? Ayer me dejaste baldado con tanto golpe al saco de boxeo.

—Me parece perfecto —respondió ella dejando su anillo de compromiso junto a la ventana y, a continuación, subiéndose a una de las dos máquinas.

—¿Diez minutos de paseo te bastan para calentar? —preguntó él conectando la cinta.

—Sí. Así, mientras caminamos, podrás contarme si tienes más sospechas. Yo no dejo de comerme la cabeza buscando un culpable.

El *seal* se subió a su cinta y, fijando la vista hacia la ventana, desde donde se podía apreciar las tímidas luces que iluminaban Central Park, comenzaron el ejercicio.

—Pues, como te dije, por el momento solo me resulta extraña la ayudante de John. No confío en las santurronas.

—Yo tampoco me fío de Abby. Ya le he enviado una foto de ella a mi coronel, a ver qué trapos sucios puede encontrar. Esa mujer actúa como si tuviera los oídos abiertos a todas las conversaciones y siempre sonrío sin ganas.

—Buena idea, belleza. Podría estar usando un nombre falso.

—He pirateado las cámaras de seguridad del hotel para ver quién había entrado en la habitación de Wally. ¿Y adivina qué?

—Abby estaba en primer plano.

—Exacto. He comprobado los días anteriores al incidente y solo aparecía el personal de limpieza y el director del hotel en las grabaciones. Justo horas antes de que Wally se cortara los dedos, Abby entraba en la habitación.

—¿Sabías que Wally se llevaba a Julieta a todas partes? ¿Has comprobado si al regresar a la habitación antes de que se cortara llevaba la guitarra con él?

—Sí, entró solo y sin nada en las manos. Veinte minutos más tarde se rebanó los dedos.

—Tendré que colarme en la habitación de esa pequeñaja para registrar sus cosas.

—Ya lo he hecho yo. —Resopló—. No he encontrado nada raro. Aunque debe de estar colada por John, tiene decenas de fotos de él.

—¿Alguien sabe qué leches hacía Abby en la habitación de Wally?

—John dice que probablemente le estuviera dejando la agenda de la semana, suele hacerlo. Podría ser cosa de mi imaginación, pero esa niña me da mala espina. —Chasqueó la lengua—. ¿Y qué opinas de Maddox?

—Es un tipo que va muy a lo suyo, pero no creo que hiciera daño ni a una mosca. ¿Qué te hace sospechar de él?

—Cuando John le contaba lo del acosador ni se inmutó. Me parece que, por muy pasota que sea, una noticia así debería hacerlo reaccionar. ¿No crees?

—Sin duda. —La miró sonriente—. Por cierto, ¿qué narices hiciste para ganarte el apodo de pantera?

—Luego te lo demuestro sobre el tapiz. —Aumentó la velocidad de la cinta—. Vamos, Romeo. No te me quedes atrás.

Durante más de una hora, los dos militares de élite corrieron sin cesar mientras observaban cómo la luz iba cobrando autoridad en el exterior. De vez en cuando se lanzaban alguna que otra mirada retadora y, con subido orgullo, seguían marcando el ritmo.

—Basta, no puedo más. Me estoy haciendo mayor —comentó él, bajando de la cinta—. Vamos, belleza. Demuéstrame qué sabéis hacer los gloriosos *skulls*.

Brooke paró su cinta y, mirándolo desafiante, se colocó en el centro del tatami, a escasos centímetros frente a él.

—Me encantará verte en el suelo. —Sonrió ella.

—Siempre he tenido mucha curiosidad por saber cómo pelea un *skull*, sobre todo tú. ¿Estás segura de que podrás aguantar mis golpes, pantera? — Con sonrisa burlona, la invitó a lanzar el primer puñetazo—. No me gustaría ver contusiones en ese cuerpazo.

—¿Eres lo suficientemente valiente para llorar ante una mujer, *Romeo*? — Levantó las cejas y, sin que lo viera venir, le atizó un tremendo guantazo.

—Con que quieres jugar sucio, ¿eh? Te vas a enterar, preciosa.

En un abrir y cerrar de ojos, los dos tenientes se enzarzaron en una jovial pelea. Los movimientos de él eran veloces y superágiles, pero los de ella eran tres veces más rápidos y dinámicos; no por nada era una *skull*. En menos de un minuto lo había tirado al suelo de espaldas y lo tenía inmovilizado.

—Te brillan mucho los ojos, *Romeo*. ¿Eso que estoy viendo es una lágrima? —bromeó, montada a horcajadas sobre los hombros de él.

—¡Joder, nena! ¡Eres mortal! —La observaba asombrado, pero con gesto divertido.

—Solo cuando la ocasión lo requiere —respondió levantándose y ofreciéndole la mano para que se pusiera en pie—. El resto del tiempo soy un corderito.

—¿Podrías enseñarme unos cuantos golpes?

—¿Es que los SEAL no te han enseñado que los trucos de magia no pueden revelarse? ¿Pretendes acabar con la fantasía?

—¿Tienes miedo a que consiga vencerte, belleza? ¿Y que seas tú la que acabe debajo de mí?

—Si lo dices de esa forma, suena hasta tentador. —Lo miró burlona.

—No tienes idea de lo tentador que te resultaría tenerme tumbado encima de ti. —Aproximó la cara sin perder su atractiva sonrisa.

—De acuerdo, Romeo. —Carcajeó—. Empezaremos trabajando la postura vertical. Creo que, por el momento, será más seguro.

Durante un par de horas más, continuaron entrenando hasta que Dwayne levantó las manos a modo de rendición.

—¿Podemos dejarlo por hoy? He quedado con Maddox para practicar la nueva canción.

—Claro, no hay problema. Por cierto, olvidé decirte que eres un encanto por acceder a sustituir a Wally. Demuestras ser un gran amigo. —Recuperó su anillo.

—¡Vaya, no me había fijado! ¡Menuda roca! —dijo admirando la joya—. ¿Es de verdad?

—Supongo que sí, lo compró en una joyería.

—No me refiero al diamante, belleza, sino a lo que representa. Me da la sensación de que John se toma demasiado en serio su papel.

Brooke lo miró a los ojos un tanto tensa, se puso el anillo y, reculando hacia la salida sin dejar de observarlo, respondió:

—¿Y eso te molestaría? —Entrecerró los ojos burlona—. ¿Tienes miedo a los desafíos?

Él se abalanzó hacia ella, le tomó la cara y le atizó un inesperado beso que la dejó seca. Ella saboreaba esos labios firmes y jugosos que se la comían con gran habilidad en tanto él le inclinaba la cabeza cada vez más.

—Como militar de élite, cuido mucho cada paso que doy, pero no soy ningún cobarde. ¡Me encantan los desafíos!

Brooke se mordió el labio inferior y, con el corazón latiéndole a mil por hora, lo observó mientras él se dirigía hacia la salida.

—Estaré practicando en el teatro todo el día, belleza. Nos vemos esta

noche en la fiesta de Halloween. —Hizo un guiño y, antes de cerrar la puerta, se dio la vuelta y, con su habitual sonrisa burlona, añadió—: Ten cuidado, pantera. Puede que me deje llevar por mi disfraz y te muerda.

10

A tres días del comienzo de la gira de conciertos de The Devils, imperaba dar más publicidad al nuevo miembro de la banda de cara a la prensa y, como no, al mundo entero.

El momento escogido para tan gran acontecimiento sería la fiesta de Halloween, que el grupo iba a celebrar en la sala Ambrosia del hotel esa misma noche.

Mientras el personal del hotel trabajaba hacendosamente para que todo estuviera listo para la celebración, a varios miles de kilómetros de distancia de la ciudad que nunca duerme, el cielo estaba despejado y el sol brillaba con el ahínco de costumbre en Shark Bay.

Theo jugaba con su pequeño en la orilla del mar mientras Mónica ojeaba una revista sentada a la sombra en el porche de su casa. Al girar una página, la joven se quedó blanca.

—¡No me lo puedo creer! —gritó con sorpresa para sí—. Theo, ¿puedes venir un segundo?

—Marchando —respondió colocándose al pequeño Brady a hombros—. ¿Qué sucede? ¿Te encuentras bien, Mónica? Parece que hayas visto un fantasma.

—Ahora entiendo por qué Brooke no me ha llamado ni una sola vez. ¡Será bruja! —Dejó caer la revista en la mesa y señaló unas fotos—. ¡Se ha liado con John Kasser y van a casarse!

La revista *Live n'Joy Hawaii* había destinado tres páginas completas para hablar del bombazo del momento, el compromiso entre el líder de The Devils con una hermosa rubia, y lo había titulado: *El diablo encuentra el cielo en Bora Bora*.

El paparazi encargado de hacer el robado no podía haber hecho mejor su trabajo. En la foto que daba comienzo al artículo había pillado in fraganti a la

pareja besándose sobre una moto de agua en medio del océano. En la segunda imagen se podía ver a los tortolitos revolcándose por la arena y, como colofón a un gran número de instantáneas, John aparecía arrodillado frente a Brooke pidiéndole matrimonio.

—¡No puede ser! ¡Se casa! —chilló Theo pasándole el bebé a su esposa para ver la revista más de cerca—. Cuando le pregunté a Solomon por qué se había tomado días extras me dijo que se debía a motivos personales, ¡pero esto! ¡Soy su hermano! ¡Cómo ha podido ocultarme un bombazo así!

—Voy a llamarla ahora mismo. —Volvió a pasarle al bebé y, con una sonrisa entre dientes, agregó—: Y después iré a ver a Jared y le meteré la revista por el culo.

En ese mismo instante, Brooke se encontraba en la *suite* junto a John hablando sobre la fiesta, que, en breve, daría comienzo. Varias celebridades, admiradores y miembros de la prensa estaban invitados a pasar una espeluznante velada de lujo con espectáculo incluido.

John llevaba puesto el habitual disfraz de diablo que usaba para ese tipo de eventos: una ajustada camisa negra de raso y unos pantalones de cuero del mismo color, de los que salía una divertida cola de demonio.

—¿De qué iré disfrazada yo? —preguntó la teniente según Abby dejaba una enorme caja sobre la mesa.

—De diablesa, por supuesto —respondió John—. Se espera que el líder de The Devils haga honor al nombre de la banda y que su chica vaya disfrazada a juego con él. Vas a estar muy sexi vestida así.

Al abrir la caja, Brooke descubrió que su disfraz era demasiado pequeño para ella.

—John, yo no quepo aquí dentro. —Hizo una mueca al extender un diminuto corsé rojo frente a sus ojos.

—¡Lo siento muchísimo, Brooke! —intervino Abby—. La dependienta de la tienda debe de haberse confundido de talla. ¡Cuánto lo siento!

—No te preocupes, ya encontraré algo que ponerme.

—Cariño, la fiesta empieza en menos de quince minutos y tenemos que ir bajando para recibir a los invitados y a estas horas no creo que queden tiendas

abiertas. ¡Joder, Abby, podías haberlo revisado antes!

—Perdóname, John. La tienda de disfraces me llamó a última hora para que pasase a recogerlo y lo hice todo corriendo para que Brooke tuviese tiempo de arreglarse.

—Tranquila, Abby, ya se me ocurrirá algo. Ve a vestirme o también se te hará tarde. —Le hizo una simpática seña para que se llevara el disfraz—. John, cariño, ve bajando y, tan pronto como esté lista, me reuniré contigo.

—De acuerdo, amor. —La besó en los labios y, antes de salir por la puerta, murmuró—: Siento mucho que no podamos ir conjuntados.

—No sufras, seguro que apaño algo rápido.

—Perdóname, Brooke. Debería haberlo revisado en la misma tienda. —Cogió la caja con cara de pena y comenzó la retirada, pero, antes de llegar a la salida, se detuvo y, mirándola sin llegar a girarse, agregó—: Ya que tú no puedes usarlo, ¿te importa si me lo pongo yo? Mi disfraz es muy incómodo y no lo soporto. Este me quedaría como un guante.

«¡Será hija de puta! ¡Lo ha hecho adrede!».

—¡Claro! Estoy segura de que te quedará tan bien que te confundirán con el mismísimo lucifer. —La miró fijamente, forzando una sonrisa.

—Gracias, eres un ángel. —Le lanzó una sonrisa de cordero degollado entremezclada con una mirada diabólica y se marchó.

—Y tú una enana mentirosa. —Tras bufar, se fue derecha al aparador, cogió el teléfono y llamó al servicio de habitaciones.

—¿En qué podemos ayudarla, señorita Daniels?

—¿Podrían subirme un bate de béisbol a mi habitación, por favor? Me he fijado que en la tienda de regalos tenían varios de los New York Yankees.

—Enseguida, señorita. ¿Quiere que se lo envuelvan para regalo?

—No, tengo intención de usarlo esta noche. Muchas gracias.

Se dirigía a su armario sin tiempo que perder cuando su móvil sonó.

—¡Mónica! ¿Cómo estás? ¡Qué alegría oírte!

—¿Que cómo estoy? ¡Alucinando! Acabo de descubrir en una revista que

te has comprometido con John Kasser. ¿En qué coño estabas pensando? ¡Tu hermano se ha quedado loco!

—Sé que parece muy precipitado. —Exhaló con ahogo—. Pero créeme si te digo que estoy muy enamorada de él.

—¡Yo también estoy enamorada de él, no te fastidia! Me refiero a que, ¿cómo has podido hacer algo así sin decírmelo? ¡Soy tu mejor amiga! ¡Tu hermana! —la hizo reír.

—Es una historia muy larga y ahora mismo no tengo tiempo para contártela al detalle, pero te prometo que mañana te llamo y te lo cuento todo. Ahora tengo que ir a una fiesta de disfraces.

—¿Cómo es besar a John Kasser? Ha sido mi ídolo de siempre. ¡Qué suertuda eres!

—No sé qué me ha pasado, Moni. Debe de tener magia en los labios. Solo sé que no he pensado en Jared ni un segundo. Que al lado de John soy otra persona diferente, hasta lo llamo cariño y mi vida; y yo jamás había sido tan expresiva.

—Bueno, tal vez Jared no fuese tu alma gemela. Pero lo que importa es que seas consciente de lo que haces y que seas feliz.

—Ahora mismo estoy levitando.

—Que sepas que pienso ir a casa de ese capullo de cobra y dejarle la revista bajo la puerta. Así se comerá los puños cuando te vea besándote con John y fijo que se cae de culo cuando descubra que te vas a casar con él. —La hizo reír de nuevo.

—Están llamando a la puerta, Moni. Tengo que dejarte. Mañana te llamo, te lo prometo. —Le lanzó un beso—. Y no os preocupéis por mí. ¡Jamás había sido tan feliz!

—Me alegro mucho por ti, cariño. Te mereces lo mejor. Estoy deseando que hablemos.

En cuanto el servicio de habitaciones le entregó el bate de béisbol, Brooke abrió el armario y, tras ojearlo con atención, cogió unas tijeras y se puso manos a la obra a confeccionar su disfraz. Después entró en el baño y, en menos de diez minutos, quedó lista para la fiesta.

La puerta de la sala Ambrosia estaba custodiada por dos tiparracos enormes que pedían invitación a todo aquel que entraba a la fiesta de The Devils.

La mala noticia era que ella no disponía de invitación; se suponía que iba a ir de la mano de John. Pero la buena era que Abby estaba hablando con uno de los gorilas y ella podría decirles quien era.

—¡Vaya! El disfraz de diablesa te queda genial —comentó Brooke con ganas de arrancarle la cola.

La joven ayudante la miró de arriba abajo y, volviéndose hacia el tipo con el que estaba hablando, dijo:

—Como te he ordenado, aquí no entra nadie que no tenga invitación o te vas de patitas a la calle. —Le dio la espalda a la teniente y, sin hacerle ni un comentario, entró a la sala dejándola frente a los dos gorilas.

«¡Hija de tu madre! Me la ha vuelto a jugar. Esta enana está acabando con mi paciencia», pensó Brooke.

—Buenas noches, chicos. Seguro que os va a hacer gracia, pero no tengo invitación.

—Pues lo siento, preciosa, pero no podemos dejarte entrar.

—Soy la prometida de John Kasser, si sois tan ambles de ir a buscarlo...

—Mira, guapa, en los cuarenta minutos que llevamos de fiesta habrán pasado por aquí más de veinte familiares, diez amigos personales, cinco novias y unas cuatro esposas del señor Kasser. ¿Y adivina qué?

—Ninguno llevaba invitación —contestó desganada, pensando en lo que le haría a la puñetera Abby cuando le pusiera la mano encima.

Brooke estaba tentada a usar su bate contra las rodillas de aquellos tipos cuando Leonard, que había salido a fumar un cigarrillo, la encontró en la puerta.

—¿Brooke? ¿Qué haces que no estás en la fiesta? Te echamos de menos en la promoción de Dwayne.

—Hubo un problema de última hora con mi disfraz y tuve que arreglarlo. —Se encogió de hombros—. Y, como pensaba venir con John, no tengo

invitación.

—Estás ideal así vestida. —Admiraba su disfraz—. Pero entremos, creo que estaban actuando.

—Gracias, Leonard.

—Chicos, ella es Brooke, la prometida de mi hijo. Ya sabéis...

—Sí, señor Kasser. —El tipo que la había denegado el acceso la miró—. Disculpe señorita, no la conocíamos. No volverá a suceder.

—No importa, solo hacíais vuestro trabajo —respondió accediendo a la fiesta con su bate al hombro.

La sala Ambrosía estaba decorada con un delicioso gusto terrorífico. Cientos de lámparas en forma de calabaza pendían del techo, proporcionando una iluminación cálida y acogedora, y las paredes estaban repletas de bichos y de esqueletos recubiertos de enormes telas de araña. Al fondo se levantaba un pequeño escenario, donde The Devils estaba tocando una preciosa balada.

Cuando Brooke posó los ojos en Dwayne se quedó sin respiración. Al igual que el resto de componentes, el *seal* iba disfrazado de diablo, pero con un atuendo diferente: llevaba un chaleco negro ajustado sin mangas y una capa roja con cuello de vampiro. En las muñecas portaba dos brazaletes de cuero, que le daban un aire un tanto guerrero. Si el demonio tuviera ese aspecto en realidad, Brooke no dudaría en ir al infierno y vivir toda la eternidad entre esos brazos.

—Te has enamorado de él, ¿verdad?

—¿Cómo dices, Leonard? —Brooke lo miró con sobresalto.

—Que te has enamorado de mi hijo. No hay más que ver cómo lo miras. —Sonrió complaciente—. No te preocupes, no diré nada.

Brooke volvió a mirar hacia el escenario con la respiración agitada. No importaba cómo fuera el diablo en realidad, estaba segura de que los pensamientos que estaba teniendo en ese momento acabarían garantizándole un lugar de honor en el averno, y probablemente sola.

Una vez terminó la canción, John agradeció al público su asistencia y, en compañía de su banda, bajó del escenario y se dirigió hacia su prometida. Maddox, como de costumbre, se perdió por el camino.

—¡No me lo puedo creer! —Rio Dwayne al ver a la teniente—. Está usted preciosa, señorita Harley Quinn.

Brooke se había puesto unas medias de rejilla negras, unos vaqueros tan cortos que las cachas de su perfecto pandero quedaban bien visibles y una camiseta blanca cortada a la altura del ombligo. Llevaba dos coletas a ambos lados de la cabeza, cuyas puntas había coloreado con sombra de ojos y, como colofón al maquillaje, se había dibujado un corazón en la mejilla, justo bajo su ojo derecho.

—Sí que estás preciosa, amor. —John la besó, tratando de marcar su territorio—. Te va que ni pintado ese disfraz.

—Espero que no lo digas por lo tarada —bromeó.

—Ni loco, amor. ¿Cómo se te ha ocurrido? —preguntó justo cuando Abby se aproximaba a ellos.

—Pues de repente me entraron ganas de usar un bate y se me ocurrió la idea. —Miró a la ayudante de John con muy mala leche.

—¡Estás guapísima, Brooke! —Abby se llevó la mano a la boca con sorpresa—. Perdona por no haberte dejado entrar antes, pero no te reconocí y pensé que querías colarte.

—No te preocupes, Abby. Hoy, como satanás que eres, puedes ser lo mala que quieras. —Le devolvió una falsa sonrisa, golpeando el bate contra su propia mano—. Pero no te acostumbres.

—Esa es mi pantera. —Rio John pensando que estaba de broma.

—John, quería comentarte que ya ha llegado la señorita Clark. Está bajando de la limusina. —Abby le hablaba sin dejar de mirar de reojo a la teniente.

—¡Estupendo! Papá, vayamos a recibirla. Amor, vengo en cinco minutos.

—No hay problema. —Mirando al *seal*, continuó—: Se te veía muy suelto en el escenario. Nadie diría que es tu estreno ante el público.

—Gracias, belleza. Me encanta tocar la guitarra; cuando la música sale de mis dedos entro en otra dimensión. De lo contrario, hubiese pasado todo el espectáculo temblando.

—¡Dwayne! —gritó una rubia exuberante, un tanto entradita en años, pegándose a él—. ¡Querido, Dwayne! Has hecho que se me acelere el pulso y... —le susurró algo al oído que lo hizo reír.

—Un placer deleitarte, preciosa —respondió sonriente.

—Toma, esta es mi tarjeta. Si pasas por Los Ángeles, no dudes en llamarme. —En voz baja, pero lo suficientemente alto para que Brooke pudiese oírlo, agregó—: Me encantaría que esos dedos tocasen mi órgano. Tal vez sea un poco *vintage* para ti, pero te aseguro que suena de vicio. Ciao, guapísimo.

—¡Vaya! Veo que la fama no se hace esperar. —Carcajeó la teniente—. Esa tigresa tenía hambre de ti.

—No te lo vas a creer, pero, en los cuarenta y cinco minutos que llevamos de fiesta, habré coleccionado más de veinte tarjetas de famosas. —Se las mostró divertido, sacándolas del bolsillo de su pantalón—. No tengo ni idea de quién son esas mujeres, no sigo mucho la industria cinematográfica, pero algunas están para hacerles un favor grande.

En ese momento, una atractiva joven vestida de vampiresa sexi del siglo XVII apareció entre el gentío. Al pasar junto al *seal*, le guiñó un ojo y meneó el dedo, incitándolo a seguirla.

—¡Preciosos... *colmillos!* —contestó, mirándola el escote con gran descaro y despidiéndose de ella levantando la mano—. Tal vez me deje morder por ti más tarde.

—¿Estás tratando de ponerme celosa, Romeo? —Brooke entrecerró los ojos, dibujando una sonrisa pícaro cuando la joven pasó de largo un tanto decepcionada.

—Por supuesto. ¿Funciona? —Levantó las cejas aguardando su respuesta—. ¿Te sientes intimidada por el glamur de Hollywood?

—Cuidado, Romeo, voy armada. Podría acabar con el mobiliario *vintage*, *art déco*, retro y barroco de Hollywood con solo pestañear.

—Me alegra que no te dejes intimidar por estas bellezas plásticas de la sala. —Acercó la boca a su oído—. La única mujer en este lugar que me deja sin respiración eres tú.

Cuando Dwayne rozó el oído de la teniente con sus sensuales labios una corriente recorrió el cuerpo de ella de arriba abajo. Él olía tan bien que su cercanía le hizo cerrar los ojos por un instante.

—Eres la mujer más despampanante que jamás haya visto. —Él se estremeció al sentir el cálido aliento de ella acariciándole el cuello.

Abriéndose paso entre la muchedumbre, John apareció con una imponente pelirroja cogida de la mano, que vestía de sensual ángel negro. La tipa era impresionante: cuerpo de escándalo, cara de muñeca y cabello perfecto.

—Brooke, esta es Camelia. Camelia esta es...

Un *flash* obligó a John a interrumpir la presentación y a mirar hacia la cámara. Camelia aprovechó el momento para abrazar al cantante y achucharse contra él para la foto.

—¡Señorita, Clark! ¡Señor Kasser! ¿Les importaría si les hago unas fotos junto al piano de cola?

—Por supuesto que no —respondió ella arrastrando al roquero de la mano.

—Ahora vengo, Brooke —gritó John a casi dos metros de distancia.

—¡Vaya con la señorita Clark! —Dwayne entrecerró los ojos.

—¿Quién narices es esa tía? —preguntó Brooke mirando con tirria hacia la diva de cabellos de fuego, que manoseaba a su prometido aprovechando que se encontraban ante las cámaras.

—Ni idea. —Encogió un hombro.

—Espero que puedas perdonarme por el malentendido de hoy, Brooke —interrumpió Abby aproximándose con cara de santa, entregándoles un par de copas de champán.

—No te preocupes, estoy acostumbrada a arreglármelas sola.

—¿Quién es esa tal Camelia, Abby? —preguntó Dwayne.

—¿No conoces a la gran Camelia Clark? —Sonrió coqueta—. Es la actual reina del pop. Ha cosechado muchos éxitos y tengo entendido que va a colaborar con el grupo en el Madison Square Garden.

—No estaba al corriente de eso. Supongo que John me lo contará en breve.

Leonard sorprendió a todos los asistentes anunciando una improvisada actuación entre John Kasser y Camelia Clark. La sala comenzó a aplaudir estrepitosamente ante la noticia. La iluminación se atenuó entre el público, aumentando sobre el escenario. Los artistas, listos para impresionar a los asistentes, comenzaron a cantar una sensual canción.

Brooke se sentía molesta ante los continuos rozamientos que esa muñequita vestida de ángel negro le estaba propinando a su prometido. Sin embargo, cuando la encantadora Abby dejó caer más información a su oído, el corazón se le aceleró.

—Me alegra mucho que John la dejara, no me cae nada bien esa Camelia.

Brooke la miró de frente y, con un nudo en la garganta, inquirió:

—¿John estuvo saliendo con esa mujer?

—¡Perdóname, Brooke! Pensé que lo sabías. Su compromiso salió en todas las portadas del mundo.

—¿¿Cómo?! ¿Su compromiso? —Sintió como si le estuvieran dando una puñalada en el corazón.

La teniente volvió la vista hacia el escenario con el pulso revolucionado. Su ritmo cardíaco aumentó de forma drástica cuando, de repente, Camelia acercó a John a su boca y lo besó ante un público que comenzó a aplaudir eufórico.

Brooke tensó la mano hasta que la copa de champán que sostenía se rompió en pedazos. Tiró los restos al suelo y, muy despacio, retrocedió ante la multitud sin dejar de mirar hacia el escenario.

Dwayne, al percatarse de su malestar, se giró hacia Abby y le devolvió la copa, que ella misma le había ofrecido. Tenía intención de ir tras Brooke, pero al volverse, esta había desaparecido.

Inquieto, abandonó la sala a toda prisa, pero ni rastro de ella. Siguiendo las indicaciones de los dos gorilas que custodiaban la puerta, salió a la calle, donde chispeaba y hacía un frío glacial.

Miró a ambos lados y fue entonces cuando la vio al otro lado de la calle, corriendo en dirección a Central Park. El *seal* emprendió la marcha tras ella a toda prisa, pero Brooke era rápida, muy rápida.

Hundida moralmente, llegó hasta un puente bajo el que buscó cobijo. Dejó caer el bate al suelo y apoyo la espalda contra la pared. Su cabeza no hacía más que pensar en ese beso, mezclando la imagen con la de Jared y aquellas dos mujeres.

—¿Qué hace una Harley Quinn tan guapa como tú en un lugar como este, y tan sola? ¿No sabes que el parque es un lugar muy peligroso y solitario por las noches? —dijo un hombre disfrazado de esqueleto, que cogió el bate de béisbol para pasárselo al individuo que lo acompañaba—. Tal vez podríamos hacer compañía a esta cara tan bonita para asegurarnos de que no le pasa nada, ¿verdad, Ox?

—Sin duda, Ron. ¡Quién sabe lo que podría ocurrirle estando sola!

—Dejadme en paz —respondió decepcionada y agachó la cabeza ignorando a ambos tipos.

—No te enfades, señorita Quinn. Estoy seguro de que lo vamos a pasar muy bien. —Ox se aproximó a ella bate en mano.

—¡Apartaos de ella ahora mismo si no queréis que os arranque la cabeza! —Dwayne se dirigió a ambos tipos con voz pausada, pero firme.

Los dos individuos se tensaron al ver a un hombre de cerca de dos metros vestido de diablo, que los observaba con gesto fiero y sonrisa desafiante.

—Solo estábamos bromeando, tío. —Ox dejó caer el bate y se apartó de Brooke sin dejar de mirarlo.

—Sí, no teníamos intención de hacerle nada malo —añadió Ron caminando hacia atrás como un cangrejo.

—Largo. ¡Ahora! —espetó el *seal* levantando el tono.

—¡Vámonos, Ox!

Los dos sujetos salieron disparados hasta perderse en la oscuridad.

—¿Te encuentras bien? —Se pegó a ella—. ¡Estás helada, Brooke! Vas a coger una pulmonía. —La envolvió con su capa y la abrazó.

Temblorosa, clavó la frente en el torso del él y se dejó arropar por su cálido cuerpo. Estando entre sus hercúleos brazos sintió un alivio extraño, como si de repente el mundo hubiera desaparecido a su alrededor. Levantó la

vista y lo miró a los ojos justo cuando un torrente de lágrimas comenzó a brotarle por los suyos. Las lágrimas salían con rabia, pero sin gimoteos, como por gravedad.

—Siento haberte besado esta mañana, Brooke. No sabía que lo tuyo con John fuese en serio. —Al limpiarle las lágrimas con los dedos, el corazón que tenía en el pómulo se desdibujó. —No llores, por favor. El beso de esa arpía no significa nada, solo es publicidad.

—¿Te importaría besarme otra vez?

El *seal*, deshecho por esa mirada turquesa que desprendía fuego, deslizó la mano por la nuca de ella, la acercó a su boca y la besó deseando avivar esa llama, deseando abrasarla de placer y anhelando saciar su sed. Con creciente pasión, los firmes labios de él se entrelazaron con los de ella, logrando que sus corazones se agitaran cual bestia atrapada en una jaula.

Un resplandor vivo iluminó los huecos del oscuro puente, envolviéndolos en una explosión de luz. Segundos después, un fuerte estruendo atizó el parque dando comienzo a una tupida lluvia. El agua caía con furia por los flancos de su refugio, creando una relajante melodía de fondo.

Él acarició la mejilla de ella, llevándose los restos de ese corazón desmoronado con los dedos, y, mirándola a los ojos, susurró:

—Me deshago por seguir comiéndote esos labios tan tentadores, pero no podría soportar que mañana despertaras del rencor que ahora te inunda y no me permitieras volver a probarlos.

—Estoy hecha un lío, pero...

Dwayne posó dos dedos sobre los labios de ella, impidiéndole continuar y, con voz templada, añadió:

—¿Qué te parece si hablamos cuando pase la tormenta?

Ella asintió, aceptó la mano de él y, a toda velocidad, se perdieron bajo el aguacero hasta regresar al hotel.

Una lluvia heladora caía con ahínco cuando Brooke y Dwayne entraron al vestíbulo de El Plaza. Sin duda, ese agua fría los había ayudado a refrescar el calentón que acababan de tener.

Ella no estaba para fiestas, así que decidió ir derecha a su habitación y darse una ducha caliente. El *seal* tenía previsto hacer lo mismo en la suya propia, por lo que seguían el mismo camino hacia los ascensores. Al percatarse de cómo chorreaba la capa que le había puesto a Brooke en el parque, se la quitó y la tiró a una papelera. Justo cuando volvía junto a ella, la ayudante diabólica de John salía su paso.

—¡Brooke! ¿Dónde te habías metido? —Abby aceleraba en su dirección—. John lleva buscándote un buen rato.

—Lo siento, pero no te oigo, Abby —respondió entrando en el ascensor—. Esta noche no tengo tiempo para más moñadas.

Dwayne seguía los pasos de la teniente cuando la minidiabla se interpuso en su camino y, brazos en jarras, le cortó el paso.

—John también te está buscando, Dwayne. Tenéis una actuación en breve y no puedes faltar, así que vente conmigo, por favor.

El *seal* obvió su orden sin tan siquiera contestar, pero cuando se disponía a entrar en el ascensor, la teniente le dio el alto.

—Gracias por todo, Dwayne, pero deberías ir con ella. —Le acarició la mano—. No quiero que, por mi culpa, John se vea perjudicado.

—¿Seguro que estarás bien? No me importa si John se enfada y me despide. —Hizo amago de sonreír—. Prefiero quedarme contigo y asegurarme de que te encuentras bien.

—Eres un encanto. —Lo besó en la mejilla, haciendo que Abby frunciera el ceño—. Pero estaré bien, necesito estar sola y pensar.

—Como prefieras. —Asintió comprensivo—. Cuando termine la maldita fiesta, si te apetece, hablamos.

La teniente respondió con una tenue sonrisa y desapareció tras las puertas deslizantes. Se dirigió a su habitación y, después de darse una reconfortante ducha, se puso unos vaqueros y un jersey rojo con escote en uve.

Estaba muy inquieta por lo que John pudiera estar haciendo, pero, ni en broma, iba a volver a esa fiesta para tener que soportar verlo flirteando con su ex; ni por el maldito *marketing*.

Por otro lado, el beso de Dwayne le estaba haciendo tener extraños pensamientos. Desconocía el sentimiento que estaba aflorando en ella. Por una parte, le remordía la conciencia por estar traicionando a John, pero, por otro, se moría de ganas por probar nuevamente los labios del *seal*: su beso era delicioso y abrasador. Estar entre sus fornidos brazos era como hallarse en los de Jared, pero sin el efecto trauma. Junto a él, sentía cómo dos elementos que su alma necesitaba para subsistir crecían de forma desmesurada: fuego y peligro.

Confundida, cogió su móvil y llamó a Mónica, la única persona que podría aconsejarla de forma sabia.

—Hola, cariño. ¿Ocurre algo? Esperaba tu llamada mañana.

—¡Creo que la he jodido, Moni!

—¿Qué ha pasado? ¿Te encuentras bien?

—Pues verás...

Brooke sabía que a Mónica podría confiarle su propia vida y que ella jamás la traicionaría. Sin titubear, se decantó por contarle toda la verdad acerca de su viaje a Bora Bora con John.

—...Y ahora estamos en Nueva York, donde, en breve, dará comienzo la gira.

—Por lo que me has contado, no es extraño que te hayas enamorado de él. John es un hombre fascinante y estar las veinticuatro horas del día pegada a él... ¡Uff!

—Sí, pero hay más.

—¿Más?

—Recuerdas que te hablé de Dwayne, el tipo que conocí en la cafetería. —Moni respondió afirmativamente—. Pues resulta que lo conocí el mismo día que a John. Dwayne es *seal* y, mientras Solomon buscaba una solución, él protegía a John.

—No te sientas mal por lo ocurrido. Cuando vuelvas a Hawái lo llamas y le cuentas lo que ha pasado. No habéis llegado a nada, solo habéis tonteado un poco, seguro que lo entenderá.

—El problema es que Dwayne está en Nueva York, va a sustituir al guitarrista y... —Soltó aire de golpe—. Me he besado con él.

—¿¿Qué te has besado con él?! —Bufó—. Eso sí que me preocupa, tú nunca has sido tan... lanzada. ¿Estás segura de que no estás haciendo esto por venganza hacia Jared? ¿Porque te sientes despechada?

—¿No! No lo sé. Supongo que eso es lo que me está quemando por dentro. —Exhaló un suspiro—. Cuando estoy con John es como si no existiese nada más a mi alrededor. Me hace sentir bien, en paz y, sobre todo, muy amada. Pero esta noche estábamos en una fiesta y, de repente, me lo encuentro en el escenario besándose con una ex suya, una tal Camelia Clark. —Bufó—. Sé que solo es cosa de publicidad, pero no lo soporté y me largué de la fiesta. Dwayne vino tras de mí y...

—Y te desfogaste con él. ¿Me equivoco?

—Sí, pero, al besarlo, fue muy extraño. Dwayne es el negativo de Jared, pero con todo lo positivo de él: es cariñoso, atento, sensual y... ¡Joder, creo que me estoy enamorando de él! ¿A que estoy de atar?

—No, cariño, para nada. Estás muy vulnerable con lo que te sucedió con Jared, lo vuestro era muy fuerte. Tal vez, al encontrar amor en otros hombres, desees cerrar con ellos esa herida que tanto te duele. —Resopló—. No trato de decir que lo que estás haciendo sea justificado, al contrario. Pienso que deberías ir con cuidado. No me gustaría que salieses escaldada de todo esto.

—¿Crees que, de forma inconsciente, me dejo llevar por ellos para olvidarme de Jared? —Suspiró—. Lo que siento por John y por Dwayne me resulta tan real.

—No lo sé, cariño. No estoy en tu cabeza. Pero te aconsejo que vayas con

pies de plomo y que solo hagas lo que de verdad deseas, lo que te haga feliz. Ahora mismo, ¿qué sientes por Jared?

—No sabría decirte. ¿Rabia? ¿Decepción? —Exhaló un suspiro aún mayor —. Creo que lo lógico del momento.

—Por supuesto, pero, como te digo, tal vez esa rabia te esté lanzando a los brazos de dos hombres. Ahora deberías averiguar si lo que sientes hacia ellos es real y elegir.

—¿Y cómo lo consigo?

—Solo tú puedes averiguarlo, Brooke. Pero asegúrate de protegerte bien el corazón. ¿De acuerdo? Tengo que dejarte, Brady está llorando.

—Lo intentaré, Moni. Gracias por tu consejo, y dile a Theo que no se preocupe por mí.

—Theo no está. Acaba de salir hacia oriente con Duke y Rico.

—¿Hay algún problema?

—No, tranquila. Han ido a Japón para hacer *Niyuyu* o como se llame. ¡Vamos, de tortugas ninja!

—¿Te refieres al curso de *Ninjutsu*?

—Ese mismo. Van a quedarse un tiempcito por Japón. Ya te contaré.

—Claro. Te llamaré pronto. Cuídate.

Se metió el móvil en el bolsillo, cogió una manta y el repertorio de bebidas alcohólicas que había en el minibar y se dirigió a la planta diecinueve, al gimnasio, donde estaría tranquila y podría pensar.

La claridad del exterior que entraba por los ventanales del improvisado gimnasio iluminaba sutilmente la estancia, un aliciente para dejar la luz apagada. Puso música, se sentó bajo la manta, contra la pared y, mientras escuchaba la letra de Paradise de The Rasmus, le daba vueltas a lo ocurrido.

«...This is my paradise

I made a deal with the devil

Every day is a battle

Every day is a battle

This is my paradise...»

Al cabo de un par de horas, John entró de sopetón en el gimnasio y, visiblemente disgustado, murmuró:

—¿Por qué demonios desapareciste de la fiesta, Brooke? Me asusté y llevo buscándote como un loco desde entonces.

—No desaparecí por ningún demonio, más bien fue por un ángel negro; *pelirroja* para ser más exactos.

—¿Te marchaste por el beso con Camelia? ¡Joder, fue solo publicidad! ¡No significa nada!

—Pues Felicidades, acabas de conseguir un buen titular: *John Kasser humilla a su prometida ante una multitud enfebrecida al besarse con la mujer con la que estuvo comprometido.*

—Solo ha sido un beso sin importancia.

—¡Yo me enamoré de ti con tu primer beso, John! No digas que un beso no tiene importancia.

—Perdóname, amor, pensé que no te afectaría. —Se arrodilló ante ella—. Me dijiste que podías con todo.

—Humillarme ante todo el mundo es diferente. ¡No entra en el plan! Me has hecho sentir como una estúpida. —Dio un trago a una de las múltiples botellitas de ron que había traído con ella—. ¿Por qué no me advertiste de que tu exprometida iba a venir? ¿El beso estaba programado o se os ocurrió según aplaudía el público?

—Pensé que sabías que estuve prometido con Camelia, salió en todas las revistas. Además, ya te he dicho que jamás había sentido con ninguna otra mujer lo que siento por ti.

—Y yo ya te dije que no leo revistas, John. Ahora, por favor, vete y déjame sola. Sería peligroso si te quedaras cerca.

—¿Piensas sacudirme, pantera? —Entrecerró los ojos tratando de hacer una gracia.

—¿Me crees capaz de eso? —Lo miró desencantada.

—En absoluto, pero... ¿por qué dices que quedarme sería peligroso? ¿Acaso estás pensando en dejarme? —Frunció el ceño.

—No te preocupes, hice un pacto con el diablo y me debo a él.

—¿Eso soy para ti? ¿Un pacto? —Bufó poniéndose en pie—. Pues si estás conmigo solo por un maldito pacto, por mí, puedes largarte cuando quieras. ¡Por mi parte, esto es un adiós! —Se marchó dando un portazo.

Brooke dio un trago a su bebida, apoyó la cabeza en la pared y siguió escuchando música hasta que, a los dos minutos, su móvil sonó.

«¡Mierda, Jared, ahora no!», susurró al ver la foto del capitán cobra en la pantalla.

En esos momentos le resultaba imposible hablar con él, por lo que dejó que saltara el contestador. Sin embargo, la curiosidad pudo con ella y, en cuanto pasó un minuto, puso el altavoz para escuchar el mensaje que, con seguridad, Jared le había dejado.

«Hola, Brooke. ¿Cómo estás, pequeña? —Se silenció unos segundos y, tras suspirar, continuó—: Solo quería decirte que... que siento mucho todo lo que ha pasado. Necesitaba decirte que, pase lo que pase, siempre te amaré; más que a nada. Te deseo lo mejor y que con él puedas conseguir la felicidad que conmigo no tuviste. Espero volver a verte».

Era obvio que el cobra había visto la revista que anunciaba su compromiso con John. Por un segundo, le tembló el pulso y estuvo tentada a coger el teléfono y llamarlo, pero, como una ráfaga, todas las imágenes de él con esas dos mujeres se lo impidieron.

Con el corazón completamente descolocado, se puso en pie y se acercó a la ventana. No sabía lo que hacer y menos lo que esperar. Su cabeza no hacía más que hacerle preguntas a las que le resultaba imposible responder:

¿De verdad había roto con John? ¿Lo amaba tanto como para abandonarlo todo por él? ¿Debería recoger sus cosas y desaparecer? ¿Qué sentía por Dwayne? ¿Aún amaba a Jared y llenaba su vacío con otros hombres? La lista de preguntas era interminable y el dolor de cabeza irritante.

Tratando de aligerar su carga, subió el volumen del reproductor y comenzó a moverse al ritmo de la música. El remedio parecía funcionar, en tan solo unos minutos sus pulsaciones comenzaron a relajarse.

Dwayne abrió la puerta y se la encontró con los brazos en el aire, contoneándose al ritmo de la música; el espectáculo le resultó celestial. Ella le lanzó una mirada arrebatadora y, con un gesto de su dedo, le pidió que se uniera a ella. El *seal* se había cambiado de ropa y llevaba unos vaqueros y un suéter de pico negro, estaba guapo a morir.

—Me alegra encontrarte tan dichosa, porque acabo de cruzarme con John en el ascensor y echaba humo. —Se aproximó a ella.

—Eso es porque llegas tarde. —Pasó las manos alrededor de su cuello para acércalo a ella y, en un tono ebrio, añadió—: Hace unos minutos me hubieses encontrado hecha polvo, pero me he tomado una copa y... ¡Uaa! ¡Magia! ¡Estoy en modo mantequilla!

—¿Qué ha pasado? ¿Os habéis peleado?

—John me ha dejado.

—¿Cómo? ¿Qué mosca le ha picado? ¿Cómo puede hacerte algo así? ¿No habrá sido por esa Camelia de plástico?

—Shh, no quiero hablar de ello. Solo abrázame.

Él la rodeó con sus titánicos brazos y, mientras le acariciaba la nuca, bailó con ella durante un largo tiempo. Ambos se abrazaban con devoción y seguían el ritmo de la música rozándose los cuerpos, tentados a dejarse llevar por la pasión.

—¿Piensas pasar la noche bebiendo sobre esa manta? —Miró al montón de botellitas que había junto al nido que se había montado.

—No tengo intención de volver a la *suite*. Ahora mismo no podría soportar más decepciones. —Se apartó de él y se acercó a la ventana.

—¿Qué te parece si te vienes a la mía? Yo dormiré en el sofá, tiene pinta de ser muy cómodo. —Se pegó a la espalda de ella y la abrazó con ternura—. Aquí hace un poco de frío.

—No sé qué hacer, Dwayne. ¿Debería regresar a Oahu y olvidarlo todo? —Se dio la vuelta y le miró a los ojos—. ¿Seguir con mi patética vida como *skull*?

—¿Por qué me da la impresión de que hay más dolor encerrado en este corazón de pantera de lo que quieres admitir? —Le tocó el pecho a la altura

mencionada y le besó la frente—. Vamos a mi habitación, tomaremos algo de comer mientras me lo cuentas todo. Apuesto a que no has comido nada. Y, por las botellas vacías que veo en el suelo, vas bien cargada de alcohol.

Llegados a la *suite* del nuevo guitarrista de The Devils, Brooke se dejó caer en el sofá en tanto él pedía comida al servicio de habitaciones. La cabeza le daba vueltas, y no se debía al alcohol.

—Antes de nada, ¿qué ha pasado con John? —Se acomodó junto a ella—. No me puedo creer que haya sido tan imbécil de liarse con su exprometida.

—No, no ha sido eso. —Bufó—. Aunque, por la forma tan rápida de darme puerta, puede que buscara su libertad con ese fin. —Le contó lo que había pasado.

—No, belleza. Seguro que hablaba enfadado y mañana te pedirá perdón. John es muy sentido, solo tienes que escuchar las letras de sus canciones. —Se levantó al oír la puerta—. Espero que sea el servicio de habitaciones, me muero de hambre.

Tras degustar una exquisita cena mientras Brooke le contaba lo ocurrido con su exprometido Jared y le confesaba su amor por John, él se levantó de la mesa, abrió un cajón y, pensando que estaría más cómoda, le ofreció una de sus camisetas.

Brooke entró en el baño para cambiarse y, al salir, se encontró a Dwayne mirando serio por la ventana. Se había quitado el suéter y los zapatos, solo llevaba puestos los vaqueros. Ver su musculada espalda y sus fuertes brazos al punto justo le resultó una visión tentadora.

—¿Te encuentras bien? ¿Por qué estás tan serio? —Se aproximó.

—¿Puedo preguntarte una cosa? —Se dio la vuelta, quedando de cara a ella—. Si no te apetece contestar, no tienes que hacerlo.

—Acabo de abrirte mi alma, supongo que puedes preguntarme lo que quieras.

—¿Qué sentiste cuando te besé en el parque? —Le retiró un mechón de la cara—. Sé sincera, por favor. De lo contrario no podré decirte lo que estoy a punto de soltarte.

—Me encantó que me besaras, Dwayne; en tus brazos me siento segura,

protegida.

—¿Solo eso? ¿Protegida? —musitó decepcionado.

—Yo... —Suspiró—. Estoy hecha un lio, porque quiero a John con toda mi alma. Pero he de confesar que... que solo deseo estar entre tus brazos. — La respiración se le entrecortó—. Te parecerá una locura, pero me estoy enamorando de ti y no puedo hacer nada por evitarlo.

Dwayne cerró los ojos por un segundo y sonrió, repitiendo en su cabeza las deliciosas palabras de Brooke. Encantado con la respuesta, se pegó a ella y, observándola con mirada abrasadora, confesó:

—¿Y si te dijera que fui yo quien le pidió a Kyla que convenciera a su marido para que me enviase a Nueva York? —Posó una mano en su nuca—. ¿Qué dirías si confesara que no he dejado de pensar en ti ni un segundo desde el instante en que te conocí? ¿Que cada noche me retuerzo en las sábanas imaginando que estás haciendo el amor con John? ¡Y eso que hasta ahora no sabía de lo vuestro, pero se me iba la cabeza! —Deslizó la mano por la espalda de ella hasta su cintura—. ¿Que cuando te miro veo a la mujer con la que siempre he soñado..., con la que me gustaría pasar el resto de mi vida?

—Te diría que, ya que voy a ir al infierno, no quiero irme sin haber hecho el amor contigo.

Él la estrechó fuerte contra su cuerpo y la besó con hambre voraz, insaciable. Sus labios se encontraban con ferviente deseo y sus lenguas se rozaban con ansiosa ambición en tanto sus brazos se acariciaban con codicia.

Las respiraciones de ambos se tornaron anhelosas y sus pulsaciones se dispararon hasta la enajenación, deseo en estado puro. Él deslizó los labios por el cuello de ella y siguió bajando hasta alcanzar su cintura. Con una caricia le levantó la camiseta y metió las manos en sus bragas. Muy despacio, se las fue quitando a la vez que se arrodillaba y le besaba los muslos. Ella se estremecía con cada roce, vibraba con cada beso.

Una vez le despojó de las bragas, le colocó una pierna sobre el respaldo del sofá, bien alta, bien abierta, para tener su intimidad expuesta a él en su totalidad. El *seal* se relamía ante el apetitoso sexo de preciosos labios rosados que lo tentaba. Tenía intención de comerse esa irresistible vulva que tenía frente a él hasta hacer que ella se corriese en su boca.

Desde su posición postrada, la miró a los ojos con la respiración agitada a más no poder. Se le revolvía la polla en el interior de sus vaqueros, deseando escapar de su atadura, deseando introducirse en ese húmedo coño.

Ella se estremeció con solo ver esos penetrantes ojos azules ardiendo, haciéndola saber su intención de comérsela viva hasta la extenuación.

Tras deslizar un dedo por la lampiña abertura de ella, metió la cabeza entre sus piernas y cual león hambriento empezó a devorar su jugoso coño. La degustaba insaciable a la vez que le estrujaba las nalgas con sutil fiereza y la atraía con ansia hacia su boca.

Su lengua recorría con insistencia la humedad de ella al tiempo que sus labios la succionaban con exquisita violencia. Quería todo de ella: quería sus espasmos, sus gemidos y, como no, hasta la última gota de placer que surgiera de su sexo.

—Dwayne, mi amor... —Se dejó ir por un fuerte orgasmo.

Él se puso en pie y, con arrojo, la levantó a horcajadas, estrechándola fuerte contra su cuerpo.

—Me has llamado mi amor. —La contemplaba encandilado.

—Sí..., mi amor. —Respiraba con dificultad, sin dejar de perderse en el intenso azul de sus ojos.

—Te quiero, Brooke. Te quiero. —La besó con febril ternura y la llevó hasta la cama, donde se sentaron de rodillas el uno frente al otro, haciendo un ángulo de noventa grados con sus piernas.

Ávida por sentirlo dentro, ella deslizó las manos por los marcados abdominales de él hasta adentrar los dedos en sus vaqueros y en sus calzoncillos y quitárselos a un tiempo mientras él la besaba. Él la despojó de la camiseta y, con el mismo apetito, se metió uno de los pechos de ella en la boca y la saboreó hasta arrancarle un sensual gemido.

Sin dejar de besarla, la tumbó sobre las sábanas y se echó encima de ella para clavarse en su interior con salvaje ternura. Tenía la polla tan dura que las venas le latían dándole la impresión de estar a punto de eyacular dentro de ella. Sin embargo, como guerrero que era, luchaba por seguir dándole más placer, por seguir arrancándole más gemidos.

El *seal* se hundía en ella a ritmo frenético, delirante. Sus embestidas eran profundas y gustosas, era como alcanzar el nirvana con cada acometida, como sentir un orgasmo con cada estocada. Ella jadeaba de excitación y le apretaba las cachas del culo para clavarlo más en su coño, jamás había experimentado un sexo tan fogoso, tan pasional.

Ella lo volteó, haciéndole una llave, y se colocó encima de él. Necesitaba cabalgarlo, necesitaba tomar las riendas antes de correrse. La verga que tenía dentro era tan brutal que se moría por dominarla, por sentirla hasta el fondo. Arqueando la espalda, lo montó con destreza hasta que vio que no podía más y se dejó ir.

Él se incorporó y, mientras le devoraba la boca, la cogió por las nalgas y la embutió en su polla con energía. Una y otra vez...

—Me corro, pequeña —susurró llenándola—. Sí, sí... —jadeó.

La pareja se abrazó con arrebato mientras disfrutaba del increíble placer. Sin embargo, el dolor con sabor a hiel se instaló en el pecho de ella a sabiendas de que, en breve, debería enfrentarse a algo que no le iba a resultar nada agradable.

—Hacer el amor contigo ha sido un sueño, cariño. Mil veces mejor de lo que imaginaba —confesó aún dentro de ella, acariciándole la nuca—. ¿Has disfrutado conmigo?

—Ha sido como si hubiese encontrado esa parte de mí que siempre me ha faltado, como si me hubieses completado.

—Eso es porque eres mi alma gemela, Brooke.

A la mañana siguiente, la teniente entró en su *suite* para sincerarse con John. Para su sorpresa, el cantante no se encontraba y su cama estaba sin deshacer. Segura de que habría pasado la noche con Camelia, se quitó el anillo de compromiso y lo dejó sobre la mesa del salón. Después de todo lo acaecido, ya no había vuelta atrás.

—¿Me dejas? —John la sobresaltó, al aparecer apoyado en el cerco de la puerta del cuarto opuesto al dormitorio principal, donde había pasado la noche.

—Dwayne se encargará de vigilarte —murmuró dándole la espalda—. ¿Qué haces en esa habitación?

—Nuestra cama me pareció muy vacía sin ti. —Avanzó hacia la espalda de ella.

—Te hacía con Camelia.

—¿Qué te hace pensar eso? ¿Acaso no te he dejado claro cuánto te quiero? ¿Aún no me crees? ¿No me conoces?

—Me dijiste adiós con tanta rapidez que pensé que querías libertad para volver con ella.

—Es una pena que no me vayan las lesbianas.

—¿Cómo dices? —Se giró y lo miró levantando las cejas.

—A Camelia le van las mujeres, la prensa empezó a sospechar y, tras varios vergonzosos titulares, su carrera se vio afectada. Como amiga, me pidió que fingiéramos un compromiso. Yo la dejaría al cabo de un tiempo prudencial, con rumores de una infidelidad por parte de ella con otro hombre. De ese modo, su carrera remontaría.

»Como ves, toda mi jodida vida es una farsa. Estoy muy cansado de toda esta mierda. Solo quiero llevar una vida normal con alguien que me quiera por lo que soy y no por lo que represento. —Se aproximó hasta casi rozarla—. Y, sobre todo, quiero hacerlo con alguien a quien quiera más que a mí propia vida: contigo, Brooke.

—Si es así, ¿por qué me dijiste que me marchara? —Sentía ganas de romper a llorar.

—Me entró pánico al pensar que no fueras capaz de soportar la presión de toda esta basura que me rodea. Odio que te veas involucrada en este mundo tan falso. —Miró el anillo que ella había dejado sobre la mesa—. Y, más que nada, me dolió mucho que me dijeras que para ti soy solo un pacto. —Le acarició la mejilla con cariño—. Puesto que yo vendería mi alma al diablo por ti.

—Lo siento, John. —Sollozando se dio la vuelta.

—No, soy yo quien lo siente, amor. Perdóname. —La abrazó por la espalda muy angustiado—. Perdona por lo que te dije, no lo decía en serio. Si me dejaras, me volvería loco; no puedo vivir sin ti. Sé que lo que he hecho está fatal y tienes todo el derecho a estar enfadada. Pero dime que nada ha

cambiado, dime que sigues queriéndome.

Brooke se dio la vuelta y, al mirarlo, vio que de sus dulces ojos brotaban lágrimas. Tenía las pupilas dilatadas y los labios le temblaban.

—John, te quiero muchísimo, pero tengo que irme. No tengo más remedio. —Se limpió una lágrima que empezaba a rodarle por la mejilla—. He hecho algo que... que te va a romper el corazón. No soy buena para ti.

—No digas eso, mi amor. —La abrazó impidiendo que pudiera moverse—. Sea lo que sea lo arreglaremos.

—Esto no podemos arreglarlo, John. Es demasiado tarde, imposible. —Exhaló un suspiro—. Quiero que sepas que te quiero más que a nada, que nunca fue mi intención hacerte daño. Pero... me he enamorado de otro hombre.

—¿Cómo?! —Decepcionado, retiró las manos de su cuerpo y se apartó de ella dando un brusco paso atrás—. ¿Qué te has enamorado de otro hombre? ¿De quién? —Los labios le castañeteaban sin cesar.

—De Dwayne. —Agachó la cabeza—. Me he enamorado de Dwayne y anoche...

—¡Ese hijo de puta, traidor! —Se dirigió hacia la salida con los puños cerrados en tensión y furia desmedida en la mirada.

—¡John! ¡No! —Intentó persuadirlo.

El roquero se detuvo a un metro de la puerta, giró sobre sus talones y, retirando la mano que ella le había puesto en el hombro, espetó:

—¡De todas las mentiras que me has dicho, te amo ha sido la más cruel! —Le dio el alto mostrándole la palma—. ¡Márchate, Brooke! ¡No quiero volver a verte!

El enmoquetado pasillo de la decimoctava planta del hotel El Plaza estaba vacío. John avanzaba furioso cual toro embravecido hacia la habitación contigua, tenía intención de machacar a Dwayne. Sin embargo, a cada paso que daba, la distancia parecía duplicarse y la puerta de este se le hacía inalcanzable.

Tras luchar con sus monstruos imaginarios, alcanzó su objetivo y, rabioso a más no poder, comenzó a golpear la puerta de la *suite*. A los pocos segundos, el *seal* abrió, recibéndolo con el semblante frío.

—¡Eres un maldito carbón, Dwayne! ¡Un puto traidor! —Entró en la habitación empujándolo con fiereza.

—¿De verdad quieres pelear conmigo, John? Sabes que tienes todas las de perder.

—¿Crees que te tengo miedo? —Volvió a empujarlo—. ¿Piensas que por que seas un jodido *seal* no pienso defender mi territorio?

—¿Tú territorio? —Le devolvió el empujón—. Yo podría decirte lo mismo, amigo. —Gruñó—. El día que conocimos a Brooke, ¿quién fue el que se comportó como un idiota malcriado con ella? ¿Y quién le pidió una cita y salió con ella? —John puso cara extrañada—. Sí, colega, me vi con Brooke un par de veces antes de que se fuera a Bora Bora contigo. No llegamos a nada, tan solo tomamos un par de cafés, pero, desde entonces, no he podido dejar de pensar en ella.

—¡Yo no tenía ni idea de eso, pero tú sí que sabías que estábamos juntos y, aun así, te has metido por medio!

—¿Qué lo sabía? —chilló furioso—. ¿No será porque, como amigo tuyo que era, me contaste la verdad? Porque, corrígeme si me equivoco, cuando volvisteis de Bora Bora continuasteis con el teatro fingiendo ante mí que vuestra relación era parte del plan. ¿No fue así, *colega*? —Elevó el tono—. Y

déjame decirte que no hice nada con ella hasta que tú no le diste puerta anoche, después de que te besuquearas con doña plastilina. —Resopló en su cara y le propinó otro empujón—. ¿Cómo te atreves a hacerle algo así a Brooke?

En ese instante, ella entró en la habitación dando un fuerte portazo.

—¡Bueno, basta ya! —Con paso firme se dirigió a John—. Lo siento muchísimo, pero yo no planeé nada de esto. Planeaba casarme y vivir feliz junto al hombre a quien amaba y, en un abrir y cerrar de ojos, todo se fue al garete. Desde entonces me prometí que me dejaría arrastrar por el momento, sin planes ni complicaciones. —Se llevó las manos a las sienes, como si tuviera un terrible dolor de cabeza.

»No planeé enamorarme de ti, John, pero me dejé llevar y lo hice; me enamoré de ti, perdidamente. —Exhaló con ahogo—Cuando conocí a Dwayne mi corazón me dio un toque, pero no tuve tiempo de saber lo que sentía por él, pero, al reencontrarnos otra vez en Nueva York, todo empezó a complicarse y...

—No me lo digas, *Yoko Ono*, te enamoraste de él, ¿Verdad? Perdidamente, ¿No?

—¡Puedes tragarte tú ironía, imbécil! ¡Háblale con respeto! ¡Estás empezando a cabrearme!

—Sí, John. —La teniente impidió que Dwayne volviera a empujarlo interponiéndose entre ellos—. Entiendo que te resulte difícil de creer, pero sí, me he enamorado de él, perdidamente.

Los dos hombres cerraron los ojos por unos segundos: uno se sentía dichoso y el otro bestialmente dolido. John negaba con la cabeza y se tocaba la frente desesperado.

—¿Sabéis? Hasta hace unas horas dudaba de mí misma. Me hice todo tipo de preguntas a las que no podía responder. Me preguntaba si no estaría actuando por despecho, si mi cabeza me estaría jugando una mala pasada. Si de verdad estaba enamorada de dos hombres.

—¿Y ya has encontrado respuesta a todas esas dudas? —John dio un paso hacia ella hasta casi aprisionarla entre ambos.

—Anoche, pensar que te había perdido, que me habías dejado, me nubló la

razón —explicó, mirando al cantante—. Dwayne apareció en un momento en el que me sentía vulnerable y triste; y con los sentimientos que había estado compilando hacia él... todo se complicó.

»Esta mañana, al tener que decirte que me había enamorado de él, me he dado cuenta de que te quiero más que a nada, de que no podría tenerte engañado; incluso sabiendo que te perdería sin vuelta atrás. —Volvió la cabeza para dirigirse a Dwayne.

»Me has demostrado ser un perfecto caballero y un mejor amigo. Como te dije, me llenas ese vacío que siempre tuve. Te amo muchísimo, Dwayne. —Miró a ambos llorosa—. Pero no quiero interponerme entre vuestra amistad, no quiero sentirme culpable a cada momento. No quiero tener que decidir entre uno u otro. ¡Me niego! —Con lágrimas en los ojos, concluyó—: Quiero que sepáis que os amo a los dos con todas mis fuerzas, por eso he decidido que lo mejor será que desaparezca de vuestras vidas para siempre.

Sin mirar atrás, la teniente emprendió la huida y desapareció de la habitación tras cerrar la puerta. Los chicos se miraron perplejos, atónitos. ¿De verdad Brooke iba a desaparecer de sus vidas? Ambos se observaban desafiantes, con ganas de sacudirse.

—Si piensas que voy a renunciar a ella por un traidor como tú, estás de atar, amigo —espetó John.

—¡Yo ya no soy tu amigo, imbécil! —Le asestó un nuevo empujón que lo hizo chocar contra la mesa y volcar un jarrón—. Te aseguro que yo no pienso dejarla escapar con la facilidad que lo hiciste tú.

Cual bola de fuego, John arremetió contra el *seal* haciéndolo retroceder hasta chocar contra la pared. Ambos estaban tan furiosos que comenzaron a darse de puñetazos en tanto se echaban a la cara todo tipo de reproches, pero, obviamente, Dwayne tenía las de ganar.

De un puñetazo en la mandíbula tumbó a John de culo y, mientras este se recuperaba del golpe en el suelo, el militar de élite se detuvo, apretó los ojos y, muy apenado, musitó:

—Vamos a perderla, tío. —Agitó la cabeza—. Y, no sé tú, pero yo no estoy dispuesto a dejar que eso ocurra. —Le ofreció la mano para ayudarlo a ponerse en pie.

—¿Y qué narices se te ocurre, Dwayne? —Aceptó su ayuda, no de muy buen grado, y, con sarcasmo, agregó—: ¿Que la compartamos? ¿Que esté contigo los días pares y que yo me la quede los impares?

—¿Qué te dolería más? —Cerró los ojos e hizo un gesto de dolor, murmurando—: ¿Perderla para siempre o saber que está haciendo el amor conmigo, pero que volverá a tus brazos porque a ti también te ama? —Resopló—. Ya la has oído, no piensa elegir entre nosotros.

—Mira, tío, he hecho tríos y he estado en orgías que no te puedes ni imaginar. —Gruñó—. Pero, ¡joder, compartir a la mujer que amas es muy fuerte! —Bufó—. No creo que pudiera soportarlo, me herviría la sangre imaginándome a Brooke follando contigo.

—¿Y perderla no te desharía el cerebro? Porque te aseguro que yo no lo soportaría. —Posó la mano en su hombro—. Ella nos quiere y nosotros a ella también. No sería nada perverso, tan solo amor.

John apoyó la espalda contra la pared y se dejó caer al suelo. Durante unos minutos reinó el silencio en la habitación hasta que el cantante tuvo el valor de romperlo.

—La quiero más que a nada, tío. —Arrugó los ojos en gesto de dolor—. Me volvería loco si la perdiera.

—Entonces, vayamos a por ella antes de que sea tarde.

Los dos hombres apresuraron el paso hasta llegar a la *suite* del cantante. Justo al ir a llamar a la puerta, Brooke se disponía a abandonar la maleta en mano. Sus ojos lucían tristes, llorosos, pero, al encontrarse a ambos frente a la puerta, se abrieron en sorpresa.

—Tenemos que hablar, Brooke. —John entró en la habitación, llevándosela consigo hacia el interior.

—No creo que haya mucho más que decir, John, solo nos haríamos más daño.

—Escúchanos, por favor. —Colocándose junto a ella, el *seal* continuó—: Es necesario que encontremos una solución; no estamos dispuestos a perderte.

—Dwayne, ya os he dicho que no pienso elegir. —Agitó la cabeza haciendo un gesto de dolor—. No podría.

—¿Y si no tuvieras que elegir? —susurró John pegando el torso al de ella y acariciándole la cara.

—¿Y si pudieras tenernos a los dos? —Dwayne se cosió a la espalda de ella, formando un sándwich entre los tres.

—¿Habéis perdido los dos la cabeza? ¿Se os ha ido la olla por algún golpe? —protestó falta de aire—. Sería como accionar el botón de una bomba nuclear. ¡Acabaríamos los tres fulminados!

—No, si estamos todos de acuerdo —aclaró el artista.

—¿Pretendéis compartirme como si fuera una *pizza*? ¿Que cada noche duerma en una cama diferente? —Se apartó de ambos y se arrimó al ventanal—. ¡No tenéis ni idea del daño que podríamos hacernos!

—Solo sabemos que, sin ti, nuestras vidas no tendrían sentido, Brooke —respondió el *seal* cogiéndola por ambos brazos y sellando su torso al de ella—. Que no estamos dispuestos a perderte.

—Tú nos amas y nosotros a ti. —John se pegó a la espalda de ella y besándole la parte trasera del cuello, susurró—: Te amo. Te amo más que a nada.

—Esto es un error —musitó ella echando la cabeza atrás sin poder evitar excitarse.

—El error sería no estar juntos. —Dwayne recorrió la clavícula de ella con los labios hasta alcanzar su boca—. Yo también te amo.

Activado por los celos, John resbaló la mano por el hombro de ella hasta detenerse en su cara. Tirando de su mandíbula con suavidad, la apartó de los labios de su rival, y a la vez aliado, demandando saciar su sed. Tras un apasionado beso, le desabrochó los vaqueros desde atrás y se los quitó.

Arrodillado a su espalda, le bajó las bragas y le mordisqueó sus firmes nalgas en tanto su compañero metía la mano en la hendidura de ella y, a la vez que la besaba, le acariciaba el clítoris.

La respiración de la teniente se agitaba por momentos: tener a dos hombres a los que amaba con febril locura pegados a su cuerpo, besándola y tocándola, era una sensación arrolladora.

—Levanta los brazos, Brooke —ordenó el cantante poniéndose en pie,

rozándole la espalda con el pecho a la vez que le quitaba el jersey.

Acto seguido, le desabrochó el sujetador, deslizó las manos por sus costillas traseras hasta alcanzar sus senos y, mientras le besaba el hombro, se los acarició.

Dwayne dio un paso atrás quitándose el suéter y tirándolo al suelo. Sin dejar de mirarla a los ojos, se desabrochó los pantalones y se quedó desnudo frente a ella. Tenía la verga dispuesta para empezar a jugar.

Ella se arrodilló ante él y, tras deslizar la lengua a lo largo de su dura polla, comenzó a chupársela. Se la metía en la boca y la saboreaba cual delicioso caramelo, arrancándole profusos gemidos de placer.

John se desnudaba mientras observaba cómo su amor conseguía que a su amigo se le erizara la piel. Por un segundo, volvió a sentir celos, pero la seña que este le hizo para que se uniera a ellos lo excitó tremendamente.

Impaciente, se arrodilló detrás de Brooke y, mientras ella seguía devorándole la polla a Dwayne, él le besaba la espalda, de arriba abajo. Al alcanzar su firme culo, adentró la mano entre sus piernas y le metió tres dedos por la vagina, logrando que ella se contoneara y gimiera gustosa.

Una simple mirada bastó para que el *seal* le hiciera saber a su amigo que estaba listo para el siguiente paso. Este sacó los dedos de la empapada vagina de la teniente y la ayudó a ponerse en pie.

—Vamos a la cama, cariño. —El *seal* le acarició la cara—. Quiero comerte entera.

Brooke clavó las rodillas en el colchón, los chicos ocuparon sus flancos, y, durante unos minutos, se dejó besar por ambos. Los labios de ella iban de boca en boca en tanto las manos de ellos se apoderaban de sus pechos y de su sexo. La sensación de tener cuatro manos explorándole el cuerpo y dos bocas besándola con pasión era colosal.

—Tumbate y abre las piernas para mí. —Ávido por saborearla, Dwayne metió la cabeza entre los muslos de ella y comenzó a comérsela con ansia. — Sabes deliciosa.

Los ágiles lametones que la lengua del *seal* le procuraban en su húmedo coño le hacían estremecerse y temblar de placer. La boca de él surcaba su hendidura logrando que le palpitaran todos los bajos.

John le comía los pechos con exaltación, consiguiendo que se retorciera sobre las sábanas, en tanto ella le acariciaba la polla con la mano. El goce era embriagador; la sensación..., fascinante.

—¿Estás bien, amor? —susurró el cantante tras besarle los labios.

—Sí... —Soltó un gemido—. ¿Y tú?

—A decir verdad, me está encantando verte disfrutar con Dwayne. No sé, pero tenerte tan excitada, me pone a mil. Supongo que solo quiero verte feliz, que es lo único que me importa.

Dicho esto, John se sentó sobre sus talones y, cogiéndose la polla con la mano, la invitó a chupársela. Ella se dio la vuelta, se puso a cuatro patas y, dejando a Dwayne a cargo de su retaguardia, comenzó a darle placer con la boca.

Mientras el *seal* se introducía en su jugosa vagina desde atrás y la follaba a ritmo sosegado y plácido, ella succionaba la dura verga de su prometido siguiendo el compás de la polla que la conquistaba. Oír los gemidos de ambos la deshacía por completo, su sexo se humedecía con cada jadeo, con cada embestida.

Dwayne disfrutaba como un loco notando cómo su polla salía y entraba de la vagina de Brooke empapada, chorreando. Extasiado, le hizo una seña a John para que se apartara, se inclinó sobre la espalda de ella, la rodeó con los brazos y, tras besarle los hombros y la nuca, se corrió en su interior.

John observaba la escena encendido a más no poder y, con ganas de hundirse en su prometida, murmuró:

—Ahora quiero tomarte yo, amor. —La levantó por los muslos y, colocándola sobre él a horcajadas, la embutió en su polla.

Todavía temblando, Brooke se arqueó hacia atrás, buscando los labios de su soldado, mientras hundía las caderas en la verga de su prometido, con cadencia, despacio. Entre tanto, John la ayudaba a clavarse en él con absoluto deleite a la vez que le lamía y le chupaba los pechos. El ritmo continuó hasta que una avalancha de placer arrastró a ambos hacia un brutal orgasmo.

Sentados a una apartada mesa del restaurante del hotel, la terna de amantes disfrutaba de una comida sin poder dejar de hablar de lo ocurrido.

—Aún no puedo creer lo que hemos hecho —murmuró la teniente—. Ahora, en frío, me parece una locura.

—¿Tienes dudas de que esto no pueda funcionar, amor? —John le cogió la mano por encima de la mesa.

—Es que no sé qué es lo que va a pasar. —Agitó la cabeza, dando indicios de confusión—. Siempre he tenido el control de todo lo que hacía, y ahora... ¿Qué vamos a hacer con nuestro compromiso?

—¿Os habíais comprometido de verdad? —protestó el *seal*, que al oír ese último comentario se atragantó con el vino y, molesto, miró a su amigo—. ¡Maldita sea, John! ¿Y qué pasará conmigo? Yo también quiero estar con ella.

—A esto me refería con que creo que lo que estamos haciendo es una locura. —Brooke dio un gran sorbo a su copa.

—Tranquilizaos los dos, por favor. Tened paciencia. Ya encontraremos una solución. —John la miró—. Yo tengo intención de casarme contigo, Brooke. Pase lo que pase.

—¿Pase lo que pase? —Dwayne frunció el ceño—. Que tú se lo hayas pedido antes no te da derecho a tomar decisiones que me excluyan. A mí también me gustaría casarme con ella algún día, ¿sabes?

—¿Sí? ¿Te gustaría? —Ella lo contempló emocionada.

—Claro que sí. —Le cogió la mano que tenía libre—. Ya te he dicho que eres la mujer con la que me gustaría pasar el resto de mi vida.

—Pues dime tú, ¿qué coño quieres que hagamos, Dwayne? ¿Que le diga a la prensa que ya no me caso? ¿Quieres que lo echemos a suertes? Y hazme el favor de no cogerle la mano a mi prometida en público, al menos hasta que arreglemos lo del psicópata ese.

—¡Claro, como el diablo ordene! Me estoy empezando a hartar de tanto fingir. —El *seal* se levantó y soltó la servilleta de mala manera sobre la mesa—. Perdonad, pero ya no tengo hambre. Me voy a mi habitación.

—¡No te vayas, Dwayne! —Ella lo asió de la mano—. Quédate y hablaremos con más calma, por favor.

—No te alarmes, belleza. Necesito estar solo. —Acercó la mano de ella a su boca y, mirando a John con sarcasmo, se la besó sin contemplaciones—.

Espero que este casto beso no te meta en problemas con la prensa, John.

—¡Que te jodan, Dwayne! —El artista puso los ojos en blanco y dio un sorbo de vino.

—¡John! —Ella lo reprendió.

Dwayne abandonó el restaurante sin mirar atrás, parecía muy afectado por haber descubierto que el compromiso entre la mujer que amaba y el líder de The Devils era real.

—¿Por qué has sido tan desagradable con Dwayne?

—¿Qué yo he sido desagradable? —Bufó—. ¿Qué quieres que haga? ¿Que cancele nuestro compromiso porque al señor también le apetece casarse contigo? ¡Y una mierda!

—Ahora mismo te estás comportando como un niño malcriado, John. ¿Por qué no podemos hablar con calma como tres adultos?

—¿Tres? Menudo número para una pareja —soltó con ironía.

—Te recuerdo que fuisteis vosotros dos quienes propusisteis el terceto. —Se puso en pie y lanzó la servilleta sobre la mesa—. Yo os advertí que sería una bomba nuclear; y por lo visto no me equivocaba. Estoy segura de que esto no va a terminar nada bien.

—No irás a dejarme aquí solo, ¿verdad? —protestó sorprendido.

—No, por ahí vienen tu padre, Maddox, la petarda de Abby y dos guardaespaldas; estarás bien acompañado. Yo voy a hablar con Dwayne, no me gusta verlo así.

—Brooke, por favor, no te vayas. —Le cogió la mano—. Comamos y te prometo que después me disculparé con él.

—John, solo tienes que ponerte en su lugar —le susurró—. Hemos creado un inmenso lío entre los tres y tenemos que ser capaces de solucionarlo sin hacernos daño. Porque, como te dije, no pienso elegir.

La teniente avanzó hacia la salida del restaurante y, al cruzarse con Leonard y compañía, los saludó de buen grado.

—Hola, Brooke. ¿Adónde vas con tanta prisa? —inquirió Leonard.

—Voy a tomarme una aspirina, tengo un horrible dolor de cabeza.

—Debe de ser este maldito tiempo, yo tampoco me encuentro muy bien que digamos.

—Tal vez deberías ir al médico, no tienes buena cara, Leonard.

—No te preocupes, Brooke. Fijo que ha sido el *gin- tonic* que se acaba de meter para el cuerpo sin haber comido nada lo que le ha dejado esa cara de fantasma colocado. —Maddox reía—. Anda, Leonard, vamos a zampar algo antes de que te desmayes o te conviertas en zombi.

—Cuídate, Leonard. Y que os aproveche la comida.

—Gracias, nena —contestó el batería, llevándose al señor Kasser.

—Que te mejores, Brooke. —Abby asintió con una sonrisa repelente antes de seguir al resto.

—Lo haré, enana cabrona —respondió para sí camino de la salida.

Cuando la teniente alcanzó el vestíbulo, Dwayne estaba entrando en el ascensor. Sin embargo, las puertas se cerraron antes de que le diese tiempo a acercarse. Al fijarse en que el viaje concluía en la planta baja, se dirigió hacia el mostrador de recepción y preguntó por el señor Reynolds.

El joven recepcionista que la atendió le comentó, en confidencia, que el nuevo guitarrista de The Devils había optado por darse un relajante masaje en el *spa* del hotel.

Sin tiempo que perder, bajó al sótano y, siguiendo la señalización, llegó hasta el balneario. En el interior encontró a un tipo delgado, de mirada alegre, que la saludó muy sonriente.

—Buenas tardes, ¿qué tal? ¿Podrías decirme en qué cabina está mi amigo, el señor Reynolds?

—Lo siento, pero no ha entrado nadie con ese apellido en cabinas. ¿Estás segura de que tu amigo está aquí?

—No, pero estoy segura de que, si ha pasado por aquí, no ha podido pasarte desapercibido: muy alto, moreno, ojos azules, cuerpo...

—¡Ahh! ¿El guitarrista de The Devils? —gritó el joven sobresaltado—. ¡El morenazo cañón! ¡Reina, qué hombretón! —La hizo sonreír—. Sí, ese monumento sé dónde está, pero siento no poder decírtelo. No podemos

molestar a nuestros clientes. Me echarían a la calle.

—¡Venga, hombre! Pareces una persona con sentimientos. Verás, mi amigo acaba de romper con su novio y me gustaría animarlo, está muy deprimido.

—¿Novio? —repitió abriendo los ojos.

—Te pido que esto quede entre nosotros, Sebastian —Miraba la chapa que indicaba su nombre—. Podría perjudicar su carrera.

—¡Claro, por supuesto! —Hizo un divertido ruidito nasal—. Sí, se le notaba un tanto mustio al chico.

—Te prometo que le haré saber lo agradable que estás siendo conmigo, Sebastian. —Le guiñó un ojo—. Seguro que querrá conocerte.

—¿En serio?

—Mi amigo es un sol. —Se sopló el flequillo ocultando una sonrisa.

—Hmm, de acuerdo. —La cogió de la mano cual amiguita de toda la vida—. Pero si alguien te descubre, tendrás que decir que te colaste por tu cuenta.

—Por supuesto. —Asintió sonriente.

—Ha pedido una bañera de hidromasaje privada, está en la sala seis.

—Gracias, Sebastian. Eres un amor.

—¡No olvides hablarle de mí a tu amigo, reina! —voceó viendo cómo ella se perdía por el extenso pasillo.

—Descuida —contestó adentrándose en el reservado.

Muy despacio abrió la puerta de la cabina número seis y cerró sin apenas hacer ruido. El *seal* estaba sentado en un enorme *jacuzzi* redondo y tenía la cabeza apoyada en el borde, mirando al techo.

—Alegra esa cara, por favor. Vas a conseguir que me deprima.

—¡Brooke! ¿Cómo has sabido donde estaba? —Se puso en pie.

El agua resbalaba por la desnuda y dorada piel del *seal*, creando pequeñas cascadas en ciertas zonas puntiagudas; una vista absolutamente exquisita, irresistible. Ella lo escaneó con creciente sonrisa y, acercándose al borde con lentitud, murmuró:

—He ido siguiendo las miguitas de decepción. —Se quitó los zapatos, deslizó una mano por la espalda, se desabrochó el vestido y dejó que resbalara por sus caderas—. ¿Te importa si te acompaño?

—Nada me gustaría más —respondió bajándole las bragas y dándole un lametón en su pelado pubis.

Él la cogió por las nalgas, la levantó y, besándola, la sentó en el borde del *jacuzzi*. Ella le rodeó las caderas con sus piernas, lo pegó bien a su entrepierna y, comiéndole la boca, susurró:

—No quiero que vuelvas a huir de mí.

—No podría escapar de ti, belleza. ¡Jamás! Te has adueñado de mi voluntad. —Le acarició la cara—. Es solo que me molesta que John tenga las de ganar y se aproveche de ello.

—¿Por qué crees que tiene las de ganar?

—Él es el famoso a quien tienes que proteger y estar pegada a él las veinticuatro horas del día, y ese malcriado se aprovecha de eso.

—Pues ahora estoy aquí, contigo. —Recorrió el firme estómago de él con los dedos hasta alcanzar su pene desnudo y deslizó la palma desde el glande hacia sus testículos un par de veces.

—Y eso me hace tremendamente feliz. —La levantó por las caderas y se sentó en la bañera acomodándola encima de él—. Y por si no te lo he dejado claro, te amo y me gustaría pasar el resto de mi vida contigo.

—Sería un sueño hecho realidad. —Lo abrazó con fuerza y lo besó con electrizante pasión.

Él adentró la mano en el agua y le acarició el sexo mientras le comía la boca con devoción. Cuando metió un par de dedos en su vagina y comenzó a moverlos con sabroso bamboleo, ella arqueó la espalda y se dejó hacer.

—Sí... —jadeaba ella.

Él se llenó la boca con uno de sus pechos y lo saboreó en tanto la follaba con los dedos. Ella se revolvía y gemía; el placer era exultante, arrollador.

Arrastrado por la lujuria, la encajó en su firme polla y, besándose como si fuera el fin del mundo, restregaron sus cuerpos bajo el agua. Sus bocas se

enredaban con fervor y sus genitales se friccionaban a delicioso ritmo de adagio: lento, abrasador... hasta dar celeridad a sus sensuales movimientos

—Me voy a correr, mi amor... —susurró él al oído de ella.

—Sí..., yo también.

Tras un sabroso orgasmo, la pareja permaneció abrazada mientras varios chorros de agua caliente masajearon sus cuerpos. Besos y mimos más tarde, se vistieron y fueron en busca del tercer miembro de su relación.

—¿Crees que John se molestará porque hayamos hecho el amor sin él estar al tanto de ello? —inquirió él abandonando la cabina.

—Espero que no. No me gustaría estar en una relación como la nuestra llena de normas. Si no hay confianza entre nosotros, esto no funcionará. —Avanzando por el pasillo, añadió—: Por cierto, te importaría ser amable y echarle una sonrisita cuca a Sebastian.

—¿Una qué... a quién? —dijo accediendo a la recepción.

Un divertido chillido, producido por Sebastian, llamó la atención del militar de élite. El joven encargado del *spa* aceleró el paso hacia él ofreciéndole una toalla limpia.

—Espero que las burbujas lo hayan ayudado a relajar ese cuerpo tan varonil. —Sebastian pestañeó cual muñeca repollo—. Si lo desea, yo mismo podría darle un buen masaje. —Meneó los deditos con grácil tintineo frente a su cara—. Le aseguro que tengo unas manos que harán que se olvide de todo robacalzones.

—¿Cómo? —Achinó los ojos—. ¿Que me olvidaré de qué...?

Brooke, que estaba partiéndose de risa para sus adentros, cogió a su amor del brazo y lo arrastró fuera del balneario.

—Tendrás que perdonar a mi amigo, Sebastian. Está tan afectado que se le va la olla. No te preocupes. Mañana te lo traigo para que le des ese masaje mágico. Gracias por tu ayuda. —Cerró la puerta y empezó a desternillarse.

—¿Se puede saber a qué venía eso?

—¡A mí qué me cuentas, Dwayne! Te habrá visto la pluma y le habrás gustado. —Carcajeó entrando en el ascensor.

—¿Pluma? ¿¡Qué yo tengo pluma!?! —La levantó a hombros con un brazo y le dio un divertido azote en las nalgas—. ¡Te voy a dar yo pluma!

Justo cuando las puertas del ascensor se abrían en la planta principal, John daba un paso al frente para acceder a él. El cantante se quedó sorprendido al encontrarse a la pareja seria a más no poder, uno al lado del otro.

—¿Ibas en nuestra busca, John? —Ella lo invitó a entrar en el ascensor antes de que las puertas se cerraran.

—Sí, quería disculparme contigo, Dwayne. —Accionó el botón de la decimotava planta—. Lo siento mucho, tío. Debería haber tenido más tacto. —Le tendió la mano.

—No te preocupes, me encanta cuando nos peleamos. —Acercó a Brooke a él en un potente abrazo—. ¡La reconciliación es la bomba!

—¡Dwayne! —Ella lo reprendió conteniendo una sonrisa—. No seas malo.

—¿Habéis estado...? —Resopló y asintió comprensivo.

—¿Estás molesto, cariño? —Ella lo achuchó con el otro brazo.

—No, supongo que tendré que acostumbrarme. —Le besó la cabeza—. Me alegra que no me lo hayáis ocultado.

—Si somos sinceros entre nosotros, estoy seguro de que nuestra relación funcionará —comentó el *seal*.

—¿Qué os parece si nos tomamos una copa en la habitación y os cuento la solución que se me ha ocurrido?

—¿Una solución en la que los tres salimos bien parados o una solución en la que yo me llevo la peor parte? —Dwayne gruñó.

—Te aseguro que la decisión que he tomado os va a agradar a ambos —respondió el roquero saliendo del ascensor, cogiendo a su prometida por la cintura y besándola.

—Estoy deseando que lo celebremos por todo lo alto. —Ella se agarró con picardía al brazo de su otro amor.

—Veo que nuestra pantera es más salvaje de lo que imaginaba, tío. No puede ser más deseable. —Dwayne se relamió para sus adentros.

Debido a un súbito calentón, la celebración a tres bandas precedió a la

solución que el cantante había pensado para que su relación acabara en buen puerto. Después de una ducha, durante la cual la pareja de tres disfrutó de un magnífico sexo, se sentaron en el sofá a disfrutar de una copa de vino.

—Ya os he comentado muchas veces que estoy cansado de todo este mundo del espectáculo.

—Sí, lo sabemos, cariño.

—He decidido que esta será mi última gira como miembro de The Devils.

—¿Estás seguro? —Brooke se sentó en su regazo.

—Está totalmente decidido. Hablaré con los chicos y, después del último concierto en Chile, abandonaré todo este circo.

—¿No echarás de menos las fiestas glamurosas y tanta atención?

—Para nada, Dwayne. Os aseguro que esa etapa ya ha pasado. Solo quiero establecerme en un lugar fijo y ser feliz junto al amor de mi vida... —La besó y miró a Dwayne—; y junto a mi mejor amigo.

—Gracias, tío. El sentimiento es mutuo. —El *seal* le invitó a chocar copas—. ¿Y dónde tienes pensado ese asentamiento?

—Oahu, por supuesto. Así ambos podréis seguir trabajando en lo que os gusta y yo viviré cerca de mi amiga, Kyla. ¿Os parece bien?

—Siendo egoísta por mi parte, me parece una idea sobresaliente. Me encanta mi trabajo, no podría dejar a Hunter. ¿Tú qué dices, belleza?

—Sería estupendo, pero... ¿viviríamos los tres bajo el mismo techo? Como *skull*, estoy obligada a alojarme en la cala de Shark bay.

—No te preocupes por eso, amor. Encontraremos una solución práctica. Compraré una casa junto al mar y podremos vivir los tres tranquilos. Nadie tiene que saber dónde pasas la noche, ¿no? Además, después del favor tan personal que le has hecho a Solomon, no creo que ponga ningún tipo de impedimento. ¿No crees?

—Supongo. —Asintió poco convencida—. Pero, ¿estás seguro de que, después de un tiempo, no echarás de menos tu vida como artista? Te encanta subirte al escenario y creo que eso es una droga difícil de dejar.

—¡Tú sí que eres una droga imposible de dejar! —Sonrió—. Si me entra

el mono, siempre puedo tocar en un local. Yo sería feliz con eso. Es más, se me ocurre que podría abrir allí ese club de copas que siempre he querido tener y ayudar a nuevos talentos a dar el salto.

—Eso suena ideal, John. —Lo besó con ganas y acariciando la mano de su otro amor, añadió—: Estoy deseando que empecemos nuestra nueva vida los tres juntos.

—Yo también, cariño. —Dwayne le besó la mano—. No veo el momento de que acabe la gira. Más que nada, porque estoy temblando y aún no hemos empezado.

—¿Estás nervioso, tío?

—Si mañana antes del concierto me da un infarto, quiero que me prometas que cuidarás bien de nuestra chica.

—¡Qué exagerado eres, colega! —carcajeó John.

—Tranquilo, cariño. Lo harás genial. —La teniente se levantó del regazo del cantante y se acomodó en el de él—. Concéntrate en la música y todo irá perfecto.

—Lo olvidaba, Dwayne. Mañana, a primera hora, vendrá Camelia para ensayar la nueva canción. —Dirigiéndose a ella, añadió—: Tengo muchas ganas de que la oigas, amor, la escribí para ti. Por cierto, espero que el tema de Camelia haya quedado zanjado y no te moleste.

—Sí, no te preocupes por eso. —Le guiñó un ojo—. Aunque si vuelve a besarte, la tiraré escaleras abajo.

—La verdad que ese beso fue culpa mía. Debí haberle advertido de que estaba prometido. —Levantó la mano—. Cosa que, por cierto, ya he hecho.

—¡Genial! Así me ahorraré tener que arrancarle esa bonita melena roja. —Miró a Dwayne risueña—. Así es como se pelean las chicas, ¿no?

—Tú desde luego que no, cariño. —La besó entre risas.

13

A pocos minutos de que diera comienzo el primer concierto de la gira, el Madison Square Garden se encontraba a reborar. Los admiradores coreaban el nombre del grupo impacientes por ver a sus ídolos mientras estos merodeaban entre bambalinas nerviosos a más no poder.

—¿Cómo te encuentras, Dwayne? —Leonard le palmeó el hombro—. ¿Nervioso?

—Como un flan. —Chasqueó la lengua—. ¿Tú estás bien? Tienes mal aspecto.

—Estoy incubando una maldita gripe. —Se limpió el sudor de la frente con un pañuelo.

—Será mejor que te vayas al hotel, papá. Le diré a Abby que avise al conductor.

—No, no pienso marcharme hasta que no acabe el concierto. Después, cuando vosotros estéis de fiesta, yo me iré a la cama.

—No discutas con tu viejo, John. Ya sabes que no va a hacerte ni puñetero caso —comentó Maddox golpeando entre sí sus baquetas.

Preocupado por el terrible semblante que mostraba su viejo, el líder de The Devils apartó a su prometida a un lado y, en confianza, le hizo una petición.

—Brooke, ¿me harás el favor de vigilar a mi padre? Se le ve fatal, no creo que aguante ni media hora en pie.

—Claro, no te preocupes. Seré su sombra. —Le dio un beso en los labios—. Vamos, no hagáis esperar más a vuestros *fans* o tirarán el pabellón abajo.

—Nos vemos en un par de horas, amor. —La cogió por la nuca y le besó la frente—. Espero que te guste la canción que he escrito para ti, será la segunda que toquemos. Por favor, sé paciente con Camelia cuando la traiga Abby. Es

un poco...

—¿Moña?

—Iba a decir diva, pero moña también me sirve. —Rio y, tras una señal, él y el resto de los miembros se dirigieron hacia el escenario.

—Buena suerte, cariño —susurró Brooke a su otro amor mientras le besaba la mejilla.

Para que no resultara algo chocante, la teniente repitió el gesto con Maddox y, tras cruzar una mirada de complicidad con sus chicos, se pegó a Leonard.

La multitud gritó emocionada cuando el grupo al completo apareció en escena. John levantó las manos justo cuando un fogonazo que bordeaba el proscenio daba comienzo a dos horas de la mejor animación posible.

A mitad de la primera canción, la cual el público cantaba muy gustoso, la señorita Camelia Park aparecía acompañada de Abby y de su propia asistenta en el *backstage*. Resultaba extraño, pero diva moña y enana diabólica parecían llevarse a las mil maravillas.

—¿Qué tal Camelia? ¿Lista para entrar en escena? —Leonard le estrechó la mano—. Perdona que no te bese, pero no me gustaría pegarte esta maldita gripe que arrastro.

—¡Qué horror, Leonard! Si pillo esa asquerosidad me dará un patatús. — Se limpió la mano que el señor Kasser le había dado con un pañuelo, que la pelota de Abby le pasó de inmediato, y, cual arrogante ser, prosiguió mirando a la teniente—: Tú debes ser la chica de mi hombre.

—¿Perdona? ¿La chica de tu hombre? —Arrugó el ceño.

—Bueno, ya me entiendes. Estuvimos tanto tiempo prometidos que ya es una costumbre. Abby me comentó que te disgustaste mucho cuando lo besé. No te lo tomes a mal, querida. No me lo voy a comer; al menos entero.

—Tranquila, Camelia. Ya sé que no te van las salchichas, pero, ya que eres más de mejillones..., que te aproveche con el coñazo de Abby. Vamos, Leonard. —Lo cogió del brazo—. Disfrutemos del concierto en primera fila.

—Sí, querida. Vayámonos antes de que empiece a contagiar esta asquerosidad. —Giró la cabeza para ocultar la risa que le entró.

Camelia, la asistente de esta y la enana diabólica quedaron con la boca abierta, viendo cómo la teniente y Leonard se alejaban muy sonrientes, más bien descojonándose.

—Siento haber sido tan borde con Camelia, pero no me gusta que me provoquen.

—Para nada, Brooke. Esa desagradecida se ha merecido lo que le has dicho. Después de todo lo que ha hecho mi hijo por ella, debería besar el suelo que pisa y no intentar que tenga una pelea con su auténtica prometida. —Resopló como si le costase tomar aire—. Si no te importa, voy al baño. ¿Por qué no te adelantas y vas tomando asiento? No quiero que te pierdas tu canción.

—No te preocupes, Leonard, te esperaré aquí mismo. —Señaló las cortinas laterales del escenario justo cuando John presentaba a Camelia.

—No tardaré. Solo quiero refrescarme la cara.

Cuando la diva se disponía a salir a escena, al pasar por delante de la teniente, esta la miró con sonrisa malvada y le soltó:

—No pierdas detalle de la actuación, Brooke. Tal vez acabe comiéndome una salchicha enorme esta noche.

—Estoy segura de que te lo pasarías mejor tu solita con el micrófono, pero adelante... —La invitó a seguir avanzando hacia John, que la aguardaba expectante—. No te atragantes.

En cuanto Camelia se unió a John el público comenzó a aplaudir entusiasmado. Brooke confiaba ciegamente en su amor, por lo que quedó tranquila. Si esa estirada intentaba comerle la boca a su chico, no dudaría en cruzarle su bonita cara de plástico.

Las pantallas que había instaladas a ambos lados del escenario comenzaron a mostrar imágenes de un volcán soltando lava a cámara lenta, una grabación preciosa a la vez que provocadora. John cogió a Camelia de la mano y, según sonaba una suave melodía de fondo, se dirigió a la audiencia.

—Esta canción la escribí para alguien muy especial, la mujer de mi vida, con la que espero ser feliz el resto de mis días.

Camelia sonrió coqueta y, aun sabiendo que la dedicatoria no iba dirigida

a ella, le dio las gracias ante el público. John, que pilló la intención de su compañera de dueto, hizo un último comentario.

—Brooke, mi amor, esta canción es para ti. —Mirando hacia ella, añadió —: Te quiero.

Diva Camelia arrugó los morros y, observando de reojo a la teniente, le soltó la sonrisa más falsa y pérfida que jamás hubiera podido imaginar. Entonces, la melodía cobró fuerza y John empezó a cantar; la letra era muy romántica.

«...Eres mi debilidad, carismática y adictiva,
como la fuerza de un volcán.

Corres por mis venas arrasando mi alma entera, me abrasas,
como la lava de un volcán...»

Brooke escuchaba las conmovedoras letras que salían del corazón de su prometido y observaba encandilada por detrás de este cómo su otro amor tocaba la guitarra con ferviente pasión, el momento era colosal, magia en estado puro.

Camelia fusionó su voz a la de John, consiguiendo un resultado espectacular. La teniente no sentía simpatía alguna por esa mujer de cabellos de fuego, que no dejaba de coquetear con su prometido, pero reconocía que cantaba como un ángel.

Diva Camelia aprovechó el solo de guitarra que Dwayne se estaba marcando para bailar abrazada a John. En una de sus vueltas, ella le cogió la cara y lo acercó a su boca con intención de besarlo. Brooke arrugó el gesto a sabiendas de que esa mala pécora, que la miraba con malicia por encima del hombro de él, lo estaba haciendo a propósito para molestarla.

Un golpe seco obligó a la teniente a apartar la vista del lamentable espectáculo. Al girarse, vio que Leonard se había desplomado en el suelo a pocos metros de ella. Alarmada, corrió en su auxilio y se arrodilló a su lado.

El señor Kasser estaba inconsciente y tenía la boca ensangrentada. Nadie, exceptuando al guardaespaldas de Maddox y a las asistentes de John y de Camelia, se percató de lo sucedido. Todos los que se encontraban entre bambalinas andaban distraídos realizando su trabajo afanosamente.

—¡Vincenzo, ayúdame a levantarlo! —ordenó Brooke limpiando la sangre que salía a chorros de la boca de Leonard con el bajo de su jersey—. ¡Abby, avisa al conductor, dile lo que ha pasado y que salimos con Leonard por la puerta trasera!

—¿No será mejor llamar a una ambulancia? —repuso—. Vendrán en un abrir y cerrar de ojos.

—¡Joder, Abby! ¡Haz lo que te pido! ¡Avisa al maldito conductor!

—Tú no puedes darme órdenes, ¿sabes, Brooke? —La enana diabólica se puso ante ella brazos en jarras—. Yo trabajo para John.

En tanto Vincenzo levantaba al señor Kasser en brazos, la teniente se puso en pie y, cogiéndola por el cuello, espetó:

—Espero que el coche esté ahí fuera cuando salgamos o te prometo que serán dos urgencias las que tenga que llevar al hospital esta noche. ¿Me has entendido, Abby?

La asistente asintió temblando ante la amenaza de Brooke y, en cuanto esta la soltó, cogió su teléfono móvil y llamó al conductor. Antes de que pudiera decir una palabra, la teniente volvió a darle una orden.

—En cuanto sea posible, informa a John de lo que ha pasado y que él decida si quiere cancelar el concierto o continuar. No olvides decirle que yo permaneceré junto a su padre mientras tanto. Ocúpate de que nadie más se entere de lo que ha pasado.

Sin tiempo que perder, Brooke y Vincenzo, que cargaba con el señor Kasser, corrieron hacia la salida oeste del pabellón. El conductor, ya al tanto de la situación, los aguardaba con la puerta de un espectacular Audi A8 negro abierta. Vincenzo metía al señor Kasser en la parte trasera justo cuando una inesperada bala rozaba un milímetro el lateral del cuello de Brooke y acaba impactando en el torso del conductor.

—¡Cúbrete, Vincenzo! —chilló ella metiendo al herido en el coche.

Un todoterreno oscuro con cristales tintados, que había aparcado a pocos metros del Audi, se aproximaba a ellos a toda velocidad en tanto un sujeto no identificado les disparaba indiscriminadamente desde la ventanilla del copiloto. Brooke dio un salto al interior del habitáculo del conductor y, haciendo ruedas, gritó:

—¡Vincenzo! ¿A qué estás esperando? ¡Saca tu pistola y dispara!

Mientras la teniente conducía a toda velocidad por las calles de la gran manzana, tratando de huir de las balas que les acechaban, John y Camelia terminaban su gloriosa actuación. Al público le había encantado la canción sorpresa y aplaudía emocionado.

Al no ver a su prometida por ningún lado, el cantante supuso que esta se habría mosqueado cuando Camelia intentó volver a besarlo. Una pena que no hubiese llegado a ver el desplante que le hizo ante más de veinte mil espectadores cuando le tapó la boca con la mano y le dio la espalda. El público disfrutó de lo lindo, pensando que era parte de la actuación.

—¿Cuál es el hospital más cercano, Vincenzo? —Brooke atajó a un par de vehículos subiéndose por la acera. Los peatones se apartaban aterrados.

—Diría que el League Local; gira a la izquierda cuando puedas.

—No, la mitad de las calles están cortadas por obras —musitó el conductor con notable dolor y, antes de desmayarse, añadió con un hilo de voz —: Lenox Hill será más rápido; toma la quinta hacia Central Park.

Una bala alcanzó el Audi haciendo añicos el cristal trasero.

—¿Estáis bien? —gritó la teniente.

—Sí, por muy poco. —Vincenzo disparó por el hueco.

—¡Agárrate, Vincenzo! —Entrando en la quinta hizo derrapar el Audi hasta dejarlo invertido mirando hacia sus perseguidores. Los viandantes corrían despavoridos sin saber qué estaba ocurriendo a su alrededor—. ¡Dame tu arma!

Obediente, el guardaespaldas le entregó su pistola y mientras ella conducía a toda pastilla marcha atrás por la quinta avenida, sorteando a los vehículos que encontraba a su paso en dirección contraria, disparaba por la ventanilla a los rastros que los perseguían. De un tiro certero reventó la rueda del todoterreno, consiguiendo que este impactara contra un semáforo y volcara en medio de la calle.

—¡Joder, señorita Daniels! Usted y yo tenemos que hablar en cuanto podamos. —Vincenzo alucinaba—. ¿Cómo leches ha hecho eso?

—¿Cómo están Leonard y el conductor? ¿Respiran? —De un volantazo y

sin detenerse, giró el coche para proseguir su marcha.

—El señor Kasser sí, con mucha debilidad, pero me temo que el conductor no va a lograrlo.

—¡Maldita sea! —Aceleró al máximo y no bajó el ritmo hasta llegar a la puerta del hospital.

Dejando un reguero de neumáticos en el asfalto, la teniente detuvo el coche frente a la puerta de urgencias del Lenox Hill. Con absoluta celeridad, salió del vehículo y pidió ayuda a unos tipos vestidos con bata blanca, que se hallaban charlando en la entrada.

Los hombres acudieron rápidamente en su auxilio y se llevaron al conductor y a Leonard al interior. Mientras los subían a unas camillas, los sanitarios le hicieron todo tipo de preguntas, que ella respondió con precisión, pero sin dilatarse.

—Señorita, no se marche, por favor. Necesitaremos que nos proporcione más información sobre lo ocurrido —dijo uno de los paramédicos.

—Por supuesto, ahora mismo voy tras ustedes.

Brooke le devolvió el arma a Vincenzo y, tras pedirle que le prestara el móvil, le ordenó que regresara al concierto y que alertara al resto de guardaespaldas y a Dwayne de lo ocurrido, manteniendo la actuación de ella al margen. Sin rechistar, debía seguir todas las instrucciones que el *seal* le diera.

—Gracias por tu ayuda y por tu confianza, Vincenzo. Te explicaré lo que tanto deseas saber sobre mí y sobre Dwayne a su debido tiempo, pero ahora date prisa y asegúrate de que John esté a salvo.

En cuanto el guardaespaldas se sentó a los mandos del Audi, ella se dirigió a admisión de pacientes y, tras contar lo que consideró relevante, exigió hablar con el médico que trataba al señor Kasser.

Mientras aguardaba al doctor, usó el teléfono de Vincenzo para llamar a su coronel y ponerle al corriente de la situación. Siempre que hubiera armas de fuego involucradas en un accidente, la política del hospital exigía avisar a la policía. Solomon tendría que utilizar sus contactos y colaboradores *proskulls* para manejar dicho inconveniente.

—¿Señorita Daniels? Buenas noches, soy el doctor Watters —dijo un hombre de mediana edad aproximándose a ella.

—¿Cómo está el señor Kasser? —Contuvo la respiración—. ¿Se pondrá bien?

—Me temo que el señor Kasser está muy grave. ¿Sabe si toma algún tipo de sustancia o medicación?

—No sabría decirle. —Resopló—. ¿Qué le ocurre?

—No podré confirmárselo hasta que no obtengamos los resultados de los análisis de sangre. Pero, por los síntomas que hemos observado, diría que su estado se debe a una intoxicación gradual.

—¿Quiere decir que alguien lo ha estado envenenando poco a poco?

—Eso lo ha dicho usted, no yo. Mire, señorita, es un caso complicado y tendré que informar de todo esto a la policía, pero si pudiera facilitarme algún tipo de dato valioso, tal vez consigamos salvar la vida de ese hombre, que es lo que prima en estos instantes.

Brooke se llevó la mano a la frente, reculó hasta toparse contra la pared y, respirando con dificultad, empezó a hablar.

—Lo único que puedo decirle es que empezó a sentirse mal hace un par de

días. Pensábamos que estaba incubando algún tipo de resfriado. Pero es muy probable que alguien lo haya intentado envenenar. Verá él es... —Le contó por encima el problema del acosador con el único deseo de poder ayudar a Leonard—. Si se tratara de veneno, ¿qué tipo y cómo cree que podría haber estado ingiriéndolo?

—Sufre hemorragia interna masiva, de ahí que sangrara con abundancia por la boca y por la nariz y que tenga un severo derrame en los ojos. Me decantaría por algún tipo de anticoagulante que podría haber sido ingerido con comida.

—¿Qué posibilidades tiene?

—Hemos conseguido detener la hemorragia, pero no podremos ver qué daños internos ha sufrido hasta que concluyamos todas las pruebas. Tendrá que ser paciente.

—¿Puedo ser útil de algún modo?

—Si es creyente, le recomiendo que rece. ¡Mucho!

—¿Qué puede decirme sobre el otro hombre que traje? ¿El que sufrió un disparo en el pecho?

—Lo siento, señorita Daniels, pero llegó cadáver. —Posó la mano en el hombro de ella—. Le informaré del estado del señor Kasser en cuanto sepamos algo nuevo.

—¡Cuánto lo siento! —Asintió desmoralizada

—Por cierto, señorita, veo que tiene una pequeña herida en el cuello. ¿Permite que le echemos un vistazo?

—Se lo agradezco, pero es solo un rasguño.

En cuanto el doctor Watters desapareció tras las puertas que daban acceso solo al personal autorizado, la teniente volvió a llamar a su coronel para informarle del estado en el que se encontraba Leonard y aguardar instrucciones.

—...Siento muchísimo lo que le ha ocurrido al señor Kasser y aún más no haber sido capaz de evitarlo.

—Brooke, algo así es difícil de prever; cualquiera podría haberlo

envenado. Tranquila, enviaré al doctor Chang de inmediato en uno de nuestros aviones supersónicos. Calculo que llegará a la ciudad en menos de cuarenta y cinco minutos.

—Espero que nuestros exclusivos avances médicos puedan ayudarlo.

—Sin duda, ten fe. Por cierto, un par de policías amigos míos se encargarán del papeleo en el hospital y de todo lo necesario para mantener la situación bajo control —explicó Solomon—. Son los agentes *proskulls* Perry y Cobbs, de absoluta confianza. Deben de estar a punto de llegar al Lenox, te proporcionarán toda la ayuda que necesites. ¡Ah! Me han informado de que el todoterreno que volcó en la quinta avenida es propiedad del hotel.

—¿Cómo? ¿Propiedad del hotel? —Ella quedó pensativa.

—¿Teniente? ¿Se encuentra bien?

—¡Señor, creo que sé quién puede conducirnos hasta el responsable de esta *vendetta*! ¡Salgo volando hacia el hotel! ¡Le llamaré tan pronto como tenga noticias!

A toda velocidad, Brooke avanzó por el pasillo hasta salir a la calle por el acceso a urgencias. Justo en ese instante, dos oficiales de policía detenían sus motos en la puerta.

—¿Los agentes Perry y Cobbs? —inquirió ella aproximándose.

—¿Teniente Daniels? —respondió un hombre moreno y muy alto—. Soy Cobbs, él es mi compañero, Perry.

—¿Cómo está, teniente? —Perry, un treintañero alto de cabello castaño, le estrechó la mano.

—Necesito tomar prestada una de sus motos. Tengo que regresar a mi hotel de inmediato.

—No hay problema, teniente. ¿Quiere que uno de nosotros le acompañemos?

—Sería estupendo. Gracias. Llamadme Brooke, por favor.

—Perry, acompaña la mientras yo me ocupo del papeleo.

—Hágame un favor y manténgame informada del estado del señor Kasser a través de su compañero.

—Sin problema, lo llamaré al móvil en cuanto tenga información fresca.

—Una cosa más. Necesito un arma, este asunto se ha vuelto serio.

El agente Cobbs miró a ambos lados y, tras asegurarse de que nadie los observaba, le entregó un arma, que ella se guardó en la parte trasera de los vaqueros.

Como un rayo, el agente Perry y la teniente Daniels se subieron a sus respectivas motos y se dirigieron al hotel, donde, amablemente, ella pidió hablar con el director.

No pasó ni un minuto cuando un pelirrojo muy alto y delgado como un espárrago salió a recibirla en tanto Perry hablaba por teléfono. Brooke frunció el ceño cuando el sujeto de pelo rojo se presentó como el director. Ese no era el Costas que ella había conocido.

—Disculpe que lo moleste, señor Costas.

—Un placer, señorita Daniels. Discúlpeme a mí por no haberme presentado personalmente cuando usted y el señor Kasser se registraron en el hotel, pero he estado de baja hasta hoy mismo. Aunque dejé orden de que los atendieran como merecen. ¿En qué puedo servirla?

—¿Hay algún otro encargado o empleado que se apellide Costas? ¿Un tipo no muy alto, pero bastante corpulento?

—No. ¿Por qué? ¿Ha habido algún problema?

—No, tranquilo. No ocurre nada. —Levantó la mano—. Si es posible, me gustaría saber de cuántos vehículos disponen.

—Creo recordar que unos doce. ¿Necesita que la lleven a algún lugar en particular? Llamaré a un conductor de inmediato.

—Ahora no será necesario, gracias. ¿Podría decirme dónde los guardan?

—Por supuesto, en el edificio contiguo tenemos un viejo garaje. ¿Desea elegir algún modelo en especial?

—Seguro que sí, en otro momento. Excúseme de nuevo, señor Costas, tengo un asunto del que ocuparme.

—Ningún problema. Estoy para servirle, señorita Daniels.

Brooke le hizo una seña a Perry para que la siguiera a su *suite*.

—Era mi compañero —comentó el agente al cerrarse la puerta del ascensor—. Me confirma que el señor Kasser ha sido envenado con Brodifacum, un tipo de matarratas anticoagulante de lo más efectivo. No creen que sobreviva.

—Espero que nuestro médico llegue a tiempo —resopló.

—¿De qué médico hablas, Brooke?

—El doctor Chang, los *Siver Skulls* gozamos de avances tecnológicos y médicos únicos.

—¡Vaya! Eso está bien saberlo. Espero que puedan ayudar a ese hombre. —Asintió—. ¿Qué has descubierto en recepción?

—Cuando John y yo nos registramos en el hotel un hombre se nos presentó como el director Costas, pero, por lo visto, era un farsante. Ese tipo me dio su tarjeta por si necesitaba algo. Lo llamaré contándole más o menos la verdad de lo ocurrido, para que no sospeche de que lo he descubierto, e intentaré darle caza.

—Bien pensado.

—Antes revisaré las cámaras de seguridad del garaje para ver quién cogió el todoterreno que acabó estampado en la quinta avenida y cerciorarme de que es él.

Una vez que la teniente comprobó que, efectivamente, el falso señor Costas y un individuo de cabellos blanquecinos se hacían con el vehículo un par de horas antes de que diera comienzo el concierto, buscó la tarjeta que ese mentiroso le había entregado y lo llamó con total naturalidad, usando su propio teléfono.

—¿Señor Costas? ¿Es usted? —Simulaba respiración agitada.

—¿Señorita Daniels? Buenas noches. ¿Qué puedo hacer por usted? La noto algo alterada. ¿Va todo bien?

—No. ¡Ha sido horrible, señor Costas! Empezado el concierto, el señor Kasser comenzó a vomitar sangre y, cuando nos disponíamos a meterlo en el vehículo que nos asignó el hotel para llevarlo al hospital, un todoterreno comenzó a perseguirnos y a dispararnos. Menos mal que llevábamos un guardaespaldas que nos salvó.

—¡Dios, eso es terrible! ¿Se encuentran todos bien?

—Siento comunicarle que el conductor ha fallecido. —Sollozó.

—¡Es una tragedia! ¡Pobre hombre! ¿Puedo hacer algo por usted, señorita Daniels?

—John no sabe nada de lo ocurrido, su grupo está dando un concierto y yo me encuentro ahora mismo en el Lenox Hill, hablando con la policía. ¿Podría ir al Madison Square Garden personalmente y aguardar en la parte trasera hasta que mi prometido termine el concierto y traerlo para el hospital?

—Por supuesto, ahora mismo salgo hacia el estadio. Confíe en mí.

—Le agradecería que no le dijera nada a John acerca de su padre, no quiero alarmarlo hasta que no sepamos qué le ocurre. Le suplico que lo aguarde en el coche hasta que termine el concierto y que mantenga todo esto en privado.

—Faltaría más, señorita Daniels. Una vez termine el concierto, recogeré al señor Kasser y lo llevaré al Lenox Hill. ¿Le parece bien?

—Muchísimas gracias, señor Costas. No tiene idea de cuánto le agradezco su ayuda. —Colgó y miró a Perry—. Iremos derechos al Madison y aguardaremos a escondidas a que llegue esa sabandija. El GPS de mi móvil me indica que no andan muy lejos del hotel. ¡Andando! En moto llegaremos mucho antes.

A escasos veinte minutos de que terminara el concierto de The Devils, Brooke y el agente Perry alcanzaban el Madison Square Garden. Escondieron las motos cerca de la salida oeste y, después de traspasar las vallas de seguridad, gracias a la identificación policial de Perry, llegaron al punto exacto, donde habían quedado con Costas.

—Perry, hazme el favor de entrar y de localizar a Vincenzo, es uno de los guardaespaldas. Explícale nuestro plan y que no salga nadie por la puerta oeste. Necesito el área despejada.

—No te preocupes, me encargaré de ello.

En tanto Perry se adentraba en el estadio y alertaba a Vincenzo, la teniente se ocultaba tras un enorme contenedor metálico a la espera de que apareciera el falso señor Costas.

A los pocos minutos, una limusina negra de cristales tintados cruzaba la valla de protección y se detenía a apenas un par de metros de la puerta. No cabía duda de que esa gentuza que los acosaba era capaz de falsificar cualquier tipo de permiso de acceso.

El falso Costas bajó del vehículo y, en contra de lo que Brooke le había pedido, se adentró en el estadio.

—¡Joder! Ahora tendré que entrar. —Se acercó a la limusina, procurando no ser vista.

Ya que Costas había descendido por la parte del copiloto delantera, era evidente que quedaba alguien al volante. Sigilosa como una serpiente, se arrastró por debajo del vehículo y, veloz cual gacela, se deslizó hasta la parte delantera. Se escudó delante del capó y, en un pestañeo, se levantó, abrió la puerta del conductor y se abalanzó sobre el primer sospechoso.

—¡Aparta las manos del volante! —ordenó a un hombre apuntándolo con el arma a la vez que se aproximaba—. Vamos, sal y tumbate en el suelo bocabajo.

El tipo de cabello blanco, que había visto en la grabación, sonrió capciosamente y siguió sus instrucciones sin rechistar. Con movimientos lentos, se arrodilló y, tras plantar las manos en el suelo, se tumbó.

—¿Por qué intentáis matar a John? ¿Qué queréis de él?

—Eres muy lista, *rubita*, pero me temo que andas un poco perdida. Ella lo tiene todo bajo control.

—¿Ella? ¿Quién demonios es ella?

—Eso es lo que te va a tocar descubrir. —Rio con aire dramático.

—Te diré, *blanquito*, que no me van las adivinanzas. Te aconsejo que empieces a hablar antes de que te pegue un tiro.

—No te creo capaz de hacerlo, eres demasiado dulce. —Continuó con su maléfica risita—. Pero me caes bien, *rubita*, te confiaré un secreto: mi compañero tiene orden de atravesar un corazón. —Chasqueó la lengua—. Y me da que se te hace tarde para impedirlo.

—Entonces no tengo más remedio que darme prisa. —Apretó el gatillo y lo dejó seco de un tiro en la cabeza.

Sin pestañear ante lo ocurrido, se adentró en el estadio y, ya que no disponía de acreditación, no tuvo más remedio que usar la fuerza bruta para abrirse camino. Una vez consiguió entrar, corrió como una loca hacia bambalinas, donde, por suerte, encontró a Perry hablando con Vincenzo.

—¡Costas está aquí dentro! —gritó ella—. ¡Va a por John!

—He despejado esta zona como me pediste, nadie ha entrado por aquí. He enviado a todo el que estaba rondando cerca del escenario a los vestuarios. —Sacó su arma—. Ese tipo debe estar entre el público.

—Vincenzo, quiero un guardaespaldas a cada flanco del escenario. Tú ocupa el frente. Buscamos a un individuo trajeado, fornido y no muy alto, de unos cuarenta y cinco años.

—Ahora mismo, Brooke. —Aceleró a sus compañeros para hacer cumplir sus órdenes.

—Perry, vigila el alto del telón y no dudes en disparar a cualquier tipo sospechoso. Yo me hago responsable.

—Dalo por hecho, Brooke. —Salió hacia la estructura superior.

La teniente se aproximó al escenario y buscó a Dwayne hasta dar con él. Al encontrarse sus miradas, ella se llevó dos dedos a los ojos y, de seguido, señaló a John, indicándole que este estaba en peligro.

El *seal* asintió y, con celeridad, pero con absoluta discreción, se pegó a la retaguardia del cantante. Sin dejar de tocar la guitarra, aguzó la vista en busca de cualquier movimiento sospechoso.

Sin cortarse un pelo, ella entró con decisión en el escenario, sonriendo y saludando al público como si fuera parte del espectáculo. Al llegar a la altura de su amor, lo interrumpió con un beso y, haciendo un disimulado escudo con su cuerpo, le arrebató el micrófono y se dirigió al público.

—Os pido mil perdones por interrumpir esta última canción del concierto. Me llamo Brooke, soy la prometida de John, y me gustaría compartir con todos vosotros y con él una noticia que acabo de conocer. —Se aclaró la garganta y, sellándose al cuerpo de su amado, gritó al micrófono—: ¡Cariño, estamos esperando un bebé!

John, que no tenía idea de lo que estaba ocurriendo, reaccionó abriendo la

boca y sonriéndola emocionado, pero, al ver el pánico en los ojos de esta, se dio cuenta de que algo no iba bien. Por desgracia, no creyó la noticia. Consciente de que algo ocurría, de que Brooke jamás haría algo así en público sin una razón justificada, se dirigió a sus *fans* con premura.

—Estimados amigos. No podría estar más feliz en estos momentos. ¡Voy a ser papá! Me alegro muchísimo de que hayáis podido compartir esta gloriosa noticia conmigo. Espero que entendáis mis prisas por terminar. ¡Os quiero Nueva York! —Les lanzó un beso, hizo un gesto a Maddox para que saliera pitando y, arropado por *seal* y *skull*, salió del escenario mientras sus seguidores aplaudían y coreaban su nombre sobrecitados.

—¿Qué ha pasado, Brooke? —inquirió Dwayne en cuanto dejaron el escenario—. Doy por hecho que no estás embarazada. No te imagino aireando tus temas íntimos en público.

—Ahora mismo no hay tiempo para dar explicaciones. He descubierto a alguien que trabaja para el acosador y ese hijo de su madre está aquí dentro.

—¿Quién es? —preguntó John—. ¿Cómo sabes que está aquí?

—Costas, el director que se nos presentó en el hotel, yo misma lo he visto entrar.

—¿El larguirucho pelirrojo?

—No, Maddox. Alguien que se hizo pasar por él. —Ella bufó.

—Brooke, ¿qué hacemos? —Vincenzo se aproximó—. ¿Van a volver a salir a escena?

—No, el concierto ha terminado. Tenemos que salir de aquí ahora mismo. Avisa al resto de guardaespaldas y a Perry y diles que nos largamos de inmediato, por favor. —Hizo un gesto indicándole que el agente se encontraba en la planta que había sobre el escenario.

—¿Quién es Perry?

—Te lo explicaré más tarde, Dwayne. Salgamos, hay una limusina en la puerta oeste.

Justo en ese instante, el bulto de un individuo aparecía tras las cortinas. Dwayne, al percatarse del movimiento, se lanzó sobre el cuerpo y comenzó a sacudirle atroces puñetazos.

—¡Suéltame! —gritó el sujeto sometido a la fuerza bruta del *seal*.

—¡Para, Dwayne! ¡Estás golpeando a Perry! —La teniente, que reconoció la voz del agente, se apresuró a detener a su hombre.

—¡Joder! ¿Quién coño me ha zurrado con tanta fuerza? —Perry se deshacía con visible mal genio de la cortina que lo envolvía.

—He sido yo. Lo siento, tío. —Le ofreció la mano para ayudarlo a ponerse en pie.

—¡La hostia! ¡Qué brazos!

—Dejemos las presentaciones para más tarde. —Brooke señaló la salida oeste con un golpe de cabeza—. Tenemos que irnos de aquí, chicos. Vayamos a la limusina. Vincenzo, reúne a los demás guardaespaldas, os esperamos fuera.

—Antes, me cercioraré de que no haya nadie en el exterior. —Perry avanzó pistola en mano hacia la puerta—. Llamaré a Cobbs para que envíe a una patrulla que peine el edificio en busca de ese farsante.

Vigilante como si buscara un francotirador, Perry salió por la puerta oeste hasta llegar a la limusina en la que había llegado el falso Costas. Brooke, sus dos amores y Maddox lo siguieron manteniendo una distancia prudencial, por si algún imprevisto los obligara a regresar urgentemente al interior. Seguro de tener vía libre, el agente se disponía a abrir la puerta de la limusina cuando la teniente gritó:

—¡Alto, Perry! ¡Apartarte del coche! —Veloz, se giró y se abalanzó sobre sus chicos con intención de protegerlos, alejándolos del vehículo.

Los cuatro barrían el suelo con sus cuerpos justo cuando una explosión lanzó a Perry a varios metros. El sonido ensordecedor alertó a todos los agentes que se encontraban a varios metros a la redonda. El alboroto de personas huyendo no se hizo esperar. Se oían gritos de pánico y se veía gente corriendo descontrolada por los alrededores del pabellón.

Un tanto aturdido, Dwayne se incorporó y, levantando aterrado el cuerpo de su amada por los hombros, chilló:

—¡Brooke, mi amor! ¿Estás bien?

Ella agitó la cabeza un tanto atolondrada y tras asentir, ambos se apresuraron a comprobar el estado de John y de Maddox, que habían quedado

con los ojos cerrados.

—¡John, mi vida! ¡Despierta! —Muy preocupada comenzó a tomarle el pulso y a zarandearlo para intentar que reaccionara.

Dwayne dio un par de meneos a su compañero y batería del grupo, consiguiendo que volviera en sí rápidamente.

—¿Estás bien, Maddox? —Lo ayudó a ponerse en pie.

—¡Joder! Me pitan los oídos. —Agitó la cabeza y, al ver a su colega inconsciente en el suelo, gritó—: ¡John! ¡John! ¿Está vivo?

—Tranquilo, Maddox. Solo está atontado. Ha debido ser del golpe cuando lo he tirado al suelo —respondió ella—. ¿Cómo está Perry?

—Tiene quemaduras muy graves por toda la cara y el pecho, pero aún está vivo —contestó Dwayne, que se había anticipado a auxiliarlo. Tenemos que llevarlo a un hospital de inmediato.

—Cariño, ¿cómo te encuentras? —preguntó Brooke al ver que John abría por fin los ojos y se incorporaba.

—¿Qué leches ha pasado?

—Te lo explicaré camino del hospital. —Se puso en pie y, con intención de correr hacia el cerco policial, añadió—: Me haré con un coche.

—¡Brooke! ¡Brooke! ¿Están todos bien? —gritó Vincenzo saliendo por la puerta oeste junto a dos guardaespaldas.

—Sí, necesitamos un coche. ¿Dónde has dejado el Audi?

—Lo traeré enseguida. No tardo ni un minuto.

Mientras Vincenzo volaba en busca del Audi, los guardaespaldas, Dwayne y Brooke acorralaron a John y a Maddox contra la pared para protegerlos con sus propios cuerpos en caso de posibles amenazas. El *seal* cogió a su amor por la cintura y la metió dentro del corrillo.

—Me quedaré más tranquilo si permaneces delante de mí. —Le acarició el contorno de la herida que tenía en el cuello—. ¿Qué te ha pasado? Parece una rozadura de b...

—No es nada, Dwayne, solo un raspón. —Asintió—. Por ahí viene Vincenzo. Os lo contaré todo de camino al hospital.

Una vez cargaron a Perry en el asiento delantero, los tres miembros de The Devils y la teniente se acomodaron, un tanto apretujados, en la parte trasera del Audi. Mientras Vincenzo los llevaba al Lenox Hill, ella les contaba todo lo ocurrido.

Los dos restantes guardaespaldas permanecieron en el recinto buscando al supuesto Costas y tratando de apaciguar la situación.

—...Sospeché de Costas porque, cada vez que comprobaba las cámaras de seguridad que pirateé, él aparecía entrando en todas las habitaciones. Incluso estuvo en la *suite* de Wally un par de horas antes de su accidente. Pensé que inspeccionaba el servicio de sus trabajadores, pero, en el instante en el que Solomon me dijo que el coche que nos persiguió por la quinta avenida pertenecía al hotel, me vino la cara de ese mamarracho a la cabeza. Tras hablar con el verdadero director y cerciorarme así de que era un farsante, le puse una trampa y fui a por él.

—¿Ese hijo de puta es quien ha envenenado a mi padre?

—Seguramente, también entraba en su habitación. Tal vez le pusiera matarratas en la cesta de frutas o en algo que Leonard pidiera al servicio de habitaciones.

—¡Maldita sea, Brooke! ¿Por qué no me dijiste nada? Hubiese cancelado el concierto sin dudar.

—¡Cálmate, John! ¡Le pedí a Abby que te lo dijera! ¿Es que esa bruja no te lo contó?

—Señor Kasser, disculpe si me entrometo, pero Abby me ordenó que no los molestara para comunicarles lo que la señorita Daniels me había pedido que les dijera —explicó Vincenzo—. Insistió en que ella ya les había informado a ustedes de lo sucedido y que, aun así, habían decidido seguir con el concierto.

—¡Qué hija de puta! —gritó John—. ¡Está despedida!

—Por cierto, ¿cómo supiste que había una bomba en la limusina?

—Verás, Dwayne. Tuve que eliminar a un tipo de pelo blanco que iba con Costas porque me dijo que este iba a matar a John. Como no tenía tiempo de amordazarlo, lo dejé seco. Cuando salimos y no vi su cadáver junto al vehículo me extrañé. Entonces, me percaté de un cable blanco que sobresalía

de la manilla de la limusina.

—Eso significa que, además de Costas, hay más gente involucrada.

—Así es, Dwayne. Y, por lo visto, es una mujer. Antes de que le pegara un tiro, el tipo del pelo blanco me dijo que ella lo tenía todo bajo control.

—¿Ella? ¿Quién cojones es ella?

—No lo sé, John. No tuve tiempo de descubrirlo. —Resopló—. Y no me extrañaría que esa Abby tuviera algo que ver.

—Si esa enana es responsable de lo ocurrido, la mataré con mis propias manos. —El cantante tensó la mandíbula—. ¡Maldita sea, confiaba en ella!

—Puede que sea la petarda de Camelia, ya sabes lo satánica que es esa tía, colega —intervino Maddox—. Un día se empeñó en que bebiera no sé qué mierda que había conjurado ella misma.

—John, ¿hay alguna otra mujer que pueda odiarte tanto como para hacer todo esto? Tendremos que volver a examinar a vuestro club de seguidores más de cerca.

—Así de pronto, amor, se me ocurre Sally Miller. Es la fundadora del club oficial, vive en Miami —respondió—. Nos hemos visto con ella en varias ocasiones, pero me da que su fanatismo no es del tipo satánico; es muy... infantil.

—Puede que a través de Sally encontremos respuestas —aventuró la teniente—. Ya que vuestro próximo concierto va a ser en Florida, le haremos una visita. Mientras tanto, volveremos a estudiar toda posible amenaza.

—Se me ocurre que, tal vez, esa tía que va a por ti no te odie, colega. Puede que te quiera y te venere tanto que desee cargarse a todo el que se interponga entre ella y su imaginario amor —reveló Maddox con seriedad—. Hay muchas locas de esas.

—Bien pensado, tío. —John miró a su compañero con sorpresa. Era la primera vez que este hablaba con tanta lucidez. Por primera vez, parecía preocupado por el tema.

—Ya que parece que mi cerebro esta noche está algo activo, ¿alguien me puede explicar qué cojones me he perdido? —El batería agitó la cabeza—. Brooke matando a un tipo de pelo blanco, pirateando las cámaras de

vigilancia, detectando explosivos... ¿Se puede saber qué tipo de pantera eres?

—Eso quisiera saber yo —murmuró Vincenzo, mirándola por el espejo retrovisor.

—Os prometo que os lo contaré a su debido tiempo. Ahora esperemos llegar al Lenox antes de que el equipo *Skull* se marche y puedan llevarse a Perry.

—Solo deseo que mi padre sobreviva. ¡Maldita sea! ¡Todo esto es por mi culpa!

—Tranquilo, amor. Mi coronel se encargará de que todo salga bien.

A pocos segundos de que Vincenzo detuviera el Audi frente a la entrada de emergencias del hospital, Brooke recibía una llamada de su coronel. Parecía que Solomon le había leído el pensamiento.

—Buenas noches, teniente Daniels. ¿Has conseguido atrapar al sujeto?

—No, pero he descubierto algunas cosas muy interesantes. Le pasaré un informe tan pronto como disponga de tiempo.

—¿John y el resto se encuentran bien?

—Siento comunicarle que Perry ha resultado gravemente herido. Quemaduras de tercer grado por toda la cara y el torso —dijo descendiendo del vehículo.

Solomon, que aguardaba a la puerta del Lenox Hill, colgó la llamada, se aproximó a ella y, consiguiendo sorprenderla gratamente, continuó:

—Llévadlo a la azotea —ordenó a Dwayne, a Maddox y al grandullón que, a una, sacaban a Perry del vehículo—. Allí aguarda un JV-28 en modo invisible. El doctor Chang ya está tratando a Leonard a bordo.

—¡Joder! —exclamó Cobbs, que se encontraba junto a Solomon, al ver la cara achicharrada de su compañero—. ¿Qué coño le ha pasado? ¿Está vivo?

—No te preocupes, Cobbs. En nuestro laboratorio, el doctor Chang lo dejará como nuevo. —Solomon le dio una palmada en el hombro y le ordenó—: Asegúrate de abrirles paso hasta la azotea. Dile al piloto que estaré allí en cinco minutos, que esté listo para el despegue.

—¡Menuda sorpresa verlo aquí, coronel! —Brooke hizo amago de sonreír—. ¿Cómo se encuentra el señor Kasser?

—¿Cómo está mi padre, Solomon? —Volvió a preguntar John con un nudo en la garganta—. ¿Sobrevivirá?

—Se pondrá bien, no te preocupes. Pero debo llevármelo a Oahu para

darle más tratamientos. —Lo abrazó—. Ha sido un envenenamiento muy fuerte. Tendremos que regenerar varios de sus órganos internos y quedará como nuevo.

»Es más, le haremos un *lifting*, que ese viejo pellejo empiece a necesitarlo. —Carcajeó con intención de aliviar el sufrimiento del cantante.

John sonrió emocionado y se llevó las manos a la cara.

—Me alegro de que tu padre vaya a ponerse bien. —Brooke se abrazó a él y lo besó en el cuello.

El artista resoplo, apoyó la espalda contra la pared y, abrazando a su prometida con mucha fuerza, susurró:

—Muchas gracias, mi vida. Nada de esto hubiese sido posible sin ti. Te quiero a morir. —La besó con ansia.

—¡Vaya! Veo que Bora Bora tiene algo mágico. Me alegro por vosotros dos. Hacéis una pareja estupenda.

—¿No le molesta, señor?

—¿Por qué tendría que molestarme, teniente? Al contrario, estoy muy feliz por ti; John es un hombre formidable. —La abrazó—. El tema hospital y policial han quedado completamente zanjados.

»Si necesitas que me ocupe de alguna cosa más, no dudes en decírmelo. Este es el número de Cobbs, por si precisas de su ayuda. Espero ese informe con gran impaciencia.

—Sí, señor. Ha habido una explosión en la salida oeste del Madison Square Garden y eliminé a un tipo de pelo blanco, pero cuando regresé donde lo dejé había desaparecido.

—Me ocuparé de ello de inmediato.

—Por cierto, ¿quién pilota el JV-28? ¿Puedo saludarlo?

—Durán. Pero mejor que no te vea. Nadie del equipo relaciona lo sucedido con la excedencia que les he dicho que te has tomado. Aunque he de decir que ya se han enterado todos de tu compromiso con John. ¡Están flipando!

—Es un alivio comprobar que a usted le parezca bien que el fingido

romance haya resultado real.

—Me parece perfecto, Brooke. De hecho, cuando llegue el momento te encargarás tú misma de contarles a tus compañeros la historia como tú consideres —respondió con el gesto iluminado—. Tengo que marcharme. Me alegro de que todo vaya bien entre vosotros.

—Gracias, señor. —Le dio un abrazo y, en confianza, le susurró al oído—: ¿Cómo está Jared? ¿Lo lleva bien?

—Está distante, pero hace su trabajo como nunca. No te preocupes, lo superará, es un jodido *skull*.

Con el ambiente más calmado, la teniente Daniels dio una merecida explicación a Maddox y a Vincenzo acerca de su verdadera identidad y del papel que jugaba junto a Dwayne. El guardaespaldas insistió en unirse a los colaboradores *proskulls* y el batería no dejaba de alucinar.

Para evitar que cantara tanto la ausencia de los otros dos miembros de The Devils, Maddox no tuvo más remedio que asistir junto a su guardaespaldas a la fiesta que el grupo tenía programada para después del concierto. El festejo tendría lugar en un reservado del club más exclusivo de la ciudad, el *I Oak*.

La noticia del incidente que ocurrió en la puerta oeste del Madison Square Garden fue de inmediato filtrada por un aliado de Solomon. De forma conveniente, este adulteró el suceso de la explosión y reveló a los medios que se había tratado de un ínfimo fallo en las instalaciones subterráneas de gas y que, afortunadamente, no habían constado pérdidas humanas ni heridos. Sin embargo, Brooke y Dwayne descubrirían más tarde, a través de Solomon, que los restos del cuerpo del individuo de pelo blanco, al que ella había disparado en la cabeza, fueron encontrados entre los escombros de la limusina.

Deseosos por dar una noche de tan alta intensidad por concluida, la teniente Daniels y sus dos amores se dirigieron a El Plaza. Justo cuando ella detenía el vehículo frente al hotel, unas ambulancias bloqueaban la entrada y los paramédicos que habían llegado en ellas se adentraron apresuradamente portando camillas y maletines.

—¿Qué habrá pasado? —murmuró Brooke.

—No tengo ni idea. —John resopló—. Pero espero que sea algo ajeno a nuestras vidas. Ahora mismo no podría soportar más mierda. Aunque antes de

irme a la cama pienso despedir y matar a la zorra de Abby. ¡Y no en ese orden precisamente!

—No te preocupes por eso, tío. Ya me encargo yo de ella. Descansa, y mañana lo verás todo de otra manera.

—Te lo agradezco, Dwayne. Será mejor que ni me acerque a ella, porque estoy seguro de que la estrangularía. ¿Os importa si duermo solo? —Miró a su chica—. Necesito pensar en todo lo que ha pasado y no quiero darte la noche, amor.

—¡Ni lo sueñes, John! Después de lo ocurrido, no pienso dejarte solo — protestó ella saliendo del coche—. Costas aún anda suelto.

—Sí, y no olvides que, según ha descubierto Brooke, parece ser que es una mujer la que está detrás de todo esto; y no trabaja sola. Tenemos que estar más alerta que nunca. —El *seal* exhaló un gruñido al cerrar la puerta—. ¿Qué os parece si nos tomamos una copa en vuestra *suite* y pasamos la noche los tres allí?

—Por mi perfecto, necesito un trago antes de irme a dormir. Aunque fijo que no pegaré ojo. —Aprovechando que la teniente se había adelantado, John continuó hablando con su amigo—: Si quieres intimidad con Brooke, podéis dormir juntos en la otra habitación. No me importa.

—¿Estás seguro, tío?

—Sé que voy a pasarme toda la noche dando vueltas en la cama, cagándome en todo lo que se menea. A pesar de que me encantaría dormir abrazado a ella, no quisiera incordiarla.

—A mí también me gustaría pasar la noche con ella, pero estoy seguro de que no te dejará solo ni aunque se lo ruegues, ya la has oído. —Bufó con excitación—. Mírala, camina como una dulce gatita que se luce en una pasarela de moda, pero en realidad la tía es una depredadora; ahora mismo está al acecho ante cualquier amenaza. Si la conoceré. Lo de pantera le va que ni pintado.

—¿Y a que eso te pone? —Carcajeó por lo bajo.

—¡Uff! Ni un poquito.

—A mí me vuelve loco, pero, como te he dicho, intenta que pase la noche

contigo. Me harías un gran favor. —Resopló—. Me estoy tragando toda la frustración que siento por lo de mi padre y estoy seguro de que acabaré hecho un trapo, llorando como un mocoso. Y no quiero que Brooke me vea así.

—Comprendo cómo debes sentirte, pero no te preocupes por lo de tu padre, tío. Si un *skull* dice que Leonard se recuperará, no tienes más remedio que creerlo. Te aseguro que esa gente tiene tecnología que no se ha inventado ni en las películas. —Le pasó el brazo por el hombro—. ¡Venga, ánimo! Tomemos esa copa y veamos cómo acaba la velada.

La pareja de tres se disponía a entrar en el ascensor cuando el verdadero señor Costas se aproximó a ellos. Tras saludarlos de manera respetuosa, el larguirucho pelirrojo estrechó la mano del cantante.

—Siento mucho esta tragedia, señor Kasser, pero, más que nada, siento que todo haya sucedido en mi hotel. Sé que ha debido ser una noche muy dura para usted. —Asentía conmovido—. Cualquier cosa que necesiten, por favor, no duden en pedírmelo personalmente.

Los tres parpadearon sin estar muy seguros de a qué se refería el director. Sin embargo, Brooke, adiestrada para no encontrarse en desventaja bajo ninguna circunstancia, no dudó en averiguar de la forma más sutil que le fue posible a qué tragedia se refería. Para lo que se vio obligada a frenar a John, que parecía dispuesto a descubrirlo a saco.

—¿De qué cojones...?

—Discúlpelo, señor Costas, ha sido un día agotador para John y para todo el grupo —intervino ella—. Doy por hecho que lo que aquí ha ocurrido no se filtrará a la prensa, ¿verdad?

—Hemos intentado mantener a esa chusma lo más lejos posible, pero, como usted sabrá, señorita Daniels, el asesinato de Camelia Clark no tardará en ver la luz.

—¡¿Cómo ha dicho?! ¿Que Camelia está muerta? —gritó John entrando en el ascensor—. ¿Dónde está? ¿Qué ha pasado?

«¡Y adiós a la sutileza!», pensó la teniente.

—¡Mis más sinceras disculpas, señor Kasser! Pensé que, como ustedes habían estado comprometidos y seguían siendo amigos muy cercanos, ya había sido informado de esta desdicha.

Todos se metieron en el elevador antes de que John cerrara las puertas. Brooke se apresuró a abrazar a su prometido para intentar sofocar los temblores que de repente le entraron.

—¿La policía ya ha confirmado que se trata de un asesinato, señor Costa?

—Sí, señor Reynolds. Los dos inspectores que están examinando la *suite* de la señorita Clark han confirmado que a ella y a su asistente les asestaron varias puñaladas con arma blanca en el pecho. Por fortuna, la joven ayudante aún sigue con vida. —Puso las manos a modo de rezo—. Hemos pedido al departamento de policía la mayor discreción posible.

—¿Quién lo descubrió?

—Fue una de nuestras doncellas, señorita Daniels. Las encontró en la bañera cuando entró a dejar toallas limpias.

—Entonces, si han sido dos víctimas, ¿por qué hay tres ambulancias ahí fuera? —inquirió ella.

—¿De verdad que nadie les ha informado de lo ocurrido? —El director tragó saliva—. ¡Dios mío! ¡Perdónenme! ¡Qué falta de respeto y de coordinación!

—Mire, señor Costas, hemos tenido una noche un tanto movidita. ¿Le importaría dejarse de hacer preguntas y decirnos qué narices ha pasado? —exigió saber la teniente, dejando a un lado todo tipo de tácticas persuasorias.

En ese instante, el ascensor se detenía en la planta decimosexta y las puertas se deslizaron a ambos lados permitiéndoles salir. El pasillo estaba tomado por el equipo de paramédicos, que aguardaban la señal de los inspectores de policía para entrar en la *suite* de la diva.

—Lo siento, pero han encontrado una nota de suicidio junto a las víctimas —continuó el director—. Y, al parecer, está escrita a mano y firmada por la señorita Abby Holt.

—¿Abby también ha muerto? —John, nervioso a más no poder, avanzó hacia la zona acordonada.

El señor Costas salió tras el artista, intentando persuadirlo de su intención de entrar en la habitación.

—¿Abby muerta? —Brooke miró a Dwayne extrañada.

—Bueno, así John se evita tener que estrangularla —comentó con sarcasmo—. Deja que vaya a por él antes de que arme alguna grande.

Brooke permaneció junto al ascensor y, pensativa, marcó el número del agente Cobbs. Acompañado de dos aliados *proskulls*, este llegó al hotel en menos de diez minutos, tiempo suficiente para deshacerse de los dos inspectores, que recogían pruebas en la habitación de la diva, y de asegurarse de que todo quedara bajo su control.

Mientras Cobbs se encargaba del doble asesinato y del suicidio, la pareja de tres se dirigió a su *suite*. Antes de nada, Dwayne se ocupó de curar el rasguño que Brooke tenía en el cuello. En su interior temblaba al comprobar lo cerca que su amada había estado de la muerte, pero su exterior se negaba a darle más quebraderos de cabeza.

—No le digas a John que es una rozadura de bala, por favor. No quiero preocuparlo más. ¿Me lo prometes?

—Prometido. —Le tomó la cara y le dio un beso—. Vayamos al salón y tomemos una copa; ha sido un día agotador.

—El agente Cobbs me llamará tan pronto como tenga información nueva. —Brooke se sentó descalza en la alfombra frente a sus dos amores, que a su vez estaban acomodados en el sofá.

—Supongo que, en algún momento, tendremos que decir a la prensa que has perdido el bebé. —Dwayne arrugó la nariz y, haciendo reír a su chica, añadió—: ¿No podías haberte inventado otra cosa menos traumática?

—Desde que estoy con John, he aprendido que la basura y los dramas aumentan las ganancias y la fama. —Se encogió de hombros—. Además, ¿qué querías que hubiese entrado diciendo? ¿Que el propietario de un Jeep Cherokee matrícula 5555 retirara su vehículo porque estaba estorbando?

—No me puedo creer que Abby se haya quitado la vida. —Resopló John—. ¿Eso quiere decir que ha sido ella la causante de toda esta mierda o que ha sido una víctima más?

—No es que deseara su muerte, pero, de cualquier manera, Abby no era de fiar —aseguró Dwayne—. Esa mujer era diabólica, el mero hecho de que te haya ocultado lo de tu padre y que no haya permitido que nadie te lo dijera durante el concierto es ya un indicio de maldad.

—No demos el tema por zanjado con tanta rapidez, aún no han encontrado su cuerpo. Es muy elástico eso de decir que te vas a arrojar al río Hudson para quitarte la vida. —Brooke dio un sorbo a su vino—. Puede que Abby haya escrito esa nota de suicidio para fingir su muerte y, de ese modo, tener vía libre para seguir acosándonos.

—¿Crees que haya podido hacer algo tan macabro?

—¿Tú has visto su cuerpo, John? —Ella se aproximó de rodillas hasta embutirse entre las piernas del él—. Nada de esto me cuadra. La nota de suicidio decía que no soportaba que Camelia y su asistente estuvieran liadas. Que había decidido acabar con sus vidas, porque ellas le habían partido el corazón. —Bufó—. Punto uno: ¿Cómo sabía Abby el secreto que Camelia guardaba tan celosamente? Acababan de conocerse, ¿no? Y no creo que la diva se lo predicara a la primera mujer que le pestañeara, y menos si realmente estaba liada con su asistente. Punto dos: si a Abby le iban las mujeres, ¿por qué iría tras de ti y de tu familia?

—Y punto tres: si Abby era lesbiana, yo soy un Teletabi —apuntó Dwayne—. Te aseguro que sé cuándo una mujer desea que le den marcha, y esa Abby tenía muchas ganas de marcha.

—¿Te la tiraste? —Ella levantó el tono mirándolo con ojos de serpiente.

El *seal* dejó su copa en la mesa contigua al sofá, sonrió a su chica con aire divertido, hasta que percibió que la mala leche de esta aumentaba por segundos. Por el bien de todos y antes de que esta explotara, la cogió por los hombros, la levantó y la sentó en su regazo de cara a él.

—¿Pero todavía no sabes que solo tengo ojos para ti? ¿Cómo puedes pensar esas cosas? —La besó con ansia y, muy despacio, deslizó la mano bajo su jersey hasta acariciarle los senos—. Que sea hombre y que sepa cuándo una mujer quiere rollo, no significa que tenga que tirármela, y menos cuando estoy locamente enamorado de ti.

Ella le devolvió el beso muy excitada, con el pecho subiéndole y bajándole a marchas forzadas. John los observaba con cierto hilo de envidia, pero tan solo por el mero hecho de no estar de humor para unirse a ellos.

—Os dejaré intimidad, me voy a la cama —musitó poniéndose en pie y abandonado su copa en la mesita.

—¡No te vayas John! Necesito que pases esta noche conmigo. Te necesito a mi lado. —Ella se apresuró a levantarse y, tras colgarse de su cuello, lo besó con hambre—. Necesito tenerte cerca. Esta noche, pensé por un momento que te había perdido y...

—Y disparaste a un hombre por ir a salvarme —continuó él interrumpiéndola. Arrastrado por un repentino deseo, la levantó en un abrazo y la besó apasionadamente—. Por un par de milímetros, casi soy yo quien te pierde. —Pasó el dedo por la tirita que le cubría el rasguño del cuello—. ¿Crees que no sé que es una rozadura de bala? ¡Dios! ¡Cómo te quiero, mi vida! Eres capaz de resucitarme de entre los muertos.

John dejó a su prometida en el suelo a la vez que Dwayne se levantaba, se desnudaba por completo y se colocaba detrás de ella. Mientras el roquero le quitaba a ella los vaqueros y las bragas, el *seal* le dejaba el torso al descubierto y le devoraba la boca con fogosos besos, que ella demandaba por encima del hombro.

John comenzó a comerle las partes bajas con voracidad, arrancándole enérgicos gemidos de placer. Paseaba la lengua entre sus labios vaginales y le succionaba el clítoris como si no hubiese comido en días. Ella gozaba de cada lamida, de cada lengüetada, de cada dedo adentrándose en su húmedo sexo.

Desde su posición trasera, Dwayne le acariciaba los pechos con una mano mientras con la otra paseaba la punta de su polla por el orificio anal de ella, deseando metérsela por su precioso culo. El *seal* estaba tan excitado que la gran cantidad de fluido preseminal que emanaba de su glande le ayudaba a lubricarla.

El cantante se puso en pie, se quitó la ropa mientras probaba los labios de su amada, miró a su compañero por encima del hombro de ella y, como si ambos estuvieran pensando la misma cosa, la levantaron a horcajadas a una y la embutieron entre sus cuerpos desnudos.

John fue el primero en introducir su firme verga en la palpitante vagina que provocaba a su entrepierna. Brooke lo besó cegada de amor, agarrándose al cuello de él hasta que la polla de Dwayne comenzó a penetrarle el ano.

Al sentir el duro miembro que se adentraba con suavidad por su trasera, ella arqueó la espalda hasta apoyarla en el torso de su hombre de élite. Pasó una mano alrededor del cuello de este y comenzó a besarlo extasiada,

absolutamente embelesada. Ambas pollas se deslizaban con delicioso ritmo por las dilatadas aberturas de ella. Todo estaba sucediendo con tanta naturalidad y consenso que parecía como si los tres tuvieran una misión que cumplir y hubieran estudiado el plan con antelación al detalle.

La boca de Brooke buscaba con celo los labios de sus amores y los besaba con febril necesidad. Tener a sus dos hombres penetrándola al mismo tiempo era una sensación tórrida, llameante...

Tras eternos minutos de ferviente pasión y sincronía, un ferviente orgasmo los llevó a alcanzar el Nirvana..., a visitar el Valhalla..., a pasear por los valles de Shangri-La..., a subir al cielo y sobrepasar cien nubes más.

La abrasadora sensación que envolvía sus cuerpos era como si estuvieran flotando en el espacio exterior, respirando un intenso y desconocido placer, inhalando amor en estado puro.

Después de dos agitados meses y medio actuando por las ciudades más destacadas de Estados Unidos: Austin, Las Vegas, Los Ángeles... The Devils y todo su equipo aterrizaron en Sudamérica. Dieciocho conciertos más y la vida de la pareja de tres tendría por fin un hogar permanente. Un lugar donde amarse sin restricciones y donde poder ser felices sin tener que esconderse.

Durante una regata de vela por el río Hudson, el cuerpo de Abby fue descubierto, atado a una boya, semanas más tarde de que la nota de suicidio fuese encontrada. A pesar de que la principal sospechosa hubiese... ‘fallecido’, *skull* y *seal* no bajaron la guardia y continuaron investigando el entorno del grupo y protegiéndolos de cualquier posible amenaza. Sin embargo, desde el último incidente, no volvieron a surgir más problemas.

Con el paso de los días, el amor entre la pareja de tres se iba acrecentando y consolidando con más intensidad: dormían en la misma cama, aunque para el resto del mundo Dwayne siempre dispusiera de su propia *suite*, y pasaban el mayor tiempo posible juntos.

Solomon iba informando a la teniente de la sorprendente recuperación de Leonard y del agente Perry, lo que hacía muy feliz al grupo. En especial a John, ya que se sentía culpable por lo que le había ocurrido a su padre.

Una noche, tras un apoteósico concierto que The Devils había dado en la ciudad de Bogotá, mientras John atendía a la prensa, la teniente Daniels y el teniente Dwayne Reynolds comentaban durante la fiesta posterior al evento lo maravilloso que sería que los tres solos hicieran un crucero por el Amazonas una vez que la gira terminase.

—Recuerdo cuando tuve que pasar más de seis meses en la selva como parte de mi entrenamiento para entrar en los *Skulls*. Fue durísimo. —Hizo una mueca de asco—. Tuve que aprender a sobrevivir sola, sin otra ayuda que un cuchillo.

—¿No me digas que te hicieron comer gusanos y todo tipo de bichos?

—Por más que busqué una pizzería por toda la selva, no hubo manera de encontrarla. —Carcajeó—. Así que no me quedó más remedio que comer todo lo que caía en mis manos: gusanos, serpientes..., incluso arañas.

—¿Comiste serpientes? ¡Agg! Durante el curso de acceso al cuerpo de los SEAL nos putearon bastante, pero ni de lejos se asimila a lo que te hicieron pasar a ti. Si no te conociera, diría que no aguantarías ni una hora en la selva.

—¿Qué te parece si mañana, antes de salir hacia el aeropuerto, llamo a una agencia y pregunto por ese crucero por el Amazonas? Podríamos darle una sorpresa a John.

—Estaría genial. Los tres juntos perdidos en la selva. —Sonrió y acercó la cara peligrosamente a la de ella—. Cariño, me pirro por besarte ahora mismo. —Resopló—. Una pena que estemos delante de toda esta gente.

—Ve al cuarto de baño y espérame en la última cabina. En cinco minutos nos vemos allí. Voy a hablar con John.

—Espero que hayas traído bragas de sobra, porque pienso arrancártelas a mordiscos —le susurró al oído y, tras besarle la frente, se dirigió hacia el lavabo.

La teniente fue en busca de John, le transmitió el mismo mensaje que le había pasado a Dwayne al oído y, tras el tiempo acordado, se colaron en el baño de caballeros. El cubículo resultó un tanto estrecho para tres personas, pero ellos se las apañaron para pasar un buen rato.

Al día siguiente, un avión privado aguadaba a The Devils y a parte del equipo de montaje en el El dorado, el Aeropuerto Internacional de Bogotá. Todo estaba listo para que el grupo y compañía se trasladaran a la capital de Brasil, donde en dos días, tendría lugar el próximo concierto.

Del gran equipo contratado para asistir al grupo y a todos sus acompañantes, dos hermosas auxiliares de vuelo daban la bienvenida a los viajeros según estos entraban a bordo de un Bombardier Challenger 850. Una de ellas, una pelirroja alta y muy estilizada sonreía a John de manera efusiva, lo que hizo gracia a la teniente.

El interior de la aeronave era todo un lujo: asientos de cuero eléctricos, cocina, dos baños... Podría decirse que era mucho mejor que un apartamento para recién casados.

Desde el fallecimiento de Abby, Brooke se había convertido en la asistente personal de John. Más que nada por evitarse la ardua tarea de tener que buscar una suplente y que, una vez más, esta pudiera resultar una amenaza.

El equipo se desparramó por todo el avión, unos ocuparon la sala de juegos en tanto otros descansaban en los cómodos butacones.

—Estás preciosa vestida así, amor —comentó el cantante admirando a su prometida mientras tomaban un pequeño refrigerio en la intimidad del salón.

Brooke llevaba un vestido de tirantes, corto y de vuelo vaporoso. El intenso granate del tejido apenas contrastaba con el estampado de leopardo negro que se fundía a lo largo de la prenda.

—¡Estás para comerte, belleza! Ahora sí que pareces una pantera.

—Muchas gracias, chicos. —Sonrió y miró a su *seal* con complicidad—. Hablando de felinos, Dwayne y yo tenemos una sorpresa para ti.

—¿Una sorpresa? —El cantante abrió los ojos.

—Sí, esta mañana hemos contratado un crucero de lujo por el Amazonas. Cuando terminéis la gira podremos escaparnos los tres solos. ¿Qué te parece?

—¡Me parece una idea estupenda! Estoy deseando explorar la selva con mi pantera y mi mejor amigo. —Alzó su copa y los tres brindaron.

Una hora después del despegue, las auxiliares de vuelo comenzaron a servir la comida. Era indudable que la pelirroja se había prendado de John: el contenido del plato de este era el más abundante, su copa de vino estaba siempre hasta los topes y, antes de que él pudiera hacer un gesto, la joven auxiliar ya estaba pegada a él, más sonriente que una mona borracha.

—¿Cómo te llamas? —inquirió la teniente con gesto divertido, pero lanzándole una mirada de advertencia.

—Mi nombre es Rubí, señorita —respondió con un nudo en la garganta—. ¿En qué puedo servirle?

—Bien, Rubí. Si necesitamos cualquier otra cosa, te llamaremos. Ahora, si no te importa, retírate. Tenemos que hablar de cosas importantes.

—Por supuesto, disculpen si los he molestado. Puedo enviarles a mi compañera, Esmeralda, para que los atienda. —Señaló a una morenita que

servía en la trasera del avión.

—Por el momento, prescindiremos de todo tipo de piedras preciosas. Muchas gracias, Rubí. —Brooke le lanzó una de sus miradas viperinas, consiguiendo que la pobre auxiliar de vuelo se diera la vuelta y desapareciera en la cocina cabizbaja y colorada como un tomate.

—¿No me irás a decir que estás celosa de esa chica, Brooke? ¿Enserio? —John arrugó el ceño.

—No, para nada. Sin embargo, hay algo en ella que no me gusta.

—A ti no te gusta nadie, amor. Sospechas de todo el mundo, hasta de tu sombra. —Soltó una risotada.

—No, tío, Brooke tiene razón. Hay algo muy extraño en ella.

—¿Qué tiene de extraño que una *fan* me otorgue más atención de lo normal y que me sonría como una boba? A ti también te lo hacen, tío.

—Sus botas —respondió ella sin titubear.

—¿Sus botas? —El cantante arrugó la nariz al intentar sonreír.

—¿Alguna vez has visto que una auxiliar de vuelo llevara botas militares, John? —comentó el *seal*.

—¿Eso es lo que os extraña? —Carcajeó—. Tendrá los pies delicados para llevar tacones.

—Una compañía de vuelo jamás permitiría que su tripulación incumpliera las normas y modificara su uniforme.

—No le des más vueltas, amor. —Bostezó con ganas, contagiando a Dwayne—. Creo que me voy a echar una siesta. Tengo mucho sueño; tanto concierto y fiestorro van a acabar conmigo.

—Sí, yo creo que haré lo mismo. —El *seal* se puso en pie estirando los brazos—. La juerga de anoche fue brutal.

Mientras los chicos descansaban en sus respectivos camarotes, Brooke permaneció en su butaca, observando todos los movimientos de Rubí. De cuando en cuando, la pelirroja volvía la cabeza y, desde la cocina, le sonreía por encima del hombro con aire artificioso, como si estuviera aceptando su desafío. Había algo muy extraño en esa mujer y, por lo visto, no solo eran sus

botas.

Poco a poco, la teniente fue quedando amodorrada en el butacón hasta que una brusca y repentina sacudida la obligó a abrir los ojos. Tenía la visión un tanto nublada y estaba bastante aturdida.

A pesar de la borrosidad, era indudable que el avión estaba cayendo en picado, que gran cantidad de objetos revoloteaban sin control por el habitáculo y que toda la gente que veía a su alrededor estaba inconsciente, sino muerta.

Aquellos que no iban sujetos a un cinturón rodaban por doquier golpeándose contra cualquier elemento de la aeronave conforme esta traqueteaba con creciente intensidad.

A marchas forzadas, se quitó el cinturón y se abrió camino hacia la cabina del piloto. La rampa de emergencia había sido dinamitada, por lo que, según avanzaba, se vio obligada a tener que agarrarse a cualquier elemento que hubiese fijado al avión y a esquivar todo tipo de cuerpos y de objetos que se abalanzaban bruscamente contra ella.

Al alcanzar su objetivo, aguzó la vista, le costaba creer lo que veía. La espelúznate panorámica que se atisbaba a través del amplio parabrisas de la cabina advertía de que el impacto era inminente.

El Bombardier Challenger 850 iba a estrellarse sobre una tupida manta de árboles de tonalidad verde oscuro. A menos que Brooke consiguiera tomar el control a tiempo, la catástrofe sería absoluta.

Desabrochó las protecciones del inconsciente piloto, que tras empujarlo con violencia cayó del asiento cual muñeco de trapo, y ocupó su lugar. Con un temple de acero y toda la fuerza que salía de su interior, tiró de los mandos intentando levantar la pesada aeronave con el fin de suavizar la inminente colisión, el tren de aterrizaje comenzaba a rozar las copas de los árboles.

Un punto de color verde lima que se distinguía en el horizonte llamó su atención. Tenía toda la pinta de ser un claro junto a un enorme río, pero su visión aún no era nítida al cien por cien. Si así fuera y conseguía alcanzarlo, sin duda, salvaría muchísimas más vidas. Si es que esa gente de la cabina, que se golpeaba sin parar de un lado a otro, no estaba ya muerta.

El claro se aproximaba a toda velocidad y el tiempo llegaba a su fin, era

cuestión de segundos. El aterrizaje de emergencia que Brooke tenía en mente no sería tarea fácil, una maniobra digna de muy pocos profesionales. A pesar de ser consciente de que, al tratar de salvar a toda esa gente, su muerte ascendía a la primera de la lista, por alguna razón que ella desconocía, estaba segura de su éxito.

Diez segundos para el impacto...

Cinco segundos para el final...

Un instante antes de que la cabina se estampara contra el claro, la teniente Daniels tiró de flaps y, con la suerte echada, luchó con todas sus fuerzas por mantener el morro de la aeronave erguido..., hasta que todo se volvió oscuro.

Brooke abrió los ojos, tomó una gran bocanada de aire cual pez agonizante y se incorporó de forma brusca, como si estuviera despertando de una maldita pesadilla. El alma le pesaba toneladas, le costaba respirar, todo le daba vueltas y el molesto resplandor que castigaba con desdén le impedía enfocar.

«¿Dónde demonios estoy?», se preguntó.

Agitó la cabeza y, muy aturdida, miró a su alrededor. Conforme los halos de luz se convertían en bultos y estos en siluetas desmerecidas, el tono esmeralda que predominaba en el borroso ambiente empezaba a cobrar forma. Como a cámara lenta, el paisaje fue consolidándose hasta el punto de dejarla petrificada.

«¡Joder!».

Se levantó como una bala, con torpeza, como si el terreno bajo sus pies se estuviera convirtiendo en arenas movedizas. Una súbita puñalada de adrenalina hizo blanco en su corazón, obligando a sus pulmones a mendigar oxígeno.

«¡Tengo que estar soñando!».

Pestañeó varias veces sin poder dar crédito a lo que estaba viendo. Sin embargo, sus aventajadas pupilas ya se habían dilatado ante el inminente peligro: se encontraba desorientada en medio de la selva junto a la orilla de un fangoso río.

Perpleja, observaba cómo varios cadáveres flotaban a la deriva mientras otros teñían la ribera de rojo. Los caimanes que merodeaban a su alrededor los despedazaban sin piedad, con voracidad. Parecía que había sido invitada a un banquete; y ella era el postre.

Contemplaba atónita la terrible escena a su alrededor mientras dos preguntas asaltaban su mente:

«¿Quién soy? ¿Cómo demonios he llegado hasta aquí?».

Brooke no recordaba absolutamente nada sobre su pasado, no tenía ni idea de cómo había despertado en mitad de la selva. Pero, por alguna extraña razón, no entró en pánico, no tenía ni pizca de miedo. Estaba segura de que, de algún modo, conseguiría salir de allí. El pulso no le temblaba ni un ápice.

Al dar un paso, sintió una pequeña punzada en la planta del pie derecho, que le hizo percatarse de que iba descalza. Miró a su alrededor hasta que dio con un caimán que estaba degustando las partes bajas de lo que parecía una mujer, piernas incluidas. Con determinación, se dirigió hacia el reptil y, como si la palabra peligro no existiera en su vocabulario, se abalanzó sobre él.

—Lo siento, colega, pero estas botas negras me van a hacer mucha más falta a mí que a ti. —Tiró de los miembros despedazados.

El animal no parecía dispuesto a perder su cena, por lo que soltó su presa y, muy furioso, arremetió contra Brooke. Ella, lejos de huir asustada, se enfrentó al gran lagarto atizándole una soberana patada en el hocico, obligándolo a retroceder hasta ocultarse en el agua. Cogió las piernas, las apartó de la orilla y, tras despojarle de las botas militares, volvió a lanzarlas hacia el caimán.

—Que te aproveche —murmuró calzándose—. Has tenido suerte de que encontrara estas botas. De lo contrario, me habría hecho unas con tu piel.

Una vez se hubo puesto las botas, volvió a echar un vistazo a su alrededor en busca de respuestas. Nada tenía sentido: ella en mitad de la selva; aquellos caimanes dándose un festín de humanos a los que no conocía... hasta que, al fijar la vista en la maleza, consiguió ver lo que parecía el motor de un avión.

Se disponía a dar un paso hacia la turbina cuando una ráfaga de balas, procedentes del otro lado de la orilla, comenzaron a volar junto a su persona. Corriendo en zigzag, consiguió alcanzar la fronda y ocultarse tras un árbol.

«¿Quién narices me está disparando y por qué?».

Camuflándose entre las hojas, echó una ojeada que le permitió distinguir a varios tipos portando subfusiles. El río tenía una anchura considerable que le impedía percibir sus rostros con claridad. Tal vez si pudiera verlos más de cerca, su mente podría recordar algo de lo ocurrido.

—Puedes esconderte cuanto quieras, bomboncito, pero acabaremos

encontrándote —gritó uno de los atacantes a todo pulmón.

—Si es que no estás muerta para cuando te pillemos. —Carcajeó un segundo.

—Ten cuidado con las serpientes, son muy peligrosas por esta zona. — Tocándose el paquete con recochineo, continuó un tercero haciendo reír a sus colegas—: Aunque tengo esta enorme culebra entre las piernas que te dará mucho gusto cuando te atrapemos.

Brooke no tenía ni idea de por qué esos tipos querían acabar con su vida, pero solo veía dos opciones: esperar a que ellos cruzaran el río y aguardarlos al acecho o adelantarse a su jugada, atravesarlo ella misma, alcanzar el otro lado y pasar de ser la presa para convertirse en el cazador.

La teniente desconocía quién era ella y cuáles eran sus habilidades. Sin embargo, había una cosa que tenía muy clara: aquellos tipos no suponían ninguna amenaza para ella. Es más, al ver que uno de los atacantes comenzó a hacer un fuego con idea de acampar junto al río, pensó que aquellos tipos no solo eran aficionados, sino que también eran estúpidos. Con suerte, algún caimán hambriento o algún felino sediento se encargaría de ellos durante la noche y le ahorrarían el trabajo de tener que matarlos.

«¡Joder! ¿Pero quién puñetas soy?», se dijo a sí misma al tener dichos pensamientos.

Que aquellos individuos tuvieran intención de pasar la noche al otro lado del río, le daría tiempo a reconocer el terreno, recopilar datos y objetos que pudieran serle de ayuda.

Unos metros selva adentro, descubrió parte del fuselaje de un avión, alas incluidas, lo que sin duda podría ser la respuesta a cómo había llegado hasta allí. Con seguridad, la otra parte de la aeronave se había hundido en el río. De ahí que los caimanes se estuvieran dando un festín.

Alerta a cualquier movimiento sospechoso, se aproximó a los restos y entró en la cabina. De primeras, halló a un tipo sin vida; una barra de hierro le había atravesado el estómago de lado a lado. Era un hombre joven, de aspecto un tanto extravagante: pelo largo amarrado en una coleta, *piercings* y tatuajes por todo el cuerpo. A pesar de la peculiaridad del rostro que contemplaba ni el menor recuerdo le rozó la mente.

—¡Esto es una masacre! —pensó al seguir adentrándose y toparse únicamente con cuerpos desgarrados entre los amasijos.

Al parecer, no quedaba nadie con vida, por lo que vació una mochila que encontró junto a un asiento y la llenó con algunas botellas de agua, algo de comida y artículos, que estaba segura le iban a ser de gran utilidad.

—Este cuchillo me vendrá genial —se dijo guardandoselo en la bota.

Justo cuando se disponía a salir de la desbaratada carcasa, un lamento llamó su atención. Apartó con cuidado varios bultos y, bajo un colchón, halló a un hombre. El joven era muy atractivo, alto y de constitución fibrosa. Salvo por un pequeño corte en la frente, no tenía daños aparentes, tan solo parecía estar aturdido.

—¿Puedes oírme? —preguntó ella limpiándole la sangre con una prenda que encontró junto al él—. ¿Te encuentras bien?

El joven parpadeó confuso y, al reconocerla, se quedó en *shock*, observándola con sobresalto durante algunos segundos. El intenso azul que la mirada que aquel hombre desprendía no le resultaba del todo extraño. Aun así, nada que hiciera reaccionar a su memoria.

—¡Amor! ¡Estás viva! —gritó intentando incorporarse.

—¿Amor? ¿Quién narices eres para llamarme así? —Ella se levantó y se apartó, dando un brusco paso atrás.

—¿Brooke? ¿Qué te ocurre? Soy yo, John, tu prometido. —Haciendo un terrible esfuerzo consiguió ponerse en pie e intentó un nuevo acercamiento, pero ella le dio el alto. Sacudió la cabeza y, angustiado, masculló contemplando aterrado lo que había a su alrededor—: ¿Has visto a Dwayne y a Maddox? ¿Están vivos? ¿Y el resto?

—No recuerdo nada... ni siquiera tengo la certeza de que ese nombre por el que me llamas sea el mío. —Subió el tono—. No tengo ni idea de quién eres ni sé quiénes son esos tipos de los que me hablas, pero si no quieres que te rompa un brazo, no vuelvas a intentar tocarme. ¿Queda claro?

—¡Dios santo, amor! Has debido de darte un golpe en la cabeza y sufres amnesia. No te preocupes, seguro que pronto volverás a recordar todo.

—Muy probablemente me haya golpeado la cabeza, pero hace apenas

veinte minutos que me he despertado rodeada de caimanes, a punto de ser su siguiente plato. Me han intentado acribillar a balazos y me han amenazado de muerte, además de sugerir que iban a violarme. —Comenzó la retirada—. Por lo que espero que entiendas que, en estos momentos, no me fio ni de mi sombra.

—¿Qué han intentado matarte? ¿Quién?

Cojeando del pie derecho, fue tras ella, pero, al ir a salir de la cabina, tropezó con el mismo cuerpo con el que ella se había topado al entrar. Al ver a su amigo de la infancia desangrado en el suelo, el cantante se agachó junto al cadáver y, con visible dolor, le cerró los ojos.

La teniente, al oír el lamento de John, se dio la vuelta y lo observó pensativa, distante. Si de verdad ese hombre era su prometido, ¿cómo es que no recordaba nada de él? ¿Cómo podía resultarle tan extraño? Después de lo ocurrido, su instinto le decía que no se fiara de nadie. Sin embargo, los ojos de John gritaban lo contrario.

—¿Lo conocías? —preguntó con tono sosegado aproximándose de nuevo a él. Por supuesto, sin bajar la guardia.

—¿Conocerlo? —La miró con ojos vidriosos—. Es Maddox, nos conocíamos desde que éramos unos niños. —Intentó levantar el cuerpo para arrastrarlo.

—¿Qué demonios vas a hacer? —Entrecerró los ojos.

—Enterrarlo. No pienso dejarlo aquí como si fuera basura.

—Tú mismo. —Giró sobre sus talones—. Pero yo me largo. No tardará en oscurecer y este sitio no es seguro.

—¿Piensas dejarme aquí solo, Brooke? —gritó poniéndose en pie y encarándose a ella—. ¿No te importa si Dwayne o los demás pudieran seguir con vida? ¿Es que el golpe que te has dado te ha hecho volver a ser tan fría y distante como eras cuando te conocí?

—Siento mucho que hayas perdido a tus amigos y siento ser tan impasible, pero ahora mismo prima salvar el culo. Al otro lado del río, hay un grupo de hombres que no tardarán en venir en mi busca. No tengo ni idea de qué he hecho o de por qué quieren matarme, pero tengo muy claro que no pienso dejarme coger.

—Brooke, mi amor. —Posó la mano en su hombro—. Escúchame, por favor.

—¡No! ¡Escúchame tú! —Le apartó el brazo de un violento manotazo—. Tienes dos opciones: quedarte y enterrar a tu amigo o venir conmigo e intentar salvar la vida. Tú eliges.

A pesar de que su Brooke cariñosa y atenta había muerto, al menos hasta que esta recuperara la memoria, John tenía claro que la teniente Daniels, la *skull*, estaba vivita y coleando. Estaba seguro de que, aunque no recordaba ni su nombre, su instinto de supervivencia continuaba intacto. Brooke seguía siendo una pantera y, si al otro lado del río había alguna amenaza, mejor ir tras ella.

—¡Espera! Iré contigo. —Miró hacia atrás con pena según se alejaba de su entrañable amigo Maddox.

—Sabia elección —respondió avanzando entre la maleza sin importarle el estado de aquel individuo que afirmaba ser su prometido.

Camuflados entre la espesura de la selva, condujo al roquero hasta un punto desde donde pudiesen ver al grupo de atacantes que acampaba en la orilla contraria. Bebían alrededor de un fuego que habían preparado, lo que indicaba que su nivel de gilipollez era más alto de lo que ella pensaba.

Cruzar a nado resultaba imposible debido a la gran cantidad de reptiles que merodeaban por la zona y construir una balsa implicaba trabajo, cosa que parecía lejos de los planes de esos tipos.

«¿Estarán aguardando refuerzos?», se preguntó la teniente.

De cualquier modo, la espera de aquellos hombres le daría tiempo a descansar y a pensar cómo acabar con ellos y salir de esa maldita selva.

—¿Conoces a esos tipos? —inquirió ella estudiando todo movimiento procedente del otro lado del río.

—No los había visto jamás. Sé que no me recuerdas y que no confías en mí, Brooke, pero debes escuchar lo que tengo que decirte. Es de suma importancia.

En ese instante, John reparó en los restos de los cuerpos despedazados que se esparcían por la orilla. Al ver cómo uno de los caimanes se revolcaba en el

agua con una cabeza humana metida en su gran hocico repleto de dientes afilados no pudo evitar apartar la vista y vomitar.

—Veo que, gracias a ti, mis planes de contratacar van a tener que esperar.

—Lo siento. No he podido evitarlo. Es repugnante —murmuró temblando.

—Vamos, busquemos un lugar donde pasar la noche; y espero que todo aquello que tengas que contarme sea solo la verdad.

Tras una agotadora hora explorando los alrededores, la teniente Daniels optó por construir un refugio en una zona elevada: cubrió la profunda hendidura que halló en una roca con hojas de helecho y ramas y, sobre estas, colocó pinchos para protegerse de la posible visita de algún animal que pudiera merodear por la zona.

La abertura no gozaba de gran altura, pero era lo suficientemente amplia para que dos, incluso tres personas, pudieran moverse con soltura.

Mientras Brooke preparaba un buen fuego junto al que pasar la inminente noche, John le iba contando la peculiar historia que los había unido, empezando desde el instante en el que se conocieron. Por temor, omitió hablarle de Dwayne. Con la mala leche que gastaba en su estado amnésico, a ver quién era el guapo que la convencía de que habían estado viviendo un amor a tres bandas.

—Si dices que esa gente va a por ti, ¿cómo es que no los conoces?

—Tras la muerte de Abby, las amenazas cesaron. Estábamos casi seguros de que ella había sido la causante de todos nuestros males. Nunca supimos qué la había empujado a llegar tan lejos, pero hasta el concierto que dimos en Bogotá no tuvimos más problemas. Subimos al avión y... no sabría decirte que más ha podido pasar.

—Pues te aseguro, John Kasser, que el accidente aéreo fue premeditado —comentó esparciendo hojas de helecho para mullir el suelo—. Nos drogaron y nos dejaron a nuestra suerte.

—¿Cómo lo sabes? —Se sentó junto al fuego en plan indio.

—Abrí los ojos minutos antes de que el avión se estrellara. Una de las rampas de salida había sido dinamitada; era la única forma de poder saltar del avión en pleno vuelo. Las rampas tienen un dispositivo de seguridad que no

permiten abrirse mientras la aeronave esté en vuelo.

—Entonces, ¿quieres decir que alguien, después de dejarnos cao, saltó en paracaídas antes de que el avión se estrellara?

—Así es. Y apuesto a que esos tipos al otro lado del río son los que saltaron del avión. Al descubrir que aún sigo en pie, querrán matarme para no dejar testigos.

—¿Cómo estás tan segura de que nos drogaron?

—Cuando desperté, todos los que me rodeaban estaban inconscientes.

—¡Rubí, la auxiliar de vuelo! Sospechaste de ella nada más verla.

—¿Y qué es lo que me hizo recelar de ella? No recuerdo nada de antes a que despertara en el avión. —Se acomodó junto al fuego con la espalda apoyada en la piedra.

—No confiabas en ella porque llevaba botas negras militares. Dijiste que ninguna compañía aérea permitiría que su tripulación jugara con el uniforme.

—Pues a menos que hubiese más mujeres a bordo que llevasen botas, no creo que esa tal Rubí nos suponga un problema. —Estiró las rodillas y, con un toque de chulería, cruzó las piernas para que él se percatara de su calzado.

—¿La has matado? —Tragó saliva.

—No me hizo falta. Uno de esos lagartos hizo el trabajo sucio por mí. —Resopló y, mirándolo con una chispa de complacencia, continuó—: ¿Así que dices que soy piloto?

—Eres algo más que piloto. Perteneces a un cuerpo de élite militar, eres una *Silver Skull*. Te he visto zurrar de lo lindo a varios hombres a la vez. —Encogió un hombro y, deseando que recordara al menos un ínfimo detalle de su pasado junto a él, añadió—: Solía llamarte cariñosamente mi pantera.

—Eso explica por qué pude aterrizar el avión y que sepa lo de las rampas. —Refunfuñó y miró fijamente al fuego apenada—. Bueno, al menos eso intenté. No queda nadie con vida.

—¡Gracias a ti yo sigo con vida, mi amor! —respondió en un impulso, obligándola a mirarle a los ojos. Al ver que ella los entrecerraba en señal de advertencia, dijo—: Perdóname, Brooke, es la costumbre.

John se llevó la mano a la frente, acusado por una molestia y, cabizbajo, continuó mirando al fuego.

—Te sangra la frente de nuevo. —Sacó un pequeño botiquín que había metido en la mochila y se arrodilló junto a él—. Deja que le eche un vistazo. En la selva es fácil que cualquier pequeña herida se infecte y se convierta en un gran problema.

Ella le limpiaba la sangre con mucho cuidado en tanto él trataba de calmar su respiración. Estar junto al amor de su vida y no poder abrazarla, no ser capaz de sentir su calor, su apoyo en un momento tan cruento le destrozaba el corazón. A John toda su vida le había parecido una mentira y, que ahora Brooke no fuera capaz de recordar la única verdad que había experimentado, incrementaba ese vacío que tanto le saturaba el alma.

—¿De verdad no recuerdas nada de lo nuestro? —musitó él clavándole su azul mirada, las llamas se reflejaban en sus preciosos ojos—. ¿Sabes cuánto duele tener a la mujer que amas delante, no poder besarla ni abrazarla y que, para colmo, ella ni te recuerde y ni siquiera se fie de ti? ¿Sobre todo después de haber visto a Maddox destrozado y saber que el resto de mis amigos también han muerto de la peor manera posible?

Por un instante, ella lo observó embelesada. Había algo en ese hombre que revolucionaba su pulso y, al mismo tiempo, calmaba sus sentidos; si es que algo así era posible. Un súbito recuerdo afloró en la cabeza de ella: John la sonreía desde un escenario y le decía con los labios que la amaba.

Ella esbozó una sutil sonrisa y acercó la boca a la de él. Tenía ganas de abrazarlo, de sentirlo cerca, de tocar su piel. Tal vez así pudiera recordar su pasado juntos, que, por lo que él contaba, había sido de lo más dichoso, y podría dejar atrás ese estado de tensión, frialdad y desconfianza que la envolvía cual asfixiante esfera de cristal.

John acercó los labios esperando recibir un beso cuando ella le tapó la boca y le susurró:

—No te muevas de aquí. Hay algo ahí fuera.

—¿Cómo que hay algo ahí fuera? ¿Quieres decir algún felino?

—Shh, baja la voz. Tal vez algo peor. Quédate aquí y actúa con normalidad. Harás de cebo mientras yo examino la zona.

—¿De cebo? —murmuró para sí tragando saliva.

Mientras John permanecía junto al fuego con el corazón latiéndole a mil por hora, Brooke se camuflaba en la oscuridad de la noche. Se ocultó tras un árbol, aguzó sus sentidos y aguardó con paciencia hasta que dos sombras se interpusieron entre ella y el refugio. Quienquiera que fueran esos tipos, por sus estudiados movimientos, tenían intención de atacarlos. Cual felino hambriento, avanzó sigilosamente hacia ellos y se lanzó al ataque.

Al primero, le sacudió un par de inesperados golpes y, aunque el sujeto en un principio parecía defenderse con ahínco, ella le asestó un puñetazo en la garganta con la mano abierta que lo hizo caer de rodillas falto de oxígeno. El tipo intentaba llenar sus pulmones con gran ansiedad, pero sentía como si le hubiesen machacado la tráquea.

La segunda sombra, enorme a lo ancho y a lo alto, arremetió contra ella con fiereza. Sin embargo, la teniente era mucho más rápida y agresiva. En un par de segundos, durante los cuales ella le coló varios puñetazos, le arrebató una barra que el individuo portaba. No tenía intención de darle tregua, iba a sacudirle en la cabeza con ella hasta que el tipo cayera al suelo.

John estaba oyendo todos los porrazos y lamentos que se sucedían a escasos tres metros del refugio. El cantante no era ningún soldado de élite ni siquiera le gustaba meterse en peleas, pero le aterraba pensar que a su amor le pudiera ocurrir algo malo. Aunque, conociéndola, era muy de esperar que fuera ella quien estuviera saliéndose de rositas.

Desobedeciendo las órdenes de Brooke y arriesgando su propia vida, cogió una antorcha y dejó el escondite en auxilio de su prometida. En cuanto el fulgor de la antorcha dio algo de luz a la aciaga oscuridad, John se quedó perplejo al ver que Brooke tenía una barra de hierro levantada por encima de su cabeza y se disponía a golpear a un hombre que yacía medio atontado en el suelo.

—¡Detente, Brooke! ¡Es Vincenzo! —gritó interponiéndose.

Ella miró al sujeto intentando recordarlo, pero su cabeza se negó a dejar pasar ni un solo recuerdo.

En cuanto el cantante bajó la vista y vio al otro hombre asfixiándose, tiró la antorcha al suelo y corrió a su lado. Se arrodilló frente a él y gritó:

—¡Dwayne! ¿Estás bien? —Bufó y, mirando a su prometida, suplicó—: ¡Brooke, por favor! Dime qué puedo hacer para ayudarlo. ¡No puede respirar!

La teniente observó al individuo unas décimas de segundo, este sí que le hacía sentir algo. Sin tiempo que perder, se arrodilló ante él, apartando a John de su lado y le levantó la cabeza para que el aire pudiera entrar en sus pulmones.

—Trata de tomar bocanadas cortas —le aconsejó ella mientras le ponía la mano en la garganta, empleando una técnica de recuperación que, de algún modo, conocía—. Te pondrás bien, tu tráquea está intacta.

En tanto Brooke ayudaba a Dwayne a recuperarse, John hizo lo propio con Vincenzo, el pobre había recibido varios golpes y se encontraba baldado en el suelo. Lo ayudó a ponerse en pie y, como bien pudo, lo metió en el refugio y lo apoyó contra la fría pared.

—¡Estás viva! —Fueron las primeras palabras, colmadas de dolor, que surgieron por boca de Dwayne una vez consiguió recuperarse del impacto—. ¡Dios, pasé tanto miedo! —El *seal* colocó las manos en las mejillas de ella y la observaba con visible angustia—. ¿Estás herida?

La sutil iluminación de la antorcha que John había dejado en el suelo permitía que ambos se viesan las caras. Los dos temblaban, el simple roce de su piel los hacía vibrar. Durante unos segundos se comieron con la mirada hasta que ella se lanzó a la boca de él y lo besó con ansia.

—Lo siento, mi amor. Siento haberte golpeado con tanta fuerza. Lo siento —susurró sin dejar de besarlo.

—¡Cómo me alegro de que estés viva! Cuando vi todos esos cuerpos descuartizados por todas partes pensé que te había perdido. Me quería morir.

—¿A él sí lo recuerdas, Brooke? —dijo John apenado, recogiendo la antorcha del suelo.

—¿Qué quieres decir con que a mí sí me recuerda? —Dwayne se puso en pie con la ayuda de ella.

—Desperté en el avión minutos antes de que se estrellara sin saber quién era, y no recuerdo nada de antes. No consigo localizar a John en mi mente. Sin embargo, al verte, solo sé que estoy enamorada de ti. A pesar de que John ha intentado rememorar mi pasado, mi cabeza se niega a colaborar. La única cosa

que tengo clara es que sería capaz de matar a cualquiera con mis propias manos.

—No te preocupes, mi amor. Seguro que en unos días todo volverá a la normalidad. —El *seal* la abrazó con deseo—. Ahora estamos de nuevo juntos. Todo irá bien.

—¿Por qué me dijo entonces John que él y yo estábamos prometidos?

—Verás..., te sonará extraño. Pero, por decirlo de forma breve, los dos estamos enamorados de ti y tú de nosotros.

—¿Qué? —Ella resopló para sus adentros.

—Si no os importa ayudarme con Vincenzo, os lo agradecería; está mal herido —farfulló el artista, tragándose un nudo de celos, que le impedía respirar con normalidad.

—Sí, lo siento, le echaré un vistazo. De haberlo reconocido no le hubiese sacudido. —Ella se adentró en el refugio.

—Me alegro muchísimo de verte con vida, John. —Dwayne le dio un sentido abrazo y exhaló un lamento—. Siento que Maddox y todos nuestros amigos hayan muerto. Enterré a los que pude junto al avión.

—Tengo la sensación de estar viviendo una maldita pesadilla, tío: el accidente, esos tipos al otro lado del río al acecho y, para colmo, Brooke que no recuerda ni mi nombre.

—Ponte en su lugar, sabes lo dura que es cuando se ve acorralada; es su instinto de protección, la han entrenado para eso. Pero no te preocupes, seguro que, en breve, volverá todo a su ser. Dale tiempo.

—Eso espero, me está volviendo loco. —Resopló—. Y encima a ti te reconoce, me siento como una mierda.

—Tranquilo, es solo cuestión de tiempo. —Le pasó la mano por el hombro en tanto se agachaban para entrar en el refugio—. ¿Por qué no me habláis de esa gente que hay al otro lado del río?

El refugio era un tanto apretujado para cuatro personas, pero las estrecheces resultaban mejor opción que pasar la noche al aire libre. Mientras comían y bebían lo poco que Brooke había logrado recopilar de entre los amasijos del avión, ella le habló a Dwayne de lo ocurrido y de los tipos que

estaban asentados al otro lado del río. Sobre todo, le dejó muy claro su plan de caza con intención de pillarlos desprevenidos. Vincenzo dormía, el último golpe que la teniente le había asestado lo había dejado fuera de combate.

—No tengo idea de quién son esos tipos, pero tengo muy claro que vendrán a por mí. Con mucha probabilidad después del amanecer. Tal vez estén aguardando refuerzos —comentó Brooke—. Y si descubren que vosotros también estáis vivos, no dudarán en eliminarnos a todos.

—Eso significa que hay alguien detrás de todo esto que se nos ha escapado. Alguien que ha pasado muy desapercibido, pero que ha estado vigilándonos todo el tiempo. —Dwayne maldijo—. Creo que tienes razón, Brooke. Deberíamos pillarlos desprevenidos y acabar con ellos. ¿Qué tenías pensado?

—Cruzar el río a nado antes de que amanezca y exterminarlos uno a uno mientras duermen.

—¿Piensas cruzar un río infestado de cocodrilos? —protestó John—. ¿Te has vuelto loca?

—Son caimanes, y es la única manera de cruzar el río sin que me detecten. —Resopló—. La vista de esos reptiles es muy borrosa bajo el agua, por lo que tendré que bucear la mayor parte del trayecto y chapotear lo menos posible.

—¿Cómo que sin que te detecten? Yo pienso ir contigo —aclaró Dwayne—. Entre los dos acabaremos con esos mamarrachos. ¿Cuántos son?

—Unos diez, once como mucho. Estaban muy dispersos entre los matorrales cuando los observaba desde la orilla. Necesitaremos más armas, solo tengo un cuchillo. —Mostró el filo que escondía en su bota.

—Me acercaré al avión a ver qué puedo encontrar que nos sirva como arma —comentó el *seal*, dándole un beso a ella en la frente y saliendo del refugio.

—Ten mucho cuidado —musitó ella—. Nos encontraremos allí en breve, tengo que curar a Vincenzo.

—¿Y qué se supone que tenemos que hacer nosotros? —John señaló a su guardaespaldas con un golpe de cabeza.

—Esperar aquí hasta que regresemos. ¿Queda claro? Por cierto, ¿por qué cuando me hablaste de nuestro pasado no mencionaste a Dwayne? —Se cruzó de brazos expectante.

—No quería complicar las cosas, me pareció que ya era suficientemente duro tener que recordarme a mí como para hablarte de un amor a tres bandas.

—¿Así que eso es lo que hay entre nosotros? ¿Un amor a tres bandas? —Tragó saliva—. Me resulta imposible de creer.

—¿Qué recuerdos tienes de tu pasado con Dwayne? ¿Y por qué no recuerdas nada de mí? —dijo molesto.

—No tengo ninguna imagen de él en mi cabeza, pero, de algún modo, sé que lo amo. —Exhaló un suspiro relajado—. Sé que es el hombre de mi vida y que confío en él.

—¿Y en mí no? —Resopló con pena—. Yo también soy el hombre de tu vida, Brooke. Al menos lo era hace unas horas. Nos amábamos como pocos pueden vivir el amor.

Ella le tomó su cara entre las manos y lo acercó a su boca. Sin pensárselo, le dio un beso y resbaló una de las manos hasta su corazón.

—Entiendo que esto deba ser duro para ti. Lo siento mucho, John, pero también tienes que entender que no es fácil para mí. Todo lo que era, todo lo que he vivido se ha esfumado de mi mente, y no sé cuándo volverá, o si volverá. —Respiró con ahogo—. Solo puedo decirte que te recuerdo, pero aún no ha vuelto a mí lo que sentía por ti.

—Eso es un gran paso, pero, si me recuerdas..., ¿por qué eres tan fría conmigo, Brooke? —Sin dar muestra visible de dolor, se mordió el interior de la mejilla hasta sentir la sangre bajando por su garganta.

—A veces, varias imágenes anegan mi cabeza. Me confunden y me enfadan, porque no soy capaz de sacar conclusiones de ellas: te veo a ti con varias mujeres, y eso me enfada, me hace desconfiar.

—Jamás te he sido infiel, amor. ¡Jamás! —Le tomó la mano y se la besó—. Espero que pronto vuelvas a recordar lo mucho que te quiero, lo mucho que nos hemos querido.

—Créeme que yo también lo deseo. —Le estrechó las manos con fuerza y

miró a Vincenzo—. Le sangra la cabeza. Iré a por musgo para cortar la hemorragia. Quédate aquí y no se te ocurra moverte.

A pesar de que el último tono de la teniente había sido más brusco de lo que hubiera deseado, John sonrió y asintió agradecido ante su manifiesta preocupación. Parecía que, muy poco a poco, su Brooke iba regresando de dondequiera que estuviese perdida.

Mientras Dwayne cruzaba la selva hasta llegar al lugar del siniestro, la teniente dejaba el refugio en busca de musgo y de algún que otro ingrediente natural que pudiera ayudar a curar las heridas de Vincenzo. Las gasas y las tiritas que habían quedado tras curar a John iban a servirle de poco sin ningún tipo de antiséptico.

A unos cien metros del refugio, encontró un árbol cuya corteza podría desinfectar cualquier tipo de herida y dejarla limpia en cuestión de horas. No tenía ni idea de cómo lo sabía, pero estaba segura de su eficacia.

Colocó la antorcha que la acompañaba a un lado y con ayuda de su cuchillo comenzó a raspar la corteza. Un suave lamento llamó su atención, parecía como si alguien se estuviera quedando sin aire. Curiosa por saber qué estaba ocurriendo más allá de la iluminación de su antorcha, se dirigió hacia el gimoteo.

Para su sorpresa, rebuscando entre la maleza, halló a una anaconda de tamaño considerable que tenía a un cachorrito de jaguar enrollado entre su musculosa cola, con el que pretendía darse una comilona. El animalito aún estaba vivo, pero si ella no actuaba de inmediato, no tendría ninguna probabilidad de sobrevivir.

—Lo siento, colega, pero vas a tener que buscarte otro almuerzo en otra parte. —Cogió a la anaconda por la cabeza y, con toda la fuerza que sacó de su interior, tiró del cuerpo del reptil hasta que consiguió librar al cachorrito de jaguar de una muerte horrible.

Sin embargo, la anaconda no parecía dispuesta a ceder con tanta facilidad. Con rapidez, rodeó el cuerpo de ella y empezó a constreñirla con nervio. Brooke no tuvo más remedio que coger su cuchillo y atravesarle la tráquea hasta que este se quedó sin fuerza y la dejó libre.

Una vez consiguió zafarse de la serpiente, la tiró a un lado medio muerta, cogió al cachorrito en brazos y comenzó a masajearle el tórax para que

retomara la respiración. Por fortuna, el animalito se encontraba bien, solo estaba agotado de tanto esfuerzo.

La resonancia de un atronador rugido sacudió la retaguardia de la teniente como si hubiera sido golpeada por un viento huracanado. Muy despacio, se dio la vuelta y descubrió que mamá jaguar había encontrado a su bebé y, como era de esperar, estaba de muy mal humor.

Con extremo sigilo, dejó al pequeño jaguar en el suelo y dio unos pasos atrás, echar a correr sería de locos. Mamá jaguar avanzó con determinación hacia su cría, la olisqueó y le dio un par de lametazos.

Tras otro impactante rugido, el majestuoso felino se aproximó a ella, manifestando su enfado con gran agresividad, haciéndola retroceder hasta arrinconarla contra un árbol. No había manera de escapar de las fauces de aquella bestia. Una vez más, la suerte estaba echada.

Lentamente, ella levantó la pierna hasta alcanzar su cuchillo. Matar a un jaguar sería lo último que le gustaría hacer, pero si no veía otra alternativa, tendría que hacerlo.

El felino volvió a soltar un ensordecedor rugido con el que parecía anunciar que, de un momento a otro, iba a saltar sobre ella y arrancarle la cabeza de un mordisco. El pulso de Brooke se aceleraba con cada latido de su corazón, pero la mano con la que sostenía el cuchillo se mantenía firme como una roca.

De forma inesperada, el felino se abalanzó sobre la moribunda anaconda y, tras desgarrarle la cabeza de un bocado, volvió a aproximarse a la teniente.

Durante unos segundos, ambas hembras se miraron fijamente a los ojos. La sensación que recorría el cuerpo de Brooke era aterradora y maravillosa a partes iguales. No llegaba a comprender si aquel letal felino estaba a punto de devorarla o, por el contrario, le estaba agradeciendo que hubiese salvado la vida de su cría.

Sin más, mamá jaguar soltó un leve rugido, retrocedió hasta tomar a su cachorro en la boca y desapareció con él en la oscuridad de la selva.

—¡Joder! ¡Eso sí que ha sido un subidón de adrenalina! —se dijo a sí misma, soltando todo el aire que había estado guardando en sus pulmones durante el enfrentamiento.

Quedaba menos de una hora para que diera comienzo un nuevo día. Los militares de élite se habían hecho con algunos objetos afilados y con un par de cordones de acero con los que podrían degollar a más de uno. Mientras preparaban el material de ataque, Dwayne le estuvo hablando a su chica de su pasado juntos con la esperanza de que todo volviera a su cabeza. Ella hizo preguntas, pero ninguna experiencia vivida le resultaba familiar; solo tenía claro el intenso amor que sentía por él. Por alguna razón, su mente había atesorado dicho sentimiento.

Al otro lado del río, el fuego aún ardía con intensidad. Todos sus adversarios dormían tranquilamente al calor de la hoguera. Todos excepto uno, que vigilaba la noche en compañía de una botella. Eliminarlo sería pan comido.

—Recuerda, chapotea lo menos posible y si ves algo brillante no dudes que serán los ojos de un caimán hambriento. Si eso ocurre, sumérgete y mantente inmóvil, bajo el agua no podrá distinguirse bien —comentó ella colocando una corona de helechos alrededor de la cabeza de él—. Estos hierbajos nos ayudarán a camuflarnos.

—Saldré primero del agua y, en cuanto me ocupe del vigilante, empezamos a cargarnos a todos, uno por uno. Intentaré hacerme con algún arma. —Acercó la boca a la de ella y le dio un beso de buena suerte—. Ten mucho cuidado, belleza.

—Tú también —susurró.

Arrastrándose por el fango, ambos llegaron hasta la orilla del río. Silenciosos como una sombra, se adentraron en el agua y dieron suaves brazadas hasta llegar al otro lado. El recorrido duró casi una hora y estuvo lleno de peligros: los caimanes, que son criaturas muy activas durante la noche, no dejaban de pasearse por su vera, obligándolos a detenerse en continuas ocasiones. Sin embargo, gracias a las coronas de helechos que

llevaban sobre sus cabezas, consiguieron confundir a esos bichos prehistóricos.

Nada más alcanzar el flanco enemigo, ambos salieron del agua y se camuflaron entre la espesa vegetación que rodeaba el campamento. Los primeros rayos de sol empezaban a iluminar la húmeda tierra y a traspasar el espesor de los árboles. El trayecto había durado más de lo previsto y debían darse prisa o el ataque se complicaría si aquellos tipos, armados hasta los dientes, se despertaban.

Dwayne hizo una seña a su amante y aliada, indicando que iba a por el vigilante que estaba despierto. Cuchillo en boca, se aproximó hasta él. Sin que el joven lo viera venir, el *seal* deslizó el filo de su arma por el gajate de su víctima y lo dejó seco en cuestión de segundos.

Brooke avanzó hacia un tipo alto y fornido, que dormía a pata suelta junto al fuego, y repitió con él la misma operación.

En menos de un minuto, *seal* y *skull* acabaron con la vida de tres de esos rastros. Sin embargo, cuando se disponían a continuar, un intenso ruido de motor envolvió el espacio y, no tardando, un helicóptero apareció sobrevolando el campamento y despertando al grupo restante.

Dwayne golpeó a uno de los asaltantes, le arrebató la ametralladora, que con celo guardaba entre sus brazos, y comenzó a disparar al resto. Brooke se hizo de la misma forma con un par de pistolas y descargó contra el helicóptero, desde el que un sujeto disparaba sin importarle a quien pudiera cargarse. Tras unas acertadas ráfagas, la teniente alcanzó el estabilizador de cola del aparato, obligándolo a tomar tierra antes de que acabara desplomándose entre la arboleda.

—¡Vámonos de aquí! —gritó Dwayne, cogiéndola del brazo y arrastrándola hacia el agua.

—¡Cruzar el río de día sería una locura! —respondió ella con un pie dentro del agua a la que halaba del brazo de él para retirarlo de la orilla—. Tenemos que escondernos entre la maleza.

Justo cuando Brooke tiraba de Dwayne para apartarlo de la orilla un enorme caimán apareció de la nada saltando sobre él cual piraña hambrienta. Unos milímetros evitaron que el reptil le arrancara un brazo, pero gracias a la rápida intervención de ella, el gran lagarto acabó sin desayuno y con un par de

balazos en la cabeza.

—¿De dónde coño ha salido ese bicho? —espetó él, sin poder creer lo poco que había faltado para perder un miembro.

—Apartémonos del agua. —La teniente tiró nuevamente de su brazo—. ¡Vámonos de aquí!

Mientras el helicóptero hacia un aterrizaje de emergencia junto al claro del río, los tipos que habían quedado con vida, un tanto desorientados debido al caótico tiroteo, comenzaron a descargar sus armas contra la pareja, que no tuvo más remedio que refugiarse en la espesura de la selva.

Tras una carrera de más de veinte minutos abriéndose paso entre la maleza se detuvieron. Aparentemente, habían conseguido despistar a esos tipos, pero estaban seguros de que, en cuanto estos se organizaran, no tardarían en ir tras ellos.

—¿Estás bien, belleza? —Dwayne cogió a su amada de la cintura y la estrechó contra su torso.

—Sí, apenas unos rasguños por las ramas. —Rodeó el cuello de él con sus brazos y lo acercó a su boca—. ¿Tú estás bien?

—Sí, tranquila. —Exhaló un gran suspiro—. Echaba de menos estos subidones de adrenalina. Me siento más vivo ahora mismo que rodeado por miles de *fans* gritando mi nombre. ¿Te lo puedes creer?

Una súbita imagen de ellos dos practicando en el gimnasio y besándose entre ejercicio y ejercicio se tatuó en las retinas de ella. Era como si de repente todo hubiese vuelto a su cabeza: recordaba a John, su cometido como protectora de este, su amor a tres bandas, su trabajo como soldado de élite, a sus amigos... En décimas de segundo, el detalle más trivial de su pasado regresó a su mente.

—Eres un *seal* nato, mi amor. —Lo besó con fervor.

—Y tú mi *skull* pantera. —La levantó a horcajadas entre sus fornidos brazos, se sacó la polla por la bragueta y, tras apoyar la espalda de ella contra un árbol, se la metió hasta el fondo.

Ambos se besaban con sentida pasión en tanto la verga de él la colmaba de deliciosas sensaciones. Él deslizaba su polla por la caliente abertura de ella

con creciente codicia, deseando correrse en su interior.

—Te recuerdo, cariño. Recuerdo todo mi pasado —susurró excitada, logrando que él acelerase sus investidas—. Nuestro pasado juntos.

—Entonces, recordarás que te quiero a morir —respondió corriéndose en su interior.

John se encontraba al otro lado del río desamparado, sin ninguna protección. No tenía idea de cómo moverse ni sobrevivir en la jungla. No era consciente de la inmensidad de peligros que lo rodeaban. Para colmo, debía cuidar del pobre Vincenzo, que, tras la paliza que Brooke le había propinado, había quedado muy mal herido. Puede que, en un terreno tan hostil como la selva del Amazonas, le quedase un escueto tiempo de vida si, en breve, no se le proporcionaban los cuidados adecuados.

La noche anterior entre los cuatro gastaron el poco agua y toda la comida que la teniente había podido rescatar de entre los amasijos del avión. Si *seal* y *skull* no llegaban hasta ellos pronto, ambos acabarían deshidratados o, peor, siendo pasto de algún depredador.

El problema era cruzar el río a plena luz del día, la extrema buena vista de los caimanes entre otros bichos que circulaban por sus turbias aguas y alrededores haría del intento una excelente manera de suicidarse. Pese a todo, imperaba llegar al otro lado.

Desde una distancia prudencial, la pareja observó cómo un gran grupo de atacantes se disponía a alcanzar la otra orilla en un par de lanchas inflables. Los ocupantes del helicóptero habían venido bien surtidos y no tenían intención alguna de dejar un alma con vida.

—Si encuentran a John y a Vincenzo los matarán sin pestañear.

—Cálmate, Brooke. Están bien ocultos y lejos de los restos del avión.

—Si no llegamos hasta ellos, acabarán muertos igualmente. Sabes que cualquier cosa podría matarlos, y están sin agua y sin comida.

—Pensemos por un momento... ¿Y si regresamos al helicóptero? Tú sabes pilotarlo. —Exhaló una sonrisa de orgullo—. Podríamos robarlo, cruzar el río y...

—Creo que te perdiste el tiro que le metí al estabilizador de cola. Ese

helicóptero no sirve para nada. —Resopló—. Pero tal vez sea buena idea echarle un vistazo y ver qué más guardan en él.

Dicho y hecho, la pareja regresó a la aeronave. Para llevar a cabo su cometido, tuvieron que cargarse al único sujeto que protegía el cargamento, que resultó ser todo un descubrimiento.

—Mira, Dwayne, otra barca inflable. Cruzaremos el río corriente arriba para evitar que nos vean desde el otro lado.

—Se han llevado la radio. ¡Qué cabrones! —Gruñó—. No cabe duda de que habrán pedido otro helicóptero de rescate.

—Y nosotros estaremos al acecho, ocultos entre la maleza y listos para cuando llegue ese transporte. —Sonrió con malicia al tiempo que se colocaba una cartuchera repleta de balas—. Esta es nuestra oportunidad de averiguar quién está detrás de todo esto y de acabar de una vez por todas con esa escoria. —Metió las dos pistolas con las que se había hecho durante la pelea en su nuevo cinturón. Te aseguro que no saldremos de aquí sin respuestas.

—Esta peña no tiene nada de comida. Apenas tienen unas botellas de agua y un arsenal de alcohol.

—Te apuesto a que la intención de esta gente no era pasar mucho tiempo en el Amazonas. —Chasqueó la lengua—. Mete todo lo que nos pueda servir en esa bolsa y vayamos río arriba. Tenemos que llegar hasta John antes de que esos rastros lo encuentren.

Cargando con una mochila llena de munición, un par de botellas de alcohol, algo de agua, dos *walkies* y la barca, que, a pesar de ser de plástico pesaba lo suyo, se alejaron río arriba más de un kilómetro. Lo suficiente para que, al cruzar, no pudiesen ser vistos por sus enemigos. Con mucha cautela consiguieron llegar al otro lado y, por si fuera necesario volver a cruzar, escondieron la barca entre la maleza.

Los militares de élite acordaron separarse para asegurarse de no perder a esos tipos de vista: eran su único seguro para regresar a la civilización. Gracias a la gran experiencia que Brooke tenía en cuanto a supervivencia en la selva, mientras ella rastreaba las huellas de sus enemigos hasta dar con ellos, Dwayne iría en busca de los chicos y, antes de que llegara la noche, se reunirían los cuatro de nuevo.

—Mantén el *walkie* apagado, solo lo encenderemos cada dos horas en el canal acordado. En el caso de que no haya manera de comunicarnos, esta noche nos encontraremos junto a los restos del avión, seguro que es la zona que escogerá esa gente para acampar.

—¿Y si apareciera el helicóptero antes de que consigamos llegar nosotros?

—Aunque el rescate llegara en cinco minutos, esos no se irán de aquí sin acabar con nosotros antes. Además, ya me encargaré yo de que ese aparato no levante un palmo del suelo sin nosotros dentro.

—Sé que no hace falta decirlo, pero ten mucho cuidado, Brooke. Esos tipos van armados hasta los dientes y son muchos.

—No te preocupes por mí. —Le dio un beso abrasador—. No olvides decirle a John que le recuerdo, que me acuerdo de todo. Que lo amo con locura y que estoy deseando verlo y comérmelo a besos.

—No lo olvidaré, cariño. Se pondrá muy contento. —La abrazó con ternura y, sin dejar de mirarla, se adentró en la espesura.

Brooke partió en busca de su objetivo marchando en paralelo al río, siempre camuflada por la vegetación. No tardó mucho en dar con las huellas de esos tipos. Como ella esperaba, se dirigían hacia los restos del siniestro.

La probabilidad de que el claro en el que ella misma había intentado aterrizar el avión fuese el punto de encuentro con el nuevo helicóptero de rescate era bastante alta. La elevada frondosidad que les rodeaba no permitía muchas opciones entre las que elegir. Encontró a varios tipos de aspecto amenazador merodeando entre los amasijos del avión en busca de supervivientes. Sin duda, con intención de exterminarlos.

Por las conversaciones que escuchaba a través de los *walkies* que utilizaban entre ellos, otro grupo había partido para darles caza a Dwayne y a ella. Elección que indicaba que, tal vez, estos nuevos agregados que recientemente habían llegado fueran un equipo de expertos.

Con más de treinta grados de temperatura y una humedad del noventa y cinco por cierto, Brooke aguardó paciente a que llegara su oportunidad oculta entre unos matorrales. Los espeluznantes bramidos que empezaron a hacer los monos aulladores que ocupaban los árboles de la zona indicaban que en

aproximadamente unas cuatro horas anochecería. De hecho, los rayos del sol ya no eran capaces de atravesar la tupida vegetación.

El ruido tan intenso que producían los malditos monos impidió que la teniente pudiera oír el peligro que se había aproximado a ella sigilosamente por su retaguardia.

—¡Vaya, vaya! Mirad lo que tenemos aquí, chicos —dijo un individuo enorme, que parecía estar al mando de los ocho hombres que lo acompañaban—. Es un bomboncito muy tentador. ¿No os parece?

Por orden del aparente cabecilla, la teniente se puso en pie y se deshizo del cinturón y de las dos pistolas que llevaba.

—¿Pensabas dispararnos, muñequita? —Se mofó uno de ellos.

—¡Gómez! Seguid mi localizador y traed vuestras nalgas hasta aquí. Hemos encontrado a la gringa —indicó el cabecilla por *walkie*.

—Recibido, Armando. Se lo comunicaré a la doña y al equipo rastreador. Acabad con esa zorra y buscad al otro tipo —respondió este—. En cuanto venga el helicóptero quiero marcharme de este maldito lugar.

—¿Dónde está el hombre que te acompañaba? —preguntó a la teniente otro de los individuos, acercándose demasiado a ella.

—Lo atacó un caimán cuando cruzábamos el río —contestó, reculando hasta toparse contra un árbol.

—Es una pena que te hayas quedado tan solita, pero no te preocupes, antes de pegarte un tiro en la sien te haremos un poco de compañía. ¿Verdad, muchachos?

—No lo dudes, Armando. Me pido primero —Babeó un tipo seboso, desabrochándose los pantalones—. ¡Sujetadla bien! Voy a darle tantos meneos mientras la jodo que no quiero que se caiga al suelo.

Cuando uno de los individuos se disponía a cogerla por el brazo ella le golpeó la nariz con brusquedad. Acto seguido, sacó el cuchillo de su bota y se lo clavó en el hombro.

—¡Serás puta! ¡Acorraladla y que esta perra no escape! —ordenó Armando—. Esta zorra va a pagar por lo que acaba de hacer con creces. —Se pegó a ella—. Ahora, no solo vamos a follarte todos, bomboncito, también

vamos a cortarte en pedacitos y a alimentar a los leones con tu bonito cuerpo.

—En el Amazonas no hay leones, estúpido —respondió ella con la cabeza bien alta.

—¿Con que vas de listilla?

No era la primera vez que la teniente se veía envuelta en una situación en la que la balanza no estaba inclinada a su favor. Nueve tipos rodeándola, casi todos enormes y armados hasta las cejas, eran demasiados, incluso para una *skull*. Sin embargo, ella no se lo pensó dos veces y comenzó a dar hostias a diestro y siniestro, empezando por el que la llamó listilla.

No cabía duda de que, en algún momento, la suerte se pondría en su contra y acabaría con alguna puñalada o acribillada a tiros, pero no estaba dispuesta a morir de brazos cruzados.

Un individuo levantó la mano amenazándola con un cuchillo. Se abalanzaba rápidamente hacia ella cuando, de la nada, surgió una enorme sombra que saltó sobre él y le arrancó el brazo de un mordisco.

—¡Cuidado, es un maldito Jaguar! —gritó Armando.

Aquella bestia, que arrancaba miembros y daba zarpazos a los sujetos que rodeaban a la teniente, no era un felino cualquiera. ¡Mamá Jaguar había acudido al rescate de Brooke!

La distracción que causó la agresividad del fastuoso animal permitió a la *skull* recoger sus armas del suelo y liarse a tiros con aquellos canallas. Ella se cargó a tres mientras mamá jaguar desgarraba al resto. Era como si de repente, la suerte se hubiese puesto a su favor.

Inoportuno como un dolor de muelas, el grupo de Gómez aparecía a lo lejos, dando tiros y obligando a Brooke y a su aliado felino a salir huyendo.

—¡Larguémonos de aquí! —dijo ella palmeando con suavidad el lomo del animal.

Skull y jaguar desaparecieron en la espesura esquivando un mar de balas. La agilidad del felino hizo que sus caminos se separasen a los pocos segundos de emprender la huida.

Una vez la teniente estuvo segura de que nadie la seguía se detuvo, se agarró a sus rodillas y, durante unos minutos, trató de recuperar el aliento,

estaba agotada.

Un seco rugido la obligó a levantar la cabeza y a mirar al frente. A apenas cinco metros de distancia, mamá jaguar y dos de sus cachorritos se mostraban ante ella sin llegar a aproximarse. Las crías se entretenían jugando entre sí, ajenas a todo lo que acontecía a su alrededor, mientras mamá jaguar y Brooke cruzaban sus miradas.

Las rasgadas pupilas del jaguar y la dilatada mirada turquesa de la teniente se examinaban con atención, inyectándose mutuamente infinidad de gratitud; resultaba una experiencia única, sublime. Tras un nuevo rugido, esta vez más vigoroso, mamá jaguar y sus crías desaparecieron entre el follaje.

—¡Mierda! He perdido las pistolas. —Contemplando el tupido paisaje que la rodeaba, se dijo—: Cambio de planes. Lo primero será volver a orientarme.

Con mucha probabilidad, ese tal Gómez y sus hombres estarían siguiéndole los talones, por lo que tendría que proceder con mucha cautela. Además, si no había oído mal la conversación de este a través del *walkie*, iba a comunicarle su captura a la doña y al equipo rastreador.

«¿Quién sería esa doña? ¿La mujer que mencionó el hombre del pelo blanco al que mató de un tiro? ¿La culpable de todos sus males?».

Brooke estaba segura de que esa mujer de la que hablaba Gómez había venido en el helicóptero que ella disparó. De lo contrario, ¿para qué necesitaría un equipo rastreador?

—Si esa zorra está aquí, me aseguraré de arrojar su cabeza a los caimanes. —De la rabia extrema que sentía partió una rama de un rodillazo.

Tras orientarse y sopesar sus posibilidades, decidió ir en busca de los chicos. Tenía miedo de que esa mujer y el equipo de rastreadores que la acompañaban pudieran haberlos encontrado. De ser así, necesitaría más que suerte, necesitaría un milagro.

A toda prisa, y conforme avanzaba la tarde soportando altas temperaturas, cruzó la selva hasta alcanzar su objetivo, con el presentimiento de que algo malo había sucedido. Como no, así fue. Nada más llegar al refugio encontró a Vincenzo tirado en la entrada de mala manera con un cuchillo clavado en el pecho, muy cerca del corazón.

—¡Vincenzo! —gritó y, al arrodillarse junto a él, se percató de que la

bolsa que Dwayne se había llevado con él estaba rota y tirada a un lado, como si alguien le hubiese dado una patada—. ¿Dónde están los chicos?

Pese a encontrarse en la sombra, el guardaespaldas abrió los ojos, como si el sol estuviera castigándolo con insidia y, haciendo un enorme esfuerzo, musitó:

—Los han capturado... —Tras exhalar un último aliento, su cuerpo se laxó e, inerte cual figura de cera, quedó mirando al cielo.

La teniente frunció la barbilla, aguantando las ganas de llorar. Ese hombre, que yacía a su lado, se había convertido en algo más que un protector, había llegado a ser un excelente amigo. Sin embargo, a pesar de tan amargo trago, no era el momento de lamentaciones, era hora de actuar.

—Descansa en paz, querido Vincenzo. —Le cerró los ojos y, rabiosa a más no poder, se puso en pie y se dirigió hacia la bolsa.

Tomó la única botella de alcohol que quedaba intacta y un par de objetos que podrían servirle e, imparable, puso rumbo hacia el lugar donde estaba segura encontraría a sus dos amores.

El excesivo calor y la alta humedad levantaron una espesa neblina que envolvía el entorno. Evitar la infinidad de peligros que la rodeaban resultaba cada vez difícil: arañas, serpientes, plantas venenosas... Cada metro que avanzaba resultaba un desafío y si ella resultaba herida, no podría ser de ayudar; lo que la empujó a frenar el compás tan acelerado que llevaba.

En condiciones normales, le hubiese llevado una hora llegar hasta a los restos del avión, pero el ritmo tortuga al que se vio obligada a avanzar hizo que la noche se le echara encima. Para colmo, el miedo a que algo le hubiese ocurrido a sus chicos hacía que el corazón le latiera colérico.

«¿Seguirán vivos?», se preguntaba a cada paso.

Si esa mujer que tanto deseaba acabar con John había sido capaz de hacer que su avión se estrellara, ¿por qué iba a mantenerlo con vida una vez lo encontrara? No tenía sentido, por lo que el miedo a que sus dos amores ya estuvieran muertos la acompañó todo el trayecto.

Horas más tarde, por fin, alcanzó su objetivo. Un grupo de doce hombres, sin rastro visible de ninguna mujer, habían acampado junto al río, a unos doscientos metros de los restos del avión. Como la teniente había

pronosticado, el único claro en varios kilómetros a la redonda donde un helicóptero dispondría de un punto en el que aterrizar a ese lado de la orilla.

Brooke respiró aliviada cuando vio a John y a Dwayne atados a un árbol. ¿Por qué los mantendrían con vida? Sin lugar a dudas, se trataba de una trampa: su rescate parecía demasiado fácil. Estaba segura de que, en algún lugar de aquella inhóspita selva, alguien estaría aguardándola al acecho para poder capturarla.

Incapaz de ubicar la trampa que, con total seguridad, esa gente había preparado para ella, decidió curarse en salud e hizo lo que ningún rastreador esperaría: mantenerse bien alejada de los prisioneros hasta el momento del ataque.

Mientras tanto, le daría tiempo a preparar el plan que tenía en mente. Con ayuda de su cuchillo, recogió bulbos de plantas que seleccionó minuciosamente y que roció con el alcohol. Rasgó un pedazo de tela de su vestido y envolvió las raíces en él.

A continuación, buscó un nido de hormigas bala y, con cuidado de no ser picada, dejó la botella, en la que había metido un surtido de bichos y plantas espachurradas, junto a la entrada. En menos de tres minutos el envase estaba repleto de hormigas, que, gracias al cebo que ella había metido en su interior, estaban aceleradas y más agresivas de lo habitual.

La simple picadura de una de esas hormigas era cuarenta veces más dolorosa que la de una avispa. Algunos desafortunados que habían sufrido dicha experiencia comparaban el dolor con el disparo de una bala; de ahí su nombre.

El largo periodo de tiempo que la teniente había pasado en el Amazonas como parte de su entrenamiento para convertirse en *Skull* le había enseñado muchos trucos. Trucos con los que estaba dispuesta a recuperar lo que aquellos desconocidos sin escrúpulos le habían arrebatado.

Por fin, llegó el momento ideal para que Brooke pudiese aproximarse al campamento. El clan de escoria humana que amenazaba sus vidas comía con aparente tranquilidad alrededor de un fuego en tanto sus dos hombres continuaban atados al árbol desde el que eran vigilados.

La teniente arrancó otro pedazo de su vestido y se lo ató a modo de bandana alrededor de la nariz y de la boca. Justo cuando se disponía a lanzar los bulbos empapados en alcohol en el centro de la fogata de esos tipejos, dos mujeres —una rubia y la otra morena— aparecieron de la nada junto a seis hombres de aspecto muy agresivo y se plantaron frente a John y a Dwayne.

—Parece que tu prometida no tiene interés alguno en acudir a vuestro rescate —dijo la rubia con un marcado acento mexicano, tomando la barbilla de John y obligándolo a mirarla a la cara—. Lo más seguro es que haya muerto, mis hombres me aseguraron que la frieron a balazos.

El cantante cerró los ojos, tratando de ocultar su dolor ante las crueles palabras de aquella mujer. No hacía más que pensar en Brooke, en que no volvería a verla jamás.

—Así fue, doña —confirmó Gómez dirigiéndose a la rubia, que claramente estaba al mando—. Aunque no encontramos el cadáver. Tal vez la devorara el jaguar que andaba por la zona.

—Deberías haberme elegido a mí, querido John —continuó la mujer poniéndose en pie y, tras asestarle una penosa patada en la pierna, añadió—: Ahora tendrías una prometida que respira.

Sin duda, la rubia de bote tenía aires de grandeza. Al comprobar que los que la rodeaban se partieron de risa por el puntapié que le había asestado a John, repitió el golpe con la única intención de que sus hombres volvieran a reírle la gracia.

Era tan bajita y tenía un aspecto tan endeble que, con mucha probabilidad,

aquellos tipos se estuvieran carcajeando del lamentable espectáculo que ella misma estaba dando cada vez que levantaba la pierna con trabajoso esfuerzo y se tambaleaba debido a los pesados e inapropiados zapatos de plataforma que llevaba.

El *look* de divina que llevaba era excesivo, además de ridículo. El vestido rosa corto de lentejuelas que lucía chisporroteaba hasta cegar al resplandor del fuego y, de seguro, la buena capa de maquillaje que se había puesto se estaría derritiendo por el calor.

La doña, como sus hombres la llamaban, parecía lista para pasearse ante los *flashes* de cualquier alfombra roja y no para patearse la selva de cabo a rabo.

—Supongo que ya no importa. ¿Verdad, mi amado John? Muerto no te va a hacer falta prometida. —Se encogió de hombros con aparente recochineo—. Aunque, antes de cortarte el cuello, haré que te arranquen los huevos por lo que me hiciste.

A pesar de su aspecto frágil y de su corta edad —no aparentaba más de veinticinco—, el veneno que escupía por su boca retumbaba con malévolamente potencia.

La morena que la acompañaba era muy alta y de aspecto vigoroso. Al contrario que la pequeña divina y en concordancia con los hombres, vestía con aire militar. Por el tipo de uniforme que llevaba, no cabía duda de que ella era la cabecilla de aquellos guerrilleros.

—El lugar donde encontramos a mis hombres parecía una auténtica carnicería. Seguro que gran parte de esa sangre era de tu prometida, pendejo —añadió la morena mirando a John y, dándose la vuelta, ordenó a uno de sus secuaces—. ¡Carlos, tráeme un cuchillo!

—No hagas caso a esta gente, John. Estoy seguro de que Brooke está viva —susurró Dwayne apaciguando el oído de su amigo.

La rubia era totalmente desconocida para la teniente. De hecho, se preguntaba de qué conocería John a ese pequeño mono de feria y qué es lo que este le habría hecho para que estuviera tan enfadada. Sin embargo, en el instante en el que la morena se dio la vuelta para pedir que le trajesen un cuchillo, Brooke entró en cólera.

—¡Esmeralda! —gritó en su cabeza al reconocer a una de las auxiliares de vuelo. Acto seguido, se miró las botas que le había arrebatado al caimán y musitó para sí—: Estaba segura de que era Rubí la que olía a mierda, pero veo que la pelirroja tuvo mala suerte al saltar del avión; o me equivoqué con ella.

Cuando el tal Carlos movió un músculo para obedecer a Esmeralda, la teniente sintió un fuerte escalofrío recorriéndole el cuerpo. Después de todo lo experimentado gracias a esa gente rebosante de maldad, temía que, en cualquier instante, la rubia ordenara que acabaran con la vida de sus dos amores sin contemplación alguna. Era el momento de atacar o perdería lo que más quería en este mundo.

Con una puntería envidiable y sin que aquellos tipos se percataran de nada, lanzó los bulbos empapados en alcohol en el centro de la fogata, provocando una fuerte explosión. De inmediato, un humo blanco empezó a esparcirse a toda velocidad por el campamento.

Brooke tenía que llegar hasta sus chicos antes de que aquella nube blanca los alcanzara o, de lo contrario, el veneno entraría en sus cuerpos en cuestión de segundos.

La confusión y el caos estallaron entre aquellos desalmados que huían del humo a la vez que intentaban averiguar de dónde provenía el peligro. Sin embargo, aquel veneno era tan efectivo que derrumbaba a todo aquel que acariciaba en un abrir y cerrar de ojos.

Sin hacerse esperar, lanzó la botella de hormigas bala hacia el grupo que se encontraba más alejado de la nube. En cuanto el cristal se hizo añicos, los furiosos insectos se liberaron y empezaron a saltar sobre todo aquel que se cruzaba en su camino. Aquellos infelices que sufrían picaduras caían al suelo gritando del insoportable dolor.

Con mayor agresividad que las hormigas bala, la teniente atravesó el campamento directo hacia la rubia. Tenía intención de acabar con esa mujer, aunque fuese la última cosa que hiciese en este planeta.

Previo a alcanzar su objetivo, se vio obligada a noquear a un par de sujetos que, por orden de su doña, trataron de protegerla. Mientras tanto, ella escapaba escoltada por uno de sus hombres, que, ante la torpeza de esta, tuvo que cargar con ella a hombros hasta una pequeña embarcación que custodiaban junto a la orilla.

Esmeralda aguardaba con aparente tranquilidad y con sonrisa taimada a que Brooke finiquitase a sus esbirros. Al parecer, no le sorprendía la brutal paliza que ella le estaba propinando a dos de sus hombres, corpulentos y altos como torres; los sacudía sin piedad.

Una vez libre de todo obstáculo y ya que la rubia había huido cual gallina desplumada, la teniente avanzó hacia Esmeralda con deseo de fulminarla. La morena, al ver la mirada de fuego de la mujer que avanzaba hacia ella, sacó una pistola de la trasera de su cintura y apuntó a la cabeza de esta.

A pesar de encontrarse exhausta, por no haber comido ni descansado en todo el día, Brooke sacó el cuchillo de su bota y se lo lanzó sin miramientos, haciendo blanco en el hombro de esta y obligándola a soltar el arma. No cabe duda de que podría haberle atravesado el corazón y haber acabado con Esmeralda de una vez, pero necesitaba respuestas antes de matarla.

Mientras las dos mujeres quedaban frente a frente cual duelo de titanes, los guerrilleros que se retorcían por el suelo gritaban como locos debido al dolor que el veneno de las hormigas les habían infringido hasta que la nube blanca se encargaba de ellos.

—¡Vaya! Resultas extremadamente difícil de matar. —Esmeralda se sacó el cuchillo del hombro sin ningún indicio de dolor—. En menos de veinticuatro horas has sobrevivido a un accidente aéreo, a varios tiroteos y, lo más sorprendente, a la mismísima selva. Diría que eres una chica con mucha suerte, Brooke.

—Me temo que no voy a poder decir lo mismo de ti en unos segundos, Esmeralda. —Se detuvo a un metro de ella, se bajó el trapo que le cubría la boca y la nariz y, mirando a sus dos amores de soslayo, les preguntó—: ¿Estáis bien?

John y Dwayne se habían venido arriba al ver a su chica vivita y coleando, resultaba todo un alivio, un nuevo sople de vida.

—Sí, pero ese humo que está tumbando a todo el mundo se está acercando con rapidez. —Dwayne intentaba romper las cuerdas.

—¡Date prisa en sacarnos de aquí, Brooke! —gritó John alterado.

—Tranquilos, no tardaré. —En un estudiado movimiento, dio un par de pasos hasta colocarse junto a la pistola que Esmeralda había dejado caer—.

Solo necesito hacerle un par de preguntas a esta señorita.

—¿No tienes intención de matarme, teniente Daniels? —dijo Esmeralda con recochineo al ver que Brooke apartaba el arma de su vera de una patada.

—¿Teniente? —Exhaló una sonrisa forzada—. Si sabes quién soy, también sabrás que no me hace falta ninguna pistola para acabar contigo. —Volvió a encararse a ella—. Ahora dime, Esmeralda, ¿por qué queréis matarnos? ¿Por qué vais tras John?

—Verás, yo solo soy una mandada. —A traición, arremetió contra ella cuchillo en mano—. No más cumplo órdenes.

Brooke sorteó la embestida con el antebrazo y contrató golpeándole el hombro dañado y, en una súbita maniobra, despojándole del cuchillo, que lanzó hacia sus dos amores con idea de que ellos pudieran hacerse con él y usarlo para escapar de sus ataduras. El humo blanco rondaba cerca de Dwayne.

—¿Por qué tantas molestias para acabar con John? —espetó Brooke soltándole un par de soberanos puñetazos en toda la boca a la vez que bloqueaba los golpes de esta—. ¿Qué ha hecho que haya sido tan grave como para merecer este continuo castigo?

—Me pagan para cumplir órdenes, teniente. —La apartó de ella de una patada en el estómago que la hizo caer de espaldas—. No para contestar a tus estúpidas preguntas.

Esmeralda no era un *skull*, pero desde que era una niña había sido entrenada para matar. Era una asesina a sueldo, lo que en el mundo en el que se había criado se conocía como sicaria.

Era experta en todo tipo de artes marciales, en armas de fuego y, además de ser una rastreadora nata, practicaba un macabro deporte: matar por placer. Podría decirse que Brooke había encontrado en Esmeralda una digna rival.

En tanto las dos mujeres se enzarzaban en una lucha de altos vuelos, en la que ambas se regalaban hostias que dejarían a cualquier mortal medio muerto, Dwayne había conseguido llevarse el cuchillo a la boca, ayudándose de los pies, y estaba cortando las cuerdas que los mantenían atados al árbol. A punto de lograr librarse de sus ataduras, el humo alcanzó su nariz y el veneno lo dejó cao de inmediato.

Al ver cómo su amigo perdía el conocimiento sin saber qué consecuencias tendría dicho veneno sobre él, John forcejeó como una bestia hasta lograr romper el resto de las cuerdas. Poseído por un subidón de adrenalina, apartó a Dwayne del humo, arrastrándolo por el suelo y, una vez lo dejó a salvo lejos de la nube, volvió para ayudar a su prometida.

Los dos guerrilleros que Brooke había tenido que noquear para abrirse camino hasta Esmeralda se estaban recuperando de la paliza y, pistola en mano, se preparaban para arremeter contra ella. Sin pensárselo dos veces, John cogió una rama del suelo y golpeó a uno de ellos en toda la jeta, haciéndolo sangrar de forma profusa. El sujeto cayó de rodillas medio atontado, dejando caer la pistola que llevaba.

—¡Te voy a arrancar la cabeza, hijo de la chingada! —gritó el tipo, poniéndose de nuevo en pie dispuesto a cargarse al cantante.

Sin embargo, John no le dio tregua. Antes de que el individuo pudiera pestañear, veloz como una cobra, le atizó una patada en toda la boca y se lanzó en plancha sobre la pistola que había quedado en el suelo.

Sin miramientos, se dio la vuelta y, tirado de espaldas, le dejó seco de un tiro en la cabeza. A continuación, intentó disparar al otro hombre que se le aproximaba amenazante, pero, al apretar el gatillo, un clic secó lo sorprendió: el cargador se había quedado sin balas.

—Reza lo que sepas, puto. —El tipo apuntaba a John con su pistola—. Te voy a mandar derecho al infierno, pendejo.

—Tal vez otro día, colega. Ya tengo bastante con este maldito calor. —El roquero le lanzó el arma que sostenía con tanta puntería que acertó a darle en todo el ojo. Sin un segundo que perder, le atizó una patada en las pelotas y, cuando este cayó de rodillas, le arrebató el arma y le pegó un tiro entre ceja y ceja.

El humo se esparcía con celeridad por doquier mientras las dos mujeres seguían pelando como leonas en celo, intentando mantenerse alejadas de la nube blanca. John, osado como jamás lo había sido, avanzó hacia Esmeralda por la retaguardia de esta y le golpeó en la cabeza con la culata de la pistola. Acto seguido, la lanzó hacia el humo de una patada en el culo, cogió a su chica de la mano y, cual macho alfa, la arrastró lejos del peligro.

—¡Vámonos de aquí! —ordenó John, metiéndose el arma en la cintura del

pantalón—. Ayúdame a cargar con Dwayne, Brooke.

—Espera, necesitaremos luz. —La teniente se tapó boca y nariz con su improvisada bandana, se acercó hasta el fuego, prendió una antorcha y regresó junto a sus chicos—. Ya podemos irnos.

Con ayuda de Brooke, John cargó a su amigo al hombro y, mientras ella guiaba a través de la oscuridad y de los riesgos de la selva, la pareja de tres se alejó del campamento, huyendo de la temible nube blanca, que no cesaría hasta que los bulbos se quemasen por completo.

—¡Joder! ¡Cómo pesa Dwayne! —murmuró avanzando entre la maleza con creciente esfuerzo—. ¿Qué narices era ese humo, Brooke? ¿Se pondrá bien?

—Lancé raíces de Gharandara a la hoguera, el humo deja paralizado durante unas horas.

—¿Unas horas? ¿Cuántas? —protestó deteniéndose y dejando al *seal* en el suelo apoyado contra un árbol—. Estoy agotado, no podré seguir avanzando a este ritmo por mucho más tiempo. Dwayne pesa demasiado.

—Haré un fuego y pasaremos aquí la noche —dijo apilando unas ramas y prendiéndolas con la antorcha.

—¿Y si esos tipos se despiertan y deciden seguirnos el rastro?

—Esa gente no despertará en seis o siete horas y menos mientras sigan inhalando el humo blanco. Y te aseguro que esos bulbos continuarán ardiendo hasta mañana. Les llevamos gran ventaja, nos podemos permitir descansar esta noche. —Se arrodilló junto a Dwayne y, mientras le acariciaba la cabeza, exhaló un gran suspiro.

El cantante se abalanzó sobre su prometida, la levantó del suelo cogiéndola por los codos y la abrazó con fuerza, como si tuviera miedo de que fuera a esfumarse de un momento a otro.

—¡Cómo te he echado de menos, mi amor! Esa maldita escoria me dijo que te habían disparado, que estabas muerta. Según los escuchaba, pensé que me moría. —La besó con anhelo—. Sentí un enorme alivio al verte aparecer en el campamento.

—Hace falta más que un grupo de mercenarios y de asesinos a sueldo para acabar conmigo. —Bromeó y volvió a besarlo.

—Cuando Dwayne me dijo que de repente empezaste a recordar todo, que te acordabas de mí, de nuestra vida... —Resopló y la estrechó con más fuerza.

—Siento haber sido tan brusca contigo. —Suspiró—. Pero me sentía perdida, indefensa. Mi instinto solo me gritaba que no me fiara de nadie.

—No importa, amor. Te comprendo, es lógico. —Se besaron y se abrazaron, como si no se hubiesen visto en años—. Si no fuera por la debilidad que siento, te haría el amor aquí mismo. —Se tocó el estómago al sentir cómo le rugía.

—Debes estar muerto de hambre. —Recogió la antorcha de entre las llamas—. Dame unos minutos y conseguiré algo de comer.

—¿No pensarás traerme gusanos o algún tipo de bicho? —Negó con la cabeza—. ¡Agg! No creo que aún tenga tanta hambre como para comerme eso.

—No seas picajoso, John. Además, los gusanos saben a mantequilla. ¡No sabes lo que te pierdes! —Sonrió al verlo retorcer el gesto—. Ten el arma a mano y procura no apartarte del fuego. Vuelvo enseguida.

—Esta pistola no tiene balas —contestó sacándosela de la cintura del pantalón—. Me quedé sin munición tras disparar a uno de ellos.

—Pero esta sí. —Le entregó una que sacó de su bota—. La encontré en el suelo cuando volvía de encender la antorcha.

En menos de veinte minutos, Brooke regresó con algunas plantas, que cocinó sobre una piedra junto al fuego, y varias frutas rojas en forma de huevo. Del árbol bajo el que se habían sentado colgaban varias lianas de las que obtuvo agua de lluvia, que se había acumulado en su interior. Antes de empezar a comer, la teniente consiguió, no sin esfuerzo, que Dwayne tomara algo de líquido para mantenerlo hidratado.

—¿Cuánto tiempo crees que estará dormido, Brooke?

—Dwayne es muy fuerte y no ha inhalado mucho humo. Seguro que despierta en un par de horas.

Una vez el *seal* quedó bien atendido, la pareja se sentó alrededor del fuego y degustó el exótico banquete que ella había preparado.

—¡Hmm, esto está delicioso! Sabe a queso. ¿Qué es?

—Son huevos de Ñuru, una fruta que posee muchas proteínas.

—¿Cómo sabes tanto sobre la selva, amor? —Satisfecho, dejó la comida a un lado, cogió a su chica de las caderas y la sentó en su regazo de cara a él.

—Ya te dije que tuve que pasar mucho tiempo en el Amazonas como parte de acceso a los *Skulls*. —Le limpió un churrete que le corría por la barbilla—. ¿Quién era esa gente, John? Aquella rubia parecía conocerte muy bien.

—¿Recuerdas que cuando estuvimos en Bora Bora te hablé de un concurso televisivo en el que me tocó ser el premio gordo?

—¿*Enamórate de mí*? ¿El programa en el que pasabas una semana en un resort de lujo junto a una desconocida fingiendo que te enamorabas de ella?

—Ese mismo. —Bufó—. Pues esa rubia es la chica con la que compartí esa semana. Resulta que esa chiflada es la hija del dueño de la cadena de hoteles. —Agitó la cabeza—. Yo no tenía ni idea de que Victoria era hija de Héctor King. Ahora entiendo cómo ha podido conseguir tanta información sobre nosotros y disponer de tantos medios para hacernos daño. Héctor King es un tipo muy poderoso.

—Y, por lo que hemos comprobado, muy peligroso. —Chasqueó la lengua—. ¿Así que esa tal Victoria es la que nos ha estado jodiendo desde un principio?

—Sí. Al parecer, se tomó muy mal que la utilizara y que luego la dejara como a un pañuelo usado. —Resopló alterado—. Aunque sabía que esa chiquilla se había enamorado de mí de verdad, te juro, Brooke, que pensé que le habían avisado de que todo era un montaje. ¡Jamás jugaría con los sentimientos de una persona! ¡Jamás!

—Tranquilízate, cariño. No te castigues por eso. —Posó las manos en los hombros de él con intención de calmarlo—. Esa niña mimada no fue la elegida al azar para pasar una semana contigo. No ganó ningún concurso, se eligió a sí misma utilizando el poder de papá. Sabía perfectamente a lo que estaba jugando. Con mucha probabilidad estaría encoñada de ti y papi le consiguió lo que su niñita tanto quería.

—Sí, pero jugué con sus sentimientos, yo...

—Mira, John. Alguien que aguarda dos años para vengarse por despecho y llega tan lejos no tiene que estar muy bien de la cabeza. ¿No crees? —Resopló

—. ¡Por el amor de Dios! Si ha hecho que nuestro avión se estrellara y ha contratado a todo tipo de asesinos para acabar con nosotros. ¡Esa zorra está majara! —Bufó—. Y no te olvides de lo que le hizo a Kyla, a tu padre, a tu guardaespaldas...

—¡Yo lo empecé todo, Brooke! —gritó interrumpiéndola.

—No te culpes por la locura de los demás, cariño.

—No, no me refiero a eso. Yo... —Agachó la cabeza—, estoy tan avergonzado.

—¿Qué estás tratando de contarme, John? —Le obligó a mirarla, levantándole la barbilla y, tras besarle los labios, susurró—: A mí puedes decírmelo. Puedes confiar en mí.

—Yo comencé con las amenazas. Yo empecé toda esta mierda, Brooke.

—¿Tú hiciste que golpearan a tu guardaespaldas y que intentaran estrangular a Kyla? —Entrecerró los ojos.

—¡Por dios, no! ¡Yo jamás haría eso! —Tragó saliva y, tras vacilar unos segundos, continuó—: Estaba tan harto de la vida tan falsa que llevaba que me inventé lo de las amenazas. —La apartó de su regazo, se levantó y se quedó como hipnotizado mirando al fuego.

—¿Qué te llevó a hacer algo así? —Se puso en pie y lo abrazó por la espalda.

—Quería tener una excusa para poder dejarlo todo, para poder huir lejos sin parecer un cobarde. —Exhaló un gran lamento—. Mi guardaespaldas, TJ, y yo lo planeamos todo. Simulamos que lo habían golpeado y, mientras él cogía una fingida baja, se encargó de enviar las notas de amenazas, de dejar las gallinas muertas sobre las camas, como si siempre se tratara del mismo acosador, y de todo lo demás. Pagamos a mi ayudante, la que tuve antes de contratar a Abby, mucho dinero para que también fingiera un ataque y la enviamos a Tailandia para que se tomara unas largas vacaciones.

—¿Fue TJ quien atacó a Kyla?

—No, ya te he dicho que no. —Se dio la vuelta y la miró a los ojos—. Nunca utilizaría a Kyla para algo así ni aunque ella me diera su consentimiento. Pero cuando recibí la llamada de su marido, diciéndome que

habían intentado estrangularla, se me vino el mundo encima.

—Si TJ no tuvo nada que ver con lo que le ocurrió a Kyla, ¿quién dejó la gallina muerta sobre su cama? Acabas de admitir que él mismo dejaba esa firma junto a las notas de amenazas.

—Exacto. Entonces comprendí que alguien había descubierto mi plan y lo estaba utilizando para hacerme daño.

—¿Por qué no me lo contaste desde el principio, cariño? —Le estrechó las manos.

—Estaba muy avergonzado, además de aterrorizado. No tenía ni idea de quién podía haber descubierto mis intenciones, de quién había empezado a llevar a cabo todas las amenazas que me había inventado. Y de pronto, TJ desapareció. —Gruñó—. No he vuelto a saber de él desde entonces. ¿Cómo iba a imaginarme que una niña desechada sería capaz de hacer todo eso?

—¿Crees que Victoria mantiene a TJ secuestrado?

—Después de todo lo acontecido. —Negó con la cabeza a la vez que una lágrima comenzó a rodar por su mejilla—. No creo que siga con vida. Por mi culpa, TJ está muerto. Por mi culpa, personas a las que quiero han sido atacadas, envenenadas, mutiladas o están muertas... —La tomó de la nuca y pegó su frente a la de ella con lágrimas saliéndole a borbotones de los ojos—. Por mi culpa, casi te pierdo a ti. ¡Lo he jodido todo! Estamos metidos en esta mierda por mi culpa, Brooke; todo lo que ha pasado es culpa mía.

Ella se lanzó a su boca, lo besó con arrebató mientras lo abrazaba con ternura y, a la vez que compartía lágrimas con él, le susurró al oído:

—Nada de lo ocurrido es culpa tuya. El destino nos ha jugado una mala pasada a los dos y, por suerte o por desgracia, hemos acabado juntos en esto.

—Yo solo quería llevar una vida normal, lejos de todos. Quería alejarme de toda esa falsedad que siempre me ha rodeado. No quería que nadie sufriera y, ni en broma, que nadie muriera.

—Lo sé, mi amor. —Le besó las manos—. Las cosas suceden porque sí; por alguna razón que va más allá de nuestro entendimiento. Siempre nos toca preguntarnos qué habría pasado si hubiéramos actuado de otra forma, si hubiésemos optado por seguir otro camino. Pero ya no hay vuelta atrás. —Negó con la cabeza—. Ahora, solo tenemos que intentar solucionarlo, pelear

por lo que queremos y seguir con nuestras vidas sin mirar atrás.

—Resulta tan fácil respirar cuando estoy a tu lado, Brooke. —En una caricia con el dedo, le limpió las lágrimas que resbalaban por su mejilla—. No sé qué hubiese sido de mí de no haberte conocido. Eres mi fuerza, mi talismán, mi brújula...

—Y tú eres toda mi vida, John. —Miró a Dwayne con altas dosis de cariño—. Vosotros sois todo mi mundo.

En cuestión de segundos, la pareja se fusionó uno dentro del otro, hasta convertirse en una única alma, en un único ser. Junto al calor de las llamas, ella lo cabalgaba con delirio, clavándose en su jugosa polla una y otra vez, hasta el agotamiento.

Tras hacer el amor fogosamente, la pareja se acomodó abrazada junto al *seal* y, mientras John descansaba, Brooke aguardaba a que su otro amor despertara. A penas pasaron dos horas cuando Dwayne abrió los ojos.

—¿Cómo te encuentras, cariño? —susurró ella acariciándole la cara.

—Como si me hubieran dado un martillazo. ¡Ahh! —Se llevó la mano a la cabeza y, tras echar un vistazo de reconocimiento a su alrededor, le tomó la cara con las manos con angustia—. ¿Vosotros estáis bien? ¿Estás herida? ¿Te han hecho algo?

—Cálmate, solo tengo algunos golpes sin importancia. —Se abalanzó hacia su boca y lo besó—. ¿Tienes hambre? Hay algo de comer junto al fuego.

—Estoy famélico, me comería cualquier cosa. —Miró a su amigo, que dormía profundamente—. ¿John se encuentra bien?

—Sí, aunque debe de estar agotado. Cuando te quedaste paralizado por el humo le dio un subidón: te salvó y se cargó a dos de esos tipos. Le sacudió una patada a Esmeralda en todo el culo, que la lanzó a la nube, y después cargó contigo hasta aquí.

—No, si cuando se ve acorralado, aquí el amigo tiene mucho peligro. —Asintió, admirado ante la valentía de su colega.

—Siempre he dicho que John tiene madera de *skull*. —Sonrió.

La pareja se sentó alrededor de la fogata y, en tanto él reponía fuerzas gracias a la comida y al agua que Brooke había conseguido, ella le contaba todo lo sucedido.

Después de hablarle acerca de Victoria King, de lo que John le había confesado y de besuquearse, ella apoyó la espalda en el árbol en el que el roquero reposaba y, mientras Dwayne vigilaba, durmió abrazada a su otro amor. Llegado el alba, el *seal* no tuvo más remedio que interrumpir su

descanso.

—Brooke, cariño, despierta. Es hora de irnos. —Le acarició la mejilla—. Deberíamos seguir avanzando antes de que los hombres de King nos encuentren. Despierta a John mientras yo apago el fuego.

La teniente se incorporó sin tiempo que perder y se arrodilló frente a su amado. Enredó los dedos en su pelo con intención de acariciarle la cabeza y, con suavidad, fue descendiendo la mano hasta su cara.

—Vamos, dormilón. Es hora de marcharse. —Al ver que no respondía y sentir que su piel estaba fría como el mármol, entró en pánico—. ¡John! ¡John, despierta! —Le zarandó sin conseguir reacción alguna—. ¡Dwayne, a John le pasa algo!

Con suma rapidez, el *seal* se agachó ante su amigo y, posando las manos sobre los hombros de este, le dio un buen meneo.

—¡John! ¡Vamos, despierta! —Al cogerle de la mano para comprobar su latido, descubrió una extraña picadura junto a su muñeca. Mirando a Brooke desconcertado, añadió—: ¡Algo le ha mordido, no tiene pulso!

—¡No puede ser! —Alterada a más no poder, lo tumbó en el suelo y comenzó a practicarle un masaje cardiaco. Llorando a lágrima viva, compaginaba compresiones en el tórax de este con insuflaciones boca a boca—. ¡No me hagas esto, John! ¡Respira, por favor! ¡No me dejes!

Al cabo de un par de minutos de arduos intentos, Dwayne cogió a su amada por la espalda y, con extremo pesar recorriendo su interior, la apartó de John.

—Está muerto, Brooke. No podemos hacer nada. —Arrodillados junto al cuerpo sin vida del cantante, la abrazó con fuerza.

—¡No! ¡No puede dejarme! ¡No puede estar muerto! —Sollozaba, aferrándose temblorosa al cuello de Dwayne—. No puede dejarme así... —repetía sin dejar de llorar.

—Lo siento mucho, cariño. Lo siento mucho —susurraba con los ojos cerrados, deseando que, al volver a abrirlos, todo hubiese quedado en una maldita pesadilla.

Tras intentar confortar a su amada durante un rato, Dwayne tomó la cara de

ella entre sus manos y cuando la apartó unos centímetros para mirarle a los ojos una bala atravesó el reducido espacio que quedó entre ellos, impactando en la corteza del árbol que había a su lado.

—¡Son los hombres de King! —gritó él poniéndose en pie y tirando de ella—. ¡Tenemos que irnos!

—¡No podemos dejarlo así! ¡No podemos! —Peleaba por librarse de sus brazos para regresar junto a su fallecido amor en tanto una ráfaga de balazos ponía en peligro sus vidas.

—¡Brooke, maldita sea! ¡Escúchame! —La zarandéó por los hombros intentando que entrara en razón—. John está muerto, no podemos hacer nada. Pero si no salimos de aquí, acabaremos como él—. Empezó la huida tirando del brazo de ella.

Mientras Dwayne la arrastraba a toda velocidad a través de la selva en tanto un centenar de balas amenazaban su existencia, la cabeza de Brooke no hacía más que visualizar el cuerpo sin vida de su John, repitiéndose que acabaría con Victoria King y con todos sus secuaces infligiéndoles un gran dolor. Ese ardiente deseo de venganza que hervía en su cabeza la obligó de sopetón a regresar a la realidad y a esquivar las balas.

«Vive hoy, lucha mañana», se dijo a sí misma acelerando el paso.

Los militares de élite huían de una cuantiosa banda de matones, que les seguían los talones muy de cerca, cuando, al abandonar la espesura de la selva y adentrarse en una despejada llanura, cayeron en una emboscada.

Esmeralda y varias docenas de sus hombres los aguardaban pistola en mano, formando una barrera de contención. Tan pronto como los matones que iban tras ellos les dieron alcance, los rodearon sin dejarles escapatoria alguna.

—No me equivocaba cuando dije que eres jodidamente difícil de matar. — Esmeralda se aproximó a la teniente—. Por cierto, buena jugada lo de ese humo blanco. Una suerte que los refuerzos no tardasen en llegar.

—Veo que necesitas infinidad de mercenarios para conseguir tu propósito. —Brooke señaló a los hombres de esta con un irónico golpe de cabeza—. ¿Tú sola no te ves capaz?

—¿Capaz? —Carcajeó—. Linda, mi intención era acabar contigo con mis

propias manos cuando nos interrumpieron. —Escaneó al *seal* de arriba abajo con incipiente sonrisa—. ¿Dónde os habéis dejado a John? Tengo intención de devolverle la patada a ese hijo de la chingada. Aunque haré una excepción con sus nalgas y, en su lugar, le destrozaré las pelotas.

La rabia que la teniente bullía en su interior estalló cual bomba de relojería. De una brutal patada tumbó a Esmeralda, haciendo que cayera de espaldas y recorriera el suelo con el culo un par de metros. Con súbita sincronía, los hombres de la morena levantaron sus armas, listos para disparar contra Brooke.

—¡Alto! ¡Ella es mía! —ordenó Esmeralda a sus hombres levantándose furiosa—. Tú y yo, pendeja. ¡Tú y yo! —Tiró su pistola a un lado y se encaró a la teniente.

Brooke sabía que, aunque consiguiera acabar con Esmeralda, el tiempo que a Dwayne y a ella les restaba en este mundo estaba contado. Aquellos matones jamás los permitirían salir de ahí con vida. Lo único que lamentaba era no poder darle a Victoria King su merecido.

—Será un placer ver cómo te ahogas en tu propia sangre, Esmeralda. —Brooke miró a su Dwayne y, segura de que iba a ser la última vez que el destino les permitiría estar juntos, le sonrió a modo de despedida. Antes de dar un paso al frente, ella le apretó la mano y le susurró—: Pase lo que pase, siempre te amaré.

—Yo también, belleza. Aunque acabe en el infierno, seguiré queriéndote. —Le aferró la mano, impidiendo que se alejara de él.

Brooke avanzó hacia su contrincante mirando a su amado por encima del hombro. A pesar de la fuerza con la que este la sujetaba, sus manos perdieron finalmente el contacto.

El pulso de él se aceleró y sus pupilas comenzaron a buscar inquietas una salida, pese a que su corazón sabía que no habría escapatoria.

Las dos mujeres quedaron cara a cara, el duelo a muerte no tardaría en dar comienzo. Solo una de las dos quedaría en pie. Y ya que Brooke tenía todas las de perder y demasiada rabia contenida, decidió lanzar el primer golpe.

Un rechazazo en el puente de la nariz hizo que el primer chorro de sangre de la morena viera la luz. Antes de que esta pudiera reaccionar, la teniente le

asestó una doble patada en la cara y, tras agarrarla por el pelo, tiró de ella para sacudirle un rodillazo en toda la boca. Esmeralda sería una asesina nata, pero, al fin y al cabo, Brooke era una *skull*; una *skull* muy cabreada.

—¿Me lo parece a mí o te sangra la boca, Esmeralda? —soltó la teniente con recochineo.

—¿Crees que me asusta un poco de sangre? —Escupió en el suelo, dejando una enorme mancha roja.

Con gran rabia, la morena se abalanzó hacia Brooke con intención de darle un puñetazo, pero esta esquivó el golpe con el codo y, agarrándole de la muñeca, le retorció el brazo y, de una patada en el estómago, volvió a tumbarla en el suelo.

—Antes de partirte el cuello voy a hacerte mucho daño. Pienso hacerte pagar por todo lo que nos has hecho —espetó Brooke, pisándole la garganta a la vez que le retorció el hombro.

Por primera vez en su vida, Esmeralda sintió miedo. El cuerpo le temblaba y sentía cómo su cara palpitaba del insoportable dolor. No había tenido ni una sola oportunidad de golpear a la rubia embravecida que arremetía contra ella. Y, por los movimientos de esta, no parecía que fuese a tener muchas posibilidades. ¿Cómo podría aquello ser posible? Siempre había derrotado a sus adversarios sin apenas esforzarse. Había subestimado a una *skull* y no le cabía duda alguna de que tenía la batalla perdida.

—Lo siento —masculló a duras penas, empezando a ponerse morada cual berenjena.

—¿Cómo dices, Esmeralda? ¿Que lo sientes? No te entiendo bien. Repite, por favor. —Emitió un sarcástico bufido y continuó en modo punzante—. Vaya, perdona. No me había dado cuenta de que mi pie está aplastando tu garganta.

Brooke retiró el pie del cuello de su contrincante para permitirle que hablara. Libre del peso que le oprimía el gástrico, la morena comenzó a jadear intentando recuperar el aliento. Sin embargo, el pánico que sentía le hizo aprovechar la oportunidad para dar una orden a sus hombres.

—¡Matadlos! ¡Dispa...! —fue lo último que consiguió decir Esmeralda antes de que Brooke le aplastara la garganta con el pie.

Dwayne, que llevaba sopesando la idea de lanzarse a por la pistola que la

morena había tirado al suelo y convertirse así en diana para permitir que su amor escapara mientras a él lo cosían a balazos, se lanzó en plancha sobre el arma cuando un fuego cruzado empezó a volar por encima de su cabeza.

—¡Corre, Brooke! ¡Escapa! —gritó Dwayne alterado, disparando a tantos tipos como le era posible.

Desobedeciendo la orden de su amado, la teniente corrió hacia él y se lanzó a sus brazos dispuesta a morir a su lado. ¡Juntos hasta el final!

—Estás loca, mi amor. —Él la abrazó con fuerza, pero muy apenado—. Podías haber intentado salvarte.

—Sin John y sin ti, mi vida estaría igualmente acabada. —Ocultó el rostro en el torso de él.

La pareja cerró los ojos aguardando abrazados su trágico final. Sin embargo, al percatarse de que, por más disparos que oían, seguían con vida, echaron un vistazo a su alrededor.

Los hombres de King estaban cayendo como moscas uno a uno y ninguna bala parecía volar cerca de ellos dos. O esos tipos eran los peores tiradores del planeta o algo muy extraño escapaba a su comprensión.

En cuanto el último de los hombres de King cayó al suelo, el tiroteo cesó. Fue entonces cuando la teniente oyó murmullos en la distancia que fueron depurándose hasta convertirse en familiares voces que gritaban su nombre con insistencia.

Brooke se dio la vuelta y brincó de alegría al ver a su hermano Theo y a varios compañeros saliendo de entre la maleza. Su familia *skull* había acudido al rescate.

—¡Theo! —gritó ella corriendo a toda velocidad hacia él y lanzándose a su cuello.

—¡Cuánto me alegro de haberte encontrado con vida, Brooke! Nos temimos lo peor. ¿Estás bien? —El capitán de los *wings* la levantó en un abrazo y, tras darle un par de vueltas la dejó en el suelo e, inspeccionándola de arriba abajo, añadió—: ¡Dios, estás hecha un cristo!

—Yo sí que me alegro de verte, Theo. ¿Cómo me habéis encontrado?

—¿No hay besos para mí? —interrumpió Duke arrebatando a la teniente de

los brazos de su compañero.

—¡Duke! ¡Qué alegría verte!

—Lo mismo digo, pequeña. —La achuchó con fuerza—. Sabía que no podías estar muerta. ¡Lo sabía!

Brooke estaba tan exhausta y aturdida que abrazaba y saludaba a sus camaradas sin ser capaz de pensar en lo ocurrido. Su mente parecía estar fuera de servicio, perdida en algún rincón de aquella selva. Presentaba a Dwayne como a su amigo cuando reparó en un *skull* que se mantenía muy distante.

—Ahora mismo vuelvo, Dwayne. Necesito hablar con alguien.

—¿Es tu exprometido, Jared? —Perdió la mirada en el individuo, que su amada observaba con recelo.

—Sí. ¿Cómo lo has sabido? —Pestañeó.

—Después de lo que te hizo, yo también mantendría las distancias. —Le acarició el hombro—. Tómame todo el tiempo que necesites. Yo te esperaré aquí.

—Gracias, cariño. Le diré a Theo que te cure las heridas más profundas en tanto hablo con él.

Brooke respiró hondo y, mientras dejaba a Dwayne en compañía de su hermano, se aproximó a su exprometido. Por algún motivo, el pulso le temblaba y el corazón le latía inquieto. En el instante en el que ambos quedaron cara a cara, un incómodo muro de silencio se levantó entre ambos.

—Es un gran alivio verte con vida, Brooke. —El capitán cobra rompió el mutismo.

—Gracias por haber venido a rescatarme, Jared. Te estaré por siempre agradecida.

—A pesar de todo lo ocurrido entre nosotros, sigues siendo una *skull*. No tienes nada agradecer —respondió tirante—. Es mi obligación.

—Aun así. Gracias. —Sin dudarle, se lanzó a su cuello y lo abrazó con fuerza—. Significa mucho para mí.

Cual témpano de hielo el capitán cobra se mantuvo rígido, sin hacer el mínimo esfuerzo por tocarla. Ella, al sentir tanta frialdad, se apartó y,

mirándole a los ojos, murmuró:

—Bueno, supongo que nos veremos pronto. En breve volveré al trabajo—. Decepcionada, giró sobre sus talones para regresar junto a Dwayne, pero, al dar el primer paso, el cobra la hizo detenerse cogiéndola por el brazo.

—¿Brooke? Siento lo que le ha pasado a tu prometido. —Apartó la vista nervioso cuando ella se dio la vuelta y le clavó una penetrante mirada—. Lo encontramos mientras seguíamos tu rastro.

Ella asintió y, aguantando las ganas de llorar, volvió a darse la vuelta y, con la cabeza gacha, siguió con su retirada. Al notar la tristeza en los ojos de su exprometida, el cobra supo que la noticia que iba a darle era desconocida para ella y, aunque significara tirar piedras contra su propio tejado, continuó:

—Rico dice que ha tenido mucha suerte de que le haya picado una araña azul. De lo contrario, no hubiésemos podido reanimarlo.

—¿Có... cómo dices? —Se giró de sopetón, con el corazón dándose de topetazos contra la caja torácica—. ¿John está vivo? No puede ser, yo misma le tomé el pulso.

—Sí, está vivo. El veneno de esa araña duerme a su víctima y ralentiza sus latidos hasta detener su corazón, pero lo encontramos a tiempo —respondió ocultando su emoción. A pesar de todo, ver a su exprometida feliz y sonriente significaba mucho para él—. Oren y Blackman se lo han llevado en un JV-28 para que lo trate Chang cuanto antes.

—¡Está vivo! —Sin poder dar crédito a la noticia, de sus ojos aguados comenzaron a caer mil y una lágrimas de alegría y, una vez más, se lanzó a los brazos de su ex—. ¡Gracias, Jared, muchas gracias!

En esta ocasión, el capitán cobra la estrechó fuerte entre sus brazos. Sabía que no volvería a tener la oportunidad, por lo que cerró los ojos y se dejó llevar. Engañando a su propio corazón, optó por fingir que nada había ocurrido entre ellos, que todo era igual a la última mañana que despertaron juntos y seguían prometidos.

Pasado unos segundos la cruda realidad le golpeó con fuerza el pecho y el cobra volvió a tensarse. Con voz calmada, pero un tanto áspera, murmuró soltándola:

—Tengo que examinar la zona. Nos veremos en la base. —Sin más, se dio

la vuelta y se perdió en la espesura.

Brooke aguardó hasta que su ex desapareció de su vista. Sabía cuánto le había costado darle esa noticia y, por ello, le estaría por siempre agradecida.

Por otro lado, haber estado frente a Jared había hecho que sus sentimientos se revolviesen cual torbellino. ¡Lógico! El amor que ambos se habían procesado en sus buenos tiempos fue algo muy especial, único.

Tras agitar la cabeza, corrió a todo trapo hacia los brazos de Dwayne y, lanzándose a su cuello, gritó:

—¡Está vivo! ¡John está vivo!

Mientras parte del comando *Skull* permanecía en la selva para llevar a cabo el protocolo de limpieza y reconocimiento que siempre hacían tras cualquier altercado, Dwayne y Brooke viajaban a bordo de un avión de rescate rumbo a Oahu. Pronto volverían a estar junto a John y, por fin, disfrutarían de la vida que los tres habían planeado juntos.

Esposados en un rincón de la aeronave se encontraban Victoria King y uno de sus asalariados. Mientras Dwayne dormía un poco, la teniente Daniels se acercó hasta ellos furiosa. Se moría por reventarle la cara a hostias a esa niña malcriada, pero su hermano Theo la calmó, asegurándole que la larga temporada que aguardaba a la señorita King en prisión le haría pagar con creces todo lo que había hecho. Además, por haber atentado contra miembros de los *Silver Skulls*, el juicio se celebraría en Shark Bay. Ni de coña es niña iba a salirse de rositas. Sin embargo, la teniente quería desprenderse de la última gota de rencor que corría por sus venas e, ignorando el consejo de su hermano, le sacudió una brutal patada en toda su operada nariz.

—Has intentado joder al hombre equivocado, zorra —espetó Brooke, tirándola del pelo y obligándola a mirarle a la cara.

Sin el abrigo de sus mercenarios, Victoria se veía incapaz de reaccionar, temblaba aterrada y el dolor que palpitaba por todo su sangrante rostro la había dejado sin habla.

—Bueno, ya te has quedado a gusto, Brooke. —Theo puso los ojos en blanco y la apartó de Victoria—. Déjala ya. ¿No ves que esa cría está asustada?

—¡Esa jodida cría es la reina de las víboras! ¡No tienes idea de lo bicho que es, Theo!

—Sí, estoy al tanto de lo que ha hecho, pero cálmate y deja que la justicia le dé el resto de las hostias que merece.

La teniente resopló y se pasó la mano por la frente intentando relajarse.

—¿Cómo disteis con nosotros?

—Verás, Solomon se enteró de que el Bombardier en el que viajabais no llegó a su destino y convocó a todo el comando a una reunión de emergencia. En un principio, nos extrañó muchísimo que, con la mejor piloto del mundo a bordo, el avión pudiera haberse estrellado, por lo que el coronel no tuvo más remedio que contarnos la verdad.

—¿La verdad? —Entrecerró los ojos.

—Sí, nos dijo que, como favor especial hacia él, estabas protegiendo a John Kasser y todo lo concerniente a su acosador. No hace falta decir que todos perdimos el culo por subir a nuestros supersónicos y escanear el Amazonas siguiendo la ruta del Bombardier, hasta que localizamos los restos del avión.

—Los secuaces de King que iban a bordo nos drogaron. Me desperté minutos antes de que el avión se estrellara e intenté aterrizarlo en un claro, pero era demasiado tarde. —Bufó con decepción—. Cuando vi que las rampas habían sido dinamitadas supe que alguien había saltado del avión en pleno vuelo.

—Suerte que las drogas no surten el mismo efecto en ti que en el resto de los mortales y te despertaras en el último momento para poder rectificar el impacto.

—Ya te contaré la historia con más tranquilidad. Ahora solo quiero olvidar la horrible experiencia. —Agitó la cabeza—. ¿Dónde capturasteis a Victoria y a su esbirro?

—Yo mismo los descubrí yendo río arriba en una lancha mientras sobrevolaba la cuenca con mi JV-28. Me extrañó la vestimenta tan glamurosa de la tipa y supuse que podría ser parte del personal de John. Sin embargo, cuando descendí en vertical sobre ellos para subirlos al avión, el capullo que iba con ella empezó a disparar y no tuve más remedio que soltarles una descarga eléctrica. Oren les inyectó suero de la verdad y el resto puedes imaginártelo. ¡Joder lo que soltó la niña por esa boca! ¡Está de atar!

—¿Entonces entenderás perfectamente por qué me apetece partirle el cuello? —Bufó y se dejó caer en una butaca—. ¿Sabes? A pesar de que Jared

me ha dado la mejor noticia del mundo, diciéndome que John está vivo, ha estado muy frío conmigo. Seguro que ha odiado cada segundo que le han obligado a ir en mi busca.

—¿Odiado? Te equivocas, hermanita. —Chasqueó la lengua—. De hecho, Solomon le ordenó que permaneciera en la base, achacando que, después de lo que había pasado entre vosotros, sería lo mejor, pero Jared se puso hecho un basilisco. Tu cobra no dejaba de gritar que, aunque lo echaran de los *Skulls* por desobediencia, él iba en tu busca.

—Ya no es mi cobra, Theo. No después de lo que pasó. —Hizo un gesto de disgusto—. Además, ahora estoy comprometida con John.

—¿Así que lo vuestro va en serio? —Arrugó el ceño—. Solomon me dijo que vuestro romance era pura apariencia hasta que atraparas al asesino.

—Y así fue en un principio, pero... —Se encogió de hombros.

—¿Y qué hay de Dwayne? ¿Qué me he perdido? Me he fijado en cómo os mirabais, y el tipo no dejaba de observarte mientras hablabas con Jared. ¿Hay algo que quieras contarme, Brooke?

—Ya hablaremos en casa —murmuró levantándose para volver junto a su *seal*—. Ahora estoy demasiado exhausta.

—Tan reservada como de costumbre —se dijo Theo para sí, contemplando cómo su hermana se alejaba de él—. Jamás cambiarás. Eres tan cabezota como mi mujer.

Pasado un mes, a excepción de lo que la tormenta había decidido arrastrar para siempre consigo, las aguas volvieron a su cauce. Victoria King y todos los asalariados de esta involucrados en la *vendetta* contra John fueron juzgados y encerrados en la prisión de Shark Bay, donde permanecerán hasta el fin de sus días.

Tras comprobarse que Héctor King no tuvo nada que ver con el demente y maléfico plan de su hija, el dueño de la cadena de hoteles King quedó absuelto.

A pesar de lo afectado y sorprendido que el empresario parecía y de las reiteradas disculpas que presentó al artista y a todos los afectados, el coronel Solomon ordenó que, por seguridad, uno de sus agentes *proskulls* lo vigilara de cerca. Si la locura provenía de familia, quién sabe lo que el magnate

mexicano sería capaz de hacer por vengar a su única hija.

Con gran pesar, John dio una entrevista para la televisión en la que habló de la terrible tragedia que había azotado a su grupo y aprovechó la oportunidad para anunciar su retirada del mundo de la música. Sus seguidores recibieron ambas noticias con gran dolor y tristeza.

Gracias a la ayuda de su queridísima amiga Kyla, el artista encontró una preciosa villa, donde comenzó a disfrutar de su nueva vida en Hawái junto a su amada y a su gran colega Dwayne.

Kyla y Brooke por fin se conocieron y llegaron a conectar de inmediato. Con suma rapidez se creó un vínculo muy especial entre ambas. Las dos eran mujeres de mucho carácter, pero de gran corazón y tenían algo en común: el gran amor que sentían por John. Obviamente, cada una lo amaba a su manera.

Sin entrar en detalles, la pareja de tres contó a sus más allegados la especial relación que los unía. En un principio parecieron escandalizarse, pero, al ver lo felices que eran y el buen rollo que había entre ellos, comenzaron a ver su amor con buenos ojos.

Recuperado de sus heridas, Wally decidió mudarse a Oahu y asociarse con John y con el padre de este en la apertura del club de copas con el que el exlíder de The Devils siempre había soñado. En memoria de su fiel amigo y batería del grupo, los socios decidieron llamar a su próximo negocio Maddox' Hi hat*.

*Hi hat: pieza base de la batería, consistente en dos platillos montados sobre un trípode.

Un viernes por la noche, Brooke, sus dos amores, los amigos de estos, que incluían a todo el conjunto *Skull*, se encontraban en el Tiki bar celebrando el regreso de la teniente a su trabajo.

El Tiki solía ser el punto de reunión después del trabajo de todos los militares de la base de Shark Bay; lugar donde se encontraba el cuartel general de los *Silver Skulls*. Allí fue donde la teniente Daniels y el capitán Jared Cooper se vieron las caras por primera vez y donde dio comienzo a todo su *amor-odisea*.

—¿Qué tal ha ido tu primer día de vuelta al trabajo, Brooke? ¿Te ha resultado duro? —inquirió Mónica mientras las ambas tomaban unas copas en

la barra.

—He disfrutado como una enana, no te puedes imaginar. Tu Theo ha tenido que regañarme dos veces para obligarme a aterrizar mi mamba. ¡Cómo lo echaba de menos!

—Por cierto, te odio a muerte. —Hizo una mueca antes de dar un sorbo a su bebida—. Que lo sepas.

—¿Se puede saber qué narices te he hecho yo para que me odies, Moni? —Sonrió con curiosidad.

—Liarte con dos tíos a la vez que, para colmo, están como trenes. ¡Qué coño! ¡Están como una estación llena de trenes! —Las dos carcajearon mirando hacia los mencionados, que jugaban al billar con Theo y Duke—. No solo te basta con el macizo de John Kasser, mi gran ídolo, sino que también te zumbas a un *seal* que está de vicio.

La teniente observaba a sus dos amores orgullosa, feliz. Sobre todo, porque, durante el poco tiempo que los tres llevaban viviendo juntos, el vínculo que los unía se había fortalecido de manera increíble. De igual forma, los chicos se llevaban de maravilla con su hermano y con todos sus amigos, y eso hacía que la felicidad de Brooke se desbordase.

—¿Sabes? Cuando estaba con Jared pensé que no podía ser más dichosa, pero me equivocaba. Estar con John y con Dwayne es como respirar a todas horas un cóctel de armonía, pasión y...

—Sí, creo que ese cóctel se llama *Orgasmo* —interrumpió risueña, pero agrió el gesto al ver al exprometido de su amiga pidiendo una bebida en el rincón opuesto de la barra—. Hablando de otro diablo. —Lo señaló con un discreto gesto—. ¿Habéis vuelto a hablar Jared y tú después de la operación de rescate?

—No. Apenas me mira. Como ves, se mantiene lo más alejado de mí que puede. —Se encogió de hombros—. Y, a decir verdad, lo prefiero. Por más que lo intento, cada vez que lo veo me vienen a la cabeza miles de imágenes.

—¿De él con las guarras aquellas?

—De eso y de nuestra vida juntos. No lo puedo remediar.

—Desde lo que pasó no soy *fan* de Jared, pero, como te dije cuando

hablamos por teléfono, un amor tan fuerte como el que tuvisteis vosotros dos no se olvida con facilidad. Es lógico que te hierva la sangre.

—Lo sé. —Resopló—. Es una tortura.

—¿Qué es una tortura, amor? —John la sobresaltó al besarle el cuello.

—Tener que volver a ver a mi exprometido. —Lo abrazó por la cintura con una mano.

—¿Tortura de la mala malísima o de la que debería ponerme a temblar? — Burlón entrecerró los ojos y, de un achuchón, la pegó a su torso.

—¿Tú qué crees? —Se lanzó a su boca—. ¿Cómo va la partida?

—Duke y yo vamos perdiendo por segunda vez. —Encogió los hombros divertido—. Me toca pagar la siguiente ronda.

—Dudo mucho que ganes a mi Theo —comentó Mónica mirando al artista—. En casa se pasa horas practicando.

—Así que, ¿ese es su secreto para que Duke y yo paguemos todas las rondas? —Arrugó la nariz al sonreír.

—Eso y que en la universidad fue campeón de billar dos años consecutivos. —Brooke levantó la mano para que el camarero pudiese verla entre tanta gente—. ¡Tom!

—¡Hola de nuevo, preciosas! ¿Qué tal, John? —El joven camarero les guiñó el ojo a ellas y chocó nudillos con el roquero—. ¿Qué os pongo?

Tom y Brooke eran excelentes amigos. Desde el momento en el que el dueño del Tiki y la teniente se conocieron surgió una química muy especial entre ellos. Podían pasarse horas hablando de sus cosas más íntimas o simplemente disfrutando de una conversación trivial. Se podría decir que ambos sabían escucharse.

—Cuatro cervezas, por favor —respondió John y, haciendo sonreír a las chicas, añadió—: Y si no te importa, pon un par de somníferos en dos de ellas. Creo que va a ser la única manera de que Duke y yo ganemos a esos dos. — Señaló la mesa de billar con la barbilla.

—Ahora mismo envío a la mesa a una camarera con las cervezas, John. — Risueño, agregó—: Me he quedado sin somníferos, pero si te valen un par de

cuencos de cacahuets y de patatas fritas, cuenta con ellos.

—Gracias, tío. —Levantó el pulgar—. Los aperitivos me servirán para tenerlos distraídos. Tal vez así consigamos ganarles. —Besó el hombro de su prometida—. Aunque seguro que me toca volver en diez minutos a por otra ronda. Nos vemos entonces, chicas.

—Brooke, ¿podemos hablar un momento en privado? —inquirió el camarero en cuanto John se alejó de la barra.

—Claro, Tom. ¿Qué ocurre?

—Nada, nada. —Le restó importancia al ver cómo Mónica entrecerraba los ojos—. Tengo un regalo de bienvenida para ti.

—Venga, Tom, nos conocemos. ¿Qué pasa? —Arrugó la nariz.

—Quiero enseñarte algo, sígueme a mi oficina, por favor. —Sin más, se dio la vuelta y se perdió tras una puerta.

—Ve pidiendo otra ronda, Moni. Conociendo a Tom, seguro que lo que tiene para mí es algo fuerte. Ahora vuelvo.

El instinto de Brooke no falló, Tom guardaba una noticia bomba para ella. Una vez a solas en el despacho, el dueño del Tiki encendió su ordenador y, mientras accedía a un programa, comentaba:

—Por norma general, si no ocurre nada extraño en el local a lo largo de la semana, suelo borrar las grabaciones de las cámaras de seguridad sin echarles un vistazo. Pero cuando me contaste lo que había pasado en tu despedida no dudé en revisar lo ocurrido aquella noche. —Acercó una silla—. Será mejor que te sientes, Brooke.

Tom accionó el botón del play y el video que se grabó la noche de la despedida de soltera de Brooke mostró cómo Janet, la rubia cuentahuesos, se colocaba discretamente detrás del capitán cobra y, mientras una pelirroja lo entretenía por el otro lado, ella le echaba unos polvos en la cerveza.

—¡Estaba segura de que esa zorra cuentahuesos le había puesto algo en la bebida! —Bufó enervada sin dejar de mirar la pantalla.

—Me extrañó mucho que Janet hubiese acabado marchándose con tu Jared, ya que yo mismo oí cómo la mandaba a paseo en cuanto se dirigió a él. Sigue mirando.

Como bien dijo Tom, en cuanto la rubia posó la mano en el hombro de Jared a la vez que esta le susurraba algo al oído, él hizo un gesto de repugnancia y la apartó de su lado de un empujón.

—Esto demuestra que Jared no hizo nada de lo que me contaste, al menos siendo consciente de ello, Brooke. —Detuvo el vídeo—. Lo drogaron.

—Aunque él la rechazase en un principio, la muy zorra aguardó hasta que la droga que le echó en el vaso hiciera efecto. —Tensó el mentón—. ¡Menuda hija de perra!

—Sí, pero aún hay más. —Le aferró la mano con fuerza—. Sé que has rehecho tu vida, Brooke, y que ahora eres muy feliz con John y con Dwayne. —Se aclaró la garganta—. Mi intención no es poner tu mundo patas arriba, pero...

—¿Qué más pasó aquella noche, Tom? —preguntó con un nudo en la garganta.

—Cuando le enseñé a Jared esta grabación y la que te voy a mostrar me pidió que no te lo revelase, pero, después de meditarlo mucho, creo que no sería justo para ti.

—¿Jared ha visto ese video? —Sintió ahogarse por dentro—. ¿Por qué no habrá querido decirme nada? Esto le exime de lo que pasó.

—No cabe duda de que solo quiere protegerte —respondió poniendo una nueva imagen—. Esto es la misma escena vista desde otro punto.

La siguiente grabación mostraba cómo Jared estaba hablando con Duke cuando la pelirroja se metió por medio para distraerlo. El boina negra vio perfectamente cómo la rubia echaba el polvo en la cerveza.

—¿Duke vio cómo le echaba esa mierda en la bebida? —gritó encendida—. ¿Y no se lo advirtió a Jared?

—Aún es peor. Siento lo que vas a ver a continuación.

Tom puso otro video en el que se veía a Duke y a la rubia cuentahuesos hablando en el aparcamiento del bar. Tras varios minutos de charla inaudible, se aprecia cómo él le pasa la droga a ella.

—¿Duke lo planeó todo? —Los ojos se le aguaban según se ponía en pie—. ¿Cómo ha podido traicionarme de esa manera?

—Lo siento mucho, Brooke. —La abrazó en un intento de consolarla—. Pensé que debías saberlo.

—El muy traidor apareció en casa de Mónica aparentando estar deprimido. Me dijo que tu hermana, Lena, le había dejado para volver con su ex y que estaba destrozado.

—No, Lena no le dejó. Duke la mandó a paseo esa misma mañana, obviamente porque ese cabrón tenía otros planes. Ya conoces lo dramática que es mi hermana: hizo las maletas y se marchó sin decir ni adiós. Yo no me enteré de lo ocurrido hasta que no pasaron unos días y conseguí hablar con ella.

—Te agradezco que me lo hayas enseñado, Tom. —Se limpió una lágrima que tenía intención de rodar—. Odio vivir en una mentira.

La teniente le dio un beso de agradecimiento en la mejilla y abandonó el despacho. A paso acelerado, se dirigió hacia la mesa de billar, pasando por delante de Mónica. Iba tan encendida que ni oía la voz de su amiga llamándola tras ella.

—Hola, amor. ¿Has venido a ver cómo pierdo? —bromeó John al verla aproximarse a la mesa.

Brooke pasó de largo alarmando al artista, que percibió la rabia que desprendían los ojos de su prometida. Se colocó frente a Duke y, antes de que este pudiera abrir la boca, ella le sacudió un brutal puñetazo en el ojo y, de regalo, una patada en las pelotas, que le hizo clavar las rodillas en el suelo y quedar a los pies de ella.

—¡Lo planeaste todo, maldito cabrón! —Lo agarró del pelo para obligarle a mirarla a los ojos y, mientras los que la rodeaban observaban atónitos, continuó—: Quiero que sepas, que jamás te perdonaré. Lo que has hecho no tiene nombre. ¡Pensé que eras mi amigo!

—Vamos, Brooke. Tranquilízate. —Dwayne la apartó un par de metros—. ¿Qué ha pasado?

—¡Lo hice por ti, Brooke! Porque ibas a cometer un gran error casándote con Jared. —Duke se puso en pie—. Solo quería protegerte...

—¿Protegerme? —Enfiló de nuevo hacia él con la sangre burbujeando en su interior—. ¡Tú no querías protegerme! Tú querías destrozarme para luego

hacerte el buen samaritano conmigo, el fiel amigo que está siempre en el momento justo para confortarme hasta hacer que me enamorara de ti. Esa era tu única intención, maldito cerdo. —Le lanzó otro rechazazo al otro ojo—. ¡Joder! Hiciste que una zorra drogara a mi prometido y me llevaste derecha a la trampa.

—¡Serás cabrón! —gritó Mónica, que iba derecha a por el boina negra, pero fue detenida por su marido—. ¿Cómo has podido, Judas?

Los que estaban a su alrededor se quedaron de piedra al descubrir la terrible jugarreta que Duke le había hecho a Brooke. Dwayne y John se miraron temerosos, imaginando que lo que su chica acaba de revelar pudiera perjudicar su relación.

—¿Sabes qué, Duke? Lo único que has logrado con tu retorcido plan ha sido hacerme más fuerte y saber quiénes son mis amigos de verdad. —Brooke lo apartó de ella asestándole un empujón—. ¡No vuelvas a dirigirme la palabra! ¡Para mí has muerto!

—Siento mucho lo ocurrido, amor. —John la abrazó, intentando consolarla—. ¿Estás bien?

—¡Brooke, escúchame, por favor! ¡Lo siento! —Duke hizo amago de aproximarse.

—¡Mantente alejado de ella, pedazo de cabrón! —espetó Dwayne cogiéndolo por el cuello.

—¡Suéltalo, Dwayne! No merece la pena. Te aseguro que lo que le espera a este rastrero va ser peor que una paliza —intervino Theo, mirando a su compañero—. ¡Lárgate de aquí, Duke, antes de que sea yo quien te estrangule! Lo que has hecho no va a quedar impune. La tracción a un compañero *Skull* es motivo de expulsión.

Cabizbajo y avergonzado, el boina negra abandonó el local, pasando entre medias de algunos de sus compañeros, que lo observaban con absoluto desprecio y repulsión. Todos se preguntaban cómo Duke habría sido capaz de traicionar a Brooke de esa manera tan vil.

En un apartado rincón, el capitán Jared Cooper había sido testigo de todo lo ocurrido, aunque, por desgracia, él ya era conocedor de la despreciable noticia. Con discreción, dejó su cerveza en una mesa y emprendió la marcha

hacia la salida.

Brooke seguía colgada del cuello de John, que trataba de calmar sus temblores, pero, al pasar a los brazos de su otro amor, se percató de que el capitán cobra se disponía a abandonar el bar.

—¿Estás bien, cariño? —inquirió el *seal* preocupado.

—No, no estoy bien, Dwayne. —Negó con la cabeza—. Acabo de descubrir que uno de mis mejores amigos ha sido el causante de una de mis peores pesadillas. —Cerró los ojos en un gesto de dolor y, tras besar a sus dos amores en la mejilla, musitó—: Perdonadme, necesito estar sola y tomar el aire.

A toda velocidad se dirigió hacia la salida, dejando a sus dos hombres con mal sabor de boca y un terrible presentimiento. Nada más salir al aparcamiento, la teniente localizó a su exprometido camino de su coche y aceleró el paso hasta darle alcance.

—Jared, ¿podemos hablar?

El capitán cobra se detuvo justo cuando iba a abrir la puerta de su todoterreno. Temblando en su interior, se dio la vuelta y, aparentando ser un tempano de hielo, quedó cara a cara con ella.

—¿De qué quieres hablar, Brooke?

—De lo que pasó entre nosotros. —Exhaló un suspiro—. Acabo de enterarme de que Duke lo preparó todo. ¡Y tú lo sabías! ¿Por qué no me dijiste nada?

—¿De qué habría servido, Brooke? Solo hubiera conseguido hacerte más daño.

—¿Aun sabiendo que Duke destrozó nuestras vidas no le dijiste nada? ¿Permitiste que se saliera con la suya?

—Si no recuerdo mal, el día después de lo ocurrido me dijiste que ya no serías capaz de volver a mirarme a la cara como antes y que habías llegado a la conclusión de que, por un motivo u otro, acababas siendo más feliz lejos de mí. —Tragó el nudo que se le había formado en la garganta—. Mi único propósito en la vida era hacerte feliz, Brooke. Si mantenerme lejos de ti era cómo lo lograría, ¿para qué remover más la mierda?

Ella agachó la cabeza y, tras unos segundos centrifugando en su mente la respuesta, murmuró:

—Estaba muy enfadada, Jared. Siento mucho lo que te dije.

—No, tenías toda la razón. Ya he notado que lejos de mí eres más feliz. — Cerró los ojos un instante—. Doblemente feliz.

—En cuanto a eso, yo...

—Aunque me he sorprendido mucho, no tienes que darme explicaciones, Brooke. Se te ve radiante junto a ese cantante y a ese otro tipo. Eso es lo único que importa.

El capitán cobra se giró y cuando abrió su vehículo para entrar, ella empujó la puerta y la cerró de golpe.

—Si tanto te importa mi bienestar, Jared, ¿por qué permitiste que un perturbado como Duke interviniera en la operación de rescate? ¿Por qué no le dijiste a Solomon lo que hizo? Podría haber sido peligroso.

—A pesar de lo que hizo, Duke es un excelente rastreador. Está enamorado de ti y sé que jamás te haría daño. Yo solo quería encontrarte y necesitaba toda la ayuda posible. Eso es todo. —Se dispuso a abrir de nuevo la puerta.

—¿Eso es todo? —Posó la mano en la espalda de él para detenerlo.

—No es ningún secreto que sigo enamorado de ti. —Se volvió y, retirándole el pelo de la cara en una caricia, susurró—: Te dije que jamás dejaría de amarte, Brooke. —Deslizó la mano hasta la mejilla de ella—. Pero tú y yo sabemos que serás más feliz sin mí.

Brooke se lanzó a su boca con decisión y lo besó. Durante eternos segundos sus lenguas se enredaron con fogosa intensidad mientras se abrazaban con pasión.

—Siempre serás mi veneno, maldita cobra —susurró ella con lágrimas en los ojos.

—Y nunca dejaré de ser tu antídoto. —En una caricia le secó las lágrimas de la mejilla—. Siempre estaré ahí cuando me necesites, pequeña. —Se subió a su todoterreno y, antes de cerrar la puerta, murmuró—: Gracias por ese último beso.

—No te conviertas en un extraño, por favor, Jared. —Él negó con la cabeza y sonrió.

Ella lo observó mientras se limpiaba las lágrimas y aguardó hasta que el todoterreno desapareció del aparcamiento. Al darse la vuelta para regresar al Tiki, sus dos amores estaban en la puerta contemplándola. Sus rostros rezumaban toneladas de pavor y de tristeza. Habían sido testigos del beso que le acaba de dar a su exprometido.

—¿Aún necesitas estar sola? —musitó el artista tragando saliva.

—Si estás hecha un lío, Brooke, John y yo hemos hablado y entendemos que...

—No, no quiero estar sola, John —respondió mirando al roquero y dirigiéndose al *seal*, continuó—: Y jamás he tenido las cosas tan claras, Dwayne. Jared ha sido una parte muy importante de mi vida y me da mucha pena que lo nuestro acabara de manera tan... miserable e injusta; pero así es el destino. Y, ahora, ese mismo destino es el que hace que quiera estar con vosotros. —Se abrazó a ellos y los besó con apetito—. Para siempre.

—¿Qué os parece si nos vamos a casa, chicos? —sugirió Dwayne, relajado ante la respuesta de su amada—. Tomaremos una copa y...

—Y haremos el amor bajo las estrellas —remató John.

Mientras la pareja de tres se dirigía hacia el coche agarrados de la mano, John hizo un comentario que obligó a *seal* y a *skull* a reír a carcajada limpia.

—Por cierto, después de todo lo que hemos pasado en esa dichosa selva, supongo que habréis cancelado ese puñetero cruceo por el Amazonas, ¿verdad?... ¿Verdad?

Continúa.

Epílogo

Después haber digerido el nudo —cincuenta por ciento frustración y cincuenta por ciento pánico— que se les había formado a los tres en la boca de la garganta tras descubrir la jugarreta de Duke y hablar de ello durante el camino, la pareja de tres entraba en su lujosa villa con vistas al mar.

La casa era la única en varios kilómetros a la redonda y estaba situada en lo alto de un pequeño risco. Nada más John aparcó su reluciente Panamera en el extenso garaje, no tardaron en salir a la terraza para disfrutar de las vistas y de la brisa marina en compañía de una copa de vino.

—¿Os habéis fijado en que no se ve ni una sola estrella en el cielo esta noche? —comentó Brooke mientras ella y sus dos amores contemplaban la infinita calma que los rodeaba.

—Mientras la estrella más brillante esté junto a mí, ¡qué importa que no quede ninguna ahí arriba! —susurró Dwayne besándole el cuello por la retaguardia.

—Te agradezco mucho que aún me veas como a una estrella, tío, pero The Devils ya ha quedado para el recuerdo. —John acarició el culo de su chica.

—Me refería a Brooke, ¡capullo! —protestó el *seal* divertido.

—Lo sé, *mamón*. —Rio—. Solo quería divertir a nuestra pantera. Después del desengaño que se ha llevado esta noche y del susto que nos hemos dado nosotros, pensé que no estaría mal alegrarnos la velada.

Brooke se dio la vuelta, apoyando el trasero en la barandilla, y mirándolos a ambos dijo:

—Perdonadme si os ha molestado verme besando a Jared, pero, al descubrir lo que había hecho por mí, me tocó el corazón. —Suspiró y les abrió los brazos—. Siento si os he asustado.

—Bueno, ya nos has dejado claro que solo nosotros dos somos todo tu mundo —respondió el *seal* abrazando su lado derecho.

—Y nosotros somos felices mientras tú lo seas, amor —añadió el artista abarcando su lado izquierdo.

—Entonces, no os importará que Jared se nos una en alguna ocasión y hagamos un cuarteto, ¿verdad? —soltó la teniente, sería a más no poder.

Ambos se tensaron y se apartaron de ella, dando un firme paso atrás. La observaban en silencio, incapaces de pronunciar palabra, con la boca abierta.

—¡Estaba de coña, chicos! Deberías haber visto vuestras caras. —Carcajeó en tanto los

achuchaba contra ella.

—¡Eres tremenda, cariño! Menudo susto que nos has dado. —Dwayne resopló mientras la abrazaba.

—¿Por qué nos haces sufrir de esta manera, canalla? —inquirió John besándole el cuello.

Ella los miró a los ojos y, acariciándoles la cara, explicó:

—Porque os amo más que a nada. —Exhaló un suspiro relajado—. Sabéis que, por trabajo, tendré que estar cerca de Jared, que tendremos que pasar tiempo juntos. Y, por mucho cariño que sienta por él, necesito que estéis absolutamente seguros de que mi corazón es vuestro, y solo vuestro. De que nada ni nadie podrá separarnos. ¡Jamás!

—Siempre serás nuestra pantera —susurró John, metiendo la mano dentro de los vaqueros de ella hasta llegar a sus suaves y rosados labios vaginales.

—Siempre —aseveró el *seal* besándola.

Mientras John la masturbaba, haciéndole ver más estrellas, Dwayne se quitaba la ropa. Desnudo, se arrodilló ante ella y le bajó los pantalones y las bragas. Metió la cabeza entre sus piernas y comenzó a comerle el coño con voracidad. Ella se deshacía en gemidos con cada pasada de su lengua, se estremecía de placer con cada lengüetada.

John se desnudó, le quitó a ella el resto de la ropa y la levantó a horcajadas, dejando su húmedo coño de cara a su amigo. Los dos hombres la penetraron a un tiempo, clavándose en ella con cadencia y pasión. El *seal* se introducía en ella por su jugosa vagina en tanto el artista le metía su dura verga por su delicioso culo.

Los dos la follaban a un tiempo, arrancándole gemidos y jadeos escandalosos. Entre sus dos amores, Brooke sentía deshacerse de placer, estallar. Los besos y las caricias que ellos la regalaban le hacían revolverse entre los brazos de ambos hasta que John se corrió y, tras besarle el cuello, salió de su interior. Segundos más tarde, Dwayne eyaculaba dentro de ella a la vez que Brooke explotaba en un colosal orgasmo.

PROTEGIENDO AL DIABLO

Deseo que hayas disfrutado de la lectura tanto como yo lo hice escribiéndola. Me sería de gran ayuda si dejaras una buena reseña en Amazon y difundieras mi novela entre tus conocidos.

Recuerda que todo el trabajo está realizado por mí: corrección, maquetación, diseño... Te pido disculpas por adelantado por si hubieses encontrado algún fallo, pero los autores autopublicados no disponemos de profesionales que supervisen nuestra tarea y nuestros ojos pueden llegar a fallarnos.

Si tienes algún comentario, que me haría mucha ilusión, puedes contactar conmigo y, si te apetece, puedes seguirme en Facebook, Instagram o Twitter.

Un millón de gracias.

Scarlett